

La Formación De Inglaterra

Sección: Humanidades

Historia Universal de Asimov:

LB 768 *El Cercano Oriente*
LB 784 *La Tierra de Canaán*
LB 794 *Los Egipcios*
LB 810 *Los Griegos*
LB 822 *La República Romana*
LB 844 *El Imperio Romano*
LB 886 *Constantinopla*
LB 894 *La Alta Edad Media*
LB 907 *La Formación de Inglaterra*
LB 919 *La Formación de Francia*
LB 946 *La Formación de América del Norte*

Otras obras de Asimov en «El Libro de Bolsillo»:

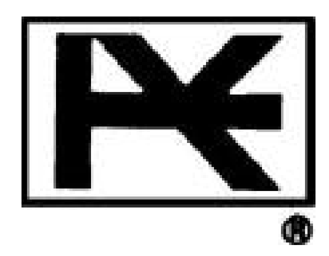
LB 366 *Estoy en Puertomarte sin Hilda*
LB 458 *El Universo*
LB 580 *Breve historia de la Química*
LB 653 *El electrón es zurdo y otros ensayos científicos*
LB 663 *Cien preguntas básicas sobre la Ciencia*
LB 674 *Los lagartos terribles y otros ensayos científicos*
LB 717 *La tragedia de la Luna*
LB 799 *Momentos estelares de la Ciencia*

Enciclopedia biográfica de Ciencia y Tecnología

Historia Universal Asimov

Isaac Asimov:
La Formación de Inglaterra

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *The Shaping of England.*
Publicado por acuerdo con Houghton Mifflin Co. Boston, Mass., U.S.A.
Traductor: Néstor A. Míguez

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1982
Segunda edición en «El Libro de Bolsillo»: 1983
Tercera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1983 (México)

Queda hecho el depósito que marca la ley
ISBN 968-6001-08-5 (Obra completa)
ISBN 968-6001-17-4 (Tomo IX)

La presente edición, que consta de 20 000 ejemplares,
fue impresa por EDIMEX S. A.
Calle 3, No. 9. Fraccionamiento Industrial
Alce Blanco, Naucalpan, Edo. de México

Printed in México

A mis padres, en el año de sus Bodas de Oro.

ÍNDICE

1. ANTES DE LOS ROMANOS
Las Islas Británicas
El pueblo del Vaso Campaniforme
La llegada de los celtas
Julio César
2. LA BRITANIA ROMANA
La conquista romana
El límite septentrional
El límite interior
Los romanos se marchan.
3. LA LLEGADA DE LOS SAJONES
La retirada céltica
Los sacerdotes celtas
Un misionero del sur
La segunda conquista romana
4. LA LLEGADA DE LOS VIKINGOS
La cultura inglesa
El ascenso de Mercia
La furia nórdica
El ascenso de Wessex
5. EL TRIUNFO SAJÓN
Alfredo el Grande
A través del océano
El hijo de Alfredo
El nieto de Alfredo
6. EL FRACASO SAJÓN
Dunstan y la conciliación
Ethelred y la confusión
La segunda conquista danesa
Canuto
7. EL REINADO FINAL
Eduardo el Confesor
Guillermo el Bastardo
Macbeth el Usurpador
Haroldo de Wessex
8. LA CONQUISTA NORMANDA
La batalla de Stamford Bridge
La batalla de Hastings
El último de los sajones
El primero de los normandos
9. LOS HIJOS DE GUILLERMO
La sucesión
Aventura en el Este
El segundo Guillermo
El hermano menor

10. LA GUERRA CIVIL
La sucesión, otra vez
Esteban contra Matilde
El caos
Plantagenet
11. EL IMPERIO ANGEVINO
El comienzo de la fusión
El asunto Becket
La expansión
Tragedia familiar
12. LOS HIJOS DE ENRIQUE
Corazón de León
Ricardo y Juan
Arturo y Juan
El papa y Juan
EPÍLOGO
La Carta magna
CRONOLOGÍA
A. C.
D. C.
CUADROS
Cuadro I Los Reyes sajones de Wessex e Inglaterra hasta el 1000
Cuadro II Los Reyes de Inglaterra del 1000 al 1066
Cuadro III Los Duques de Normandía
Cuadro IV Los Reyes de Inglaterra de 1066 a 1216
Cuadro V Los Reyes de Escocia hasta 1214

1. Antes de los romanos

Las Islas Británicas

En el año 1900, el reino insular de Gran Bretaña era la mayor potencia de la Tierra. Regiones de todos los continentes, que constituían un cuarto de la superficie terrestre y de su población, estaban bajo la dominación de la Reina Victoria de Gran Bretaña. Su armada podía derrotar a cualquier enemigo o suma de enemigos. Su lengua estaba difundida por el mundo y tenía mayor número de hablantes que cualquier otra lengua existente.

En las décadas que siguieron a 1900, cuando el poder de Gran Bretaña declinó y dejó de ser la principal nación del planeta, su lugar fue ocupado por los Estados Unidos de América, tierra colonizada originalmente por Gran Bretaña, que hablaba la lengua de Gran Bretaña y vivía bajo un sistema de leyes y gobierno heredado de Gran Bretaña.

¿Cómo llegó Gran Bretaña al pináculo del éxito y el poder? Después de todo, durante miles de años, mientras otras partes del mundo eran ricas y civilizadas, las Islas Británicas estaban escasamente pobladas, eran pobres y bárbaras y nada —nada en absoluto— parecía brindar alguna promesa de una grandeza futura.

La historia de cómo se produjo el éxito británico es larga y no puede ser contada toda en este libro. Pero podemos relatar los comienzos y ver cómo la isla y su población fueron moldeadas bajo los golpes de olas sucesivas de invasores hasta llegar a su estado actual, hace casi mil años, para nunca ser conquistada de nuevo posteriormente.

El principal escenario de este relato lo constituyen las «Islas Británicas», un grupo de islas que se extiende al noroeste de la costa de Europa, con una superficie total de 320.000 kilómetros cuadrados, o sea, aproximadamente el tamaño del estado de Nuevo México de los Estados Unidos.

Las tres cuartas partes del total forman la isla de Gran Bretaña, con una superficie de 230.000 kilómetros cuadrados (aproximadamente el tamaño de Utah). En tiempos antiguos, los romanos la llamaron «Britannia», que en inglés se convirtió en «Britain» *(Bretaña* en castellano).

¿Por qué es ahora «Gran» Bretaña, pues? La razón de ello es que hace unos quince siglos algunos de los insulares huyeron a través de la franja de agua que la separa de Europa, buscando refugio ante invasores bárbaros. Se establecieron en la región noroccidental de la nación que ahora llamamos Francia, y el lugar en que se refugiaron se convirtió en una especie de Bretaña menor.

Este hecho se ha reflejado en el nombre actual de esa región. Es «Bretagne» en francés y «Brittany» en inglés. En latín es «Britannia Minor», que significa «pequeña Bretaña». Después de esto, la isla de la que provenían los refugiados

tuvo que ser llamada «Gran Bretañas», para distinguirla de la pequeña Bretaña del Continente.

Hay algunos aspectos en que la isla es, en verdad, «grande», aun en tamaño. Es la mayor de las islas situadas frente a las costas europeas y la octava en dimensiones del mundo. A través de gran parte de su historia, estuvo ante una Europa en la que las grandes naciones no podían mantenerse unidas y que, por lo tanto, quedó dividida en pequeñas naciones. En tales condiciones, la isla de Gran Bretaña era una nación de respetable tamaño. En verdad, la nación que se destacó a comienzos de los tiempos modernos no ocupaba la isla en su totalidad, sino sólo los tres quintos meridionales de ella.

Al oeste de Gran Bretaña hay una segunda isla importante, de sólo la tercera parte en tamaño. Las romanos la llamaron «Hibernia», y nosotros «Irlanda». Estuvo siempre condenada a permanecer a la sombra de la isla mayor.

Hace unos doce mil años, la región acababa de emerger del más reciente «Período Glaciar». Toda la Europa Septentrional, incluidas las tierras que fueron luego las Islas Británicas, estaba por entonces cubierta por una espesa capa de hielo. Lentamente, los glaciares se retiraron a medida que el clima se hizo más cálido, y por el 10.000 antes de Cristo aparecieron las tierras, frías y húmedas, y nada atractivas para establecerse en ellas.

La Isla aún estaba unida al Continente Europeo en aquellos remotos tiempos, y, atractiva o no, los hombres entraron en ella. Los cazadores cubiertos con pieles de la Edad de Piedra siguieron a los rebaños de animales hacia el Norte, a medida que se retiraban los hielos.

La región británica siguió formando parte del Continente durante varios miles de años. En el Este, muy lejos, se estaban formando pequeñas comunidades agrícolas en Canaán y las tierras altas situadas al norte del río Tigris, en Asia Occidental, y aparecieron en la Tierra los primeros centros diversos de civilización [*]; pero en la nueva tierra del Noroeste no había más que grupos dispersos de cazadores errantes.

Lentamente, el clima mejoró, a medida que los oscuros bosques de pinos se extendieron hacia el Norte y los veranos se hicieron más suaves. Y los glaciares que aún había en el Norte siguieron fundiéndose. El nivel del mar aumentó, la superficie terrestre disminuyó y por el 6000 antes de Cristo las aguas en ascenso separaron a Gran Bretaña de Europa y a Irlanda de Gran Bretaña.

Ahora las aguas del Canal de la Mancha corrieron hasta el sur de Gran Bretaña, las del mar de Irlanda al oeste y las del mar del Norte al este.

Quedaron en las islas los primitivos habitantes de la Edad de Piedra, cuyos restos aún se encuentran hoy en la forma de herramientas de piedra pulida y piezas de alfarería. Parecen haber tenido animales domésticos y explotado minas de sílex.

---

[*] Véase mi libro El *Cercano Oriente,* Alianza Editorial, 2ª edición, 1981.

Su situación mejoró en el sentido de que ahora las islas sólo podían ser invadidas por mar, tarea más difícil que una mera migración terrestre. Esto iba a salvar a los habitantes en muchas ocasiones hasta la actualidad, y les dio un sentimiento de seguridad del que los pueblos del Continente raramente pudieron gozar.

Pero no siempre podía confiarse en eso. Las islas iban a experimentar muchas invasiones por mar, algunas de ellas con éxito.

El pueblo del Vaso Campaniforme

Sólo oscuramente podemos entrever la más antigua de esas invasiones. No mucho después del 2000 a. C., el «Pueblo del Vaso Campaniforme» invadió Gran Bretaña. Es así llamado porque dejó características copas para beber, o vasos. También llevó consigo a la Isla el arte de tejer y el de la metalurgia. Este último fue importante, pues el pueblo del vaso campaniforme usaba armas de bronce, mientras que los anteriores habitantes no tenían nada mejor que la piedra. Con armas superiores, los invasores lograron imponer su dominación.

El pueblo del vaso campaniforme debe de haber sido mucho más que un mero grupo de bárbaros que sustituye a otro grupo más primitivo de bárbaros. Han dejado tras de sí reliquias infinitamente más impresionantes que los vasos. Ellas consisten en círculos de grandes piedras planas toscamente talladas y colocadas de pie.

El más famoso de esos círculos es llamado Stonehenge y está situado cerca de la ciudad de Amesbury, a unos ciento diez kilómetros al oeste de Londres. Está formado por dos círculos concéntricos de enormes piedras, de los que el círculo externo tiene 35 metros de diámetro. Las piedras tienen más de cinco metros de alto y dos o dos y medio de ancho. Treinta de ellas, que están de pie, constituyen el círculo externo, con otras treinta que están colocadas encima de ellas. Sólo treinta y dos de las sesenta piedras originales del anillo exterior están todavía allí, y sólo la mitad de ellas están aún erectas. Las piedras que faltan probablemente fueron rotas y usadas para la construcción por los habitantes del lugar de siglos posteriores. El círculo interior estaba formado por piedras menores, de las cuales sólo once están aún de pie. Pero hasta lo que queda constituye un espectáculo impresionante.

El análisis, por medios de datación modernos, de un trozo de carbón hallado en el lugar nos lleva a suponer que Stonehenge fue erigido alrededor de 1750 a. C. Sin embargo, extrañamente, el primer registro de una mención de Stonehenge por gente de la Isla se remonta a sólo once siglos atrás.

A la sazón, los insulares no tenían la menor idea de la gran antigüedad del monumento (que contaba ya con más de dos mil años). Tampoco sabían por qué

había sido hecho ni cómo. Pensaban que debía de haber sido levantado por medios mágicos, mediante la hechicería del legendario Merlín.

De hecho, no estamos en mejor situación que los isleños de hace once siglos. Nadie sabe todavía a ciencia cierta cómo el pueblo del vaso campaniforme logró trabajar esas enormes piedras, considerando las herramientas de que disponían. Tampoco estamos seguros de la finalidad de los círculos. Ha estado de moda suponer que Stonehenge y otros círculos de piedra dispersos por las Islas Británicas eran utilizados en ceremonias de religiones primitivas, pero no tenemos ninguna prueba de ello. En general, esta idea surge porque no podemos imaginar ninguna otra cosa para la que pueden haber sido usados.

Pero en 1963, el astrónomo anglo-americano Gerald Hawkins, de la Universidad de Boston, expuso la audaz idea de que los círculos de piedra como Stonehenge eran, en realidad, primitivos observatorios astronómicos. Haciendo uso de lo que quedaba de la construcción (que no sólo incluía las grandes piedras, sino también diversos pozos llenos de piedras), Hawkins demostró que era posible ubicar el sol en ascenso del solsticio de verano y predecir eclipses lunares.

Es difícil creer que un pueblo primitivo pudiese tener un saber astronómico tan complejo, pero es aún más difícil creer que todo lo que Hawkins puede demostrar surja de una mera coincidencia. Al parecer, el círculo tuvo que ser planeado con una intención astronómica. Sin duda, el motivo para seguir los movimientos del Sol y la Luna tan exactamente estaría, con gran probabilidad, vinculado con ritos religiosos, y, si fue así, Stonehenge está indirectamente relacionado con la religión, a fin de cuentas.

El pueblo del vaso campaniforme tampoco estaba completamente aislado de Europa, pese al agua salada que ahora rodea a la Isla. Sus gentes comerciaron con las ricas civilizaciones del Mediterráneo Oriental. Podemos preguntarnos qué. podía ofrecer un pueblo relativamente poco avanzado como el del vaso campaniforme a los ya fastuosos centros de población del Este. La respuesta es: metal.

Durante mil años y más aún, el bronce fue el elemento principal para la guerra. Es mucho más resistente y fuerte que el cuero, y mucho menos quebradizo que la piedra. Era mejor que cualquier otro metal que pudiera hallarse en cantidad. Un ejército equipado con armas de bronce comúnmente podía derrotar a otro que careciese de ellas, y sin muchos inconvenientes. El mismo pueblo del vaso campaniforme lo había demostrado cuando entró en Gran Bretaña desde el Continente Europeo. Para todo grupo guerrero, pues, un problema fundamental era el de asegurarse un adecuado suministro de bronce.

El bronce es una mezcla de dos metales: cobre y estaño. Ninguno de ellos es muy común, pero las naciones civilizadas que bordeaban el Mediterráneo Oriental tenían buenas fuentes de cobre. La isla de Chipre, en la región nororiental del mar Mediterráneo, era una de ellas, y se supone que el mismo nombre «cobre» deriva del nombre de esa isla.

Con el estaño la situación era diferente. No sólo es en general raro, sino que sólo en muy pocas partes del globo se lo encuentra en concentraciones suficientes para una extracción provechosa. Las pequeñas cantidades que había en el Mediterráneo Oriental pronto desaparecieron y fue necesario buscar nuevas minas muy lejos. (En tiempos modernos, las minas más importantes están en el sudeste de Asia y en el centro de América del Sur, que eran inalcanzables para las primeras civilizaciones del Mediterráneo.)

A la cabeza de la búsqueda de nuevas minas estaban los fenicios, un pueblo que habitaba en las costas orientales del Mediterráneo (los «cananeos» de la Biblia). Eran los más osados navegantes del mundo cuando el Imperio Egipcio estaba en su apogeo y cuando los griegos, aún bárbaros, combatían bajo las murallas de Troya.

Los fenicios recorrieron el Mediterráneo de un extremo al otro. E hicieron más aún; atravesaron lo que hoy llamamos el Estrecho de Gibraltar y se aventuraron por el mismo océano Atlántico; fue el primer pueblo civilizado que lo hizo.

En algún lugar del Atlántico, hallaron minas de estaño en islas que llamaron (según el historiador griego Heródoto) las «Casitérides». Puesto que la palabra griega para designar el estaño es «kassiteros», podemos llamarlas las «Islas del Estaño».

Se admite generalmente que las Islas del Estaño eran las que hoy llamamos Islas Scilly. Son un grupo de unas 140 pequeñas islas (de sólo unos quince kilómetros cuadrados de superficie en total) que se extienden a cincuenta y seis kilómetros al oeste del extremo sudoccidental de Gran Bretaña. El pueblo del vaso campaniforme vivió allí, sin duda, y todavía pueden verse en ellas restos de círculos de piedras. (Uno de ellos, de unos seis metros de diámetro, se halla en la isla de Samson.)

Ahora hay poco estaño en las islas, pero hay un poco en la parte de Gran Bretaña que está más cerca de ellas. Es la región llamada Cornualles, y aunque las minas de estaño de aquí han sido explotadas durante unos tres mil años, aún producen pequeñas cantidades.

Entre 1500 a. C. y 1000 a. C., cuando los barcos fenicios navegaban por el océano hasta Gran Bretaña, las Islas Scilly y Cornualles deben de haber sido lugares activos. Después del 1000 a. C., cuando la importancia del bronce declinó, al descubrirse modos de extraer el hierro, el comercio del estaño decayó y la importancia de Cornualles se esfumó.

Deben de haber perdurado recuerdos de una época en que el extremo sudoccidental de esta península contenía una pujante ciudad, y surgieron leyendas para explicar por qué esa ciudad había dejado de existir. El espacio situado entre las Scilly y la punta de Cornualles (decían las leyendas) fue antaño tierra seca y constituyó el Reino de Lyonesse. Figuraba en las leyendas del Rey Arturo como la patria de uno de los más famosos caballeros, Tristán, y ha sido desde hace mucho

una de esas crepusculares tierras románticas que pueden encontrarse en los libros de cuentos pero no en el mapa. Sugiero, pues, que Lyonesse sólo es el vago recuerdo de las Islas del Estaño.

Podríamos suponer que Gran Bretaña fue llevada al ámbito de la civilización, al menos un poco, como resultado de ese comercio, pero no fue así. Los fenicios que rían conservar su monopolio. Sólo ellos sabían donde estaban las Islas del Estaño; por ello, mantuvieron el estricto control de la provisión de bronce, como las naciones actuales quisieran mantener el estricto control de los suministros de uranio. El comercio de Gran Bretaña tenía una base muy estrecha, pues, y cuando decayó la importancia del bronce, desaparecieron las pequeñas ganancias que su gente había logrado.

La llegada de los celtas

Mientras el pueblo del vaso campaniforme erigía sus círculos de piedra y comerciaba con su estaño, se preparaban malos tiempos para él en el Continente.

En Europa Central, alrededor de 1200 a. C., vivía un grupo de pueblos a los que los griegos llamaban «keltoi». Probablemente, esto era una versión de un nombre con el que se llamaban a sí mismas las tribus particulares que encontraron los griegos. Ese nombre quizá proviniese de una palabra que significaba «valor» en la lengua nativa; en otras palabras, se llamaban a sí mismos «los valientes». Este nombre se ha convertido en «celtas» en castellano.

Otro nombre, probablemente de la misma fuente, es «Galli», que nos trasmitieron los romanos y que para nosotros se ha convertido en «galos».

Los celtas gradualmente se expandieron al oeste y al este, y por el 1000 a. C. ocupaban la mayor parte de la que hoy llamamos Francia. En tiempos antiguos, esta tierra era llamada «Galia», por sus habitantes celtas.

No mucho después del 1000 a. C., bandas de celtas cruzaron la franja de agua que separa a las Islas Británicas del Continente. (En su parte más estrecha, esta franja de mar sólo tiene treinta y cinco kilómetros de ancho y es llamada en la actualidad Paso de Calais [*Strait of Dover,* en inglés].)

Llegaron a tener un asiento permanente en la región sudoriental de la Isla, y lentamente fueron expandiéndose. Tenían la ventaja sobre el pueblo del vaso campaniforme de llevar consigo el nuevo metal bélico: el hierro. Este era mucho más común que el cobre y el estaño, y con él se podían fabricar armas más duras, más resistentes y mejores que las de bronce. El hierro tenía sobre el bronce la misma superioridad que había tenido el bronce sobre la piedra.

La única gran desventaja del hierro consistía en que era más difícil de extraer de sus minerales que el cobre y el estaño. Sólo algún tiempo después del 1500 a. C. se creó la técnica apropiada para la metalurgia del hierro en las regiones al sur

del Caspio. Lentamente, este conocimiento se difundió, y con los celtas llegó a Gran Bretaña, que entró entonces en la «Edad del Hierro».

Por el 300 a. C., las tribus célticas dominaban casi toda la isla de Gran Bretaña. Más tarde, algunas de las tribus pasaron también a Irlanda.

Los celtas no sólo llevaron con ellos el hierro sino también importantes mejoras en la vida cotidiana: el uso de la madera para suelos y puertas, por ejemplo, y comodidades secundarias como navajas de afeitar para los hombres y cosméticos para las mujeres.

Las ciudades célticas alcanzaron un respetable tamaño, considerablemente mayores que todo lo que se había visto antes. La más grande, quizá, estaba en el lugar ahora ocupado por Glastonbury, en la parte sudoccidental de la Isla, a ciento cincuenta kilómetros al oeste de Londres.

Las lenguas célticas son una rama del gran grupo indoeuropeo de lenguas. Estas tienen una base gramatical común y una variación fácil de seguir en el vocabulario fundamental; son habladas en vastas extensiones de Europa y Asia, desde las Islas Británicas hasta la India.

Un dialecto céltico que se difundió por Gran Bretaña es llamado el «britónico». Este nombre, indudablemente, derivó del nombre que se daba a sí misma la tribu que lo hablaba y que más tarde dio origen a la palabra «Bretaña». Al referirme a los habitantes celtas de la Isla, los llamaré «britanos».

Los invasores celtas de Irlanda hablaban otro dialecto céltico llamado «goidélico». La versión de esta palabra que sobrevive hoy es «gaélico».

Por la época en que los celtas habían llegado a dominar las Islas Británicas, alcanzaron el momento de su máximo poder en Europa. No sólo se habían apoderado de Britania y la Galia, sino también se habían expandido hacia el Oeste, a España, y al Este, hasta las regiones que hoy llamamos Polonia y Rumania.

Hasta atravesaron los Alpes e invadieron Italia. En 390 a. C., los galos (como los llamaban los romanos) tomaron la misma Roma. Sin duda, Roma sólo era una pequeña ciudad de Italia Central a la sazón. Aún no se había destacado en el mundo, y durante tres siglos y medio no había hecho más que combatir con ciudades vecinas tan oscuras como ella. Más tarde, los galos se marcharon y Roma se recuperó [*], pero la Italia Septentrional siguió siendo céltica durante varios siglos más.

Más de un siglo después, los galos hicieron correrías más al este y penetraron en los centros mismos de la civilización. En 279 a. C., penetraron en Grecia, matando y saqueando. Algunos grupos hasta cruzaron el mar Egeo y penetraron en la península de Asia Menor. Finalmente, fueron derrotados y se asentaron en la

[*] Véase mi libro *La República Romana,* Alianza Editorial, 1981.

región central de esta península. Esas regiones fueron llamadas «Galacia», o «tierra de los galos» [**].

Pero éste fue el momento culminante de los celtas. Sus enemigos se estaban agrupando, tanto desde las zonas civilizadas como desde las bárbaras.

Los romanos, después de recuperarse del saqueo de su ciudad por los galos, pasaron con sorprendente velocidad a imponer su dominación sobre partes cada vez mayores de Italia. En el 270 a. C., cuando los galos se asentaban en Galacia, Roma ya se había impuesto a toda la Italia al sur de la región céltica.

Ahora, los ejércitos romanos estaban demasiado bien organizados para que los galos, más primitivos, pudieran resistirlos. Por el 222 a. C., los romanos habían llegado a los Alpes y absorbido a las regiones célticas del norte de Italia.

Entre tanto, en la región que ahora llamamos Alemania del Norte y Escandinavia, había otro grupo de tribus que, no hablaba ninguno de los dialectos célticos. Su lengua también era indoeuropea, pero pertenecía a otro subgrupo. Eran los germanos.

Los celtas, en su expansión, no habían podido apoderarse de las tierras germánicas, pero las habían rodeado por todas partes. Pero a medida que pasó el tiempo, la presión demográfica obligó a las tribus germánicas a lanzarse hacia el Sur. Las líneas célticas al principio resistieron, pero la presión era demasiado fuerte.

Por el 100 a. C., los celtas de Europa Oriental estaban siendo superados y los germanos se habían desplazado al Oeste hasta el río Rin. Del otro lado del Rin, germanos y celtas se enfrentaron. La situación era particularmente difícil para los celtas por el hecho de que, en el Sur, el poder romano había absorbido casi todas las tierras mediterráneas.

Aun en este momento de crisis para los celtas, Britania permaneció a salvo. Como ocurrió a menudo en la historia de la Isla, los treinta y cinco kilómetros de extensión de mar abierto que forman el Paso de Calais fue como un enorme foso de castillo que mantuvo alejados **a** todos los enemigos ocasionales.

Claro que osados viajeros de las tierras civilizadas del Mediterráneo a veces visitaban Britania, por lo que ésta no se perdió enteramente de vista.

Una visita famosa tuvo lugar alrededor del 300 a. C. Fue la de Piteas de Massalia (la moderna Marsella).

Massalia fue el puesto avanzado más occidental de la civilización griega y mantuvo una continua rivalidad con la gran colonia fenicia de Cartago, en la costa africana septentrional. Los cartagineses habían navegado por el Atlántico, y finalmente Piteas, el más osado de los viajeros masalios, los siguió allí.

[**] Véase mi libro Los griegos, Alianza Editorial, 1981.

Piteas fue el primer griego que dejó atrás el Mediterráneo y, al parecer, exploró las costas noroccidentales de Europa con cierto detalle. Escribió un relato de sus viajes que, desgraciadamente, se ha perdido. Sólo los conocemos por referencias de autores posteriores, quienes, en su mayoría, no tomaron en serio a Piteas, sino que lo consideraron como el tipo de viajero que vuelve para asombrar a la gente ingenua de su patria con cuentos increíbles e imposibles de verificar.

En realidad, lo que sabemos de sus relatos a menudo parece muy exacto, en la medida de nuestro conocimiento. Aparentemente, visitó Britania y observó el hecho de que los britanos trillaban el trigo en graneros cerrados, y no al aire libre como en las tierras mediterráneas. Esto puede haber parecido extraño y hasta risible para los griegos lectores del relato de Piteas, pero era muy razonable. A fin de cuentas, el clima húmedo y lluvioso de Britania hacía que la trilla al aire libre fuese muy poco práctica. Piteas también mencionó el hábito britano de elaborar cerveza con cereales y de beber miel fermentada (hidromiel). También esto debe de haber sido una rareza interesante para los pueblos mediterráneos bebedores de vino.

Pero lo que nos ha llegado de los relatos de Piteas no nos dice nada sobre las organizaciones tribales de la Isla, ni sobre las personalidades ni sobre el gobierno, la religión o la sociedad.

Julio César

Aunque Britania se haya sentido segura en las décadas posteriores al 100 a. C., no puede haber permanecido indiferente ante los sucesos de la Galia.

Britania comerciaba libremente con la Galia. Ambas regiones estaban unidas por el lenguaje y las costumbres comunes, y mantenían la amistad porque la separación oceánica impedía a cada una inmiscuirse en el territorio de la otra. Cuando el cielo se oscureció para la Galia, las nubes también se cernieron sobre Britania.

El comienzo de los problemas en la Galia tuvieron origen en un jefe guerrero que había surgido entre los germanos, a quien los romanos llamaban Ariovisto. Unió una serie de tribus bajo su liderazgo y luego condujo su banda guerrera a la Galia en el 71 a. C. Durante una docena de años, su influencia se expandió, al derrotar una tras otra a las desunidas tribus galas.

Al principio, los romanos lo contemplaron como a un aliado. Consideraban a los galos como sus enemigos tradicionales (nunca habían perdonado a los galos el saqueo de Roma en 390 a. C.), y el enemigo de los enemigos de uno es un amigo. Pero Ariovisto tuvo demasiado éxito y, por consiguiente, la estimación de Roma por él rápidamente se enfrió.

Además, uno de los principales romanos de la época era Cayo Julio César. Este era un hombre de gran ambición que tenía todo lo necesario para gobernar los

vastos dominios romanos excepto una reputación militar y un ejército que le fuera leal. Esperaba obtenerlos, y para ello la Galia le pareció el lugar más adecuado.

En 58 a. C. condujo a las legiones romanas a la Galia, y aquí se reveló (bastante inesperadamente) como un jefe militar de primera clase. Derrotó a los galos, luego marchó contra Ariovisto, lo derrotó también, lo obligó a cruzar el Rin y luego lo cruzó él mismo en su persecución.

En el libro que escribió sobre estas campañas, César fue el primero en mencionar a los «druidas». Este era el nombre dado por los celtas a aquellos de los suyos que eran los depositarios del saber existente en su sociedad. Los celtas no tenían escritura, y los druidas conservaban las tradiciones orales de su pueblo poniéndolas en una rítmica poesía para memorizarlas más fácilmente. (La tradición poética de los druidas subsiste aún hoy entre los celtas que quedan en Europa, como los galeses y los irlandeses.)

Naturalmente, constituían un cuerpo sacerdotal, pues su saber y su comprensión de los movimientos de los cuerpos celestes les daba, a los ojos de la gente común, un conocimiento de cómo aplacar a los dioses y prever el futuro.

Los romanos más tarde suprimieron a los druidas, y por medios nada suaves, porque representaban las tradiciones nacionales de su pueblo y eran el centro de los movimientos antirromanos. Los romanos pensaron que no podrían mantener en calma las regiones célticas conquistadas ni romanizar adecuadamente a la población si no destruían a los druidas. Sostuvieron como excusa que el druidismo era excepcionalmente maligno, pues apelaba a la magia negra y a los sacrificios humanos.

Por obra de los escritos romanos sobre el tema, hoy concebimos el druidismo como una religión oscura y brutal, y muchos imaginan que Stonehenge fue erigido como altar en el cual poder practicar sus malvados ritos. Pero es muy probable que el druidismo no fuese peor que otras religiones primitivas; en cuanto a Stonehenge, fue construido mil años antes de que aparecieran los primeros druidas en Britania.

Y lo poco que sobrevivió a los romanos de la tradición druídica fue totalmente barrido después del advenimiento del cristianismo. Es así como no sabemos nada sobre el druidismo, excepto lo que nos han dicho sus enconados enemigos.

Las tribus britanas [*] no eran tan ciegas como para no darse cuenta de que César estaba conquistando la Galia, y esto era una tragedia para ellos, por varias razones. En primer lugar, el comercio galo podía ser desviado hacia el Sur, a Italia, lo cual empobrecería a Britania. En segundo lugar, un fuerte contingente romano apostado en la costa de enfrente del Canal de la Mancha sería una amenaza permanente para Britania. Por último, también deben de haber abrigado simpatías

[*] El adjetivo común sería «británicas, pero éste se refiere al reino moderno de Gran Bretaña, por lo que prefiero usar «britanas» para referirme a las tierras célticas de tiempos romanos.

hacia sus hermanos celtas sometidos a un opresor. (Es demasiado fácil olvidar que en la historia hay tanto motivaciones emocionales como económicas.)

Las tribus de Britania, desde su santuario del otro lado del Canal, hicieron todo lo posible para estimular la rebelión entre los galos conquistados, y enviaron toda la ayuda que pudieron. Así, cuando los vénetos (una tribu gala de lo que es hoy Bretaña) se rebelaron en 56 a. C., César halló pruebas claras de ayuda por parte de los britanos. César sofocó la revuelta, pero quedó fastidiado.

No estaba con ánimo de conducir una larga campaña del otro lado del Canal. Si los galos se levantaban a sus espaldas (como era muy probable que lo hicieran), podía tener problemas para volver a tiempo y hasta podía quedar aislado en una hostil y misteriosa isla. Pero dejar las cosas allí sin hacer nada habría sido estimular a las tribus de Britania a que siguieran creando problemas en la Galia indefinidamente.

Por ello, César planeó una rápida incursión, nada serio ni permanente. Sólo quería descargar un golpe sobre los britanos y enseñar a los insulares a mantener sus manos fuera del Continente.

En agosto del 55 a. C., transportó dos legiones (diez mil hombres) por el Paso de Calais y las hizo desembarcar en la costa de Kent, en el extremo sudoccidental de Britania. (El nombre de Kent proviene de **la** tribu britana de los «Cantii» que habitaba allí. Al menos *Cantii* es la versión romana del nombre. Canterbury, la más famosa de las ciudades de Kent, es «la ciudad de los *Can*tii».)

La incursión de César no tuvo en modo alguno éxito. Los guerreros britanos reaccionaron violentamente y les agitadas aguas pusieron en peligro la seguridad de los barcos romanos varados. Después de tres semanas, César tuvo que darse por satisfecho con llevar de vuelta s sus hombres a la Galia, con un embarazoso número de bajas, y sin muchos resultados.

La situación fue ahora peor que si César no hubiese hecho nada. Los britanos pensaron que habían derrotado al general romano y se mostraron más audaces que nunca en sus intervenciones en la Galia. César tenía que hacer un nuevo intento y, esta vez, pese a los riesgos, tenía que usar una fuerza suficientemente grande como para obtener resultados.

En 54 a. C., cruzó el Canal nuevamente, con una flota de ochocientos barcos y no menos de cinco legiones, incluyendo dos mil hombres de caballería. Los britanos no se atrevieron a impedir el desembarco de esa hueste sino que se retiraron, y César se afirmó en tierra.

César necesitaba luego internarse en el país y hacer capitular a un número de britanos suficiente corno para que los isleños no dudasen de que habían sido derrotados y de que con Roma no se jugaba. Los britanos lucharon con valentía, pero fueron rechazados, paso a paso, hasta el río Támesis, el mayor del sur de Britania.

El territorio situado inmediatamente al norte del Támesis estaba bajo el gobierno de un jefe tribal britano, Casivelauno, el primer isleño que se distinguió personalmente en la historia.

Casivelauno combatió resueltamente contra los romanos, practicando una política de tierra arrasada cuando se retiraba, y trató de persuadir a las tribus de Kent a que quemasen los barcos romanos. Pero su habilidad y su resolución no pudieron contra César, y finalmente se vio obligado a capitular.

Nuevamente, César volvió a la Galia. Esta vez había pasada la primavera y el verano en Britania. No dejó guarnición, de modo que los britanos eran tan libres como antes.

Pero dejó algo tras de sí: el nombre de Roma. César había logrado su propósito; había mostrado a los britanos lo que podían hacer las legiones y se habían visto obligados a inclinarse ante las águilas. Ahora no intervendrían en la Galia, o al menos lo harían en mucha menor medida.

Así fue. La Galia se romanizó rápidamente y se convirtió en una de las más agradables provincias romanas. La lengua y las leyes celtas fueron reemplazadas por las latinas, y Britania se halló ahora aislada del Continente no sólo por el Canal, sino también por un abismo cada vez mayor de diferencias culturales.

2. La Britania romana

La conquista romana

Sin embargo, lo que siguió inmediatamente a las invasiones de César no fue tan malo para Britania, si pasamos por alto los sentimientos nacionalistas. Los romanos establecieron en la Galia un gobierno ilustrado, y los galos estuvieron mucho mejor bajo los romanos que bajo su propio sistema tribal caótico.

Resultó que los britanos pudieron comerciar con la nueva Galia como habían comerciado con la antigua. Mejor aún, pudieron comerciar con mayores ventajas, pues las riquezas de la civilización ahora se volcaron sobre la Galia, y de aquí pasaron a Britania. De hecho, las tribus meridionales de Britania empezaron a adoptar una coloración romana y aparecieron inscripciones latinas en sus monedas.

La dificultad consistía en que la situación no podía seguir así. Los britanos se consideraban libres e independientes, pero los romanos pensaban que la segunda expedición de César había hecho de Britania una especie de protectorado romano y sentían siempre la tentación de ocupar la Isla.

Poco después de la muerte de César, Roma se convirtió en algo similar a una monarquía a cuya cabeza estaba el sobrino nieto de César, Augusto. Este asumió el título de «Imperator» («líder»), que en castellano ha dado «emperador», de modo que podemos hablar ahora del Imperio Romano [*].

Augusto tenía vagos planes para ocupar Britania, pero todavía había mucho que hacer para pacificar y reorganizar un ámbito romano que había sido desgarrado por quince años de guerra civil después de la conquista de la Galia por César. Además, había que luchar contra tribus germánicas que vivían al este de la Galia, y esto era mucho más urgente que ocuparse de una isla distante. Así, por una razón o por otra, Augusto nunca prestó atención a Britania. Ni tampoco su sucesor, Tiberio.

El tercer emperador, Calígula, sintió una tentación más seria a intervenir, gracias a un suceso de la política interna de los britanos.

El jefe más poderoso de la Britania Meridional durante este período era Cunobelino, quien había mantenido una cauta amistad con Roma y había formado una alianza con Augusto. (Una versión alternativa de su nombre es «Cimbelino». William Shakespeare escribió una obra de teatro con este nombre cuya acción transcurre en la Britania de este período, pero que es, desde luego, completamente ajena a la historia.)

Pero ningún gobernante, por cauto que sea, puede estar a salvo contra las intrigas en su propia casa. El hijo de Cunobelino, Adminio, se rebeló y fue derrotado y enviado al exilio. En el 40 d. C. [**], marchó a la Galia y luego hizo la oferta de

---

[*] Véase mi libro El *Imperio Romano,* Alianza Editorial, 1981.

ceder Britania a Roma si tropas romanas lo llevaban de vuelta a su tierra y lo colocaban en el trono. Aparentemente, se contentaba con ser un títere romano**.**

El emperador Calígula era un joven presumido que había sufrido algún género de colapso nervioso y se había vuelto peligrosamente loco. Halló divertido enviar un ejército a la costa septentrional de la Galia, pero no estaba realmente interesado en la ardua tarea de atravesar el mar y llevar a cabo una campaña en la Isla. El gesto vacío era suficiente para él.

Pero Cunobelino murió en el 43 y fue sucedido por dos hijos que eran mucho más antirromanos que su padre. Al menos los romanos dijeron que lo eran y hallaron un útil títere contra ellos en la persona de un cacique de Kent llamado Verica. Había vivido largo tiempo en Roma y había presentado un pedido oficial de ayuda. Esto dio a los romanos la ocasión para invadir Britania, con el pretexto de ayudar a un aliado. Bajo Claudio, el cuarto emperador de Roma, que había sucedido a Calígula en 41, empezó finalmente la conquista a gran escala de Britania.

En el mismo año de la muerte de Cunobelino, el general romano Aulo Plaucio y cuarenta mil hombres siguieron la vieja ruta de César de casi un siglo antes y desembarcaron en Kent. Rápidamente sometieron la región situada al sur del Támesis y mataron a uno de los hijos de Cunobelino, mientras el otro; Caractaco, seguía la lucha solo.

Los romanos tenían la intención de efectuar una verdadera ocupación, de modo que, después de vadear el río Támesis, establecieron un fuerte y una guarnición en el lugar. El fuerte se convirtió luego en una ciudad que los romanos llamaron *Londinium, y más* tarde *London* en inglés [*Londres* en español]. Es indudable que nadie, en el ejército romano, podía imaginar que llegaría un tiempo en que el fuerte llegaría a ser la ciudad más grande del mundo y gobernaría sobre territorios que serían tres o cuatro veces más grandes que el Imperio Romano en el momento de su mayor extensión.

El mismo Claudio hizo un viaje a Britania (fue el primer emperador romano que hizo aparición en la isla) para recibir la rendición de una cantidad de tribus.

Caractaco tuvo que abandonar su capital de Camulodunum a unos sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Londres. Camulodunum se convirtió entonces en la capital de la nueva provincia romana de Britania y fue más tarde llamada Colchester (de palabras latinas que significan «campamento colonial») [*].

[**] A los años posteriores al nacimiento de Jesús a menudo se les añade las iniciales d. C. («después de Cristo»), para distinguirlos de los años a. C. («antes de Cristo»). En este libro casi todas las fechas son d. C., por lo que prescindiré de dichas iniciales.

[*] En la leyenda posterior, se suponía que el «Viejo Rey Cole» de los cuentos de hadas había gobernado allí y que la ciudad había recibido su nombre de él, pero esto no es más que una leyenda.

Caractaco huyó a lo que es hoy el sur de Gales, pero finalmente fue capturado y enviado a Roma como prisionero. Su familia marchó con él y fue bien tratado, pues Claudio no era en modo alguno un mal emperador.

Lenta y laboriosamente, bajo una serie de generales, los romanos extendieron su dominación, asegurando cada región mediante el establecimiento de un fuerte con una guarnición de algunos cientos de legionarias.

Una labor de conquista siempre es apresurada y facilitada cuando el pueblo conquistado es bien tratado y si el hecho de su derrota no es mencionado con frecuencia. Pero a veces tal conducta ilustrada es demasiado pedir. Los soldados naturalmente detestan a un enemigo que, por el mismo carácter de su lucha en desventaja, debe recurrir principalmente a las trampas, las emboscadas y el terrorismo, y a menudo los soldados no pueden distinguir entre los nativos que se les resisten y los que son sus amigos.

Esto fue lo que sucedió en el 60, para mal de todos. Por entonces, la tribu de los *iceni* en la región situada inmediatamente al norte de la capital romana, Colchester, estaba bajo el gobierno de un jefe que era un humilde y leal vasallo de Roma. Murió ese mismo año sin dejar un heredero masculino; sólo dejó a dos hijas y a su reina, Boudica [**]. Antes de morir, había tomado la precaución de dejar parte de su riqueza al emperador Nerón, el sucesor de Claudio, con la esperanza de que así su familia recibiría buen trato y se permitiría a sus hijas gobernar su tierra.

El gobernador romano, sin embargo, consideró que esa tierra debía inmediatamente pasar a la dominación romana, puesto que no había heredero varón. Se adueñó de todas las propiedades y las hijas del viejo jefe, según relatos, fueron brutalmente maltratadas. Cuando la reina Boudica protestó, fue azotada.

Boudica, meditando sobre la injusticia que implicaba todo ello (y seguramente no podemos sino simpatizar con ella), esperó hasta que una buena parte del ejército romano estuvo lejos, en las montañas occidentales, sometiendo a las tribus de allí. Entonces incitó a sus propias tribus y a las circundantes a lanzarse a una feroz rebelión contra los romanos.

Los britanos rebeldes quemaron Colchester y destruyeron totalmente Londres, matando a todo romano que encontraban y a muchos de los britanos pro-romanos también. Informes romanos (posiblemente exagerados) hicieron elevar el número de los muertos a setenta mil.

Boudica, finalmente derrotada por el ejército romano, que había retornado, se suicidó, pero toda la estructura romana en Britania quedó sacudida hasta sus cimientos. La Isla que parecía pacificada evidentemente no lo estaba en absoluto, y fue menester rehacer toda la labor. La tarea fue aún más dificultada por el hecho de que el gobierno de Nerón terminó en el caos, y durante un tiempo la política interior romana iba a hacer imposible toda acción militar en gran escala.

[**] Es más conocida, pero menos exactamente, por las generaciones posteriores como Boadicea.

El límite septentrional

Roma se aquietó en el 69, cuando Vespasiano se adueñó del poder y se hizo proclamar emperador. Era un capaz general que había prestado servicios bajo Aulo Plaucio en 43, durante la campaña que estableció el poder rumano en Britania, de modo que conocía la Isla.

Pero sólo en el 77 se sintió suficientemente seguro en el Continente como para destinar un gran ejército a Britania. En ese año, envió allí a Cneo Julio Agripa. Era un general muy capaz, que también tenía experiencia de la Isla, pues había combatido en ella durante la rebelión de Boudica.

Agrícola halló a Britania bastante pacificada por entonces, pero trabajó para suavizar el camino hacia su romanización y para extender la dominación romana hacia el Norte. Conquistó toda la Britania Occidental y llegó al norte hasta el río Tay, en lo que es ahora Escocia Central.

Las únicas tribus no sometidas en toda la isla estaban en las montañas más septentrionales, la parte más pobre y menos apetecible del país. No era una región grande, y Agrícola conocía bien sus límites porque había enviado su flota en un viaje de circumnavegación de Britania.

Agrícola soñaba con completar la conquista de toda Britania y hasta de la vecina Irlanda, pero Domiciano, el hijo menor de Vespasiano que fue elegido emperador en 81, pensaba de otro modo. Conjeturó que las montañas septentrionales serían casi imposibles de someter (y la experiencia posterior demostró que tenía razón), y aunque fueran tomadas, Roma ganaría muy poco con el esfuerzo. Además, había problemas con los bárbaros en el Danubio que eran mucho más inmediatos e importantes.

Por ello, en 84 llamó a Agrícola cuando las montañas del Norte aún no habían sido conquistadas e inició una política estrictamente defensiva en la Isla.

Los miembros de las tribus del Norte eran llamados «caledonios» (y «Caledonia» sigue siendo un nombre poético del tercio septentrional de la Isla hasta hoy). Eran de raza pre-céltica, aunque por entonces había una considerable mezcla con los celtas.

Agrícola había derrotado a los caledonios en 84 en el Monte Graupio, lugar desconocido. Este nombre se deformó en el de «Grampio» , y ha dado origen al de los montes Grampianos, que se extendían en una curva de Este a Oeste a unos ciento diez kilómetros al norte de la moderna Edimburgo.

La derrota sólo hizo que los caledonios se escabulleran aún más profundamente en las montañas, y siguieron siendo una fuente de problemas periódicos para los romanos. Aunque las tres quintas partes meridionales de la Isla permanecían en calma, no menos de cuarenta mil soldados debían ser mantenidos en vigilancia en el Norte.

La lenta pero constante sangría de los romanos en el norte de Britania se hizo cada vez más difícil de soportar a medida que aumentaron los problemas para el Imperio en todas partes. Sin duda, el emperador Trajano había conducido grandes campañas en el Este, en los años inmediatamente posteriores al 100, y había ganado espectaculares victorias, añadiendo al Imperio considerables extensiones de territorios. Pero esto había sido una especie de última boqueada, y el ejército romano de Britania tuvo que ser reducido para poder enviar más hombres al Este. La tarea de rechazar a los caledonios se hizo más difícil que nunca.



El sucesor de Trajano, Adriano, visitó Britania en 122 para examinar personalmente la situación.

La política de Adriano fue la opuesta a la de Trajano. Era un hombre de paz y sólo deseaba establecer una frontera defendible que pudiera mantenerse intacta con mínimo esfuerzo.

Decidió, por tanto, fortificar la frontera de Britania del modo más directo posible. Construiría una muralla que cruzase la Isla, y para hacerlo con el mínimo esfuerzo, eligió un punto muy estrecho. Este punto corre a lo largo de una línea de Este a Oeste desde la actual ciudad de Carlisle hasta la moderna ciudad de Newcastle, una distancia de unos ciento veinte kilómetros. Esto significó una retirada estratégica de unos ciento sesenta kilómetros desde los límites extremos septentrionales de Agripa.

Esta fortificación, la «Muralla de Adriano», fue esencial, en verdad. Fue hecha de piedra, de dos a tres metros de ancho, cinco metros de alto y tenía delante un ancho foso. Tenía torres de observación esparcidas a lo largo y estaba reforzada por una línea de dieciséis fuertes.

Durante un tiempo, esta nueva estrategia tuvo mucho éxito. Los ataques caledonios cesaron y, detrás de la muralla, Britania experimentó una profunda paz. Las ciudades crecieron, y Londres, que se había convertido en el principal puerto y

centro comercial de la Isla, alcanzó una población de quince mil habitantes. Ocho mil kilómetros de caminos romanos se extendían desde Londres en todas direcciones y las clases superiores construían villas de estilo italiano, con baños y patios. (Los excavadores modernos han descubierto los restos de unas quinientas villas.)

Con el tiempo, los romanos se sintieron suficientemente confiados como para desear avanzar más al Norte, una vez más. Bajo el sucesor de Adriano, Antonino Pío, las legiones avanzaron nuevamente.

A unos ciento cincuenta kilómetros de la Muralla de Adriano, dos brazos opuestos del mar, el Estuario de Forth y el Estuario de Clyde penetran profundamente en la Isla. Entre ellos corre una extensión de tierra de cincuenta kilómetros desde lo que es ahora Glasgow hasta Edimburgo En 142*,* se construyó una nueva muralla a través de esta extensión (la «Muralla de Antonino»). No era en modo alguno tan sólida como la Muralla de Adriano, pues fue construida de tierra apisonada, no de piedra. Pero también tenía un foso delante y fuertes detrás.

Pero la Muralla de Antonino estaba demasiado lejos. No se la podía mantener fácilmente, y los caledonios pudieron perforarla y crear considerables problemas.

Más tarde, también, el asesinato del emperador Cómodo en *192* abrió un agitado período de guerras civiles en Roma, como el asesinato de Nerón un siglo y medie antes. Esta vez, la guerra civil fue mucho más larga y mucho peor, y Britania se vio directamente envuelta en ella.

El general al mando de las legiones de Britania, Décimo Clodio Albino, era uno de los que aspiraban al trono imperial. Condujo a gran parte de su ejército a la Galia, en un intento de imponer su pretensión, y allí fue enfrentado por Septimio Severo, otro general. Severo obtuvo el triunfo en 197 y se convirtió en emperador, pero en el ínterin los tramos septentrionales de la provincia de Britania (con su ejército en pos de una quimera en la Galia) habían caído en un completo caos. En el medio siglo transcurrido desde que fue construida la muralla de Antonino se descuidó el mantenimiento de la Muralla de Adriano, y ahora los caledonios hallaron poca dificultad horra atravesar ambas.

Severo y sus hijos se vieron obligados a conducir un ejército a Britania y a emprender aquí expediciones punitivas contra los caledonios, en *209.* El viejo general comprendió claramente que Roma debía limitar sus ambiciones. La Muralla de Antonino fue abandonada para siempre. Severo ordenó restaurar y reforzar la Muralla de Adriano, y la convirtió en la frontera definitiva.

Hecho esto, se retiró, agotado y enfermo, a Eboracum (la moderna York), y allí murió en el 211*.* Fue el primer emperador romano que murió en Britania.

El límite interior

Después de la época de Severo, los caledonios desaparecen de la historia. Los reemplazó un pueblo llamado los pictos. Este nombre parece derivar de una palabra latina que significa «pintado», y algunas historiadores creen que puede aludir al hábito de ese pueblo de pintarse o tatuar sus cuerpos. Pero esto es incierto. El nombre *picto* puede ser sencillamente el modo latino de pronunciar algún nombre nativo de significado desconocido. También puede ser que los pictos y los caledonios fueran en esencia los mismos racialmente, pero que una tribu haya reemplazado a la otra como tribu dominante y que el cambio de nombre fuese un resultado de ello.

Además, por entonces la parte septentrional de Britania fue invadida por tribus célticas de Irlanda. Los miembros de estas nuevas tribus fueron llamados «escotos» por los romanos, y de ellos deriva el nombre de la moderna Escocia.

La confusión reinante en el Norte aligeró las presiones sobre la Britania romana y le brindó casi un siglo de paz. Esta paz fue tanto más preciosa cuanto que el Imperio pasaba por un largo período de anarquía, con generales rivales desgarrando la trama del Imperio y bárbaros saqueando su periferia. El Canal salvó a Britania de pasar por esas penurias.

Esa parte de la isla que estaba bajo la dominación imperial parece haberse vuelto cada vez más romana. Tan romana parecía, en efecto, que siglos más tarde los insulares conservaban un oscuro recuerdo de que su tierra no sólo había estado bajo la dominación romana, sino que había sido romana de hecho. Los romanos habían tratado de vincularse con la superior cultura de Grecia inventando la leyenda de que descendían de Eneas, un héroe de la caída ciudad de Troya. Y en siglos posteriores, en Britania, mucho después de marcharse los romanos, surgió la leyenda de que un bisnieto de Eneas, llamado Bruto, huyó de Italia y llegó a Britania, que recibió su nombre de él. Fundó una' ciudad llamada «Nueva Troya», que luego se convirtió en Londres.

Esto es pura fantasía, desde luego, que surgía del recuerdo de los romanos y del deseo de atribuirse una ascendencia noble, y también de la mera coincidencia de que «Britania» es algo parecido en sonido al nombre romano común «Bruto».

Es importante recordar que, pese a las apariencias, la romanización de Britania realmente no fue total. En otras provincias célticas, como las de España y la Galia, la romanización fue completa. La lengua y la cultura célticas desaparecieron, y cuando en siglos posteriores los bárbaros germánicos destruyeron la estructura romana en Occidente, esas provincias occidentales se aferraron a lar costumbres romanas y la lengua latina durante largos siglos (Aún hoy, el francés y el español descienden claramente del latín, son ejemplos de «lenguas romances».)

Britania estaba más lejos de Roma y se hallaba separada de ella por el mar. Fue menos extensamente colonizada por los que no eran britanos. Más aún, tenía en sus bordes algo que no tenían España ni la Galia: una masa de celtas fanáticamente independientes, que mantenían su lengua y su tradición invioladas, y

cuya existencia misma debe haberles parecido un permanente reproche a los britanos nacionalistas.

No es sorprendente, pues, que la romanización se haya producido principalmente en las ciudades y entre las clases superiores. Las ciudades y las clases superiores son siempre las más notorias, pero más allá de ellas estaban el campo y el campesinado, y en ellos un mudo celtismo persistió como un límite interior indestructible al avance romano.

Hasta la religión probablemente sirvió a la resistencia céltica. Sin duda, el druidismo nativo declinó mientras se importaban los cultos romanos, como el mitraísmo de Persia y el culto de Isis y Serapis de Egipto. Pero una de esas religiones orientales era impopular entre las autoridades romanas y quizás haya atraído a algunos britanos por esta misma razón. Esa religión era el cristianismo.

Los orígenes del cristianismo en Britania se pierden completamente en la leyenda. Según los posteriores hacedores de leyendas, San Pablo y San Pedro visitaron Britania, pero podemos descartar esto de inmediato.

Una leyenda más elaborada es la concerniente a José de Arimatea, un rico judío amigo de Jesús. Su aparición en el relato del Nuevo Testamento se produce después de la crucifixión, cuando José pide permiso a Poncio Pilatos para quitar a Jesús de la cruz. Otorgado el permiso, José quitó el cuerpo, lo envolvió en finas ropas de hilo y lo depositó en su propia tumba.

Naturalmente, se multiplicaron las leyendas sobre la figura de ese hombre caritativo. Se suponía que había estado en prisión durante cuarenta y dos años y que durante ese tiempo fue mantenido vivo por la milagrosa influencia del Santo Grial. Esta era la copa de la que Jesús había bebido vino en la Ultima Cena y en la que José había depositado sangre de Jesús durante la crucifixión.

Más tarde, José fue puesto en libertad por el emperador Vespasiano y (siempre según la leyenda) llevó consigo no sólo el Santo Grial, sino también la lanza con que Jesús había sido herido en la cruz. En Britania, José fundó una abadía en Glastonbury e inició la conversión de los britanos.

Naturalmente, no hay nada de cierto en esta leyenda, que fue elaborada siglos después del tiempo en que se supone que ocurrieron los hechos por los monjes de la Abadía de Glastonbury. Pero no hay duda de que esta abadía es uno de los más antiguos centros de culto cristiano en Britania (si no el más antiguo), haya sido o no fundada por José de Arimatea. Es interesante que Glastonbury antaño el gran centro céltico, se haya abierto así al cristianismo, y es tentador suponer que esta religión extranjera, de la que se mofaban los romanos, fue otro modo que hallaron los celtas de mantener su resistencia contra la romanización.

La general inestabilidad romana que duró gran parte del siglo III llegó a su fin en 284, cuando fue elegido emperador un vigoroso general, Diocleciano. Decidió que, para poder soportar la carga del Imperio, debía haber dos emperadores, uno

en el Este y otro en el Oeste, y cada uno debía tener un ayudante destinado a ser su sucesor, llamado un «César».

El César del Oeste era Constancio Cloro. Una de sus tareas era adueñarse del poder en Britania, que por entonces había estado bajo el mando de un general disidente durante una década. Constancio Cloro llevó a cabo esa tarea en 297, y en lo sucesivo la Isla fue su sede de gobierno favorita.

Por la época del nombramiento de Constancio para el cargo de César, en 293, estaba casado con una mujer llamada Helena, a quien había conocido cuando era sirvienta en Asia Menor. Tuvo de ella un hijo, llamado Constantino. Pero una de las condiciones para la designación de Constancio era que se divorciase de Helena y se casase con la hijastra del emperador occidental, lo cual hizo.

Bajo su benigno gobierno, Britania fue feliz y se ahorró una prueba dura. En 303, Diocleciano fue inducido a lanzar la última y más penosa de las persecuciones que los cristianos sufrieron bajo los romanos. Por entonces los cristianos habían llegado a constituir casi la mitad de la población de las partes orientales del Imperio, y los paganos deben de haber pensado que era menester barrerlos ahora o de lo contrario se harían con el poder.

Pero en el Oeste los cristianos eran muchos menos, y en Britania no eran más de uno de cada diez de la población. Constancio Cloro, aunque no era cristiano, era un hombre tolerante e hizo que el edicto de Diocleciano contra los cristianos sencillamente fuese ignorado. No hubo persecución en Britania.

En parte por esto, Constancio fue recordado con simpatía por los posteriores habitantes de la Isla. Su primera mujer, Helena, posteriormente fue santificada y en su vejez (dice la leyenda) visitó Jerusalén y allí encontró la verdadera cruz en la que Jesús había sido crucificado. En Britania surgió la leyenda adicional de que había sido una princesa britana e hija nada menos que del mismo Viejo Rey Cole, una curiosa promoción para una sirvienta de Asia Menor.

Pese a la suavidad de Constancio Cloro, en su época se ubica el primer relato de martirios en Britania. Se refiere a un converso cristiano llamado Alban, nacido en Verulamium ciudad situada a unos treinta kilómetros al norte de Londres. Había sido un antiguo centro importante del poder romano y fue' una de las ciudades incendiadas en la revuelta de Boudica. Se supone que Alban fue martirizado durante la persecución de Diocleciano. Cerca de su tumba, en Verulamium, se construyó primero una iglesia y luego un monasterio, y alrededor de éstos se formó el núcleo de la moderna ciudad de Saint-Albans.

El cuento de Alban también es muy dudoso, pero pronto la cristiandad britana iba a aparecer a la luz indudable del día. En 314, se reunió un concilio de obispos en Arles, en el sur de la Galia, para dirimir una de las disputas doctrinales que por entonces excitaban a los Padres de la Iglesia. Los testimonios muestran claramente que Britania, a la sazón, estaba organizada en obispados, pues asistieron a la reunión no menos de tres obispos britanos, uno de Londres, otro de Lincoln y otro de York.

Los romanos se marchan.

En 305, Diocleciano y su co-emperador abdicaron. En la larga lucha por la sucesión, Constancio Cloro trató de intervenir, pero estaba mortalmente enfermo y, en 306, murió en York, como Septimio Severo casi un siglo antes.

El hijo de Constancio, Constantino, estaba en la corte imperial, donde se lo retenía cortésmente como rehén para asegurar la buena conducta de su padre. Pero logró escapar y llegar a Britania poco antes de la muerte de su padre. Las tropas romanas inmediatamente lo proclamaron emperador.

Volvió al Continente con un ejército, ganó victoria trae victoria y en 324 era el único emperador de todos los dominios romanos unidos. Por entonces había hecho del cristianismo la religión oficial del Imperio, y en 330 fundó una nueva capital, Constantinopla.

A lo largo del siglo IV, Roma declinó constantemente pero logró mantenerse gracias a un esfuerzo cada vez mayor contra los bárbaros germanos que, desde su base al este del Danubio, constantemente amenazaban al Imperio. Hasta Britania, relativamente segura ante invasiones continentales, estuvo expuesta a correrías de los pictos y los escotos, quienes se infiltraron a través de la Muralla de Adriano y, además, asolaron las costas por mar.

Roma despertó e hizo un último esfuerzo para estabilizar la situación en Britania. En 367, el emperador Valentiniano envió a su más capaz general, Teodosio, a Britania. Allí derrotó a los pictos, reorganizó a las fuerzas romanas y marchó triunfalmente a Londres. Durante su breve estancia en la Isla, Teodosio saneó la administración romana una vez más y luego se marchó para prestar servicio en otras partes. Fue ejecutado en África como resultado de una mezquina intriga, pero su hijo, otro Teodosio, se convirtió en emperador en 379. Fue el último gran emperador que gobernó sobre un Imperio Romano unido.

Después de la muerte del emperador Teodosio en 395, la parte occidental del Imperio inició su derrumbe final. Este empezó con una invasión de Italia por una banda guerrera germánica [*].

Los desesperados jefes romanos lograron derrotar a los primeros ejércitos que invadieron Italia, pera sólo a costa de llamar a legiones de las provincias, dejándolas inermes e indefensas ante otros invasores.

En 407, las legiones romanas de Britania (las últimas romanas organizadas que quedaban en Occidente fuera de Italia) embarcaron hacia la Galia. No obedeció esto tanto a un intento de salvar al Imperio como a un complot del general de esas legiones que quería aprovechar el caos para proclamarse emperador.

---

[*] Véase mi libro la *Alta Edad Media,* Alianza Editorial.

Fracasó en su intento, pero que tuviese éxito o fracaso era algo que para Britania importaba poco. Lo importante para la Isla fue que las tropas romanas abandonaron Britania y nunca retornarían. Cuatro siglos y medio después de que los primeros soldados romanos desembarcaran tempestuosamente en Kent bajo las banderas de Julio César, los últimos soldados romanos abandonaron Britania para siempre y por una innoble empresa.

Los britanos quedaron librados a sus propios recursos, rechazando a los pictos y los escotos lo mejor que podían. Región tras región fue devastada y el barniz romano fue borrado. Cuando los salvajes celtas se lanzaron sobre Britania, las viejas costumbres, nunca enteramente olvidadas, reaparecieron.

La lengua latina fue reemplazada nuevamente por el britónico. La civilización retrocedió y hasta el cristianismo se esfumó; Britania se convirtió otra vez en Britania, casi como si el largo episodio romano nunca hubiese existido.

3. La llegada de los sajones

La retirada céltica

Los detalles de la vuelta a la barbarie los hemos perdido. Con la desaparición de los romanos y la destrucción del barniz romano, no quedó ningún contemporáneo fiable que escribiese historia, nadie que pudiese aportar testimonios.

Pero debemos suponer que los pictos y los escotos no avanzaron hacia el Sur sin hallar oposición. Los britanos del Sur pueden haber vuelto a su herencia céltica, pero aun así lucharían por sus vidas y sus posesiones materiales, por su superior nivel de cultura y su mejor nivel de vida, contra los bárbaros del Norte.

No sabemos con certeza qué batallas se libraron, qué hechos se produjeron ni qué desastres se sufrieron. El mejor testimonio que tenemos es el material de un libro llamado «Excidio Britanniae» («La Ruina de Britania»), escrito alrededor de 550 por un sacerdote historiador llamado Gildas.

La exactitud de esa historia es bastante dudosa, pues parece haber sido escrita con fines moralizantes, es decir, demostrar que los malos son justamente castigados por sus pecados. (Esto tiene también su valor, pero no es el modo de escribir historia objetiva, pues se hace muy tentador deformar los hechos para destacar mejor la moraleja.) Además, algunas referencias históricas san claramente erróneas, por ejemplo, cuando Gildas afirma que tanto la Muralla de Adriano como la de Antonino fueron construidas alrededor del 400.

De todos modos, por si el relato sirve de algo, digamos que, según Gildas, alrededor del 450, los jefes britanos desesperaron de poder rechazar a los bárbaros del Norte. Pidieron ayuda al general romano Aecio, señalando que estaban atrapados entre los bárbaros pictos y el inhóspito océano, de modo que o los mataban los primeros o se ahogaban en el segundo. (Un caso antiguo de estar entre la espada y la pared.) Aecio no pudo enviar ninguna ayuda lo que no es de sorprender, pues aunque era casi el Último general competente que, los romanos tenían en Occidente, estaba muy ocupado, y más que ocupado, con los godos y los hunos.

Se supone que entonces un jefe britano llamado Vortigern se vio obligado a buscar en otra parte por pura desesperación. Puesto que en el Sur había fracasado, se volvió al Este.

Al este de Britania se abre el mar del Norte, de seiscientos cuarenta kilómetros de ancho. Del otro lado hay costas hoy ocupadas por las naciones de Dinamarca y Alemania Occidental. En el siglo V, había una tribu germánica que habitaba en la costa danesa y cuyos miembros se llamaban a sí mismo « jutos». La península que habitaban, que se extiende al Norte hacia las modernas Noruega y Suecia y constituye los principales territorios de Dinamarca, es aún hoy llamada Jutlandia. («Jylland» en danés.)

AL sur de los jutos, en la parte de la Alemania moderna que está inmediatamente al sur de Dinamarca (Schleswig), vivían los anglos, y al oeste de éstos, a lo largo de la actual línea costera de Alemania Occidental, vivían los sajones.

Fue a estas tribus germánicas a las que se supone que Vortigern pidió ayuda. En particular, apeló a los hermanos Hengist y Horsa, que gobernaban a los jutos. (Algunos piensan que, puesto que *Hengist y Horsa* significan «semental» y «caballo», respectivamente, puede considerarse como legendaria toda la historia, pero quizá no sea así. A menudo los nombres personales son extraños.)

Los jutos respondieron prontamente al llamado y en 456 desembarcaron en Kent. (El historiador Beda, un poco posterior, ubica este suceso decisivo en 449.) Había transcurrido exactamente medio siglo desde que los antiguos amos romanos abandonaran el país; ahora llegaron los nuevos amos germánicos, pues lo que siguió seguramente era lo que cabía esperar. Los extranjeros llamados en ayuda de una de las partes en una lucha interna invariablemente destruyen a ambos bandos y se hacen dueños de la situación. Esta es, quizá, la lección más clara que enseña la historia, la que se repite con mayor frecuencia y tal vez la que menos se aprende.

Lo que ocurrió, según la leyenda, fue que Vortigern convino en casarse con la hija de Hengist, Rowena, y se realizó una gran fiesta matrimonial para celebrarla amistad y la alianza de los dos pueblos. En la fiesta, se incitó a beber sin medida a los britanos y luego fueron muertos por los jutos, quienes se apoderaron de Kent.

No tardaron en seguirlos otras tribus germánicas. Een 477, una banda de sajones cruzó el Paso de Calais, dejó atrás el territorio de Kent de los jutos y desembarró en la costa meridional de Inglaterra. Allí crearon lo que sería el más meridional de tres reinos sajones, Sussex («sajones del sur»). Poco después, desembarcó otra banda aún más al oeste y fundaron Wessex («sajones del oeste») . Al norte de Kent se fundó Essex («sajones del este»). (Essex y Sussex aún subsisten como nombres de condados ingleses.)

Bastante más tarde, alrededor de 540, los anglos fundaron una serie de reinos al norte del Támesis. Desembarcaron primero en la tierra de los *iceni,* donde antaño Boudica había levantado la bandera de la rebelión, cuatro siglos antes. Allí fundaron el reino que sería llamado Anglia Oriental. Al oeste, se fundó luego Mercia, palabra relacionada con «marca», que significa «tierra fronteriza». Mercia fue durante largo tiempo la frontera con los britanos del oeste.

El límite septentrional de Mercia era el río Humber, un estuario que penetra profundamente en la costa oriental de Britania. AL norte del Humber estaba Deira, que constituye la parte oriental de lo que es ahora Yorkshire. Al norte de Deira estaba Bernicia, que se extendía hasta el Estuario de Firth, que penetra profundamente en la Escocia moderna.

De los tres grupos, los jutos, aunque fueron los primeros en llegar, eran aparentemente los más débiles. Su período de poder terminó poco después del 600, y Kent donde se habían establecido, conservó su viejo nombre, de modo que los jutos casi han sido olvidados.

Los anglos y los sajones conservaron la primacía y, en verdad, estaban estrechamente emparentados en lengua y costumbres, por lo que pueden ser considerados como un solo pueblo. Por esta razón, en tiempos modernos se inventó el término «anglosajón» para referirse a ellos. Pero ningún término compuesto semejante se usó en su época.

Los cuatro reinos anglos eran mayores que los restantes y al principio los dominaron. Por la época en que los nuevos amos de la Isla se hicieron conocidos en las tierras continentales, se destacaban esos reinos anglos, por lo que en los escritos continentales se hace referencia a «la tierra de los anglos» [*the «land of the angles»,* en inglés]. Esto se convirtió en «Ingla-terra» [*Angle-land,* en inglés, o, en su forma moderna, *England*].

Este fue el nombre aplicado a la tierra de los anglos y los sajones, y éstos se llamaban a sí mismos «ingleses». Pero no usaré la voz «inglés» para referirme a los nuevos amos germánicos de la Isla, pues tiene estrechas asociaciones con una época posterior, cuando una nueva invasión alteró aún más la cultura de la Isla.

Para mantener el aroma particular de este período particular de la historia de la Isla, llamaré a los pueblos germánicos «sajones», y aplicaré el término también a los anglos y los jutos.

Esto es justificable, primero, porque antes de que se produjese la siguiente invasión, uno de los reinos sajones iba a dominar la Isla. Segundo, porque los britanos del oeste usaban la palabra «sajón» para aludir a sus enemigos germánicos, quizá porque libraron sus principales batallas contra los hombres de Wessex. Encontramos el término en las leyendas célticas, todavía populares, que contienen relatos sobre este período de la historia.

El nombre de «Inglaterra», claro está, sólo es aplicable a aquellas partes de la Isla que fueron dominadas por los anglos, los sajones y los jutos. Los dos quintos septentrionales de la Isla siguieron siendo en gran medida célticos (si bien con una considerable infiltración desde el sur) hasta tiempos modernos y formaron el Reino de Escocia. Hasta el día de hoy, a los escoceses los enfurece que se llame «Inglaterra» a toda la Isla. La Isla es Gran Bretaña, y sólo la parte meridional es Inglaterra. (La palabra escocesa para designar a los hombres del reino meridional es «Sassenachs», que es una variante de la vos «sajón».)

Los britanos, pues, como recompensa por su pedido de ayuda (si. es que en verdad hicieron tal pedido) se hallaron ahora combatiendo contra un enemigo aún más fiero y peligroso que el que habían tenido que enfrentar antes.

Se retiraron hacia el Oeste lentamente, luchando contra los sajones encarnizadamente paso a paso, como cuatro siglos antes se habían retirado hacia el

Norte ante los romanos. Por lo general, los britanos sufrieron derrota tras derrota, aunque siguieron combatiendo indómitamente. Pero al menos una vez obtuvieron una importante victoria.

Gildas describe una gran batalla, librada alrededor del 500, en un lugar llamado Monte Badon. No se conoce su ubicación exacta, pero dondequiera que estuviese (probablemente a lo largo de los tramos superiores del río Támesis los britanos lograron una aplastante victoria y tuvieron un respiro durante una generación.

Según Gildas, el jefe britano era un tal Ambrosio Aureliano quien, por su nombre, tal vez fuese un britano romanizado Ambrosio debe de haberse convertido de inmediato en un héroe britano y su recuerdo se hizo cada vez más brillante a medida que se repetía el relato de su hazaña. Un autor britano posterior, Nennius, que vivió por el 800, reprodujo este antiguo y glorioso relato.

En la versión de Nennius, que naturalmente estaba aún más lejos de la realidad que la de Gildas, Ambrosio es convertido en un mago sirviente de Vortigern que lo ayuda a enfrentarse con los sajones. Al frente de las fuerzas britanas había un tal Arturo, que libró doce batallas contra los sajones, la última de las cuales fue la de Monte Badon, y las ganó todas.

De esto y de otras exageraciones e invenciones románticas surgieron las grandes leyendas concernientes al rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda, cuentos que han cautivado nuestra imaginación hasta hoy y cuya última versión popular es la comedia musical «Camelot» *.

Pero más tarde, y pese al fracaso de Monte Badon, los sajones reiniciaron su avance. En 577, los sajones llegaron al Canal de Bristol y dividieron a los celtas en dos partes.

La península montañosa situada al norte fue llamada «Wealhas» por los sajones. Ese término significaba «tierra de los extranjeros» y ha llegado hasta nosotros en la forme de *Wales* [Gales], en inglés. Sus habitantes son los *Welsh* [galeses]. Parece injusto usar este nombre, ya que a la sazón los extranjeros eran los sajones, no los galeses, pero es demasiado tarde para modificar esto. Los galeses se llaman a sí mismos «Cymri», nombre relacionado con el pueblo címrico, que estaba estrechamente emparentado con la tribu britana.

Al sur del Canal de Bristol había una región llamada «Cornwealhas» por los sajones, nombre que significaba «los extranjeros del promontorio». Esto ha dado «Corn-wall» en inglés [Cornualles, en español]. (A veces, en épocas anteriores, Cornualles fue llamado «Gales Occidental», y el mismo Gales, «Gales del Norte».)

* Camelot es la capital legendaria del reino de Arturo. Su ubicación se desconoce porque tal vez nunca existió. Los monjes creadores de leyendas de Glastonbury, siempre fascinados por el pasado céltico, situaban a Camelot en Cadbury Hill, a sólo unos veinte kilómetros de la abadía. Esto quizás haya sido una manera de crear un centro de peregrinación para beneficio financiero de la abadía.

Otros britanos atravesaron el Canal de la Mancha [*English Channel,* en inglés] hacia la Galia noroccidental, donde la península antaño llamada la Armórica se convirtió en «Bretaña».

En Cornualles, la posición fue debilitándose. Poco a poco, los celtas fueron. obligados a retroceder al rincón sudeste, hasta que en 950 cayeron totalmente bajo la dominación sajona. El dialecto córnico de la antigua lengua britónica resistió durante siglos, pero en 1800 el córnico estaba extinguido.

El mismo Gales es otra historia. Resistió contra los ingleses durante siglos, y hasta cuando se vio obligado a someterse no renunció completamente a su cultura nacional. Hasta el día de hoy, Gales, con una superficie cercana a la de Massachusetts, pero con sólo la mitad de la población de este estado americano, conserva su cultura distintiva. La lengua galesa aún es hablada por más de medio millón de personas (aunque parece estar declinando).

Por esta razón, Gales no puede ser considerado parte de Inglaterra. Si nos referimos a toda la región situada al sur de la frontera escocesa, la expresión apropiada sería «Inglaterra y Gales».

Para resumir, pues: en los siglos V y VI, la isla de Britania sufrió una experiencia única entre las antiguas provincias romanas. En otras partes, los invasores germánicos no desplazaron a la anterior población, sino que se asentaron en medio de ella como una minoría dominante. Como minoría, gradualmente aceptaron la lengua y, al menos, una forma de la religión de los conquistados.

No fue así en el caso de la invasión sajona de Britania. En esta isla, la anterior población fue desarraigada totalmente o esclavizada y sus miembros convertidos en sajones. En las partes de la Isla dominadas por los sajones, la vieja lengua desapareció completamente. Los únicos vestigios de la lengua céltica en Inglaterra son algunos nombres de lugar: Kent, Devon, York, Londres, Támesis, Avon y Exeter provienen del celta. Cumberland, en el noroeste de Inglaterra, es la «tierra de los *cimri*».

Aparte de estos nombres, la nueva lengua dominante en Inglaterra era una lengua totalmente germánica. Esta lengua ha sido llamada el «anglosajón», pero al parecer se prefiere ahora el término rival «inglés antiguo». Además, los sajones conservaron sus creencias paganas, y el **cris**tianismo se extinguió completamente.

De todas las provincias romanas, sólo Britania fue completamente germanizada y descristianizada.

Los sacerdotes celtas

Pero Gran Bretaña sólo es la mayor de las dos islas principales que constituyen las Islas Británicas. ¿Qué ocurrió con Irlanda?

Irlanda siguió siendo enteramente céltica, más totalmente céltica de lo que podía ser Britania, pues en Irlanda nunca hubo legiones romanas.

Pero si los soldados romanos no cruzaron el mar de Irlanda, los sacerdotes romanos sí lo hicieron. Ocurrió así...

Poco después de que los soldados romanos abandonasen Britania, un teólogo britano llamado Pelagio expuso una concepción del cristianismo que fue considerada herética por muchas cabezas del pensamiento cristiano del Continente. Como las ideas pelagianas se difundieron por Britania, la Iglesia juzgó necesario emprender una acción.

En 429, el papa Celestino I envió al obispo Germano de Auxerre (ciudad de la Galia situada a ciento treinta kilómetros al sudeste de París) a Britania para combatir la herejía. En el curso de su traslado, hizo un breve viaje a Irlanda, donde predicó el Evangelio, y luego pasó al norte de Britania, donde murió.

La breve estancia de Germano en Irlanda no obtuvo ningún resultado directamente, pero preparó el terreno, Irlanda había atraído la atención de los cristianos y pronto se envió a un misionero de mayor envergadura.

Ese misionero era Patricio (nombre romano que significa «noble»), más conocido para la gente de habla inglesa por la versión abreviada de «Patrick». Se convirtió en el venerado San Patricio de la tradición irlandesa, el santo patrono de Irlanda.

La vida de San Patricio está oscurecida por la leyenda, pero la versión habitualmente aceptada es que nació alrededor del 385 en algún lugar de Britania aún no identificado. Este hecho se utiliza a veces como broma paro irritar a los irlandeses. San Patricio, les dicen, era un inglés.

Claro está que no es así. Para ser un inglés San Patricio tenía que haber sido un sajón, y él nació dos generaciones antes de que las primeros invasores germánicos desembarcasen en Kent. Era un britano, tan celta como cualquier irlandés.

Se cree que, cuando era todavía un adolescente, fue capturado por atacantes provenientes de Irlanda y llevado como esclavo a esta tierra. Después de unos años de esclavitud, logró escapar en barco a la Galia, donde, ¡ay! , las tribus germánicas estaban saqueando a su antojo de un extremo a otro de la provincia.

Patricio recibió educación en la Galia central, bajo el obispo Germano. Después de que éste hiciera su breve excursión a Irlanda, Patricio fue enviado allí, en 432, paro realizar un nuevo intento.

En Irlanda del Norte, Patricio logró conversiones y organizó iglesias. Es probable que sus éxitos fuesen modestos. Después de todo, ¿qué podía hacer un solo misionero, por dotado que fuese, en un país pagano y sin ley? Sin embargo, leyendas posteriores agrandaron sus realizaciones hasta convertirlas en la heroica

conversión por un solo hombre de toda la Isla. Se cree que murió el 17 de marzo de 461, y este día ha sido celebrado desde entonces como el «Día de San Patricio».

En el siglo siguiente a la muerte de San Patricio, el cristianismo continuó difundiéndose en Irlanda y empezó a adquirir un tinte distintivo. La ocupación sajona del este y el sur de Britania interponía una barrera pagana entre Irlanda (junto con lo que quedaba de la Britania céltica) y la cristiandad continental.

Por ello, el cristianismo céltico se desarrolló a su manera e introdujo una cantidad de diferencias que hoy nos parecen triviales, pero de inmensa importancia para el pensamiento de la época. Para citar las dos diferencias mencionadas más frecuentemente, los irlandeses afeitaban la cabeza de sus monjes de modo diferente del de los cristianos continentales, y calculaban la fecha de la pascua según un sistema propio.

Así, surgió en el siglo VI una «Iglesia Céltica» distintiva. En algunos aspectos, los celtas eran más afortunados que la Iglesia Romana de la época. La parte occidental del Continente Europeo se estaba hundiendo en una oscuridad abismal a causa de nuevas invasiones de tribus germánicas, como los francos y los lombardos. El saber casi desapareció en la Galia y España, y aun en Italia decayó.

Pero Irlanda estaba segura contra todas las tribus germánicas, hasta contra los sajones. Durante tres siglos después de la muerte de San Patricio, hombres sabios pudieron trabajar en paz, copiando libros, estudiando e interpretando las Escrituras y, en general, manteniendo vivo el saber. Los sacerdotes irlandeses hasta lograron aprender griego de algún modo y, durante varios siglos, fueron los únicos occidentales que tenían conocimiento de esta antigua lengua. Fue la edad dorada de Irlanda.

Los irlandeses, como nunca estuvieron bajo el dominio imperial romano, no crearon los obispados que se habían formado en la Iglesia continental a imitación de la administración secular romana. En cambio, el clero irlandés vivió en comunidades y creó monasterios, de manera que sus líderes religiosos eran abades, no obispos.

En 521, nació Columba en lo que es ahora condado de Donegal, en el norte de Irlanda. Fue un monje celta, el más grande de todos, y bajo su guía la Iglesia Céltica inició una vigorosa acción misional. Fundó iglesias y monasterios en cantidades considerables, y, en 563, con doce discípulos levantó una iglesia y un monasterio en Iona, diminuta isla de no más de dieciséis kilómetros cuadrados, situada frente a la costa occidental de Escocia.

Iona se convirtió en el centro inspirador de la Iglesia Céltica. Usándola como base desde la cual penetrar en las partes septentrionales de Britania, Columba empezó a convertir al cristianismo a los salvajes pictos. (Se cree que por entonces, un misionero cristiano llamado David, de cuya vida no se sabe prácticamente nada, revitalizó el decaído cristianismo de los britanos de Gales. David es todavía el santo patrono de Gales.)

Columba fue sucedido por otro vigoroso misionero celta de éxito, Columbano, nacido en 543 en Leinster, en el sur de Irlanda. Columba había convertido a celtas, pero Columbano aspiraba a campos de acción más vastos. En 590, dejó Irlanda por la Galia, donde dominaban los salvajes francos (que sin embargo eran buenos miembros de la Iglesia Romana), y donde el mismo nombre de Galia», por consiguiente, iba o ser reemplazado por el de «Francia.

Una vez en Francia, Columbano empezó a crear monasterios en todos los lugares adonde fue y a difundir las doctrinas de la Iglesia Céltica.

Pero en el Continente Columbano halló dificultades. En el siglo VI, Benito de Nursia había fundado monasterios en Italia, y por el tiempo en que Columbano vagaba por el Continente, esos monasterios benedictinos se estaban expandiendo por Europa Occidental de manera floreciente.

Al seguir las doctrinas romanas, los monasterios benedictinos llevaban ventaja, pues estaban rígidamente organizados y disciplinados, mientras que los monasterios célticos estaban descentralizados.

En 590, el mismo año en que Columbano inició su penetración en el Continente, fue elegido un nuevo papa Gregorio I, el Grande. También había sido monje benedictino, y como papa usó a los monjes en su administración. Hizo llevar todo el peso del papado sobre los benedictinos, por lo que el intento de un solo hombre, Columbano, tenía que fracasar.

Una asamblea de obispos condenó a Columbano en los puntos doctrinales disputados, y Columbano tuvo que iniciar una discusión en retirada que duraría años y que iba a perder. Finalmente, se vio obligado a marchar a Italia, donde fundó otro monasterio disidente, y luego murió, en 615.

Después de esto, la Iglesia Céltica quedó limitada a los celtas y no pudo hacer pie en el Continente. Para expandirse, tendría que hacerlo a expensas del paganismo.

Evidentemente, el campo más cercano para esa expansión lo ofrecerían los sajones paganos, pero ocurrió que la Iglesia Romana también estaba interesada en ellos.

Un misionero del sur

El acontecimiento decisivo con respecto a la cristianización de Inglaterra se produjo en Roma, pero tuvo sus comienzos en el norte de Inglaterra. A mediados del siglo VI, surgieron los dos reinos anglos de Deira y Bernicia. En aquellos tiempos revueltos, las guerras continuas aseguraban un constante suministro de cautivos que podían ser vendidos provechosamente como esclavos. (En verdad, en los tiempos anglosajones, la gran mercancía de exportación de Inglaterra era justamente ésa: los esclavos.)

En el decenio de 590-600, mientras Gregorio I era papa, varios jóvenes de Deira habían sido llevados a Roma y puestos en venta aquí. El Papa pasó por el lugar y los vio. Sorprendido por su tez rosada y sus largos cabellos rubios, Gregorio se detuvo y quiso saber de qué nación eran.

—Son anglos —le dijeron.

—No anglos, sino ángeles —dijo, con un juego de palabras que es igualmente válido en el latín que él hablaba y en el castellano actual.

Al enterarse de que los anglos eran paganos y deseando la salvación de una raza tan bella, Gregorio hizo planes para enviar un misionero a Inglaterra. Para tal fin eligió a Agustín, un monje de un monasterio romano, y lo envió al Norte.

Agustín no fue a Deira, la tierra de los jóvenes esclavos. En cambio, fue a Kent, la parte de Inglaterra más cercana al Continente y lugar donde, en todo caso, la situación parecía más promisoria.

Kent era la región donde habían desembarcado las primeras tribus germánicas. Estas la ocupaban ya desde hacía un siglo, por la época de la llegada de Agustín, y era a la sazón la parte más próspera de Inglaterra. Al oeste de Kent, los reinos sajones luchaban contra los galeses, y al norte de Kent los reinos anglos combatían contra los escotos. Kent, por el momento, gozaba de paz.

El primer rey de Kent que se destaca con relativa claridad Ethelberto [*], quien llegó al trono en 560. Era un pagano, pero no podía ignorar la existencia del cristianismo. Debía de haber esclavos britanos en el Reino, y algunos de éstos quizá fueran cristianos. Aquí y allá se encontraba misioneros celtas en Inglaterra.

Pero la Iglesia Céltica se hallaba en desventaja en Kent. De todas las partes de Inglaterra, era la más alejada de los centros célticos de Irlanda e Iona, y la más cercana a los centros romanos de Francia. En 584, Ethelberto se casó con una princesa franca, y ella era católica, Ethelberto le permitió practicar su religión y llevó sacerdotes al país. Siguió siendo pagano, pero, ciertamente, después de eso el cristianismo ya no podía ser algo extraño para él.

Luego, en 597, Agustín, el misionero del Sur, desembarcó en Kent con un grupo en el que habla cuarenta monjes. También llevaba consigo una carta del papa Gregorio dirigida a Ethelberto como «Rey de los Anglos». Este título fue usado, quizá, por influencia de los esclavos anglos que tanto habían impresionado al Papa. Sea como fuere, sentó el precedente para el hábito continental de hablar de la región como «Angle-land» [«tierra de los anglos»], de donde proviene la voz inglesa «England» [Inglaterra]. Si Gregorio hubiese visto esclavos de los reinos sajones, ¿llamaríamos hoy «Saxland» a la tierra de Shakespeare y Churchill?

---

[*] Los diversos nombres sajones a menudo eran escritos con una «Ae» inicial, por ejemplo, *Aethelbert.* Para nosotros, los nombre son más simples si reemplazamos la «Ae» por una «E» o una «A», según corresponda mejor a la pronunciación, y así lo haré en este libro. El prefijo «Ethel», dicho sea de *paso,* significa «noble».

Ethelberto recibió a los misioneros cortésmente, pero con cautela. AL principio, insistió en que Agustín predicase al aire libre, donde la posiblemente peligrosa magia cristiana se diluiría. Luego, puesto que no parecía tener malos efectos, permitió al grupo usar la iglesia que había estado a disposición de la reina de Kent y sus sacerdotes.

Agustín fundó un monasterio en la capital de Ethelberto, Canterbury. En 601, el papa Gregorio nombró e Agustín obispo y jefe de la iglesia en toda Inglaterra. Así, Agustín fue el primer «arzobispo de Canterbury», y desde entonces hasta hoy el arzobispo de Canterbury ha sido considerado el eclesiástico más importante de Inglaterra.

Finalmente, el mismo Ethelberto se convirtió. Este fue un hecho importante, pues el poder de Ethelberto se extendía más allá de Kent, a las regiones vecinas de Essex y Anglia Oriental. Bajo su protección, pues, Agustín pudo difundir sus doctrinas mucho más lejos. Cuando Agustín murió, en 607, la forma romana del cristianismo se había implantado firmemente en el sudeste de Inglaterra. Se nombraron obispos en Rochester, Kent Occidental y Londres, así como en Canterbury.

El largo reinado de Ethelberto (gobernó durante más de medio siglo, de 560 a 616) fue un período de estabilidad que contribuyó al progreso del cristianismo. Lo mismo el firme intento de Ethelberto de establecer una sociedad ordenada. Publicó un código escrito de leyes, por ejemplo, el primero que hubo en Inglaterra. El código fue útil porque brindó una serie cuidadosamente estipulada de multas por delitos que incluían hasta el asesinato. Esto reemplazó al azaroso sistema de la venganza, por el cual una persona perjudicada hacía todo el daño que podía, exponiéndose así a una nueva venganza y dando origen a las sangrientas querellas que hacen tanto mal a la estructura social de sociedades primitiva.

Fuera del dominio de Ethelberto, aun en el momento de su mayor amplitud, estaba el reino sajón de Wessex, al oeste, y los reinos anglos de Deira y Bernicia al norte. Deira (de donde provenían los jóvenes esclavos tan admirados por Gregorio) tuvo su primer gran rey en un jefe llamado Elli.

Elli llegó al poder alrededor de 560 y reinó con buenos resultados durante toda una generación. Bajo su gobierno, Deira ensanchó sus territorios. En 586 envió colonos que penetraron en las partes centrales de Gran Bretaña y formaron Mercia, que pronto se independizó de Deira.

En 593 murió Elli, y Ethelfrith, que entonces gobernaba Bernicia, rápidamente invadió Deira y se apoderó del Reino. Pero Elli tenía un hijo, llamado Eduino, quien logró salir de Deira a tiempo. Buscó refugio en el reino hermano de Anglia Oriental.

Ethelfrith fue un gobernante de éxito, que derrotó a los escotos y los galeses hábilmente, pero nunca pudo sentirse seguro mientras Eduino, el «rey legítimo» de Deira, permaneció en libertad.

Redwald, rey de Anglia Oriental, sufrió presiones por ambas partes. Eduino hizo lo que pudo para que le diese su apoyo a fin de avanzar hacia el Norte, mientras Ethelfrith le ofrecía sobornos y lanzaba amenazas para obligarlo a que le entregase a Eduino.

Mientras Ethelberto de Kent vivió, las cosas quedaron como estaban. Su influencia era pacífica y ejercía gran poder sobre Anglia Oriental. Pero en 616 Ethelberto murió y con él terminó la supremacía de Kent, que nunca volvería a tener.

El vacío dejado por la muerte de Ethelberto, al parecer, inspiró a Redwald ambiciosos sueños. De pronto sintió ansias de volar por sí solo y, mediante un audaz golpe, aprovechar la oportunidad, que acababa de presentarse, de obtener la supremacía sobre toda Inglaterra.

En cuanto a Ethelfrith, la muerte de Ethelberto le permitió desplazarse hacia el Sur, en 617.

Pero la suerte estaba contra él. Apelando a la velocidad y la sorpresa, se lanzó hacia el Sur con una pequeña fuerza, pero se encontró con Redwald, a punto de marchar hacia el Norte por su cuenta, y tuvo que enfrentarse con todo el ejército de Anglia Oriental.

Ethelfrith se percató de la superioridad numérica del enemigo demasiado tarde para una retirada segura. En vez de rendirse, presentó batalla a orillas del río Idle, que corría entre los dos reinos. Ganó Anglia Oriental, por supuesto, y Ethelfrith fue muerto.

La victoria de Anglia Oriental puso a Eduino en el trono de Deira y Bernicia, y los dos reinos permanecieron unidos en lo sucesivo. Como todo este doble reino estaba al norte del río Humber, fue llamado «Northumbria».

Si Redwald esperaba que su victoria haría de él el poder dominante de Inglaterra y Eduino sólo seria su títere, estaba equivocado: Eduino era un gobernante fuerte, como lo había sido su enemigo Ethelfrith. Derrotó a los galeses, extendió su dominio al oeste y, bajo su gobierno, Northumbria pronto llegó a ser el más vigoroso de todos los reinos de la Britania Germánica. (Este periodo de dominación de las naciones anglas después de la muerte de Ethelberto de Kent confirmó el hábito continental de hablar de la «tierra de los anglos» [*Angleland*] *y le* dio sentido. El nombre de «England» [Inglaterra] quedó establecido definitivamente esta vez.)

En 625, Eduino demostró la nueva importancia de Northumbria casándose con Ethelberga de Kent, hija del gran Ethelberto. Ethelberga era cristiana y llevó con ella a un anciano sacerdote, Paulino, quien había trabajado con Agustín en sus labores misionales en Kent. Nuevamente, presenciamos los esfuerzos de una reina cristiana para convertir a su marido pagano. (Entre los jefes germánicos, esto ocurrió muchas veces, en la primitiva historia cristiana; las doctrinas de la Iglesia,

en un comienzo, tenían mucho más atractivo para las mujeres que para los hombres.)

Eduino fue convencido, no tanto, quizá, por los argumentos de su mujer y de Paulino, como por una serie de otros sucesos.

De los reinos sajones situados al sur, el menos deseoso de admitir la supremacía septentrional era Wessex. El gobernante de Wessex decidió demostrarlo concertando una conjura para asesinar a Eduino. Envió un embajador a Northumbria que, además del habitual discurso cortés llevaba consigo un puñal envenenado. Mientras pronunciaba su mensaje a Eduino, sacó el puñal y dio un salto Sólo la rápida acción de un funcionario de Northumbria que interpuso su cuerpo y perdió la vida, salvó a Eduino.

Naturalmente, Paulino inmediatamente afirmó que el dios de los cristianos le había salvado la vida para proteger a su reina cristiana. Eduino, impresionado, prometió convertirse si derrotaba a Wessex (con el cual, después del intento de asesinato, obviamente estaba en guerra) y volvía sano y salvo. Así ocurrió, y en 627 él y los nobles principales aceptaron la conversión.

El cristianismo en su forma romana, después de establecerse firmemente en el Sur, ahora se estableció el Norte. La capital de Eduino, York, donde fue bautizado, (y donde Septimio Severo y Constancio Cloro habían muerto siglos antes) fue convertida en sede de un obispado y Paulino fue su primer obispo. En todos los siglos siguientes, el arzobispo de York fue la segunda autoridad eclesiástica de Inglaterra, y sólo el arzobispo de Canterbury fue superior a él.

Ahora Eduino era el gobernante más poderoso que había tenido Inglaterra, y gobernaba el más extenso territorio. Lejos en el Norte, construyó un castillo en el Estuario de Forth para custodiar su frontera septentrional contra los escotos. Según la tradición, alrededor del castillo se formó una ciudad conocida luego como Edimburgo («la ciudad de Eduino»).

La segunda conquista romana

Pero no todo era color de rosa en Inglaterra. El cristianismo estaba implantado en el Norte y en el Sur, pero en el medio había una gran extensión pagana. Era Mercia, la antigua colonia de Deira que era ahora un poderoso reino independiente, bajo el gobierno de un demoníaco jefe llamado Penda.

Penda era un personaje curioso. Era un ardiente pagano y despreciaba al cristianismo; sin embargo, no hizo ningún esfuerzo para impedir que misioneros cristianos actuasen en su reino. AL parecer, pensaba que un verdadero hombre sería inmune al cristianismo y cualquiera que lo adoptase era un individuo sin carácter que no merecía ser salvado. Además, parecía gustar de las batallas por sí mismas y no hacía muchos esfuerzos para sacarles provecho haciendo conquistas. Matanzas ocasionales eran todo lo que necesitaba; nada más.



le pareció una buena razón para una obre Mercia en 686, un año después diato. Tampoco vaciló en formar una

a galés y estaba ansioso por retribuir ntes habían infligido a los galeses. Si un «sajón», esto era secundario. En ntase la intensidad de una batalla.

eld, a cincuenta kilómetros al sur de sí llegó a su fin su reinado de quince

ó la devastación sistemática de país deben haber convencido a la era un error y que los viejos dioses dad. Paulino y su gente tuvieron que paganismo borrando seis años de

e. Cuando Ethelfrith usurpó el reino lo refugio en el sur. Cuando Eduino on refugio en el norte.

Uno de esos hijos, Osvaldo, se había convertido al cristianismo; pero en el norte, era el cristianismo céltico el que predominaba, gracias a la labor de Columba. Osvaldo se convirtió en un sincero cristiano céltico y hasta pasó unos años en Iona.

En la confusión que siguió a la muerte de Eduino, Osvaldo retornó a Northumbria y, en 633, logró matar a Cadwallan en una batalla.

(Cadwallan fue el último jefe britano que emprendió una ofensiva contra los sajones. Durante los siglos posteriores, los galeses mantendrían con éxito la resistencia y habría momentos en que parecían a punto de lograr su independencia para siempre; pero su posición fue puramente defensiva desde la muerte de Cadwallan hasta las últimas guerras galesas importantes de siete siglos más tarde.)

Bajo Osvaldo, parecieron volver los días de Eduino. Hasta el cristianismo volvió, aunque en su versión céltica. Osvaldo se alió con Wessex, casándose con una hija de su rey, y por un momento pareció tan poderoso como lo había sido Eduino.

Pero Penda aún estaba vivo, gobernando sobre Mercia. Nuevamente se preparó para la guerra y para una estimulante batalla, y la historia se repitió. En una batalla entre mercianos y northumbrios librada en 641, Northumbria fue nuevamente derrotada y su rey muerto.

Pero la historia siguió repitiéndose. Osvaldo tenia un hermano, Oswiu, que se apoderó del trono de Northumbria y, para hacer más aceptable su posición, se casó con une hija de Eduino. De este modo, aperaba unir a las casas gobernantes de Deira y Bernicia, y eliminar la perpetua amenaza de guerra civil en Northumbria. Hasta permitió que la mitad meridional de sus dominios, Deira, fuese gobernada, como un virrey, por Oswine, príncipe de la casa de Eduino.

Además, deseoso de evitar el destino de sus predecesores, Oswiu hizo todos los esfuerzos posibles para aplacar al fiero guerrero pagano Penda. Entregó uno de sus hijos, como rehén a Penda e hizo que su hija se casase con uno de los hijos de Penda (como resultado de lo cual este hijo se convirtió al cristianismo). Luego le ofreció tributo y el reconocimiento de Penda como su señor.

El viejo pagano se encogió de hombros ante todo eso, Se había divertido con sus victorias sobre Wessex y Anglia Oriental, y en 654 pensó que le había llegado el turno a Northumbria; no iba a permitir que la rendición de Northumbria le arruinase la diversión.

Oswiu, muy contra su voluntad, se vio obligado a combatir, y la batalla se libró en algún lugar cercano a la ciudad de Leeds. Pero esta vez Penda se halló con que la batalla no fue de su agrado. Los northumbrios, derrotados dos veces, en 632 y 641, lucharon ahora con la furia de la desesperación y los mercianos sufrieron tina gran derrota. Penda recibió la muerte y con él murió 1a última esperanza del paganismo, pues el hijo cristiano de Penda le sucedió en el trono de Mercia.

Desde entonces, Inglaterra fue cristiana, y el último gobernante pagano, el rey de Essex, se convirtió a instigación de Oswiu.

Pero, ¿qué variedad del cristianismo prevalecería? ¿La céltica o la romana? El norte era céltico, el sur romano. Pero la batalla no era en modo alguno pareja. El cristianismo céltico era respaldado por los escotos e irlandeses, que no tenían mucho peso en el mundo de la época. El cristianismo romano tenía tras de sí al Continente, al prestigioso reino de los francos y el aún más prestigioso papado.

El mismo Oswiu, el más poderoso cristiano celta de la historia (desde el punto de vista secular), estaba inseguro. Su mujer era de la fe romana y su influencia sobre él era fuerte. Los sacerdotes de las dos sectas rivales disputaban con acritud y las amenazas con el fuego del infierno podían poner nervioso a cualquiera, pues ¿qué ocurriría si estaba del lado equivocado?

Por ello, en 664 Oswiu convocó una reunión de obispos —un «sínodo»— que se realizó en Whitby, ciudad costera situada a sesenta y cinco kilómetros al noreste de York. Allí escuchó pacientemente los argumentos de ambas partes sobre temas tales como el estilo de tonsura de los monjes. ¿Debían los monjes afeitarse el

medio de la cabeza, dejando un borde de cabellos alrededor, imitando la corona de espinas de Jesús? ¿O debían dejarse un mechón de pelo en el medio, según la costumbre céltica (que quizá era una supervivencia de los druidas)?

Los sacerdotes celtas citaron a Columba con gran detalle, pero Oswiu quedó muy impresionado por la declaración de los obispos romanos, que afirmaban obedecer al Papa, el sucesor de San Pedro, el mismo San Pedro a quien Jesús había dicho (Mateo, 16: 18-19): «... tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia . ... Y te daré las llaves del reino de los cielos».

Oswiu se dirigió a los obispos celtas y les preguntó si eso era verdad. Los obispos celtas tuvieron que admitir que el versículo había sido citado correctamente. «En tal caso —dijo Oswiu—, debo adherir a los seguidores de Pedro, no sea que, cuando yo muera y vaya al cielo, encuentre las puertas cerradas por el depositario de las llaves.»

Los apenados obispos celtas se vieron obligados a abandonar el Reino y buscar refugio en Escocia e Irlanda.

Inglaterra había sufrido una segunda conquista romana, esta vez en el sentido religioso. Misioneros ingleses que predicaban la variedad romana del cristianismo, siguieron a los celtas en retirada, y poco a poco el cristianismo céltico se esfumó. En 716, la misma Iona —siglo y medio después de Columba— se unió a Roma, y en lo sucesivo la Iglesia Céltica sólo perduró en la agonía, hasta que su última chispa se apagó en el siglo XI.

4. La llegada de los vikingos

La cultura inglesa

La victoria cristiana había tenido su precio. Los años de los triunfos de Penda habían sido realmente destructivos, y la estructura y la organización de la Iglesia debían ser restauradas y revitalizadas.

Lo que se necesitaba era un arzobispo de Canterbury competente, que tomase las riendas firmemente y por cuyo liderazgo la Iglesia pudiese hacerse fuerte y sólida. Oswiu de Northumbria y Egberto de Kent, representantes de la Inglaterra del norte y de la del sur, respectivamente, coincidían en su búsqueda de tal persona.

Un hombre así finalmente fue ofrecido a Inglaterra por el papa Vitaliano. El papado estaba por entonces bajo el dominio del emperador romano de Oriente, y no es sorprendente que el papa se dirigiese al Este. Allí halló a cierto Teodoro de Tarso, eclesiástico griego nacido en la misma ciudad de Asia Menor donde seis siglos y medio antes había nacido el apóstol San Pablo.

Teodoro fue llevado a Inglaterra bajo la protección de Benito Biscop, un noble de Northumbria. El oriental se convirtió en el séptimo arzobispo de Canterbury en 669, y las cosas empezaron a activarse inmediatamente. Organizó concilios eclesiásticos para que los obispos de todas partes supiesen exactamente qué debían hacer. Uno de los concilios, convocado por él en 673 en Hertford (a unos treinta kilómetros al norte de Londres), fue el primero en el que estuvieron representados obispos de toda Inglaterra.

Teodoro corrigió los abusos y adecuó las prácticas religiosas a la doctrina papal. Dividió Inglaterra en obispados de dimensiones convenientes eliminando la anterior división fortuita. Hasta Mercia, antaño pagana, fue dividida en cinco obispados. La obra de Teodoro logró promover la idea de una Inglaterra unificada por primera vez.

La joven Iglesia Inglesa casi de inmediato empezó a dar hombres de saber e inspiración que fueron su ornamento.

La primera figura literaria inglesa fue Caedmon, un northumbrio que creó su obra entre el 660 y el 680, en la época de Oswiu y Teodoro de Tarso. Su vida fue relatada por un historiador que nació en tiempos de Caedmon, y lo que se encuentra en este relato es toda nuestra información sobre él.

Según el relato, Caedmon era un pastor analfabeto que una vez asistió a festividades en las que se pedía a cada invitado que cantara una canción. Caedmon no sabia ninguna canción y se retiró sintiéndose humillado. Esa noche soñó que un extraño le ordenó cantar, y compuso un poema que recordó al despertar. Se retiró a un monasterio de Whitby, donde la abadesa reconoció su talento, repentinamente descubierto, y lo mantuvo allí como una especie de «poeta residente».

Existen copias del poema que, según se supone, compuso en su sueño. Y también una serie de otros poemas atribuidos a él, todos sobre temas religiosos. Es discutible cuántos de los «poemas de Caedmon» son realmente de Caedmon, pues se le atribuyeron muchos imitadores (como los tiene todo innovador audaz). Pero sean de Caedmon o no, esos versos son reliquias sumamente valiosas de la antigua poesía inglesa.

El historiador a quien debemos el relato sobre Caedmon es Beda, quien, como Caedmon, era un northumbrio Nació en 673, cuando Caedmon escribía activamente poesía en Whitby, y entró en un monasterio recientemente fundado antes de los diez años. Este monasterio estaba en Jarrow, a unos ciento cinco kilómetros al noroeste de Whitby y cerca de la moderna ciudad de Newcastle. El monasterio había sido fundado por Benito Biscop, el mismo que había escoltado a Teodoro de Tarso desde Roma hasta Canterbury.

Beda estudió bajo la guía de Biscop y llevó una vida tan calma y satisfactoria como era posible vivir en aquellos días. Permaneció en el monasterio toda su vida, dedicado a sus labores literarias hasta el día mismo de su muerte. Se hizo sacerdote y hasta podía haber sido abad, pero rechazó el cargo por el temor de que las obligaciones administrativas le robaran tiempo para dedicarse a sus amados escritos.

A causa de su rango sacerdotal, se le dio el título de cortesía de «venerable», por lo que es comúnmente conocido como «Beda el Venerable». El adjetivo sólo significa «respetado» y es equivalente al título moderno de «Reverendo». Puesto que la voz «venerable» ha llegado a designar particularmente a hombres ancianos (quienes deben ser respetados por su edad), surgieron leyendas según las cuales Beda tuvo una vida extraordinariamente larga. Pero no fue así. Vivió un poco más de sesenta años, pues murió en 735, y aunque ese lapso era largo para ese período de la historia, no era extraordinario.

La mayor obra de Beda y aquella por la cual más se lo conoce es la *Historia eclesiástica de la nación inglesa,* terminada en 731, y por ella es llamado el «padre de la historia inglesa.

Ese libro es notable en varios aspectos. Entre otras cosas, fechaba los sucesos desde el nacimiento de Jesús, y no desde la presunta fecha de la creación (como estaba de moda por entonces). A este respecto, el resto de Europa más tarde siguió su ejemplo. Además, la actitud de Beda ante la historia era admirable en sumo grado. Hizo investigaciones sobre el tema de su obra y examinó críticamente las diversas leyendas. Hasta envió un monje a Roma para que buscase en los centenarios archivos del papa Gregorio I cartas concernientes a Inglaterra.

Resumió también el estado del conocimiento científico de su época. Los fragmentos de conocimiento de que disponía eran lamentablemente escasos, pero considerando la oscuridad que se cernía sobre Europa Occidental, todo rayo de luz, por tenue y menguante que fuese, era sumamente valioso. Beda registró el hecho de que la Tierra es una esfera y señaló que las mareas eran causadas por la Luna.

Fue el primero en subrayar el hecho de que la marea alta no se produce en todas partes inmediatamente y que es necesario preparar cuadros de mareas separados para cada puerto.

Beda abrigó particular interés por la cuestión del método apropiado para calcular la fecha de Semana Santa. Esto es comprensible, pues había una importante diferencia entre las Iglesias Céltica y Romana y porque Beda vivió en una época en que la disputa entre ellas en Northumbria era un recuerdo reciente.

Reunió la necesaria información astronómica para tal fin y observó que el día del equinoccio vernal se habla adelantado en el calendario juliano. (Esta fue la primera prueba clara de que este calendario, establecido siete siglos antes por julio César, no era totalmente perfecto, pero iban a transcurrir ocho siglos más antes de que se elaborase un calendario un poco diferente y mejor, el que hoy usamos.)

Escribió muchos comentarios sobre la Biblia, y el día de su muerte logró terminar una traducción del Evangelio según San Juan al inglés antiguo. Desgraciadamente, esta traducción se ha perdido.

Beda era ardientemente anti-céltico, lo cual quizá fuera natural considerando lo reciente de la disputa. En su historia inglesa hizo lo posible por desvalorizar la labor de los misioneros irlandeses, por lo que mientras Beda siga siendo nuestra principal fuente para la historia inglesa primitiva, nuestro conocimiento de la Iglesia Céltica será oscuro y, probablemente, deformado.

Wynfrith nació en 673, el mismo año en que nació Beda. Era un hombre de Wessex, en el sudoeste de Inglaterra, cerca de la ciudad de Exter. También él entró en un monasterio a edad temprana, adoptó el nombre de Bonifacio («buenas obras») y llegó a ser uno de los sabios de su generación. Pero su campo de trabajo estuvo fuera de Inglaterra.

La cristiandad occidental estaba en terrible peligro en el Continente. El Reino Franco se había extendido sobre toda la Galia y buena parte de lo que es hoy Alemania Occidental. Era una vasta región y estaba habitada por hombres guerreros, pero mal organizada, asolada por la guerra civil y sumida en la ignorancia y la decadencia. Sin embargo, sólo sobre sus hombros reposaba la Iglesia Romana.

Al noreste del Reino Franco, había tribus germanas independientes, la mayoría paganas. Al sudeste, Italia había caído bajo la férula de un grupo de invasores germánicos, los lombardos, que adherían a una herejía cristiana, el arrianismo.

Peor aún, una nueva religión, el islam, había sido predicada en Arabia por un profeta llamado Mahoma, en los tiempos de Eduino de Northumbria. El islam se difundió rápidamente por toda el Asia Occidental y por el norte de África, con las banderas victoriosas de los ejércitos árabes. Estos acababan de pasar a Europa Occidental y estaban sometiendo a España; hasta empezaron a amenazar el flanco sudoccidental de los francos.

Inglaterra estaba muy lejos de España y de Italia, por lo que nada podía hacer ante los peligros islámico y arriano. Pero sólo estaba separada por un brazo de mar de los paganos germánicos. Ya un inglés había tratado de combatir este paganismo. Un northumbrio, Willibrord, que había estudiado en Irlanda en su juventud, viajó a Frisia (la moderna Holanda), que está situada inmediatamente al este del sudeste de Inglaterra, a unos ciento noventa kilómetros del otro lado del mar del Norte. Allí fundó un obispado en lo que es hoy Utrecht.

Pero Willibrord sólo había arañado la superficie, y en 716 Bonifacio se marchó a Frisia decidido a hacer algo más. Así comenzaron sus casi cuarenta años de esfuerzos, a través de toda la Germanía pagana, y también en el Reino Franco. Entre los francos, se convirtió en el más poderoso eclesiástico de su tiempo.

Bonifacio es justamente llamado el «apóstol de los germanos», pues por la época en que halló la muerte como mártir (a manos de un grupo de frisios todavía paganos), en 754, había creado iglesias a través de gran parte de la Germanía pagana, había reorganizado los últimos restos de un celtismo continental que había subsistido desde la labor de Columbano, un siglo antes, y había asegurado una vasta región para la Iglesia Romana.

El ascenso de Mercia

El número de reinos germánicos en Inglaterra en este período de su historia no ha sido determinado, pero por el año 700 había siete, y es este número el que parece más característico. Por consiguiente, a veces se llama a todo el período la «Heptarquía» (de palabras griegas que significan «siete gobiernos»).

Cuatro de los reinos se apiñaban en la parte sudeste de la Isla y eran (de Norte a Sur) Anglia Oriental, Essex, Kent y Sussex. Eran pequeños y, durante gran parte de este período de la historia inglesa, de escasa importancia, excepto durante el breve lapso de supremacía de Kent bajo Ethelberto, en el siglo VI.

El resto de Inglaterra estaba dividido entre los tres reinos restantes: Northumbria, Mercia y Wessex (nuevamente, de Norte a Sur). Estos tres eran reinos relativamente grandes, y todos se mantuvieron en el óptimo grado de la eficiencia militar gracias a la acuciante acción de las guerras constantes contra los escotos y los galeses. Cada uno de ellos podía, razonablemente, aspirar a dominar la Heptarquía y, en verdad, cada uno de ellos lo intentó por turno.

Northumbria fue la primera en hacerlo en las décadas precedentes y siguientes al 700. Estaba claramente en primer plano, política y culturalmente.

Su papel en la realización del Sínodo de Whitby fue, sin embargo, su último acto importante de dominación sobre Inglaterra en general. Las incursiones de Cadwallan y las repetidas invasiones de Penda la debilitaron, y decayó lentamente mientras Beda escribía su historia en Jarrow.

Mercia, en cambio, estaba ganando fuerza. En 716, el año en que Bonifacio se marchó a Europa, Ethelbaldo, descendiente de un hermano del viejo rey Penda, se convirtió en rey de Mercia e inmediatamente empezó a extender su poder. En su historia, Beda declara que por la época en que escribe (731) Ethelbaldo dominaba toda Inglaterra al sur de Northumbria. Quizá fue conducido a pensar así por el hecho de que Ethelbaldo, en sus cartas, se llama jactanciosamente a sí mismo «Rey de Britania», pero esto era una exageración.

Mercia era ahora tan cristiana como el resto de Inglaterra y Ethelbaldo tan cristiano como cualquier rey de su tiempo, lo cual significa que no era precisamente un santo. Por ejemplo, Bonifacio escribió a Ethelbaldo desde Germania instándolo a vivir más virtuosamente y a tener menos amantes. Tuvo que admitir, sin embargo, que Ethelbaldo era muy generoso en sus dones a la Iglesia (y esto, entonces como siempre, ocultaba una cantidad de pecados).

Ethelbaldo en realidad no extrajo conclusiones de la decadencia de Northumbria, en parte porque el Sur no estaba enteramente pacificado. Pretendió la soberanía sobre Wessex, pero Wessex se negó a reconocerla. En 752. estalló la guerra entre los dos reinos y Wessex derrotó a las fuerzas de Mercia.

Según una leyenda, en la lucha con Wessex, Ethelbaldo mostró cobardía personal al rechazar un desafío a mantener un combate personal con Cuthred, el rey de Wessex. Esto quizá fue una excusa puesta por algunos conspiradores que había entre sus súbditos mercianos. Planearon su asesinato y finalmente lo llevaron a cabo en 757.

Después de algunos meses de confusión, los nobles de Mercia convinieron en elegir a Offa, un pariente lejano de Ethelberto, como nuevo rey. Resultó ser el más grande de los reyes mercianos.

Restableció la dominación de Mercia sobre el sur de Inglaterra más firmemente que bajo Ethelbaldo. Llevó un ejército a Sussex y Kent en el decenio de 770-779 y, cuando se aseguró de que no tendría problemas en esa dirección, se dispuso a atacar a Wessex.

En 777, Offa derrotó al ejército de Wessex a orillas del Támesis, cerca de Oxford, y lo obligó a reconocer su soberanía. Pero además de la fuerza usó otros métodos también; casó a una de sus hijas con el rey de Wessex, sellando así una alianza por matrimonio. Otra hija fue casada luego con el rey de Northumbria, de modo que su influencia se extendió sobre todos los reinos de la Heptarquía.

Aun así, Inglaterra no era realmente una sola nación, pero bajo Offa estuvo más cerca de ese objetivo que nunca, por ese tiempo.

Como el rey inglés más destacado de la época, cabía esperar que Offa combatiese contra los galeses. Pero no se aventuró a perseguirlos hasta su montañoso país (siempre era mucho más fácil entrar en las montañas galesas que salir vivo de ellas), y realmente tenía poco sentido hacerlo. Los galeses ya no podían ser una verdadera amenaza para los ingleses. Lo peor y lo máximo que

podían hacer era realizar incursiones para aterrorizar, y la única intención de Offa era poner fin a esa situación.

Siguió el ejemplo de la estrategia del Imperio Romano y construyó una muralla de adobe, al norte y al sur, a lo largo de la frontera galesa, de un extremo al otro (excepto las partes de bosques tan densos que eran de por sí impenetrables). Así, Gales quedó delimitado más o menos según sus fronteras actuales, y todavía hoy existen rastros de la «Tapia de Offa» («tapia» es una vieja palabra que significa «muralla»).

Offa fue el primer monarca inglés que se distinguió fuera de la isla. En mitad de su reinado, el Reino Franco pasó a ser gobernado por Carlomagno (Carlos el Grande) Carlomagno fue el más poderoso monarca de la Edad Media y el que gobernó sobre un ámbito más extenso, pero Offa, al sellar un tratado comercial con el gran rey, trató con él en términos de igualdad.

Offa no habría logrado esto si no hubiese existido cl Canal de la Mancha, pues el Reino Franco de Carlomagno era mucho más poderoso que la Mercia de Offa. Pero Carlomagno no tenía una flota y el Canal existía.

Offa hizo sentir su poder hasta frente al mismo papa, quien por entonces era Adriano I, un buen amigo de Carlomagno. Offa pensó que era bastante humillante para Mercia que el arzobispo de Canterbury fuese la autoridad suprema de la Iglesia de Inglaterra. Esta situación era una reliquia de la supremacía de Kent, que ya había terminad, hacía dos siglos. Offa quería crear un arzobispado en In ciudad merciana de Lichfield (a unos veinticinco kilómetros al norte de la moderna ciudad de Birmingham). El nuevo arzobispo tendría a su cargo la Iglesia Merciana, mientras Canterbury limitaría su jurisdicción al sudeste.

El papa Adriano tuvo que ceder ante esta demanda en 787, aunque el nuevo ordenamiento no sobreviviría mucho tiempo a la muerte de Offa. (Se cuenta que Adriano ofreció resistencia a esa idea al principio, tras lo cual Offa sugirió fríamente a Carlomagno que depusiera al papa y pusiese en su lugar a un papa franco Quizá Adriano pensó que Carlomagno podía sentirse tentado a hacerlo, y cuando Carlomagno sugirió calmamente a Adriano que él estaba de acuerdo con Offa, el papa se apresuró a acceder.)

Internamente, la principal realización de Offa fue la creación de una moneda nacional. Probablemente tuvo esta idea cuando se apoderó de Kent, que ya emitía tal, monedas. Los de Kent, a su vez, tomaron la idea de los francos, quienes en 755 habían dado inicio a una acuñación nacional. Pero las monedas de Offa estaban mucho más bellamente trabajadas que las toscas monedas emitidas por los francos, lo que indicaba claramente que Inglaterra estaba a la cabeza de la cultura europea por entonces.

Esto quedó aún más patente en conexión con la vida de Alcuino.

Alcuino era un northumbrio, nacido en, o cerca de, York, en 732, poco antes de la muerte de Beda y cuando Ethelbaldo de Mercia estaba en el apogeo de su

poder. Alcuino estudió en York, en una escuela que en aquel entonces no tenía igual en la cristiandad de Occidente. El mismo se convirtió en un arquetipo del saber, sin igual en el Continente, y en 778 fue nombrado director de la escuela.

En 781, en el curso de una visita a Roma, Alcuino conoció a Carlomagno. El monarca franco tenia aguda conciencia del miserable estado del saber en su gigantesco reino y sabía bien que, sin hombres educados que lo administrasen, el Reino se desmembraría (como ocurrió después de su muerte). Estaba ansioso por iniciar un programa de educación patrocinado por el gobierno, pero carecía de los educadores necesarios para llevarlo a cabo.



Quedó muy impresionado por Alcuino e inmediatamente le ofreció un cargo en la corte franca, pidiéndole que dirigiese el programa de educación planeado. Alcuino aceptó y permaneció entre los francos por el resto de tu vida. Nunca volvió a Inglaterra.

Alcuino realizó gigantescas labores, enseñando a los funcionarios de la corte, fundando otras escuelas y escribiendo obras instructivas para ellos. Modificó el derecho eclesiástico tal como existía en Italia, añadiendo prácticas comunes entre los francos, y lo hizo tan razonablemente y tan bien que las modificaciones fueron aceptadas en Roma.

Abandonó los estilos anteriores de escritura franca, que eran increíblemente engorrosos y apenas legibles. En cambio, ideó un nuevo sistema de escritura de pequeñas letras que ocupaban menos espacio en los preciosos pergaminos y eran infinitamente más claras. El diseño era tan bueno que fue adoptado por los primeros impresores, seis siglos más tarde. Las letras de Alcuino aún se usan hoy y son llamadas «letras minúsculas». Los romanos sólo tenían «letras mayúsculas».

En medio de la oscuridad del Reino Franco, Alcuino encendió una luz que nunca se extinguiría totalmente. Fue la figura más brillante y más influyente de este período de supremacía cultural inglesa sobre Europa, pero esta supremacía debía tener corta vida. Un horror proveniente del Norte estaba por caer sobre toda Europa Occidental, y sobre las Islas Británicas en particular.

La furia nórdica

Por la época de la muerte de Offa, en 796, después de un brillante reinado de cuarenta y dos años, Mercia estaba en el pináculo de su poder, pero una pequeña campanilla de alarma había anunciado el fin. Estaba a punto de comenzar una nueva oleada de invasiones bárbaras; en verdad, ya estaba dando sus primeras arremetidas, y —en parte— desde la misma pequeña península donde se habían originado las antiguas.

Mientras los jutos, anglos y sajones habían ocupado la península que ahora llamamos Jutlandia y las costas situadas al sudoeste, las islas y el extremo meridional de lo que es ahora Suecia estaban habitadas por una tribu germánica conocida como los daneses.

Cuando los jutos, anglos y sajones partieron en gran número hacia Gran Bretaña, en los siglos V y VI, los daneses se expandieron hacia el Oeste, llenando el vacío dejado. Sus descendientes aún viven allí, en la tierra que hoy llamamos Dinamarca.

En la gran península situada al norte de Dinamarca, vivían los noruegos, en la parte que da al océano Atlántico, y los suecos, en la parte que está frente al Báltico. A las tres naciones juntas podemos llamarlas Escandinavia.

Las tres naciones tenían una larga y vital tradición marina, pues poseían extensas costas; en el caso de los, noruegos y los suecos, en particular, el frío clima nórdico hace difícil la agricultura, por lo que la pesca es una fuente primaria de alimentación.

A comienzos del siglo VIII, el océano se convirtió en algo más que una fuente de alimentos para esos «nórdicos». Se convirtió en una ruta que llevaba al saqueo y la aventura. Por qué ocurrió así es algo que sólo podemos conjeturarlo. El aumento de la población hacía difícil para los nórdicos hallar suficiente alimento en su patria, y algunos de ellos naturalmente, buscarían lugares mejores allende los mares. Otra solución era combatir entre sí de modo que una tribu se apoderase de la tierra y los recursos de otra. Entonces, el perdedor (los que sobreviviesen) no tenía más opción que lanzarse a los mares.

Las primeras partidas de saqueo que atravesaron el océano para atacar otras costas hallaron un botín abundante y una resistencia débil. Cuando volvieron con relatos de tal índole, naturalmente estimularon a otros a hacer lo mismo, por ansia de botín, aventura y el mero placer de blandir la espada.

Los suecos se dirigieron al Este y se aventuraron por las vastas llanuras de Europa Oriental, hechos que están fuera de los límites de este libro. Nos ocuparemos solamente de los daneses y los noruegos. Para sus víctimas. ellos eran los nórdicos; para sí mismos, eran «vikingos», que significa «guerreros».

Los vikingos conocían el cristianismo, sin duda. En incursiones esporádicas realizadas durante el siglo VI, a veces cogían cautivos cristianos. Y alrededor del 700 Willibrord, que había introducido el cristianismo en Holanda, hizo una breve visita a Dinamarca. No fue mucho lo que logró allí, pero se llevó consigo a unos treinta muchachos daneses para ser educados en la religión cristiana entre los francos.

Más tarde, cuando Bonifacio completó su tarea de conversión entre los germanos, las regiones germánicas fueron usadas como base para viajes misionales más difíciles a Escandinavia. Pero éstos tuvieron un efecto negativo, pues provocaron una fuerte reacción pagana.

La primera incursión vikinga contra Inglaterra de la que se tenga noticia se produjo en 787 contra Thanet, una región (por entonces una isla) del extremo de Kent. No fue una correría como las que se producirían más tarde, pero fue un anuncio de terribles sucesos futuros.

No mucho más tarde, barcos vikingos atacaron la parte septentrional de Gran Bretaña con gran vigor. Los vikingos se apoderaron de las pequeñas islas situadas al norte y las usaron como bases desde las cuales efectuar desembarcos más o menos vastos en territorios pictos y escoceses. En 795, hicieron sus primeros desembarcos en Irlanda.

Durante los dos siglos siguientes, inundaron de sangre y terror las islas. Al principio, sólo hacían correrías por las costas; luego, remontaron los ríos con sus barcos. Al principio, sólo hacían incursiones con buen tiempo; luego, aprendieron a desembarcar en invierno, esperar a que éste pasara y después presionar hacia el interior, cuando llegaba nuevamente el tiempo cálido.

Nunca hubo saqueadores que tuviesen botines más fáciles. Los barcos vikingos eran los mejores que había en el Atlántico. En verdad, las otras naciones de Europa Occidental no tenían siquiera barcos. Los vikingos podían navegar o remar libremente a lo largo de las costas europeas y elegir sus víctimas a su gusto y paladar. Las víctimas cristianas sólo podían esperar aterrorizadas, con la esperanza de que su río o su parte de la costa no fuesen elegidos y murmurar la plegaria especial introducida en la letanía de muchas iglesias de la época: «De la furia de los nórdicos, líbranos, Buen Señor». El Buen Señor raramente lo hacía.

Las víctimas se hallaban en tal estado de terror por los relatos que ya habían oído y los vikingos tenían una apariencia tan terrible (algunos se arrebataban de tal modo en el combate que luchaban sin armadura, en una especie de éxtasis sangriento, y eran llamados «enloquecidos») que perdían todo ánimo para ofrecer resistencia ninguna.

El agresivo paganismo de los vikingos empeoraba aún más las cosas. La cultura de Irlanda fue borrada, su Edad de Oro aniquilada y fue sumida en una barbarie que no iba a superar totalmente durante mil años. Los restos de la Iglesia Céltica del sur se extinguieron, y cuando el cristianismo volviera a florecer en la Isla seria bajo su forma romana. Sólo en Escocia subsistieron los últimos restos de la Iglesia Céltica.

En 838, los nórdicos se adueñaron de una parte de la costa central occidental de Irlanda, y Dublín (ahora la capital de la República de Irlanda) fue fundada en 840 como puesto militar vikingo. También se apoderaron de Waterford en el sur y de Limerick en el oeste.

Los vikingos expandieron sus posesiones y gradualmente se asentaron hasta convertirse en parte permanente del escenario irlandés. Fue la primera invasión con éxito de Irlanda en tiempos históricos, y aun así sólo afectó a las costas. El interior de Irlanda, aunque dañado y reducido casi a la anarquía, siguió siendo totalmente irlandés.

En cuanto a Escocia, su respuesta a las incursiones vikingas fue la unión. Kenneth MacAlpin, que ejercía la supremacía sobre los escotos, en 844 fue aceptado también por los pictos, y se convirtió en el rey Kenneth I de una Escocia unida.

Kenneth fue coronado en Scone (inmediatamente al norte de la moderna ciudad de Perth). Era la vieja capita! de los pictos, y Kenneth la usó para hacer más digerible a los pictos su origen escocés. Además, llevó a Scone una piedra que, según la leyenda, había sido la piedra que sirvió de almohada a Jacob en su viaje al norte, a Siria. Fue mientras Jacob dormía con la cabeza apoyada en esa piedra cuando tuvo el sueño donde aparecían ángeles que marchaban ida y vuelta del cielo a la tierra. Kenneth I fue coronado sentado en la Piedra de Scone, y todos los posteriores reyes escoceses fueron coronados de igual manera, hasta que la piedra fue quitada por un conquistador inglés, cuatro siglos y medio más tarde.

El núcleo primitivo del Reino de Escocia era pequeño y débil. Al norte había provincias e islas ocupadas por los vikingos; al sur estaba Northumbria, que se extendía profundamente dentro de territorios que hoy consideramos escoceses. Sin embargo, fue el comienzo de un reino que iba a durar siete siglos y medio, resistiendo todos los intentos ingleses de conquista, hasta que, cuando la isla de Gran Bretaña finalmente fue unida, lo fue en paz y con un rey escocés, no inglés, en el trono unido.

El ascenso de Wessex

La más rica presa de las Islas Británicas era Inglaterra, por supuesto, y ella era vulnerable. Después de la muerte de Offa, el vigor de Mercia se disipó rápidamente. Diversos aspirantes al trono lucharon entre sí, y los otros reinos de la Heptarquía, que se habían sometido calladamente a Offa, rápidamente se independizaron.

Como resultado de esto, los intentos de Offa para hacer de Inglaterra una gran potencia, reconocida por los francos y el papado, quedaron en la nada. En 802, el papa León III abolió el arzobispado de Lichfield e hizo del de Canterbury la autoridad suprema sobre toda Inglaterra nuevamente. En 808, Carlomagno, que se había visto obligado antaño a tratar con Offa en un pie de igualdad, pudo ahora extender una especie de protectorado sobre los reinos ingleses, obligando a Northumbria a hacer volver a un rey al que se había exiliado.

Mientras tanto, los invasores vikingos hacían un cauteloso reconocimiento de la costa inglesa. En 794, el viejo monasterio northumbrio de Jarrow, donde Beda había trabajado dichosamente casi un siglo antes, fue saqueado y destruido. Alrededor del *800,* barcos vikingos amarraron en Dorset, sobre las costas meridionales de Wessex e hicieron una matanza.

Pero, afortunadamente para Inglaterra, Wessex estaba surgiendo como nuevo adalid. Kent, Northumbria y Mercia, por turno, tuvieron la supremacía y todos habían declinado. Ahora fue el turno de Wessex. Era, quizá, geográficamente razonable que fuese así. Las incursiones vikingas fueron más intensas en aquellas partes de la Isla que estaban frente a Escandinavia: el norte y el este. Wessex, el más sudoccidental de los reinos anglosajones era el que se hallaba más alejado de la amenaza y el que tenía más probabilidades de sobrevivir a la embestida inicial de un gran ataque y de llevar a cabo un contraataque.

Wessex, que había sido fundado alrededor del 500 y que se había expandido como resultado de trabajosas victorias sobre los galeses, era el más vigoroso de los tres reinos sajones. Nunca aceptó la soberanía de ninguno de los otros reinos de la Heptarquía sin dura lucha. Combatió con éxito contra Ethelberto de Kent, en 568, y contra Penda de Mercia, con menos éxito, casi un siglo antes, después de convertirse al cristianismo.

Pese a su derrota por Penda, Wessex continuó expandiéndose a expensas de los galeses. Por el tiempo en que Ine se convirtió en rey de Wessex, en 688, dominaba todo el territorio situado al sur del Támesis desde las cercanías de Londres hasta el límite con Cornualles.

Ine estabilizó la estructura interna de Wessex y ordenó la preparación del primer código legislativo escrito. (Esto es particularmente importante porque el sistema jurídico de la Inglaterra moderna y, por ende, de la América moderna desciende del de Wessex.) También organizó Wessex en obispados, uno de los cuales estaba en su capital, Winchester, que está en la Inglaterra central meridional, a noventa y seis kilómetros al sudoeste de Londres.

En 726, Ine abdicó para visitar Roma y terminar sus días en olor de santidad. Murió casi inmediatamente, por lo que no pudo vivir para presenciar la supremacía de Mercia. Essex se resistió a ella y, como ya dijimos, Cuthred de Wessex derrotó a Ethelbaldo de Mercia.

Después de la muerte de Offa de Mercia, una nuevo personalidad surgió en Wessex. Era Egberto, hijo de un rey de Kent, y también miembro de la casa real de Wessex.

Offa lo había expulsado de Wessex, prefiriendo otro miembro probablemente más tratable de la casa real como gobernante del Reino. Egberto buscó refugio entre los francos y estuvo al servicio de Carlomagno durante tres años. Luego, en 802, cuando el rey de Wessex murió, volvió apresuradamente y, como único vástago restante de la familia real, fue proclamado rey.

Bajo Egberto, Wessex empezó a expandirse nuevamente. Empujó a los galeses en Cornualles hasta el límite y se anexó prácticamente todo su territorio, dejándoles solamente unas pocas fortalezas aisladas cuya caída no era más que cuestión de tiempo. Los pequeños reinos meridionales, Kent, Sussex y Essex cayeron a sus pies sin lucha, mientras Anglia Oriental pidió su ayuda en la guerra que sostenía contra Mercia.

Egberto derrotó al ejército de Mercia en 823; para el 829, había invadido toda Mercia y obligado a Northumbria a aceptar su soberanía. Durante un tiempo, en el apogeo de su poder, fue prácticamente amo de toda Inglaterra.

Pero ese apogeo no se mantuvo. El rey de Mercia logró recuperar al menos la parte septentrional de sus dominios y Northumbria sólo le rindió un homenaje verbal, pero aún así Egberto dominaba firmemente toda Inglaterra meridional, y en adelante la supremacía de Wessex sobre la Heptarquía se mantuvo.

Pero esa soberanía era vacía, pues la pesadilla vikinga se estaba intensificando y la cuestión no era qué reino gobernaría Inglaterra, sino ¿habría una Inglaterra para gobernar?

En 835, los éxitos vikingos en Escocia e Irlanda habían envalentonado a los invasores hasta el punto de que cayeron violentamente sobre la misma Inglaterra. Su objetivo fue una isla situada en la desembocadura del río Támesis, donde reunieron un buen botín, sin hallar prácticamente resistencia, y se marcharon triunfalmente en sus barcos. Al año siguiente, una incursión aún mayor en la desembocadura de otro río fue afrontada por soldados de Wessex, quienes, sin embargo, huyeron ante el primer ataque de los salvajes bárbaros, de yelmos con cuernos y que lanzaban grandes gritos y mostraban una furia enloquecida.

Egberto, humillado, convocó una reunión de sus principales subordinados en Londres y concertó con enojo medidas para la defensa. Era de esperar otro ataque de los vikingos, y éste no tardó en producirse. Esta vez los vikingos desembarcaron en la costa de Cornualles, donde la población galesa de la región, llena de rencor a causa de su derrota por Egberto, estaba muy deseosa de unirse a los paganos en un ataque contra Wessex.

Nuevamente, fuerzas de Wessex enfrentaron a los vikingos, pero esta vez estaba allí el rey en persona. Los vikingos hallaron una vigorosa resistencia, fueron derrotados y obligados a huir en sus barcos. Egberto demostró que los vikingos

eran seres humanos, a fin de cuentas, y podían ser vencidos. Murió poco después, en 839, no antes de haber afirmado la grandeza de Wessex.

El éxito de Egberto frenó a los vikingos y proporcionó un alivio a Wessex. Pero esto sólo significó que los invasores se dirigieron a otras regiones, y las costas orientales de Inglaterra sufrieron lo más recio de su ataque.

El éxito de Egberto fue también una tragedia para los francos, pues los vikingos, al apartarse de Inglaterra, dedicaron su atención por primera vez a la línea costera franca. Ciudades como Hamburgo, Utrecht, París y Burdeos fueron pilladas sangrientamente. Los vikingos siguieron la línea costera atlántica hasta España, donde saquearon Sevilla y penetraron en el Mediterráneo. Europa sangraba por todas partes en sus bordes.

Con el tiempo, los vikingos recobraron su seguridad, aun con respecto a Wessex. Egberto había muerto y es taba en el trono su hijo Ethelwulf. Este era un hombre piadoso que no parecía tener nada de guerrero. Por consiguiente, en 851 los vikingos atacaron. Trescientos cincuenta barcos repletos de guerreros se acercaron a la desembocadura del Támesis y empezaron a remontar la corriente. Se detuvieron para saquear Canterbury, y, cuando llegaron a Londres, la saquearon también. El rey de Mercia trató de detenerlos, pero sus fuerzas fueron destrozadas y él tuvo que huir ignominiosamente.

Los vikingos se dirigieron al sur, donde los esperaban las fuerzas de Wessex a cuyo mando estaba el mismo Ethelwulf. Una vez más, como una docena de años antes, los hombres de Wessex, bajo los ojos de su monarca, derrotaron a los vikingos y los hicieron huir dando alaridos de dolor. Se cree que esta batalla fue la peor derrota que sufrieron los vikingos en todo el curso de sus correrías.

Es curioso, en efecto, que el pequeño Reino de Wessex (pequeño en comparación con los grandes reinos continentales) fuese el único en toda Europa que se enfrentó resueltamente con los vikingos en los más fieros tiempos de sus incursiones y les infligiese una serie de grandes derrotas en batallas campales.

Ethelwulf ganó gran prestigio como resultado de su victoria y se afirmó la supremacía de Wessex sobre la Heptarquía. Ethelwulf, que tenla más de sacerdote que de guerrero en el fondo de su corazón, aprovechó la ocasión que le brindó el respiro obtenido con su victoria para realizar la ambición de su vida. Deseaba visitar Roma. Llevó consigo a su cuarto hijo, Alfredo, y dejó a su hijo mayor, Ethelbaldo, como regente en su lugar.

A su vuelta de Roma, visitó la corte de Carlos el Calvo, un nieto de Carlomagno que reinaba sobre la mitad occidental del Imperio Franco de su abuelo, es decir, sobre Francia. Prueba adicional del prestigio de Ethelwulf es que Carlos el Calvo, que había fracasado notoriamente en sus intentos de rechazar a los vikingos, deseaba dar en matrimonio al rey inglés la mano de su hija Judith.

Cuando Ethelwulf volvió a su patria, sin embargo, halló que su hijo Ethelbaldo tenía tal firme dominio del trono que, para no precipitar una guerra civil que

ciertamente hubiese puesto a Inglaterra en manos de los vikingos, se retiró y se contentó con gobernar los reinos orientales de Essex, Kent y Sussex, dejando a su hijo como rey de Wessex. Murió en 858.

Cada uno de los cuatro hijos de Ethelwulf gobernó luego a Wessex por turno, mientras las nubes seguían acumulándose sobre Inglaterra. En 860, una banda de vikingos desembarcó en la costa de Wessex, tomó de sorpresa a Winchester y la saqueó, pero fue luego derrotada por una fuerza apresuradamente reunida. Ethelbaldo murió ese año y el segundo hijo de Ethelwulf, Ethelberto, subió al trono y reinó hasta 865.

Durante su reinado, una partida de pillaje vikinga desembarcó en Thanet, en el extremo de Kent (el lugar que había sufrido la primera de tales incursiones tres cuartos de siglo antes). El pueblo de Kent, aterrorizado, ofreció un soborno para que los vikingos se marchasen. Estos aceptaron y pidieron una elevada suma, que los hombrea de Kent trataron desesperadamente de reunir. Después de recibir el dinero, los vikingos rieron bonachonamente y procedieron a saquear y asolar el este de Kent por si podían encontrar algo más.

En 865, cuando Ethelred, tercer hijo de Ethelwulf, subió al trono, las correrías vikingas llegaron a su culminación. En realidad, ya no eran incursiones, sino una invasión con todas las de la ley.

La historia comienza con Ragnar Lodbrok, el primer invasor vikingo cuyo nombre conocemos, persona cuya vida está envuelta en la leyenda y sobre la cual se han hecho tantos relatos contradictorios que es imposible saber lo que hay de verdad en ellos, si es que hay algo.

Se supone que fue rey de Dinamarca que, en el curso de una correría por Northumbria, fue capturado y muerto de alguna espantosa manera. (Según una versión, fue arrojado a un pozo con serpientes venenosas.) Sus últimas palabras fueron que los «cachorros del oso» lo vengarían.

Esos cachorros eran sus hijos, Ivar y Ubba. De vuelta en Dinamarca, tuvieron noticia de la muerte de su padre y juraron venganza. Reunieron una gran fuerza y desembarcaron en Anglia Oriental en 865. No hallaron resistencia e invernaron allí, a la espera de refuerzos.

Esos refuerzos llegaron en 866, y por primera vez hubo en Inglaterra un gran ejército vikingo, y no ya sólo una banda depredadora. (Pero al llegar a este punto ya no es necesario hablar de vikingos. Antes, las bandas que efectuaban incursiones provenían de puntos que no es posible discernir con claridad, y es difícil saber si eran daneses o noruegos. En este caso, en cambio, se trataba definidamente de un ejército danés, y así lo llamaremos.)

Los daneses abandonaron Anglia Oriental, marcharon hacia el Norte y tomaron la ciudad de York. El ejército de Northumbria había sido derrotado y su rey capturado y muerto mediante atroces torturas. Fue el fin del Reino de Northumbria.

En los años siguientes, los daneses sometieron Mercia y Anglia Oriental y establecieron colonias con la intención de apoderarse de esas tierras en forma permanente. Toda la Inglaterra exterior al reino directamente gobernado por el rey de Wessex estaba ahora prácticamente bajo la dominación de los daneses.

La Heptarquía había llegado a su fin y sólo quedaba Wessex para impedir la conquista danesa total.

5. El triunfo sajón

Alfredo el Grande

En lo que concernía a los daneses, Wessex seguirla siendo independiente sólo en la medida en que lograse obligar a los invasores a admitirlo. En 871, los daneses llegaron al Támesis superior en la vecindad de Reading, y el ejército de Wessex comandado por Ethelred (acompañado por su hermano menor Alfredo, el único que antaño había visitado Roma con su padre) les hizo frente. Nuevamente, el ejército de Wessex derrotó a una fuerza hasta entonces invicta, aunque las leyendas posteriores atribuyen el mérito a Alfredo, quien condujo 1a carga mientras el rey sajón estaba dedicado a la celebración de la misa.

Pero esta vez la victoria de Wessex no fue decisiva. Los daneses se recobraron y recibieron refuerzos. En otra batalla librada dos semanas más tarde, los hombres de Wessex se vieron obligados a retirarse y Ethelred fue mortalmente herido.

Ethelred tenía hijos pequeños, pero Wessex estaba en peligro mortal y era sencillamente inconcebible que el país fuese gobernado por un niño cuando había un miembro adulto de la familia que era un consumado guerrero. Así, el hermano menor de Ethelred, Alfredo (el cuarto y más joven hijo de Ethelwulf) llegó al trono en 871, a la edad de veintitrés años.

La situación era sombría. Los daneses aún no dominaban Inglaterra completamente, sin duda. En el lejano norte, una parte de Northumberland resistía, y la mitad occidental de Mercia aún se mantenía. Pero ninguno de esos restos podía plantear una amenaza seria a los triunfantes daneses. Sólo Wessex, que dominaba las tierras al sur del Támesis, permanecía intacto, aunque los duros golpes de los daneses casi lo habían agotado.

Inmediatamente después del acceso de Alfredo al trono, los daneses trataron de aprovechar la posible confusión que solía acompañar al comienzo de un nuevo reinado invadiendo el país. Penetraron profundamente al sur del Támesis y derrotaron a Alfredo en Wilton, a unos cuarenta kilómetros al oeste de Winchester. Pero la victoria de los daneses no fue fácil para ellos, y Alfredo, replegándose cautamente, conservó su ejército.

Pero él sabia que no podía continuar por mucho tiempo. Necesitaba tiempo para reorganizarse, tiempo para prepararse: tiempo, tiempo y tiempo a toda costa. Por ello, ofreció comprar la paz, sobornar a los daneses para que lo dejasen tranquilo por un momento. Los daneses, por su parte, no estaban muy ansiosos de guerra, al menos no con los resueltos hombres de Wessex, quienes, aun en la derrota, les infligían bastantes daños. Aceptaron el dinero y pasaron los años siguientes consolidando su dominación sobre el resto de Inglaterra. Pusieron fin, en 874, al Reino de Mercia expulsando del trono a su último rey, sólo ochenta años después de la muerte del gran Offa.

Alfredo tuvo el tiempo que necesitaba, y algo que su rápida mente comprendió fue que debía tener una flota. Era el poder marítimo lo que daba a los vikingos el triunfo, lo que les permitía ir de un lado a otro por la costa, lanzarse sobre cualquier parte a voluntad y escapar en cualquier momento a su antojo. Podían aprovisionar una hueste o rebasar a un ejército enemigo. De hecho, mientras sus víctimas no tuvieran una flota propia, los vikingos podían perder escaramuzas, pero siempre podían retornar. Nunca podían ser derrotados realmente.

Podría creerse que quienes vivían aterrorizados por los vikingos debían comprender la necesidad de construir una flota; de enfrentar a los barcos vikingos antes de que pudiesen desembarcar; de aislar a las bandas que desembarcaban Extrañamente, las víctimas no lo pensaron o estaban tan poco habituados al mar que lo temían tanto como a los vikingos.

Alfredo fue la excepción. Los sajones habían sido antaño merodeadores marinos (¿cómo, si no, habrían llegado a la isla de Gran Bretaña?) y nada les impedía navegar nuevamente, como no fuese la falta de voluntad. Por tanto, Alfredo se dispuso a construir una flota, y dio los primeros pasos vacilantes de lo que llegarla a ser la mayor potencia marítima del mundo.

Más tarde, cuando la tregua danesa empezó a debilitarse y de nuevo empezaron las incursiones, en pequeña escala, la armada de Alfredo se movió. En 875, sus barcos se hicieron a la mar y, en una batalla naval, lograron derrotar a los daneses. Esto no es sorprendente, pues aunque los barcos eran nuevos, los marineros no eran aficionados. No eran hombres de Wessex, sino mercenarios frisios (sería mejor llamarlos piratas) contratados por Alfredo para tripular sus barcos. Obtuvo una segunda victoria naval al año siguiente, después de que una tormenta destruyera parte de la flota danesa.

El danés más poderoso del momento era Guthrum, el centro de cuyo poder estaba en lo que antaño había sido Anglia Oriental. Irritado por el poder marítimo de Alfredo, decidió aplastar a Wessex de una vez por todas.

Desgraciadamente, Alfredo fue tomado desprevenido. En enero de 878, el Rey de Wessex estaba en Chippenham, a veinticinco kilómetros al sur del Támesis. Era una residencia favorita de los reyes de Wessex, pero suficientemente cerca de la frontera como para estar peligrosamente expuesta por aquel tiempo. De ordinario, quizá, los hombres de armas acuartelados en la ciudad estaban en guardia, pero en ese momento se olvidó todo a causa de las alegres fiestas de la Navidad y el Año Nuevo.

Los daneses paganos no celebraban tales fiestas y Guthrum logró llevar una gran fuerza hasta las murallas mismas de la ciudad antes de que la alarma pudiese cundir. Para entonces, era demasiado tarde. Los daneses irrumpieron por la puerta y efectuaron una feroz matanza. El mismo Alfredo apenas pudo escapar con una pequeña fuerza.

Durante un momento, Wessex estaba postrado y los daneses lo ocuparon prácticamente todo. No había ningún ejército de Wessex organizado que les hiciera frente, y el mismo Alfredo se ocultaba en las mismas marismas y bosques de Somerset, inmediatamente al sur del Canal de Bristol. El último rey sajón de Inglaterra se vio reducido a la guerra de guerrillas y el triunfo final danés parecía inminente.

Se cuenta que llegó un momento en que la situación de Alfredo fue tan desesperada que se vio forzado a ocultarse en la cabaña de un vaquero que no conocía la identidad de su huésped, excepto que era un guerrero que habla huido de los daneses.

La mujer del vaquero no le tenla mucha simpatía, pues podía causar la muerte de todos ellos si era descubierto por los daneses, y, refunfuñando, lo puso a vigilar los bizcochos (una especie de hojuelas, en realidad) que había colocado a calentar sobre el fuego. Le dio meticulosas instrucciones sobre lo que debía hacer para que se cocieran apropiadamente. Alfredo asintió con la cabeza, distraído, y luego se puso a pensar en los modos y maneras de recuperar su reino casi perdido, sin percatarse de que los bizcochos se estaban quemando.

Pero la mujer se dio cuenta. Entró precipitadamente y gritó con desesperación: «¡Mira, hombre, los bizcochos se están quemando y tú no te tomas le molestia de darlos vuelta; pero cuando llega el momento de comer, te muestras bastante activo!»

El pobre Alfredo inclinó la cabeza ante la tormenta, admitiendo la justicia del reproche. La imagen del rey reducido a un estado tan bajo como para verse obligado a soportar la reprimenda de la mujer de un vaquero es muy dramática para quien quiera que sepa (como lo saben todos los ingleses) que llegó a ser el más grande de todos los monarcas sajones y se ganó con justicia el titulo de Alfredo el Grande. (En verdad, es posible que la historia fuese inventada para realzar el drama, pues sólo se remonta a un período posterior en dos siglos a la época de los presuntos sucesos.)

En realidad, Alfredo hacia mucho más que escabullirse y ocultarse. Creó una fortaleza en las más inaccesibles ciénagas de Somerset (paisaje que en la actualidad, por supuesto, ha cambiado totalmente) y desde allí hostigó a los daneses y, lentamente, reunió hombres.

Otra leyenda nos dice que, a fin de obtener información fidedigna concerniente a los planes de los daneses y la disposición de su ejército, se disfrazaba de juglar e iba a sus campamentos, divirtiéndolos con sus canciones y charloteos, y averiguando todo lo que deseaba saber. (Una moderna serie de aventuras de la televisión no podría ofrecer nada mejor.)

Sólo cinco meses después de la huida de Chippenham, Alfredo pudo formar un ejército y saber lo suficiente de la posición danesa como para lanzar un ataque. A fines de la primavera, sorprendió a los daneses en Edington, al sur y no muy lejos de Chippenham, como antes había sido sorprendido él. Hasta tuvo más éxito aún,

pues los derrotó, y acorraló a Guthrum y a una cantidad de sus hombres en su campo fortificado.

Guthrum se enfrentó con la opción entre morir de hambre o rendirse, y eligió esto último. Fue ayudado en esto por el hecho de que Alfredo facilitó las negociaciones En esto, probablemente fue muy sabio. Si hubiese exigido demasiado, habría llevado a Guthrum a la desesperación, y si éste era muerto, pronto otros daneses buscarían la venganza. En cambio, si ofrecía términos aceptables, podía ganar a Guthrum para una política de paz.



MAPA IV
Inglaterra en tiempos de Alfredo

Por ello, Alfredo sólo pidió que Guthrum evacuase Wessex, y ofreció reconocer la ocupación danesa de le mayor parte del resto de Inglaterra. La división de Inglaterra en una mitad danesa y otra sajona siguió, en general, una línea que iba del Noroeste al Sudeste, desde la desembocadura del río Dee hasta la del Támesis.

La parte danesa fue llamada el «Danelaw», es decir, la región donde imperaban las costumbres y las leyes de loa daneses. Incluía lo que antaño había sido los reinos de Northumbria, Anglia Oriental y Essex, junto con la mitad oriental de Mercia.

Seguían siendo sajones, Wessex y las regiones que habían sido antaño Sussex, Kent y el oeste de Mercia. Pero ya no constituían reinos separados. Sólo había o iba a haber en el futuro un rey sajón. Alfredo no era rey de Wessex, sino rey de Inglaterra; en un sentido muy real, fue el primer rey de Inglaterra, aunque sólo gobernó la mitad del territorio que más tarde sería Inglaterra.

Al hacer ese tratado, es muy posible que Alfredo comprendiese que la división establecida era totalmente arbitraria y sin importancia. Los daneses no eran muy diferentes de los sajones. Provenían del mismo territorio del que habían salido originalmente los sajones. Hablaban casi la misma lengua y tenían casi la misma herencia cultural. Era muy probable (y así ocurrió, en efecto) que daneses y sajones se fundiesen hasta

hacerse indistinguibles y que no pasase mucho tiempo hasta que formasen un reino común.

La única diferencia que podía obstaculizar eso era la religión, pues los daneses eran aún paganos, y Alfredo trató de eliminar esta diferencia. Como parte del acuerdo de paz, Alfredo insistió en que Guthrum se hiciese cristiano.

Guthrum aceptó (tal vez sus simpatías ya fuesen en esa dirección). Se sometió al bautismo, con el mismo Alfredo como padrino, y aceptó el nombre de sonido más cristiano (para oídos sajones) de Athelstan. Después de esto, el cristianismo se difundió con bastante velocidad entre los daneses y nunca más ninguna parte del territorio de Inglaterra estaría dominada por paganos.

Pero el problema danés no quedó totalmente resuelto, claro está. Había daneses en Inglaterra que no estaban bajo la férula de Guthrum y se produjeron ocasionales correrías. La firme actitud de Alfredo ante estos incidentes aumentó su prestigio, que llegó a su culminación cuando decidió que necesitaba a Londres como firme baluarte contra tales incursiones y, en 886, la tomó y empezó a fortificarla poderosamente.

Después de esto, la frontera de Danelaw recibió carácter oficial y el tratado fue puesto por escrito. Se lo llamó el Tratado de Wedmere, por la ciudad donde se hizo el acuerdo, ciudad cercana al antiguo refugio de Alfredo en los días en que dejaba quemar los bizcochos. En general, Guthrum respetó el tratado.

Después de los sucesos de 878, Alfredo tuvo largos intervalos de paz para ocuparse de los asuntos internos. Los saqueos daneses habían desorganizado la estructura financiera y jurídica de su reino y se dispuso a restaurarla. Hizo un cuidadoso estudio de las leyes bíblicas esbozadas en el Antiguo Testamento y estudió también los anteriores códigos legislativos promulgados por hombres como Ethelberto de Kent, Offa de Mercia e Ine de Wessex. Luego publicó un código que, en su opinión, resumía lo mejor de estos otros.

Naturalmente, el estado del saber y la erudición en Inglaterra había decaído lamentablemente bajo los desastres del siglo anterior. De estar culturalmente a la cabeza de Europa y dar hombres como Beda y Alcuino, Inglaterra se había convertido en un páramo intelectual. Esto constituía motivo de gran preocupación para Alfredo, uno de esos raros reyes que era un genuino sabio.

Reunió clérigos doctos de sus propios dominios y del exterior, invitando a sabios de los francos como un siglo antes Carlomagno había invitado a sabios ingleses. Puesto que el latín sólo era conocido a la sazón por muy pocos ingleses, Alfredo trabajó para traducir aquellos libros que, juzgaba él, debían ser familiares para todo el mundo del latín al inglés antiguo. Parte de la traducción la hizo él mismo; particularmente (según la tradición) una traducción de la historia de Inglaterra de Beda.

Como Carlomagno, Alfredo también creó escuelas en la corte donde los niños pudiesen aprender a leer y escribir.

Cuando Alfredo murió, en *899,* después de un reinado de veintiocho años, Inglaterra estaba en ascenso. Era fuerte otra vez, cuando había estado casi muerta al comienzo de su reinado. Tenía un gobierno eficiente, mientras que antes había estado reducida casi a la anarquía; y el peligro del analfabetismo había desaparecido.

Alfredo fue enterrado en Winchester, llorado por la nación. Su benévolo gobierno le había ganado el genuino afecto de su pueblo, y fue recordado durante largo tiempo como el gran héroe sajón, durante los oscuros días que aún sobrevendrían.

A través del océano

Aunque la batalla de Edington marca el cambio de marea en lo que respecta al ataque vikingo contra Inglaterra, los vikingos no estaban terminados en otras parte. Francia, que no tenía un rey tan resuelto y capaz como Alfredo, tuvo que soportar un gran asedio de París entre 885 y 887, por la misma época en que Alfredo tomaba Londres para coronar su triunfo.

Los vikingos siguieron registrando triunfos de un carácter más admirable sobre las fuerzas impersonales de la naturaleza. Después de todo, no eran meros monstruo-voraces dedicados a la destrucción, la tortura y la muerte Muchos de ellos eran colonos que buscaban tierras. Y uno vez que los vikingos se asentaban, mostraban una rara capacidad para adaptarse rápidamente a las costumbres civilizadas y una notable aptitud para la creación de un gobierno eficiente. (Tampoco debemos olvidar que sus descendientes de las modernas Noruega, Suecia y Dinamarca han organizado sociedades que están, sin duda, entre las más civilizadas y razonables del mundo.)

Si sumamos la necesidad de tierras al hecho de que los vikingos fueron los más audaces exploradores de que se tenga noticia, no es sorprendente que, en sus pequeños barcos abiertos hayan desafiado a los mares septentrionales y comenzado a hallar nuevas tierras en un movimiento hacia el Oeste que el resto de Europa no iba a seguir hasta seis siglos más tarde.

Este movimiento hacia el Oeste fue estimulado por procesos políticos interiores. El caudillo noruego Haroldo el Rubio inició su gobierno alrededor del 860 y, de creer a las crónicas, permaneció en el poder por el increíble lapso de setenta años. Impuso su poder a muchos clanes vikingos y obligó a sus jefes a exiliarse.

Uno de esos exiliados, un jefe noruego llamado Ingolfur Arnarson, zarpó en 874 y desembarcó en Islandia, una isla situada a mil kilómetros al oeste de Noruega y a ochocientos al noroeste del extremo septentrional de Gran Bretaña.

No era una tierra totalmente nueva. Algunos han sostenido que Piteas de Marsella, el explorador griego de doce siglos antes, divisó la isla y la llamó *Thule.* Por supuesto, no es en modo alguno seguro que la tierra que Piteas llamó *Thule*

fuese realmente Islandia. Tal vez circunnavegó Gran Bretaña y es mucho más probable que localizase las islas Shetland, a 200 kilómetros al noroeste de Gran Bretaña, y les diese ese nombre.

Estaremos en terreno más seguro si atribuimos el mérito inicial del descubrimiento a los irlandeses. Monjes celtas, en busca de nuevos lugares para la expansión misional después de su derrota en Inglaterra, parecen haber hallado las islas Feroe, a 400 kilómetros al norte de Gran Bretaña, no mucho después del Sínodo de Whitby.

Alrededor de 790, cuando la furia vikinga comenzaba a descargarse sobre Irlanda, otros monjes, posiblemente con base en las Feroe, llegaron a la misma Islandia, a sólo 480 kilómetros al noroeste de las Feroe.

Ni las Feroe ni Islandia son tierras fáciles para vivir, y los irlandeses no permanecieron mucho tiempo en ninguna de ellas. Unos murieron allí y otros se marcharon, y en el 800 no había en ellas habitantes humanos. Fueron los vikingos quienes las recolonizaron y los primeros en establecer asentamientos permanentes en ellas. Los habitantes de las modernas Feroe y de Islandia son los descendientes de esos antiguos pobladores.

Islandia fue usada como base para nuevas exploraciones. Los navegantes islandeses volvieron con relatos sobre una tierra situada al oeste y en 982 un islandés, Eric Thorvaldson, más conocido como Eric el Rojo, zarpó al Oeste en busca de ella. Por alguna razón había sido condenado al exilio y pensó que ésa sería una manera de pasar el tiempo tan buena como cualquier otra.

Así llegó a Groenlandia, que en su parte más cercana está a 320 kilómetros al noroeste de Islandia. Ciertamente, nunca antes los europeos habían llegado a Groenlandia (si se exceptúan fugaces visitas de anteriores islandeses).

Groenlandia es la isla más grande del mundo pero es un enorme páramo cubierto casi en su totalidad por un inmenso glaciar de varias millas de profundidad, una reliquia de la Edad del Hielo. Sólo la Antártida es más desolada que Groenlandia.

Eric trató de pasar por los hielos flotantes, de modo que navegó hacia el Sur, hacia el extremo de la isla, y luego se dirigió hacia la costa del sudoeste, que es la parte menos desolada de la isla. El clima septentrional generalmente era en ese siglo un poco más suave que ahora, y Eric juzgó que la parte meridional de la isla era habitable. En 985, retornó a Islandia para reunir colonos y les dirigió un discurso de propaganda que debe de haber sido muy similar al de los especuladores en bienes raíces de hoy. Hasta tuvo el increíble descaro de llamar a esa vasta expansión helada «Groenlandia» («tierra verde»), como manera de convencer a la gente de que estaba cubierta de vegetación. Y lleva ese ridículo nombre hasta hoy.

Eric reunió colonos y en 986 se dirigió al Oeste con veinticinco barcos. Llegaron catorce y se fundó una colonia en la costa sudoccidental, cerca de la punta de la isla. En realidad, su latitud era un poco más meridional que la de Islandia,

pero mientras que a Islandia llega el final de la corriente del Golfo, a Groenlandia llega la helada corriente del Labrador. Sin embargo, por increíble que parezca, los colonos vikingos se quedaron tercamente allí durante muchas generaciones.

En verdad, Groenlandia fue una base para nuevas exploraciones. En el 1000, el hijo de Eric, Leif Ericsson (también llamado Leif el Afortunado), retornó a Groenlandia. Trató de llegar a la punta meridional de la isla, pero el tiempo estaba brumoso y se perdió. Siguió navegando y llegó a una tierra que llamó Vinland. Luego volvió a Groenlandia.

Este breve viaje exploratorio dio origen a muchos relatos y especulaciones. Parece casi seguro que Leif llegó al Continente Norteamericano. No puede haber evitado llegar a él, si navegó suficientemente lejos, pues a novecientos sesenta kilómetros de Groenlandia está Norteamérica, y este continente es demasiado grande para no dar con él.

Por supuesto, Leif dijo que vio viñas en la nueve tierra, por lo que la llamó *Vinland* («tierra del vino»). Pero derecho hacia el oeste de Groenlandia está el Labrador, en cuyas heladas costas ciertamente no podían crecer vides. Por esta razón, muchos suponen que Leif exploró la costa meridional, y en algunas especulaciones, se lo ha llevado a Leif tan al sur como Nueva jersey.

No hay indicios de que los groenlandeses fundasen colonias en Norteamérica ni de que se efectuasen exploraciones por el interior. Aquí y allá se han descubierto algunas reliquias que algunos han atribuido a los vikingos, todas son dudosas. El hallazgo más notable es la llamada «Piedra con Runas de Kensington», descubierta. cerca del poblado de Kensington, en Minnesota, por un, granjero nacido en Suecia, en 1898. Tenla inscripciones, en runas (es decir, el tipo de alfabeto usado por los primitivos escandinavos), fechada en 1362 y alude a una pequeña partida exploratoria de treinta personas que hallaron la muerte, presumiblemente a manos de los indio, Por desgracia, los expertos en este campo parecen estar casi seguros de que se trata de un fraude.

Más importante es el hecho de que en 1965 se anunciase que un mapa basado en las exploraciones nórdicas parece ser genuino. Muestra una isla que tiene indiscutiblemente la forma de Groenlandia y al oeste otra isla con dos brazos de mar que presenta a primera vista la forma de la parte meridional del Labrador. Lo más interesante de la cuestión es que el mapa parece ser del siglo XV, y de un período suficientemente temprano de este siglo como para hacer posible que Colón lo haya visto Si es así, las exploraciones vikingas pueden haber tenido una influencia directa en el posterior descubrimiento y la colonización europea permanente de las Américas. (Pero esto en modo alguno está fuera de toda discusión.)

Para completar la historia de Groenlandia, el asentamiento vikingo duró cuatro siglos después de la época de Leif Ericsson. Pero el clima se hizo cada vez más helado, y la vida fue casi imposible. Después de 1400, aproximadamente, ya no se oye hablar de los groenlandeses. Cuando en 1578 el explorador inglés Martin

Frobisher redescubrió Groenlandia, ya no había europeos. Sólo pequeñas bandas de esquimales pasaban el verano en la isla.

Los relatos sobre Leif Ericsson periódicamente han despertado controversias sobre quién descubrió «realmente» América. Esto depende de lo que se quiera significar con «descubrir». Puede argüirse que el mero hecho de ver una nueva tierra o de explorarla es ineficaz y carece de importancia si la noticia no se publica y no sigue al hecho una colonización permanente (suponiendo que la tierra sea habitable). Según esta norma, el *efectivo* descubrimiento de América se realizó en el viaje de 1492 de Cristóbal Colón, y esto es indiscutible.

Pero, ¿fue Leif Ericsson el primero en ver las Américas, aunque el hecho no tuviera consecuencias? También hay controversia sobre este punto.

Por ejemplo, hay una leyenda sobre un monje irlandés llamado Brendan que navegó hacia el Oeste adentrándose en el Atlántico alrededor del 570, más de cuatro siglos antes del viaje de Leif, y descubrió una tierra. El cuento de la «isla de San Brendan» circuló hasta que los exploradores no dejaron sin conocer ninguna región del Atlántico. Esto ha sido la base para que algunos sostuviesen que monjes irlandeses descubrieron América. Pero es mucho más probable que el cuento de Brendan sea una deformación del descubrimiento de Islandia por los irlandeses (descubrimiento inefectivo, pues la colonización no fue permanente y esa tierra fue olvidada nuevamente).

Asimismo, una vieja inscripción en caracteres fenicios fue descubierta en Brasil en 1872; en ella se habla de un barco fenicio que quedó separado de otros con los que iba circunnavegando África. El barco llegó a la parte más saliente de Brasil (que está a dos mil seiscientos kilómetros de la parte más cercana de África), y la inscripción pretende relatarnos el suceso. Esta pronto fue descartada como un engaño, pero en 1968 el profesor Cyrus H. Gordos de la Universidad de Brandeis afirmó que podía ser genuina. En tal caso, los navegantes fenicios habrían visto las Américas al menos mil años antes que el legendario Brendan.

Pero todo esto constituye un racismo inconsciente, pues lo que siempre se discute es cuál fue el primer hombre *blanco* que descubrió las Américas, mientras se ignora convenientemente a los nativos del Continente. El verdadero descubridor de América, a fin de cuentas, fue algún siberiano desconocido que llegó allí hace doce mil años, durante la Edad del Hielo. Siberia Oriental y Alaska estaban relativamente libres de hielos a la sazón y el bajo nivel del mar (gracias a las grandes cantidades de agua acumulada en los glaciares) dejó un puente de tierras entre ambas, puente que ahora está sumergido bajo el Estrecho de Behring.

El emprendedor siberiano atravesó ese puente. Otros fueron con él y descubrieron América. Más aún, fue un, descubrimiento efectivo, pues los continentes fueron colonizados permanentemente de un extremo a otro y los descendientes de loa primitivos siberianos fueron loa «indios», que estaban allí para saludar a todos los europeos que llegasen, desde los fenicios en adelante. Y descendientes posteriores de ellos habitan los continentes hasta hoy.

El hijo de Alfredo

Volvamos a Inglaterra, a la muerte de Alfredo. Hubo un problema de sucesión. Alfredo había sido precedido en el trono por Ethelred, su hermano mayor, y Ethelred había tenido hijos. Estos fueron dejados de lado porque eran niños, pero ahora al menos uno de esos hijos, Ethelwald, era un adulto. Como hijo del hermano mayor, sostenía que tenla más derecho al trono que el hijo de Alfredo, Eduardo.

Según normas modernas, tenia razón. Pero sólo siglos más tarde surgió la noción de «legitimidad». En los reinos germánicos de la época de Alfredo, todos los miembros de la familia real estaban cualificados como posibles candidatos al trono, y los nobles del reino elegían (en teoría) el miembro particular de esa familia que, según pensaban seria mejor rey.

En este caso, nadie pone en duda la grandeza de Alfredo, y su gloria se reflejó sobre su hijo. El voto de la nobleza, pues, hizo rey a Eduardo.

Más tarde habría otros reyes sajones del mismo nombre, de modo que éste debería ser llamado Eduardo I. Pero el hábito de numerar a loa reyes del mismo nombre sólo surgió más tarde. En tiempos sajones, los reyes eran conocidos en crónicas posteriores por algún adjetivo descriptivo que se consideraba apropiado. Así, Eduardo, como primer rey de este nombre, fue llamado «Eduardo el Viejo». Aquí seguiré esta costumbre, que tiene la virtud de ser pintoresca. Sin embargo, también es confusa, ya que es fácil olvidar cuál Eduardo fue posterior a otro, de modo que también usaré números romanos allí donde esto sea útil. (Pero en el caso de loa Eduardos el uso de los números romanos plantea dificultades particulares, pues hubo otros Eduardos en la Inglaterra post-sajona que fueron numerados. Así, «Eduardo I» de ordinario se refiere, no a Eduardo el Viejo, que inició su reinado en 899, sino a otro rey de Inglaterra que subió al trono en 1272, casi cuatro siglos más tarde.)

Sea como fuere, Ethelwald, por resentimiento (o quizá pera hacerle justicia, a causa de un razonable temor por su libertad y su vida) huyó al Danelaw. Aquí se dedicó, como a menudo hacen esos exiliados, a tratar de persuadir a jefes daneses a que invadieran territorios sajones en su nombre y lo pusiesen en el trono. Presumiblemente, convino en reinar como vasallo danés, de modo que los daneses ganarían con ello.

En 902, logró que los daneses de Anglia Oriental entrasen en su juego. Pero en la invasión que sobrevino, fue muerto en batalla. Así quedó roto el viejo tratado de Alfredo y comenzó un nuevo ciclo de guerras con los daneses.

Pero, ¡cuánto habla cambiado la situación durante la generación anterior! La Inglaterra sajona era mucho más fuerte ahora de lo que había sido Wessex cuando Alfredo llegó al trono, gracias principalmente a la política del mismo Alfredo. Por otro lado, los daneses habían tenido tiempo durante una generación de perder su fervor y deleite bárbaros por las batallas. Además, a diferencia de los sajones, no estaban unidos bajo un solo monarca y podían ser eliminados por partes.

Al frente de los sajones había un notable equipo formado por un hermano y una hermana, situación que no se da con frecuencia en la historia. Eduardo el Viejo tenia una hermana, Ethelfleda, que se había casado con el noble a quien Alfredo había puesto al frente de la parte sajona de Mercia. Ethelfleda tenía una personalidad fuerte, digna hija de Alfredo, y ya antes de la muerte de su marido ella era el verdadero gobernante de Mercia. Por ello, es conocida en las leyendas inglesas como la «Dama de los mercianos».

Juntos, Eduardo y Ethelfleda se enfrentaron con los daneses. Invadieron Northumbria, frustraron totalmente un intento de contraataque danés y en 910 los sajones dominaban la región.

Pero aún quedaba el núcleo del poder danés en Mercia del Este y Anglia Oriental. Eduardo y Ethelfleda tomaron la precaución de no apresurarse demasiado para no terminar con un desastre que les hiciera perder todo. Dedicaron años a una cauta política de fortificaciones, construyendo puntos fuertes sobre la frontera danesa para proteger los territorios sajones, en caso de que una invasión fracasada diera origen a represalias.

En 917, Eduardo estaba preparado. Invadió Mercia Oriental con grandes efectivos y, venciendo la resistencia danesa, tomó su fortaleza de Derby. A finales del año, toda Anglia Oriental estaba bajo su dominio.

La campaña final planeada para el año siguiente fue postergada por la repentina muerte de Ethelfleda, en junio, y Eduardo tuvo que hacer una pausa para asumir el control personal de Mercia. No quería que se hiciesen con el poder otros caudillos y que la Inglaterra Sajona estuviese nuevamente dividida en reinos separados para beneficio de los daneses.

Cuando volvió a las guerras danesas, el avance nuevamente fue rápido y afines de 918 el último trozo de territorio danés lo reconoció como su monarca. El primer período de la dominación danesa de Inglaterra llego a su fin sólo cincuenta años después de que la gran invasión danesa destruyera a la Heptarquía.

Claro que esto no significó que los daneses fueran ex pulsados de Inglaterra. Permanecieron en ésta y se mezclaron permanentemente con la población sajona, de modo que los ingleses de hoy son descendientes de unos y otros. De hecho, una serie de príncipes daneses conservaron un poder limitado bajo la soberanía de señores sajones.

Eduardo era ahora más poderoso y gobernaba un territorio más extenso que cualquier monarca sajón anterior Fue realmente más rey de Inglaterra de lo que habla sido Offa.

Por ello, es paradójico que en el curso del reinado de Eduardo el Viejo, cuando los sajones obtenían un triunfo tan importante sobre los descendientes escandinavos de los invasores vikingos, una nueva banda de vikingos obtuviese una

victoria del otro lado del mar, una victoria que iba a modificar de manera decisiva la historia de Inglaterra un siglo y medio más tarde.

El escenario de ese suceso fue Francia, donde las correrías vikingas todavía tenían que ser enfrentadas tan resueltamente como lo habían sido por Wessex. En tiempos de Eduardo, Francia estaba gobernada por Carlos III, comúnmente llamado «Carlos el Simple» (este adjetivo significaba «necio» más que «sencillo», y al parecer le estaba bien aplicado). Carlos, un tataranieto de Carlomagno pero sin ninguna de las cualidades de este rey, era completamente incapaz de enfrentarse a los vikingos.

En 911 se produjo una nueva gran incursión de los vikingos. Una banda guerrera había ocupado la desembocadura del Sena y se había apoderado de una franja de tierra a lo largo de la costa meridional del Canal de la Mancha. Su jefe era Hrolf o Rollón, habitualmente llamado el «Andarín» o el «Caminante». Según una tradición, recibió este apodo porque era tan alto v pesado que ninguno de los poneys nórdicos podía transportarlo, de modo que debía caminar. (Originalmente, había abandonado Noruega para escapar de Haroldo el Rubio, cuya dura dominación había causado la ocupación de Islandia.)

Para ser justos, Carlos tenía por entonces otros problemas. Estaba tratando de extender su reino lejos por el Este, sobre tierras gobernadas por un primo distante que acababa de morir. Además, estaba embrollado en querellas con muchos de sus nobles. Sencillamente, no tenía tiempo para los vikingos. Todo lo que quería de ellos ere paz, y literalmente a cualquier precio.

Quiso saber qué deseaban los vikingos a cambio de la paz, y éstos respondieron que querían la propiedad legal permanente de la tierra que ya ocupaban, de modo de asentarse y vivir en ella.

Carlos el Simple accedió, pidiendo solamente que Rollón lo reconociera como a su soberano. Esto salvaba las apariencias para Carlos y creaba la impresión de que, por el tratado, Rollón se sometía al todopoderoso Carlos y recibía una recompensa por ello, en vez de lo que realmente era: una incondicional y vergonzosa capitulación por parte del rey franco.

Se cuenta que, si bien Ropón convino en reconocer a Carlos como soberano, se negó a pasar por el gesto simbólico de besar el pie de Carlos. Ordenó a uno de sus lugartenientes que lo hiciera. Este, hallando el gesto no menos degradante para él, cogió el pie de Carlos y lo levantó rudamente hasta sus labios, para poder besarlo sin inclinarse, Carlos cayó de espaldas en una postura indigna y verdaderamente simbólica.

La región ahora ocupada por los vikingos, o nórdicos, recibió un nuevo nombre: *Nortmannia,* pronto deformado en *Normandía. Sus* habitantes nórdicos fueron llamados *normandos*. Rollón admitió convertirse al cristianismo poco después del tratado y adoptó el nombre de *Roberto.* Cuando murió (en *931* a lo sumo), Normandía estaba hico afirmada y su caudillo fue el antepasado de un notable linaje de guerreros y reyes.

El nieto de Alfredo

Eduardo el Viejo debe de haber tenido noticia de la creación de Normandía (aunque no podía prever su posterior significación para Inglaterra), pues por entonces Inglaterra, una vez más, estaba políticamente relacionada con Europa, como en los tiempos de Offa.

En verdad, una de las hijas de Eduardo se había casado con Carlos el Simple y tuvo un hijo de él, Luis, quien, por ende, descendía de Carlomagno y de Alfredo. Pero, por aquel tiempo, el linaje de Carlomagno había decaído totalmente. Sus descendientes ya no gobernaban la parte oriental del imperio de este gran rey, sino sólo sobre Francia, y Carlos el Simple ni siquiera pudo conservar este reino.

En *923,* Carlos fue depuesto por sus díscolos nobles, y su hijo de dos años, para mayor seguridad, fue llevado a la corte del abuelo materno en Inglaterra.

Se cree que Eduardo tuvo una aventura romántica: se enamoró de la bella hija de un vaquero. No se sabe con seguridad si se casó o no con ella, pero de la relación nació un hijo, Athelstan, quien fue criado en Mercia bajo la vigilancia de su enérgica tía, Ethelfleda.

Eso lo convirtió en una especie de merciano por adopción, lo cual era conveniente, pues Mercia conservaba un oscuro recuerdo de su independencia y su grandeza, y a veces mostraba un perceptible resentimiento por la dominación de Wessex.

Cuando Eduardo el Viejo murió, en 924, después de un triunfal reinado de un cuarto de siglo, Athelstan fue inmediatamente elegido rey de Mercia y sólo al año siguiente se convirtió en rey de toda Inglaterra.

Athelstan siguió construyendo con éxito sobre los cimientos puestos por su padre y su abuelo. Mientras que Eduardo se había contentado con el reconocimiento de su soberanía y había concedido a gobernantes daneses conservar cierto grado de independencia, Athelstan procedió a asumir el gobierno directo de todas las tierras. Asumió el poder en York, por ejemplo, donde una nueva inmigración de hombres procedentes de Noruega había fortalecido allí la posición danesa.

Lo que es más aún, Athelstan no aspiraba solamente a gobernar Inglaterra, sino que quería gobernar a toda Gran Bretaña. Exigió la sumisión de los escotos del Norte y los galeses del Oeste. Los obligó a pagar tributo y a aceptar las líneas fronterizas que les fijó. Se hizo llamar «Rey de toda Gran Bretaña» y, para demostrar que lo era, efectuó un gran despliegue en 934, cuando envió sus ejércitos bien al norte del Estuario de Forth e hizo que sus barcos recorrieran toda la costa de Escocia, hasta su extremo más septentrional.

La acción de Athelstan tenía que provocar una reacción. Durante el medio siglo posterior a la fundación del Reino de Escocia por Kenneth I, este reino llevó

una existencia precaria, haciendo incursiones en Northumbria y tratando de rechazar a los vikingos.

Finalmente, en 900 (un año después de la muerte de Alfredo el Grande), Constantino II subió al trono de Escocia. Bajo su gobierno, la amenaza vikinga fue alejada durante un tiempo y los dominios escoceses se extendieron una vez más al extremo septentrional de la isla. Pero en el curso de su reinado de cuarenta años, Constantino poco pudo hacer en el Sur. Primero Eduardo y luego Athelstan lo obligaron a asumir una posición subordinada. La expedición al Norte de Ethelstan, en 934, fue el colmo, y Constantino se decidió a devolver el golpe.

Para ello necesitaba aliados. Al sur de su reino y al oeste de Northumbria estaba el Reino de Strathclyde. (Este se hallaba ubicado en la región de la Escocia moderna que está inmediatamente al sur de Glasgow.) Se había mantenido libre tanto de Escocia como de Inglaterra y había logrado conservar una precaria independencia bajo dominación céltica. Ahora se unió de buen grado a Constantino, y lo mismo hicieron varios príncipes galeses.

Recibieron otros refuerzos de Irlanda. Aquí los vikingos todavía eran fuertes, y una horda mixta de guerreros irlandeses y vikingos llegó bajo el mando de Olaf Guthfrithson, que gobernaba sobre Dublín y cuya familia había tenido el poder en York hasta hacía poco.

Dejando de lado el ingrediente vikingo, era una suerte de contraataque céltico unido contra el poder sajón, una sorprendente demostración de que, después de cinco siglos de ataques germánicos, los celtas aún podían resistir.

Olaf, con una gran flota, entró en el Humber en 937 y, después de unírsele sus aliados escoceses y galeses, avanzó tierra adentro. En algún lugar de Northumbria, en un sitio llamado Brunanburh en los viejos poemas escritos para celebrar el suceso (se desconoce su ubicación exacta), el ejército celta se enfrentó con las fuerzas de Athelstan y, después de una larga y dura batalla, Athelstan obtuvo el triunfo. Constantino y Olaf escaparon con vida, pero no así muchos de sus seguidores.

El predominio de Athelstan quedó confirmado y ese momento fue, quizá, el apogeo del poderlo sajón en Gran Bretaña. Su lugar en la familia europea de naciones era distinguido también, y los extranjeros lo honraron. Cuando los normandos se expandieron al oeste, a lo largo de las costas meridionales del Canal de la Mancha, y se apoderaron de Bretaña, el hijo del duque bretón huyó a Inglaterra, donde fue bien recibido por Athelstan. Haakon, hijo del temible Haroldo el Rubio de Noruega, también huyó cuando se apoderó del trono su hermano, que recibió el sombrío nombre de Eric Hacha Sangrienta. Ambos se unieron a Luis, el hijo de Carlos el Simple y sobrino de Athelstan que había llegado a Inglaterra el año anterior a la subida de Athelstan al trono y se había criado en la corte de éste.

Con el tiempo, los tres recuperaron sus tronos, con la ayuda de Athelstan. Haakon retornó a Noruega en 935, por ejemplo, derrotó a su hermano, lo envió al exilio y se proclamó rey en su lugar.

Luego, en 936, una delegación de nobles franceses llegó para pedir que Luis retornase a Francia en calidad de rey, para poner fin a un período de trece años de anarquía. En presencia de Athelstan y su reina, juraron lealtad al joven. Este llegó a Francia con el título de Luis IV, y fue también llamado «Louis D'Outremer» («Luis de Ultramar»).

Luis fue un rey inesperadamente enérgico; quizá el agregado de la descendencia de Alfredo fortaleció la debilitada herencia de Carlomagno. Pero Francia se estaba desintegrando en la anarquía provocada por una nobleza díscola, y ningún rey podía tener mucho poder. Después de Luis IV, hubo dos reyes más del linaje de Carlomagno, y luego éste llegó a su fin.

El hecho de que tres poderosos reyes sajones reinasen durante un período total de sesenta y ocho años hizo que la situación interna de Inglaterra se afirmase y que el gobierno del país asumiese una forma razonablemente eficiente. Wessex fue dividido en convenientes distritos administrativos llamados «shires» (de una palabra sajona que significaba «división»). Cuando fueron conquistadas las regiones danesas, también ellas fueron divididas en *shires.* Estas divisiones no sólo eran convenientemente pequeñas en una época en que los transportes y las comunicaciones eran difíciles, sino que también tendieron a debilitar las lealtades locales que se remontaban a los días de la Heptarquía.

Inglaterra está dividida en *shires* (o condados) hasta el día de hoy. El más grande es Yorkshire, que tiene quince mil seiscientos kilómetros cuadrados de superficie, o sea, un poco más que el estado norteamericano de Connecticut. La mayoría de los restantes varía entre los 1.300 y los 3.200 kilómetros cuadrados de superficie.

A la cabeza del *shire* estaba el «ealdorman» (palabra que se ha convertido en «alderman» [*concejal,* en inglés]). Originalmente significaba «viejo» [«old man»]. En tiempos antiguos, el nombre tenía un sentido literal, pues entonces aludía al patriarca, al viejo de la familia, a quien los demás obedecían. Luego se lo aplicó al principal representante de la familia dominante de un distrito, cualquiera que fuese su edad. Sus funciones eran principalmente judiciales y, a medida que la importancia del título declinó, el nombre fue reemplazado por «eorl», que significa noble, y luego se convirtió en «earl», título nobiliario peculiar de Inglaterra.

La autoridad central en cada *shire* era ejercida por un representante nombrado por el rey, encargado de vigilar la recaudación de impuestos y la ejecución de las órdenes del rey. Tal funcionario generalmente era llamado un «reeve», y el que estaba a cargo de un *shire* era un «shire-reeve», que pronto se convirtió en «sheriff» [*], Este título es equivalente al francés «conde», que da mejor idea de su rango, sobre todo en estos días, en que la idea que tienen los jóvenes norteamericanos de un *sheriff* es que se trata de un funcionario de orden público del Oeste.

---

[*] El más conocido de los sheriffs, por supuesto, es el sheriff de Nottingham, que desempeña el rol de villano principal en las leyendas de Robin Hood.

Los funcionarios que gobernaban los *shires,* así como los diversos obispos y terratenientes, no podían ser totalmente ignorados por el rey. Las cosas eran más fáciles si estaban de su lado, y era costumbre que el rey, para tomar decisiones, consultase a un consejo compuesto por algunos de ellos a quienes el rey había elegido para tal fin. Ese consejo era el «witenagemot» (que significa «asamblea de consejeros»). Ellos ayudaban a elegir el nuevo rey después de la muerte del viejo, asesoraban en la elaboración de leyes, establecían impuestos, efectuaban las negociaciones extranjeras, atendían a la defensa nacional, llevaban a juicio a los nobles traidores, etc.

El *witenagemot* fue una fuente de fortaleza para un rey fuerte que lo dominase y utilizase su aquiescencia para demostrar que la nación estaba con él. Pero fue una fuente de debilidad para los reyes débiles, dominados por el consejo y convertidos en juguetes de intereses en Conflicto.

6. El fracaso sajón

Dunstan y la conciliación

Athelstan murió en 939, después de quince años de reinado de un éxito uniforme, y fue sucedido por su medio hermano Edmundo I, que había luchado lealmente al lado de Athelstan en Brunanburh. (Inglaterra se habla vuelto suficientemente próspera como para permitir un modo lujoso de vida a su monarca, y el nuevo rey fue llamado «Edmundo el Magnífico».)

El momento en que un rey fuerte muere y su sucesor lo reemplaza siempre es decisivo. Los enemigos derrotados por el viejo rey (o quizá quienes ni siquiera osaron enfrentarse con él en batalla) se sienten tentados por la confusión inherente al cambio de reinado y por la posibilidad de que el nuevo rey sea una criatura débil. Entonces hacen un nuevo intento. En este caso, el que lo hizo fue Olaf Guthfrithson, que aún gobernaba en Dublín.

Nuevamente desembarcó en Northumbria, y esta vez. con mejor suerte, pues Edmundo necesitó tres o cuatro años para expulsar de la isla a él y a su pariente Olaf Sitricson.

La experiencia, aparentemente, desilusionó a Edmundo de la política de expansión militar seguida en los dos reinados anteriores. El tiempo y la sangre necesarios para someter a los escotos, por ejemplo, no merecían la pena, sobre todo considerando que los escotos siempre podían apelar a la ayuda de los vikingos.

Tal vez fuera mejor intentar la conciliación o, para usar un término más moderno, la coexistencia.

En 945, Edmundo dio un osado paso en esa dirección. Conquistó Strathclyde y ofreció cederlo a Malcolm I, rey de Escocia (Constantino II había muerto en 940). La condición era sencillamente una alianza amistosa por tierra y por mar. Malcolm aceptó. Se había dado el primer paso hacia la amistad de las dos naciones británicas, y aunque habría muchas, muchas guerras en los seis siglos y medio siguientes, la coexistencia finalmente prevalecería.

La política de conciliación quizá fue inspirada por un eclesiástico, el hombre más importante del Reino después del rey, en tiempos de Edmundo y durante los reinados siguientes. Ese hombre era Dunstan.

Dunstan había nacido en el seno de una buena familia alrededor del 909, cerca de Glastonbury, en Somerset, no lejos del lugar donde Alfredo habla ofrecido su desesperada resistencia. Dunstan había sido bien educado en la Abadía de Glastonbury, la más antigua y más rica de Inglaterra, y de joven estuvo en la corte de Athelstan.

En la corte, su amor al saber y sus vastos conocimientos despertaron el antagonismo de los cortesanos. (Es probable que, muy consciente de su superioridad, la haya desplegado con poco tacto.) Siempre hay recursos que pueden usarse contra quienes parecen demasiado inteligentes, y en tiempos medievales una acusación que daba buen resultado era la de practicar magia negra. Dunstan fue acusado de mago y se vio obligado a abandonar la corte. Se hizo monje y vivió como un ermitaño.

La muerte de Athelstan modificó esa situación. Edmundo estaba ahora en el trono y había quedado impresionado por el joven Dunstan. Sentía afinidad de pensamiento con él y decidió tenerlo como consejero. En 943, Edmundo hizo a Dunstan Abad de Glastonbury y durante el siguiente cuarto de siglo Dunstan iba a ser un rey sin corona, y a veces más poderoso que el mismo rey.

Dunstan reformó y revitalizó la vida monástica en Inglaterra, siguiendo las prácticas benedictinas, más severas, que prevalecían por entonces en el continente. Exigió el celibato de los sacerdotes, por ejemplo. Estimuló a Edmundo a seguir la política de la conciliación con la parte danesa de la población, asociándola a los sajones en el gobierno. Un danés de pura sangre, Odón, había llegado a ser el vigésimo segundo arzobispo de Canterbury. E indudablemente la influencia de Dunstan estaba detrás del acuerdo con Escocia.

Edmundo halló la muerte inesperada y violentamente en 946. Estaba celebrando la fiesta de San Agustín cuando un conocido proscrito entró en la sala. El monarca, indignado, se abalanzó sobre él para ordenarle que se marchase y recibió una mortal puñalada. El proscrito fue inmediatamente despedazado, pero el rey también había muerto y fue enterrado en Glastonbury.

El hijo mayor de Edmundo sólo tenía cinco años en ese momento, y no se juzgó aconsejable que reinase un niño. Por ello, le sucedió en el trono Edred, hermano menor de Edmundo y último nieto sobreviviente de Alfredo el Grande.

Era un hombre enfermo, que dejó a cargo de Dunstan todas las cosas que no se relacionasen con la guerra. Fue durante el reinado de nueve años de Edred cuando Dunstan tuvo la oportunidad de llevar a cabo las reformas que prácticamente parecieron borrar las diferencias entre sajones y daneses en Inglaterra.

Pero, una vez más, un nuevo reinado fue la señal para que se desencadenasen conmociones, siempre las mismas. Eric Hacha Sangrienta, que había sido rey de Noruega por un tiempo, pero luego fue expulsado del trono por su hermano Haakon, vivió desde entonces como pirata. Puesto que Haakon había recibido ayuda de Athelstan de Inglaterra, Eric sentía poco afecto por esta nación. Por ello, cuando Edred subió al trono, trató de apoderara de Northumbria.

Edred, como Edmundo antes que él y como Athelstan antes de Edmundo, tuvo que iniciar su reinado reafirmando el dominio sajón sobre esa región. Terminó esta tarea en 954, pero Edred, vencido por su enfermedad, finalmente murió, en 955. No estaba casado y no dejó sucesor directo.

Edwy, el hijo mayor del rey anterior, Edmundo I, era ahora un bello joven de quince años; tan bello era, que es comúnmente llamado «Edwy el Hermoso».

Esta vez subió al trono, pero su reinado fue breve y trágico. En la fiesta de la coronación, el joven rey se cansó de las celebraciones, que incluían mucha comida, mucha bebida y juegos rudos. Había en palacio una joven llamada Elfgifu, cuya compañía prefería a la de la nobleza ebria, de modo que se retiró discretamente.

Su ausencia fue notada y el mismo Dunstan, un poco bebido, fue en su busca. Halló al nuevo rey con Elfgifu. No parece que estuviese pasando nada terriblemente malo, pues la madre de Elfgifu estaba también allí y las intenciones de Edwy eran honestas. (Más tarde se casó con la muchacha.)

Pero Dunstan estaba furioso. Pensó que el hecho de que Edwy abandonase la mesa era un insulto a la nobleza y a él, y seguramente sintió que él era el rey de Inglaterra en mucho mayor medida que el joven. Reprendió al joven rey y a las mujeres y arrastró a Edwy sin ceremonias de vuelta al festín.

Edwy tenía que haber sido muy apocado, en verdad, pera no sentirse resentido. Tan pronto como ocupó el trono, acusó a Dunstan de irregularidades financieras durante su administración del tesoro bajo Edred. Exilió a Dunstan y combatió firmemente todas sus reformas, hasta el extremo de destituir a todos los eclesiásticos solteros para favorecer a los casados.

Desgraciadamente para Edwy, no era suficientemente fuerte como para llevar las cosas a ese extremo. Los daneses de Inglaterra eran todos partidarios de Dunstan, como es de suponer, y surgió un grande y vociferante partido contra el rey conducido por Odón, el arzobispo danés de Canterbury.

Edwy no tenía opción. Dunstan retornó triunfalmente del exilio después de menos de un año. La mitad norte (danesa) de Inglaterra rechazó de plano a Edwy y aceptó, en cambio, a Edgar, su hermano menor. Odón luego forzó a Edwy a divorciarse de su joven reina y la hizo raptar y llevar a Irlanda. Por la época en que Edwy murió, en 959, siendo todavía un adolescente, debe de haberse sentido harto de las alegrías de la realeza.

Pero su tragedia fue llevada más allá de la tumba, pues los monjes cronistas que escribieron la historia de Inglaterra se ocuparon de ennegrecer su figura y presentarlo como un monstruo.

Después de la muerte de Edwy, Edgar gobernó sobre toda Inglaterra. Era un joven, también, pero al parecer aprendió bien la lección que le brindaban la vida v la muerte de su hermano mayor. Se sometió totalmente a Dunstan. Hizo al poderoso abad obispo de Londres desde el comienza mismo de su reinado. En 961, lo nombró arzobispo de Canterbury (el vigésimo cuarto, pues hubo un arzobispo que ocupó brevemente la dignidad entre Odón y Dunstan). También apoyó en un todo las reformas de Dunstan.

Su reinado fue muy próspero y tan libre de guerras que es llamado comúnmente «Edgar el Pacífico. Los monjes cronistas atribuyeron esto a su apoyo a Dunstan, pero hubo también otras razones.

Entre otras, Edgar había pasado su juventud en las regiones danesas del Noreste y esto le dio popularidad entre los daneses, quienes por consiguiente fueron menos proclives a la revuelta. En segundo lugar, poseía una poderosa flota que mantuvo a raya a los perturbadores vikingos. Y finalmente, en honor a la verdad, Dunstan fue un gobernante capaz que administró bien los asuntos del Reino.

La confianza de Dunstan en la coexistencia con Escocia se demostró una vez más en 970, cuando Edgar cedió pacíficamente la parte septentrional de Northumbria (el viejo reino de Bernicia) a Kenneth II de Escocia, de modo que el límite entre las dos naciones adquirió sustancialmente su forma actual. Bajo la dominación escocesa, lo que antaño había sido Bernicia, fue llamado Lothian.

No tenemos ningún testimonio sobre las razones que dieron origen a esa medida. Pero la región nunca fue una firme dependencia de Inglaterra. Sus rebeliones y las frecuentes invasiones del territorio por los vikingos y loa escotos lo convertían en una sangría para el poder inglés, pues adhería firmemente al Norte.

Era una buena idea ceder lo que no se podía mantener y ganar con ello la amistad de Escocia.

En realidad, las consecuencias de largo alcance de la medida no podían entreverse en la época. El Reino de Escocia, originalmente fundado al norte del Estuario de Forth, era puramente céltico. Pero, con la adición de Lothian, se agregó una región que había estado bajo dominación sajona o danesa durante casi quinientos años. Luego, Escocia se dividió en las «Tierras Altas septentrionales (primitivas, tribales y célticas) y las «Tierras Bajas meridionales (relativamente avanzadas, urbanizadas y sajonas).

La ventaja estaba de parte de las Tierras Bajas, que tenían perspectivas agrícolas mucho mejores y podían sustentar a una población más densa. Gradualmente, llegaron a dominar a Escocia, con el resultado de que la lengua escocesa se convirtió en un dialecto del inglés y sus costumbres no fueron muy diferentes de las del norte de Inglaterra.

Las hostilidades entre las dos naciones continuaron, por supuesto, pero cuando llegó el tiempo y la oportunidad de que las dos formasen un reino unido, la lengua común facilitó la unión.

Ethelred y la confusión

Edgar no admitió ser coronado hasta la edad de treinta años, en 973. Quizá quiso tener edad suficiente para efectuar la coronación totalmente a su manera,

recordando, como debe de haber recordado, la trágica farsa de la fiesta de su hermano mayor.

Edgar montó un magnífico espectáculo, que fue mejor que todo lo visto antes en la Inglaterra sajona, y lo hizo cinco años antes del centenario de la batalla de Edington. Durante siete reinados y todo un siglo, la Inglaterra sajona permaneció en la cúspide a que la habla elevado Alfredo, pero ahora todo empezó a derrumbarse.

Edgar murió en 795, dejando dos hijos pequeños. El mayor, Eduardo, sólo tenla doce años. El otro, Ethelred, sólo tenla seis. Tenían diferentes madres, y la del segundo, Elfrida, era aún reina cuando Edgar murió.

Elfrida, una mujer implacable y de arrolladora ambición, según las crónicas de la época, quería que su hijo fuese rey. Podía haberlo conseguido si éste hubiese sido un poco mayor. Pero con seis años era demasiado pequeño, y Eduardo subió al trono. Fue Eduardo II, en el linaje sajón de reyes.

La lucha entre los partidos de los dos hijos (que eran demasiado pequeños para tomar parte ellos mismos en la querella), aumentó hasta convertirse en una lucha alrededor de las reformas de Dunstan. Elfrida, buscando aliados que apoyasen la causa de su hijo, adoptó una violenta posición contraria a ellas. Esto le granjeó un considerable apoyo, pues Dunstan, después de veinticinco años de ilimitado poder (excepto durante un breve período bajo Edwy), se habla hecho de muchos enemigos.

Indudablemente, Elfrida ganó para su causa a los nobles sajones resentidos por la política de Dunstan con respecto a los daneses. Esto hizo que, para su propio provecho, ella levantase una vez más el espectro de la animosidad racial y reavivó las ascuas de los prejuicios antidaneses.

El partido de Eduardo y Dunstan se debilitó constantemente, mientras que el de Ethelred y Elfrida se fortaleció, hasta que en 987 Eduardo fue asesinado. Sin duda alguna, el asesinato fue perpetrado por el partido de Ethelred y probablemente a instigación de Elfrida.

No había más opción que hacer rey al hijo de Elfrida, quien reinó como Ethelred II.

Fue un comienzo de muy malos auspicios para lo que iba a ser un reinado desastroso. La simpatía popular hacia el difunto Eduardo era grande. Se le dio el nombre de «Eduardo el Mártir», por el que se lo conoce en la historia, y se atribuyeron milagros a su tumba. Aparecieron historias (probablemente falsas) que detallaban cómo Elfrida lo había apuñalado con su propia mano y cómo él había huido, sangrando hasta morir.

Como Arzobispo de Canterbury, Dunstan tenía que coronar a Ethelred, pero lo hizo de mala gana, y después se retiró a Canterbury para pasar los últimos diez años de su vida en la tranquila realización de sus deberes clericales. El partido

contrario a Dunstan había ganado, y el poder de éste desapareció, pero hizo lo que pudo para enconar al pueblo contra el rey.

Ethelred carecía del buen consejo de Dunstan, quien tanto había elevado a los anteriores reinados. Tampoco tenía otros consejeros que pudiesen ocupar el lugar de Dunstan; o si recibía algún buen consejo, tenía la habilidad de no prestarle ninguna atención. La palabra sajona que significa «consejo» es «raed». Puesto que Ethelred carecía de consejo, era «unraedig», que significa «no aconsejado» y hasta «mal aconsejado».

Este se convirtió en su nombre común, que le fue aplicado por primera vez, según se dice, por Dunstan: *Ethelred the Unraedig, o* Ethelred el Mal Aconsejado.

Desgraciadamente, la palabra sajona se ha convertido en una palabra de sonido similar en el inglés moderno, pero una palabra que, pese a la semejanza de sonido, no tiene el mismo significado. Este rey es llamado «Ethelred the Unready» («Ethelred el No Preparado») en todos los libros de historia. Pero quizá el error no sea tan grande, pues Ethelred, en efecto, no estaba preparado para hacer frente a las crisis que abundaron en su reinado.

La principal de ellas se relacionaba con los cambios que se estaban produciendo en Escandinavia. Los viejos tiempos vikingos paganos estaban llegando a su fin. En Dinamarca, un jefe llamado Gorm el Viejo empezó a unificar el país, y su hijo Haroldo Diente Azul se volvió hacia el cristianismo y fue convertido alrededor de 960.

Haroldo tenía un hijo, Sven. En su edad adulta llevaba una larga barba que terminaba en dos puntas, por lo que es conocido comúnmente como Sven Barba Bifurcada. Cuando aún era joven, se peleó con su padre y le hizo la guerra, hasta que, con el tiempo, su padre murió. En ese año, 985, Sven Barba Bifurcada se convirtió en rey de Dinamarca.

Mientras tanto, Noruega**,** el corazón y el centro del país vikingo, también se estaba convirtiendo al cristianismo. Este había tenido allí un mal comienzo con Haakon, el joven príncipe noruego que había sido educado en la corte de Athelstan. Naturalmente se hizo cristiano, y muy ferviente. Cuando volvió a Noruega y derrocó a Eric Hacha Sangrienta, trató de convertir el país al cristianismo, pero lo hizo de modo demasiado obcecado y apresurado.

Hubo una vigorosa reacción pagana que fue aprovechada por los hijos de Eric Hacha Sangrienta. En la guerra civil que sobrevino, Haakon (llamado «Haakon el Bueno» por los monjes cronistas) fue muerto en 961 y, durante una generación, Noruega volvió al paganismo, justamente cuando Dinamarca estaba empezando a convertirse al cristianismo.

Uno de los jefes vikingos que murieron a manos de los hijos de Eric Hacha Sangrienta tenia a su esposa embarazada, y poco después dio a luz un hijo. Era Olaf Trygvesson, que fue uno de los grandes vikingos de la época. Fue educado en la corte de Vladimiro el Grande, en Rusia (donde también había penetrado la

influencia vikinga). Vladimiro fue el primer gobernante ruso que se convirtió al cristianismo. y quizá Olaf obtuvo allí una idea de éste. O quizá se convirtió en sus incursiones posteriores contra las Islas Británicas. Una leyenda, que ya no se cree, dice que se convirtió mientras visitaba las islas Scilly (las islas del Estaño de los antiguos fenicios).

Sea como fuere, navegó hasta Noruega en 995, y allí provocó una rebelión contra el impopular rey pagano de la época. Se hizo proclamar rey con el nombre de Olaf I y bajo él Noruega se cristianizó definitivamente. No mucho después, la influencia cristiana se hizo dominante también en Islandia. (En Islandia, la esposa de Eric el Rojo se hizo cristiana, por ejemplo, y, cuando su marido no hizo lo mismo, ella lo abandonó.)

Pero el cristianismo sólo era todavía un delgado barniz en los vikingos. Tanto Sven Barba Bifurcada como Olaf Trygvesson, realizaron incursiones contra la costa inglesa. Estas incursiones no eran tan horrendas como las de tiempos anteriores, y las iglesias y monasterios eran ahora refugios efectivos, pero eran bastante duras.

Puede parecer extraño que Inglaterra repentinamente pareciera otra vez inerme ante barcos daneses, cuando durante un siglo había prosperado constantemente a expensas de los daneses. En parte, la respuesta es que Sven y Olaf eran jefes vikingos excepcionalmente vigorosos. Una respuesta aún más importante es que Inglaterra estaba cosechando los frutos de la reacción antidanesa. La nobleza danesa de las costas nororientales, acuciada por el poder creciente de los nacionalistas sajones, hizo cada vez más causa común con los vikingos. (Esto, desde luego, alimentó el sentimiento antidanés entre los sajones, con lo que la política de conciliación de Dunstan quedó totalmente anulada.)

En 991, el indefenso Ethelred apeló al único recurso que parecía quedarle. Sobornó a los vikingos para que se marcharan. Por supuesto, esto sólo proporcionó un respiro temporal, y cada vez que era menester pagar un nuevo soborno, el precio aumentaba.

En 994, Sven y Olaf, actuando juntos armoniosamente, remontaron el río Támesis para poner sitio a Londres. Esta logró resistir, como París, en condiciones similares, un siglo antes. Los asociados piratas se marcharon y saquearon las provincias meridionales. Hubo que pagarles dieciséis mil libras de plata para que se retirasen; en 1001, el precio aumentó a veinticuatro mil libras.

Para recaudar el dinero, fue menester poner un impuesto especial sobre la tierra, que cayó sobre los hombros de la población. Fue llamado el «Danegeld». Fue recaudado en seis ocasiones durante el reinado de Ethelred y su producto entregado a los chantajistas vikingos. El total ascendió a 160.000 toneladas de plata.

(Como en el caso de prácticamente todo impuesto, el *Danegeld* fue mucho más fácil de establecer que de suprimir. Era una buena fuente de ingresos, y cuando llegó la época en que ya no era necesario pagar a los daneses, se consideró una vergüenza devolverlo al pueblo. Se lo mantuvo, pues, mucho después de que

cesase el tributo danés, y la última recaudación registrada fue en 1163, un siglo y tres cuartos después de haber sido establecido por vez primera.)

La recaudación del *Danegeld* fue puesta en manos de los nobles locales. Su efecto fue fortalecer la posición de esos nobles a expensas del pueblo y del rey por igual, ya que el poder de recaudar impuestos suponía el poder de controlar. El gobierno fue descentralizado, como había sucedido en el continente y por razones similares. Tal gobierno descentralizado, con los nobles terratenientes como pequeños reyes de sus propias tierras, es llamado «feudalismo». Como resultado de las correrías vikingas, pues, Inglaterra empezó a feudalizarse en el reinado de Ethelred II. Los labradores se empobrecieron, por las incursiones y el *Danegeld, y se* vieron obligados a entregarse a los nobles locales para sobrevivir. Se convirtieron en siervos.

Más aún, la decadencia cultural inglesa, detenida durante un tiempo gracias a los esfuerzos de Alfredo, ahora continuó, y en el reinado de Ethelred Inglaterra fue un país intelectualmente atrasado. Y en comparación con Francia e Italia, iba a seguir siéndolo durante más de cinco siglos.

Sin embargo, ese reinado marcó un giro decisivo en la historia de Londres. Había sido una ciudad notable en tiempos romanos, el mayor puerto de Inglaterra, pero sólo era una de varias ciudades notables.

En la temprana Inglaterra sajona, tuvo la desgracia de ser una ciudad fronteriza que no podía ser utilizada como capital por los diversos reinos. Su ubicación estaba casi exactamente en el punto donde, en 700, se encontraban los reinos de Essex, Wessex y Kent. Por ello, eran ciudades como Canterbury y Winchester las que tenían el; prestigio de ser capitales.

Aun en tiempos de Alfredo, Londres era la ciudad fronteriza entre la Inglaterra sajona y la Inglaterra danesa.

Pero durante el siglo X, cuando los reyes sajones dominaron los distritos daneses, Londres aumentó su tamaño y en el 1000 probablemente era la mayor ciudad de la isla. Su triunfante defensa contra los daneses, en 994, fue un punto brillante en un escenario que se estaba oscureciendo rápidamente y le dio el prestigio que necesitaba para convertirse en lo que ha sido desde entonces: la gran ciudad de Inglaterra; la única que dejaba a todas, las otras, por grandes que fuesen, en la sombra.

La segunda conquista danesa

Ethelred el No Preparado, incapaz de dirigir a su nación con eficiencia, o de controlar a sus nobles, o de oponerse a los daneses por cualquier medio que no fuesen los repetidos y exorbitantes sobornos, logró hallar tiempo para embrollarse también con el duque de Normandía.

Hacía menos de un siglo desde que los salvajes vikingos conducidos por Hrolf el Caminante se habían establecido en Normandía, pero ya se había producido un gran cambio en esa tierra. Los nietos de los vikingos hablaban un dialecto francés y eran difíciles de distinguir de otros franceses. La helada costa de Noruega fue olvidada y todo lo que conservaban de la vieja y salvaje herencia vikinga era la capacidad de combatir como demonios. Agréguese a ella una sorprendente habilidad para establecer un gobierno eficiente.

Los normandos estaban profundamente envueltos en la política francesa y, por lo general, luchaban contra los últimos reyes del linaje de Carlomagno. El duque Ricardo I de Normandía (un nieto de Hrolf, habitualmente llamado «Ricardo Sin Miedo> en las crónicas) fue un firme partidario del noble francés Hugo Capelo, quien en 987 reemplazó al último rey del linaje de Carlomagno y fue el primero de un nuevo linaje de reyes franceses.

Ricardo I fue sucedido por Ricardo II (el Bueno), en 996, y fue con él con quien Ethelred se querelló por un oscuro motivo. Ethelred hasta reunió barcos para invadir Normandía (como si no pudiesen ser usados mucho mejor contra los daneses), pero su torpe intento fue rechazado por el competente duque normando.

Entonces, Ethelred tal vez lo pensó mejor, pues aceptó la mediación papal y puso fin a la querella. En verdad, hasta quizá se le ocurriese que un enemigo capaz podía convertirse en un amigo capaz manejando las cosas apropiadamente por lo que se concertó una alianza matrimonial. Ethelred era viudo, y Ricardo tenía una hermana, Ema, que no estaba casada. Se concertó el matrimonio entre el rey sajón y la princesa normanda, y en 1002 Ema llegó a Inglaterra. Debe de haber sido muy joven por entonces, pues aunque no se conoce su fecha de nacimiento, vivió cincuenta años más desde la fecha del matrimonio y es razonable suponer que a la sazón era una adolescente. Fue llamada «la Flor de Normandía» y quizás haya sido muy atractiva.

Pero toda acción de un monarca incapaz puede resultar infortunada, y ese matrimonio, aunque pareció una buena medida en aquel tiempo, iba a tener tristes consecuencias para los sajones. Ema llevó consigo súbditos normandos, hombres capaces a quienes Ethelred brindó muy complacido cargos en Inglaterra, ya que había pocos de sus propios súbditos en quienes podía confiar. Así comenzó el aumento de la influencia normanda en Inglaterra que inspiró a los duques normandos un creciente interés por la isla y una creciente tentación de intervenir en su gobierno. Los resultados serían penosamente visibles medio siglo más tarde.

Pero, por el momento, Ethelred recurrió a una treta increíblemente malvada y que tuvo desastrosos resultados inmediatos.

Había obtenido el poder gracias a las facciones antidanesas y éstas eran cada vez más fuertes. La humillación inglesa a manos de los vikingos, los daneses de allende los mares, tenía que ser lavada, y era fácil acusar de ella a la puñalada por la espalda de los daneses de Inglaterra. Sin duda, había habido nobles daneses que se habían puesto de parte de los vikingos, en parte por resentimiento contra la política antidanesa de Ethelred y en parte por la necesidad de llegar a un acuerdo

con los vikingos puesto que el gobierno central no podía protegerlos. Pero muchos daneses habían permanecido leales y, en cambio, muchos sajones también se habían arreglado con los vikingos.

Pero la mera lógica no es una respuesta contra los prejuicios, ni entonces ni ahora. Ethelred decidió arrojarse en brazos de los más extremistas antidaneses de sus súbditos y vengar los hechos de los vikingos actuando contra una parte desarmada e insospechable de la población inglesa.

El 13 de noviembre de 1002, sólo medio año después de la celebración de las fiestas matrimoniales con Ema, individuos de la población sajona de Inglaterra se levantaron a una señal dada y mataron a tantos ingleses de ascendencia danesa como pudieron hallar. Entre los asesinados estaba una hermana de Sven Barba Bifurcada de Dinamarca que estaba viviendo en Inglaterra como esposa de un noble inglés de ascendencia danesa.

Ethelred debe de haber pensado que mediante ese acto atroz demostraría inmediatamente que era un rey fuerte, eliminaría un nido de traidores de la nación y pondría a toda Inglaterra de su parte en un gran movimiento de orgullo nacional.

Tal vez hubiese sido así si Inglaterra hubiese vivido en el vacío. Pero no era así. Más allá del estrecho mar, inalcanzable para muchedumbres sajonas, estaba el viejo feroz luchador Sven Barba Bifurcada.

Las noticias de la matanza (y de la muerte de su hermana) llenaron de furia a Sven, furia que era tanto más peligrosa cuanto que en ese momento se hallaba en el apogeo de su poder. Se había aliado con Olaf Skutkonung de Suecia (el primer gobernante cristiano de este país) y juntos hablan derrotado a Olaf Trygvesson de Noruega En una homérica batalla naval librada en el mar Báltico, Sven había vencido a su viejo compañero de piratería y destruido temporalmente el poder noruego.

Toda Escandinavia estaba ahora dominada por daneses o era aliada de los daneses, y Sven era la mayor potencia del Norte.

Con todos los recursos de Escandinavia tras de sí, Sven, jurando venganza, rápidamente reunió la mayor flota que habla llevado contra Inglaterra, y en 1003 desembarco en Exeter, en el lejano sudoeste de Inglaterra para lograr una completa sorpresa. El jefe de ese lugar era uno de los normandos de la reina Ana, y demostró ser tan capaz de convertirse en traidor como cualquier danés o sajón del Reino.

En los años siguientes, la humillación inglesa llegó al colmo. La matanza de los daneses no había eliminado en modo alguno a los traidores ni dado a Ethelred una pizca más de capacidad de la que tenía antes. Tampoco Ricardo, de Normandía estaba dispuesto a acudir en ayuda de su cuñado. Por el contrario, la traición de varios normandos en Inglaterra fue motivo de nuevas querellas entre Inglaterra y Normandía.

Ethelred no pudo hacer más que seguir pagando a los daneses lo que podía reunir, con la esperanza de que pasase la tormenta que había desencadenado sobre sí mismo.

Pero no pasó. Un intento inglés de reunir una flota fracasó por las disputas internas y la ineficacia. Alphege, el vigésimo octavo arzobispo de Canterbury, fue muerto en 1012 por una banda guerrera danesa, cuando se negó a entregar el dinero que exigían. Y finalmente, en 1013, Sven, al evaluar la total incapacidad de Inglaterra para defenderse, decidió ir hasta el fin. Se apoderaría del Reino y destruiría la obra de Alfredo.

Ahora estaban claras todas las consecuencias del estímulo que dio Ethelred a la criminal matanza de los daneses. En el Danelaw aún había muchas personas de ascendencia danesa y nadie podía esperar que mostrasen lealtad hacia Ethelred. Se unieron a las fuerzas danesas invasoras inmediatamente. Distrito tras distrito cayó en poder de Sven sin lucha, y cada victoria sin efusión de sangre de los invasores hacía más renuente la resistencia en otros lugares.

Ethelred estaba en Londres, y sólo esta ciudad mostró signos de querer resistir. Pero Ethelred no era un héroe como su tatarabuelo Alfredo. No era él quien iba a ofrecer la última resistencia. Calladamente, Ethelred se deslizó fuera de Londres y huyó hacia el Sur. Ya había enviado a su esposa y sus hijos a Normandía, donde todavía gobernaba el hermano de ella. Finalmente, también Ethelred se trasladó allí y fue bien recibido como rey refugiado.

Sven Barba Bifurcada de Dinamarca era ahora rey de Inglaterra. Fue la culminación de su agitado y violento reinado de casi treinta años, reinado que fue de un éxito casi constante. Y ahora llegó a su fin en la cúspide de su carrera, pues no mucho después de la huida de Ethelred, Sven murió repentinamente. Había sido rey de Inglaterra durante seis semanas.

Canuto

De pronto, todo cayó en la confusión. Muerto Sven, los daneses se replegaron, y la nobleza sajona vio allí su oportunidad. Podía recibir a Ethelred de nuevo, pero también podía aprovechar su posición obligándolo a pagar cierto precio. Tendría que abandonar ciertas prácticas que los nobles desaprobaban, otorgar más derechos y privilegios a la nobleza y prometer olvidar y perdonar pasadas traiciones.

Esta situación pone de relieve la idea medieval de la posición del rey. Este no subía al trono automáticamente; tenía que ser elegido por la nobleza del reino entre los miembros elegibles de la familia real. Esto suponía que el rey tenía ciertas obligaciones, como retribución, hacia la nobleza, y si no las cumplía, podía ser depuesto.

Naturalmente, tal punto de vista, podía conducir a la anarquía. ¿Cuáles eran los deberes del rey hacia la nobleza? ¿Quién los determinaba? Todo noble que

quisiese rebelarse siempre podía hallar algún fallo del rey para excusar su propia traición.

Más tarde, surgió una teoría alternativa de la realeza Se suponía que el rey subía al trono, no por elección, sino por derecho de descendencia. Había una regla fija de herencia (la «legitimidad) y el nuevo rey se convertía en rey de acuerdo con esa ley, cualesquiera que fuesen sus aptitudes o falta de ellas.

Tal rey lo era por la gracia de Dios, que lo había puesto en la línea de descendencia, y no tenía obligaciones hacia nadie excepto Dios. La nobleza o el pueblo no podían plantearle exigencias ni rebelarse contra él sin pecar contra Dios. Si el rey era malo o incompetente, lo único que podían hacer sus súbditos era esperar a que Dios lo reformase, si quería, o lo eliminase mediante la muerte.

Durante siglos, las naciones europeas vacilaron entre estas teorías alternativas de la realeza: o el rey era responsable ante sus súbditos o sólo ante Dios. Hacia el final de la Edad Media, la monarquía por la gracia de Dios triunfaba en todas partes, pero en Inglaterra esta victoria fue menos completa que en el Continente y el contraataque contra ella fue montado más rápida y efectivamente.

Una razón de ello fue que en Inglaterra había una tradición particularmente fuerte de acuerdos escritos entre el rey y sus súbditos, acuerdos que dejaban en claro quo había una forma de contrato entre el monarca y el pueblo.

El primer documento escrito de este género (o al menos el primero del que tenemos testimonio) fue el establecido entre Ethelred y sus súbditos al volver ente rey de Normandía. Este documento particular tuvo poco valor en sí mismo, pero sentó un precedente de enorme importancia que conduciría, a través de muchos pasos (algunos vacilantes) a la Constitución de los Estados Unidos y a nuestra forma americana de gobierno.

La muerte de Sven y la repentina recuperación de la nobleza sajona alrededor de Ethelred pareció conjurar el espectro de la conquista danesa, tan recientemente efectuada.

Sven tenía dos hijos, Haroldo y Canuto. El primero, por ser el mayor, tuvo el dominio de Dinamarca. Canuto, el más joven, había acompañado a su padre a Inglaterra y comandado la flota mientras su padre conducía a las tropas tierra adentro. Canuto trató de hacerse nombrar rey de Inglaterra en reemplazo de su padre. Pero, convertir esto en realidad por el momento era imposible. Canuto decidió retornar a Dinamarca y reunir un ejército más poderoso.

Al año siguiente, el 1015, Canuto golpeó nuevamente a las puertas de Inglaterra. Halló que Ethelred había logrado fácilmente disipar la buena voluntad con que fue recibido temporalmente. Inglaterra estaba otra vez en la misma situación de antes, con señores desafectos, gente descontenta y un rey incompetente.

Canuto podía haber conquistado Inglaterra tan fácilmente como su padre dos años antes, pero, desgraciadamente para la causa danesa, Ethelred murió en 1016, después de un reinado de treinta y ocho años de casi constantes desastres.

Sin embargo, una reliquia del reinado de Ethelred puede ser considerada como una contribución de valor, aún viva, a la cultura del mundo. Se trata del poema épico *Beowulf.* Hoy sobrevive en un solo manuscrito, bastante gastado e imperfecto, que todavía era legible en el siglo XVIII. Este manuscrito es ahora casi ilegible, pero en 1787 se hicieron copias de él y en 1815 apareció una versión impresa.

Por la escritura del manuscrito original, se supone que esa copia particular debe de haber sido escrita alrededor del 1000, en tiempos de Ethelred. Por supuesto, no fue la primera copia (aunque, al parecer, todas las copias anteriores se han perdido para siempre). La copia escrita original puede haber aparecido dos siglos antes en Mercia y debe de haber existido en la tradición oral algunos siglos antes aún.

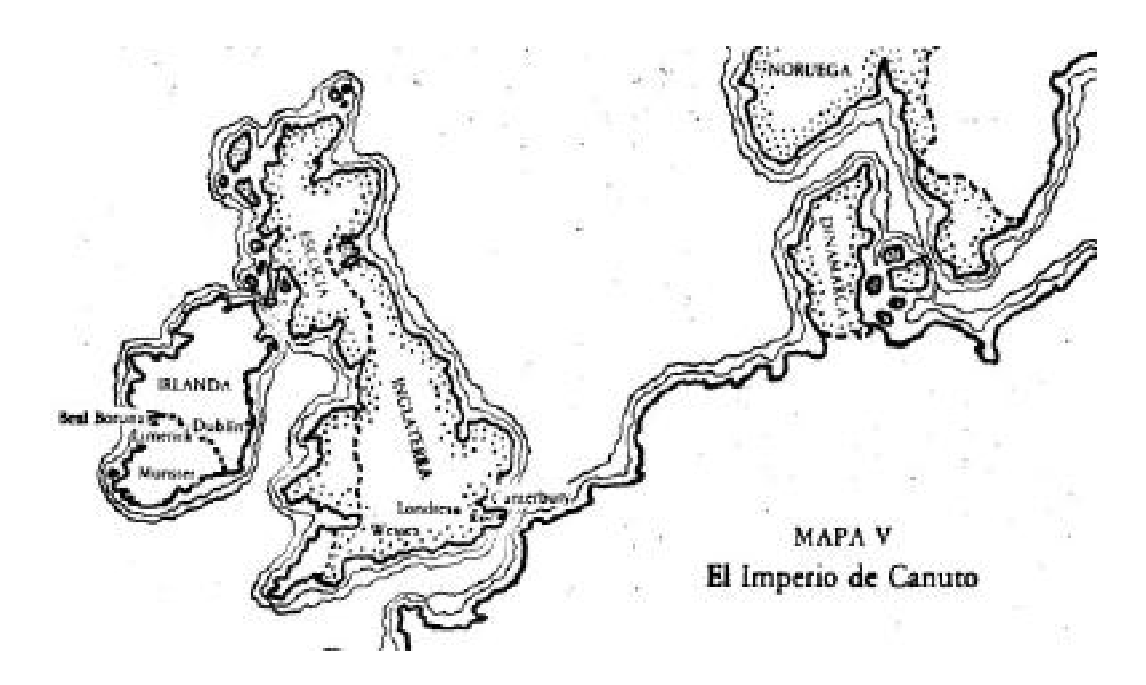
El relato está ubicado en la Dinamarca del siglo V. La corte danesa está acosada por un monstruo, Grendel, que se lleva y se come a hombres de la corte todas las noche, hasta que Beowulf, joven héroe del sur de Suecia, se enfrenta con el monstruo y lo mata. Luego debe combatir con la madre del monstruo, aún más temible. Más tarde Beowulf sube al trono danés, gobierna durante cincuenta años y, ya en la vejez, lucha con un dragón que está asolando el Reino, lo mata, pero luego muere de sus propias heridas.

La muerte de Ethelred fue una mala noticia para Canuto porque el incapaz viejo tenía un combativo hijo de su primera esposa (no Ema de Normandía). Este hijo era Edmundo II, aunque habitualmente es llamado Edmundo el Valiente, por su inflexible lucha contra Canuto.

En los últimos años del reinado de su padre, Edmundo dominaba el norte de Inglaterra y trató con incansable energía de rechazar a los daneses invasores. Sus generales lo abandonaron o se negaron a combatir a menos que se garantizase la presencia del propio rey Ethelred.

Muerto Ethelred, Edmundo pudo actuar mejor. Combatió valerosamente a Canuto y obtuvo algunas victorias. Dos veces acudió en defensa de Londres, que resistió vigorosamente contra el danés. Finalmente, desafió a Canuto a combate singular, señalando que era mejor que muriese un solo hombre de cada parte y no miles.

Un vikingo de antaño habría recibido gozosamente el reto, sin duda, pero Canuto no era un vikingo de antaño En verdad, era un hombre muy inteligente y realista, y observó que él era de contextura pequeña, mientras que Edmundo era un hombre muy grande y fornido. Por ello, dijo Canuto, seguramente él perdería y no estaba dispuesto a arriesgar la causa danesa de tal manera. Propuso, en cambio, dividir el Reino como se lo habla dividido en tiempo de Alfredo.



Se selló el trato, y Canuto ocupó el norte y Edmundo el sur. Tal arreglo no podía ser estable, pero al menos ofrecía un respiro durante el cual cada parte tendría la oportunidad de prepararse para combatir mejor. Pero si Canuto habla tenido la mala fortuna de ver morir a Ethelred, ahora tuvo mucha mejor suerte.

Desgraciadamente para la causa sajona, el 30 de noviembre de 1016, antes de que transcurrieran dos meses desde el acuerdo, Edmundo el Valiente murió, probablemente por causas naturales, aunque posteriormente se habló de asesinato.

No quedó nadie que pudiera oponerse a Canuto. Ethelred había tenido dos hijos de Ema, el mayor de los cuales era un muchacho de catorce años que no podía ponerse al frente de un ejército. A comienzos de 1017, los desalentados sajones aceptaron a Canuto como rey. AL año siguiente, el hermano de Canuto, Haroldo, murió, y Canuto se convirtió en rey único de Inglaterra y Dinamarca.

Para sorpresa de los ingleses, Canuto resultó ser un buen rey, muchísimo mejor de lo que habla sido el incompetente viejo Ethelred. En verdad, Canuto hizo lo que pudo para apaciguar el orgullo nacional de los ingleses y reconciliarlos con su reinado. Convocó al Witenagemot e hizo que lo eligiese rey, para que no se dijere que gobernaba sólo por derecho de conquista.

También se casó con Ema, la viuda de Ethelred, en 1017, para dar un aire de continuidad al gobierno. (Y quizá para su propia complacencia, pues ella debe de haber sido aún atractiva, y si bien era mayor que Canuto —quien sólo tenía veintitrés años a la sazón—, todavía era suficientemente joven como para tener hijos.)

Más aún, Canuto no hizo ningún esfuerzo para convertir a Inglaterra en otra Dinamarca o imponerle leyes danesas. Por el contrario, mantuvo a Inglaterra bajo sus leyes sajonas y residió en ella como un rey sajón. Más bien fue Dinamarca la que fue sometida a la influencia extranjera. Sacerdotes ingleses afluyeron a ella, de modo que pronto fueron borrados los últimos rastros de paganismo. Y en sus obispados fueron nombrados ingleses.

Canuto fue un piadoso cristiano y complació a sus súbditos haciendo una bien publicitada peregrinación a Roma en 1027. Esto disipó eficazmente toda idea que pudiesen tener los sajones de que Canuto era un «danés pagano».

AL principio, Canuto tenía una guardia de corps danesa, pero poco a poco se persuadió de que los sajones habían llegado a confiar en él, envió a sus daneses de vuelta a Dinamarca y los reemplazó por ingleses. Hasta nombró en calidad de su principal consejero a un sajón, Godwin. En 1020 hizo a Godwin Earl de Wessex y Kent, y el Earl sajón fue el hombre más grande del Reino, después de Canuto.

Canuto conservó el espíritu razonable con el que se negó al combate personal con Edmundo, si hemos de creer el más famoso relato al respecto.

Reza así. Cada vez más fastidiados por los rebuscados halagos de sus cortesanos, Canuto decidió darles una lección. Hizo instalar su trono en la costa del mar y se asentó en él mientras la marea subía. En términos grandilocuentes ordenó a la marea que retrocediese y no osase mojar sus ropas reales. Permaneció sentado así mientras la marea, ajena a las órdenes del monarca, mojó su rico manto. Se volvió hacia los cortesanos y les preguntó dónde estaban los poderes divinos que ellos le atribuían sonoramente.

(Es paradójico que muchos de los que relatan esta historia piensen erróneamente que Canuto era un jactancioso y realmente creía que la marea se detendría a su pedido.)

Por suave que fuese Canuto dentro de Inglaterra, en el exterior actuó como un conquistador. Condujo una expedición a Escocia en 1017 y obligó a los escoceses a someterse sin combate. En 1028 se apoderó de Noruega, muy turbulenta por entonces. Durante unos pocos años, hubo un Imperio Danés que incluía a Dinamarca, Noruega, Inglaterra, Escocia y hasta Islandia y Groenlandia, unión política nunca vista antes y nunca vista después.

Paradójicamente, por la misma época en que los daneses estaban llegando al pináculo de su éxito, los vikingos estaban perdiendo su dominio de más de dos siglos en Irlanda.

El héroe irlandés de esa lucha fue Brian, nacido alrededor de 941 cerca de un vado del río Shannon, a unos dieciséis kilómetros al norte del centro vikingo de Limerick. El nombre del vado era Beal Boruma, por lo que el irlandés era conocido como Brian Boru.

Brian empezó como gobernante de un pequeño territorio, pero poco a poco, mediante constantes luchas, amplió sus dominios, liberó Limerick y unió todo el Munster (el cuarto sudoccidental de Irlanda) bajo su dominio. En 1002, el año de la matanza de los daneses por Ethelred, derrotó a los vikingos de Dublín en batalla y fue reconocido como «alto rey», es decir, como soberano de todos los irlandeses.

Pero los vikingos seguían en Dublín, pese a Brian Boru, y los hombres de Leinster (el cuarto sudoriental de Irlanda) eran suficientemente contrarios a Brian como para desear aliarse con los vikingos.

La batalla final se produjo en 1004 (la época en que Sven Barba Bifurcada estaba muriéndose). Brian Boru era ya un viejo, de más de setenta años, pero estuvo en el escenario de la batalla, en Clontarf, en las afueras de Dublín, para inspirar a sus hombres, mientras su hijo conducía al combate al ejército irlandés.

En una batalla de doce horas, irlandeses y vikingos sufrieron grandes pérdidas, pero finalmente fueron los últimos quienes rompieron filas y huyeron. Unos fueron muertos y otros huyeron a los barcos del puerto. Una de las partidas en fuga dio con la tienda de campaña donde estaba sentado el anciano Brian. Fue reconocido y muerto

Pero el difunto Brian dejó como legado una Irlanda libre del dominio vikingo. Los vikingos que se quedaron se asentaron y mezclaron con la población.

Podemos preguntarnos si Canuto no habría hecho algún intento de conquistar Irlanda, si hubiese vivido lo suficiente. Quizá no, pues su imperio era inestable. Ya en vida de Canuto, Noruega se rebeló, y, cuando Canuto murió, en 1035, a los cuarenta años, aproximadamente, y después de un reinado de sólo dieciocho años, Noruega se independizó de inmediato y los breves días del Imperio Danés llegaron a su fin.

7. El reinado final

Eduardo el Confesor

Había varias elecciones posibles para el trono de Inglaterra después de la muerte de Canuto. El viejo rey Ethelred había tenido dos hijos con Ema. Mientras ella estuvo en Inglaterra como reina de Canuto, los hijos, Eduardo y Alfredo, estuvieron en Normandía con su tío, Ricardo II.

AL comienzo del reinado de Canuto, Ricardo había pedido el trono de Inglaterra para Eduardo, el hijo mayor, pero no había ninguna posibilidad de lograr esto mientras Canuto viviese, por supuesto. Los jóvenes príncipes, pues, llegaron a la edad adulta en Normandía; ya eran medio normandos por ascendencia, y se hicieron normandos del todo en cuanto a pensamiento y sentimientos.

Edmundo el Valiente, el hijo mayor de Ethelred con su anterior mujer cuyo reinado fue tan breve, también había tenido dos hijos, Edmundo y Eduardo. Estos fueron sacados apresuradamente del país después de la muerte de su padre y estaban ahora en la lejana Hungría, viviendo en paz.

Además, había dos hijos de Canuto. Uno de ellos era hijo ilegitimo, Haroldo Pie de Liebre (así llamado quizás a causa de su rapidez). El otro era Hardicanuto, hijo de Ema. A la muerte de Canuto, Ema, como es de suponer, hizo lo que pudo para que fuese elegido rey el hijo tenido con Canuto, y en esto fue apoyada por el poderoso Earl Godwin de Wessex. Pero la nobleza del Norte no deseaba que Godwin se hiciese demasiado poderoso y se declaró partidaria de Haroldo Pie de Liebre. Hardicanuto estaba en Dinamarca por la época de la muerte de Canuto. Tenia que asegurarse el trono de Dinamarca y esto retrasó su llegada a Inglaterra. Esto, a su vez, permitió triunfar al partido de Haroldo, que estaba allí. Fue elegido rey por el Witenagemot en 1037 con el nombre de Haroldo I. Ema fue exiliada.

Pero Haroldo murió en 1040 y Hardicanuto se convirtió en rey de Inglaterra, además de rey de Dinamarca, pero también murió, en 1042. De todos modos, ambos hijos eran incompetentes y pronto se hicieron impopulares. Con ellos terminó la dinastía danesa en Inglaterra, menos de treinta años después de la triunfal invasión de Sven Barba Bifurcada.

Nuevamente, se planteó el problema de la sucesión. El número de posibilidades había disminuido. Ni Haroldo ni Hardicanuto dejaron descendientes, y miembros más distantes de la familia real danesa eran inaceptables. Los príncipes de Hungría estaban demasiado lejos. Pero, ¿qué ocurría con los príncipes de Normandía?

Ricardo II, su protector, había muerto en 1028, pero su hijo, Roberto I de Normandía, no era ningún debilucho. En verdad, por su crueldad y autoritarismo fue llamado Roberto el Diablo. Los príncipes ingleses eran sus primos carnales y

presionó para lograr su acceso al trono (como había hecho su padre) cuando Canuto aún vivía.

Pero, cuando Roberto I murió, en 1035, hubo en Normandía un período de semianarquía. El hecho de que esto ocurriese justamente cuando Canuto murió fue un golpe de suerte para Inglaterra. El estado de confusión por la sucesión y los dos breves reinados daneses hacían posible cualquier cosa para un vigoroso duque normando, si hubiese existido alguno por entonces.

El más joven de los dos príncipes que estaban en Normandía, Alfredo, estaba ansioso por ocupar el trono de su padre, Ethelred II, aunque por el momento Normandía no estaba en condiciones de prestarle ayuda. Demasiado ansioso, quizá. Poco después de subir al trono Haroldo I, según se cree, le llegó a Alfredo una carta urgiéndole a ir a Inglaterra y derrocar al monarca danés.

Tal vez fue una genuina llamada de nacionalistas sajones que planeaban un levantamiento o quizá fue un señuelo lanzado deliberadamente para hacer caer en la trampa a un príncipe que podía causar problemas. Si fue esto último, dio resultado. Alfredo reunió una flota y navegó hasta Inglaterra. Avanzó tierra adentro y, según relatos, fue a su encuentro el Earl Godwin, quien lo saludó amistosamente, distribuyó calmamente al grupo invasor en una serie de casas y luego los capturó y los hizo matar. Alfredo fue llevado a Londres, donde también fue muerto.

Sólo quedaba Eduardo, un príncipe tranquilo, muy dado a la vida religiosa. En años posteriores, se lo llamó Eduardo el Confesor, por su escrupulosidad en cumplir con el deber de la confesión y otros ritos.

En 1041 fue invitado por Hardicanuto a retornar a Inglaterra. Hardicanuto (a diferencia de Haroldo) era medio hermano de Eduardo, pues tenían la misma madre. Además, Hardicanuto no tenia herederos y quizá no esperaba a ninguno, por lo que deseaba hacer de Eduardo su heredero. Eduardo, que ya era un maduro hombre de casi cuarenta años, fue recibido con respeto y amistad, y fue testigo de la muerte de Hardicanuto, al año siguiente.

El Earl Godwin usó su influencia a favor de Eduardo. Así, el hijo de Ethelred el No Preparado se convirtió en rey con el nombre de Eduardo III el Confesor, un cuarto de siglo después de la muerte de su padre. De este modo comenzó el último reinado de un rey sajón del linaje de Alfredo el Grande.

Eduardo no fue un rey fuerte; habría sido mejor como monje. De hecho, fue un monje en el trono.

El Earl Godwin fue el verdadero rey de Inglaterra durante la primera parte del reinado de Eduardo, pese al papel que le cupo en la muerte del hermano menor del rey, Alfredo. Eduardo no podía castigarlo por su actuación pues Godwin era demasiado poderoso. Además, Godwin estaba totalmente dispuesto a jurar que no había tenido nada que ver con el asesinato de Alfredo y podía hacer fácilmente que otros nobles diesen testimonio de ello.

Godwin mostró su poder obligando a Eduardo a casarse con un miembro de su familia. El rey se casó con la hija de Godwin, Edith, en 1045. Si de este modo Godwin esperaba tener un nieto que algún día fuese rey de Inglaterra, se equivocó. Eduardo había hecho voto de castidad, y lo cumplía. Edith fue su esposa sólo de nombre y no tuvieron hijos.

No parece haber dudas de que Eduardo abrigaba un serio rencor contra Godwin y su familia, o bien por la muerte de Alfredo, o bien por el modo arrogante en que el gran earl exhibía su poder. Ese rencor persistió hasta el día mismo de la muerte de Eduardo e iba a ser de gran importancia para el curso de la historia inglesa.

Eduardo también dejó perfectamente en claro que no sentía afecto por su madre, Ema. Guardaba resentimiento, muy razonablemente, por los años en que ella era reina de Inglaterra sin importarle, al parecer, que sus hijos mayores viviesen en el exilio. Tampoco puede haberle caído bien el hecho de que, después de la muerte de su segundo marido, hubiese tratado de hacer rey al hijo de este marido, con exclusión de sus hijos mayores, tenidos con su primer marido. Eduardo quizás hasta sospechaba que su madre había sido cómplice en la muerte de Alfredo. Sea como fuere, se adueñó de sus propiedades y la recluyó en un convento hasta la muerte de ella, en 1052.

El principal motivo de conflicto entre Eduardo el Confesor y los nobles sajones residía en el hecho de que los normandos adquiriesen una creciente importancia en el Reino. Desde nuestro punto de vista moderno, es casi automático experimentar cierta impaciencia con respecto a Eduardo. Sin duda, no era «patriótico» introducir a «extranjeros». En cambio, los señores sajones que se oponían a los normandos, parecen virtuosos nacionalistas.

Sin embargo, podemos también comprender el punto de vista de Eduardo. Los señores sajones eran orgullosos, pendencieros y codiciosos. El autoritario Earl Godwin y sus hijos dominaban prácticamente toda la Inglaterra meridional. Otro lord, Siward, dominaba el Norte. Otro aún, Leofric, dominaba las regiones intermedias, lo que antaño había sido Mercia.

Todos ellos eran autoritarios. Y ninguno era de confiar. Godwin, el más poderoso, habla pasado a primer plano como favorito de un rey danés y había hecho lo posible para asegurar una sucesión danesa, de modo que ¿cómo podía adoptar la pose de patriota sajón?

Por otro lado, Eduardo había sido criado en Normandía, había aprendido a hablar el francés normando y a preferir los modales más elegantes de Normandía a los de Inglaterra, más tosca. Seguramente, debe de haber envidiado el modo enérgico en que los duques Ricardo II y Roberto I habían gobernado y mantenido a la nobleza bajo su completo control.

Era muy natural que sintiese afecto hacia los normandos, que los considerase, un poco, como parte del único verdadero hogar que había conocido. Más aún, podía confiar en que los funcionarios normandos que había llevado consigo le serían fieles, pues sólo de él dependía su seguridad. Por todo ello, Eduardo introdujo en Inglaterra normandos y costumbres normandas, usó la escritura normanda y adoptó los modos de vestir normandos. También introdujo el cargo de «canciller», a la manera normanda, El canciller era el secretario del rey y tenía a su cargo los asuntos internos; en reinados posteriores, se convirtió en el más poderoso funcionario del país.

Naturalmente, hubo muchos cortesanos sajones que trataron de obtener el favor del rey imitando sus maneras normandas. Esto irritó cada vez más a los nacionalistas que odiaban las costumbres extranjeras y se aferraban a las tradiciones sajonas. Godwin se puso a la cabeza de ellos, por convicción o por un juego de poder.

Eduardo buscó cargos para sus normandos favoritos. No podía deponer a los terratenientes sajones y entregar su propiedad a los normandos. Esto habría provocado de inmediato una revuelta general. En cambio, siempre estaban disponibles los cargos eclesiásticos, y Eduardo empezó a nombrar normandos en ellos. Pero en 1051 fue demasiado lejos, cuando elevó a Roberto de Jumiege, un normando, al rango de trigésimo segundo arzobispo de Canterbury.

Ante esa medida, Godwin se lanzó a una rebelión abierta y reunió un ejército contra el rey. Eduardo no podía resistir contra Godwin sin apoyo, pero le fue fácil hallar tal apoyo. En un país donde unos pocos grandes nobles dominan el Estado, siempre hay celos entre ellos. Los más poderosos siempre se granjean la enemistad sumada de los restantes. Si Godwin derrotaba a Eduardo, podía fácilmente proclamarse rey, y, para impedir esto, los grandes nobles del Norte, Leofric y Siward, rápidamente avanzaron en apoyo de Eduardo.

Godwin y sus hijos fueron enviados al exilio, la reina Edith fue enviada a un monasterio y durante un momento Eduardo obtuvo el triunfo, tanto que desplegó abiertamente sus inclinaciones normandas invitando a visitarlo al joven duque de Normandía.

Guillermo el Bastardo

Para saber quién era ese joven duque, remontémonos a la época de Roberto el Diablo de Normandía. Este no tuvo hijos legítimos, pero de una amante de humilde origen (la hija de un curtidor) tuvo un robusto muchacho al que llamó Guillermo.

En aquellos días, el hecho del nacimiento ilegítimo no siempre era tomado seriamente en relación con la realeza, pero el origen humilde de la madre daba lugar a actitudes soberbias por parte de la nobleza normanda, y Guillermo debe de haber recibido tempranamente desaires que no iba a olvidar pronto.

En 1034, Roberto decidió hacer una peregrinación a Jerusalén. Esas peregrinaciones eran populares en aquellos tiempos, pero también eran empresas peligrosas y la posibilidad de volver vivo no era grande. Además, si Roberto tardaba en volver, los nobles rápidamente supondrían que estaba muerto y aspirarían al ducado. Y lo mismo haría el rey francés.

Por ello, Roberto decidió asegurarse todo lo posible de que eso no ocurriría exigiendo a sus nobles fidelidad a su hijo ilegítimo, Guillermo, antes de iniciar la peregrinación. Los nobles juraron, como se les mandó, Roberto se marchó y nunca volvió, pues murió en el camino. Así, el nuevo duque era Guillermo, un niño de ocho años.

Los nobles habían jurado, de modo que el muchacho fue aceptado como duque, pero era un cero a la izquierda. La cuestión era quién ejercería el control real del Estado, y a este respecto los nobles normandos disputaron y se hicieron la guerra. Normandía fue el escenario de una total y desusada anarquía. No es sorprendente, pues, que muchos de ellos se marchasen a Inglaterra cuando Eduardo el Confesor llegó al poder.

El joven duque Guillermo pasó por una infancia muy peligrosa y agitada. Fue llevado tormentosamente de un lado a otro, pues los nobles rivalizaban por la riesgosa grandeza de ocupar el rango de Protector y gobernar el ducado en nombre de Guillermo. Tres de ellos fueron muertos, uno tras otro.

La salvación de Guillermo quizá fue el rey francés Enrique I. Este había pasado tiempos difíciles enfrentan. do a su propia nobleza, por lo que había cierto lazo de simpatía entre él y el joven Guillermo. Enrique tal vez haya pensado también que, como retribución por ayudar al joven, más tarde tendría en él a un aliado agradecido con el cual contar en sus propias luchas contra vasallos arrogantes. A fin de cuentas, ya había una tradición de amistad entre los duques normandos y los reyes franceses.

Finalmente, Guillermo era un muchacho precoz que, en el curso de su difícil juventud, se convirtió en un hombre duro y colérico que actuaba rápidamente y con vigor.

Con su capacidad y con la ayuda del rey francés, Guillermo llegó a dominar la situación. Por la época en que tenía veinte años, conducía un ejército contra el conjunto de los nobles disidentes. Con ayuda de Enrique, Guillermo aplastó a la nobleza díscola, y luego ayudó a Enrique a derrotar a un noble cuya tierra incorporó a Normandía.

En una ocasión, Guillermo tomó un castillo cuyos defensores le lanzaron pullas aludiendo a su humilde cuna, pero después hizo tal matanza entre ellos como retribución del insulto que ya nadie se ocupó de recordar quién era su madre. En verdad, la nobleza derrotada descubrió que Guillermo era un diablo más duro hasta de lo que había sido su padre.

Guillermo II despreciaba la simulación y mostró cierta arrogancia en hacer alarde de su origen. En sus papeles oficiales, firmaba «Guillermo el Bastardo», pero es seguro que nadie habría osado llamarlo así en su cara.

El implacable duque hizo polvo la oposición de los nobles, de un modo que no tenía precedentes en otras partes de Europa Occidental. Les hizo pagar hasta el fin todos los insultos y peligros que le habían hecho sufrir. Obligó a todos ellos a jurar fidelidad directamente a él, con desprecio de las reglas ordinarias del feudalismo. No les dejó construir castillos fortificados sin su permiso específico, que raramente otorgaba. Hizo generosas donaciones a los monasterios y mantuvo a la Iglesia de su lado como un aliado fuerte y útil contra los nobles.



MAPA VI
Normandía

En resumen, construyó un ducado centralizado y eficientemente organizado que tal vez fuera pequeño en cuanto a superficie, pero que hizo de su duque el gobernador más rico y fuerte de Occidente. Obligó a sus nobles a mantener la paz y, eliminado el despilfarro que implicaban las guerras internas, Guillermo dispuso de dinero para contratar mercenarios y proveerlos del más moderno y mejor equipo militar.

Formó un ejército permanente de mil caballeros armados, una fuerza enorme para la época. Ni siquiera el rey de Francia (el soberano de Guillermo, en teoría) podía hacer otro tanto. E Inglaterra ciertamente tampoco, pues allí, por entonces, todo era tan ineficiente e internamente desorganizado como Normandía era eficiente y bien organizada.

En 1051, cuando Eduardo el Confesor invitó al joven Guillermo a Inglaterra, el duque normando tenía veinticuatro años de edad y ya gozaba de fama por toda Europa. Estaba firmemente asentado en su trono, y los rudos y camorristas nobles normandos andaban de puntillas en su presencia.

Eduardo debe de haber visto en Guillermo todo lo que era deseable en un sucesor. Eduardo era tío segundo de Guillermo, pues el abuelo del primero, Ricardo I de Normandía, era el bisabuelo del segundo. Si Eduardo moría sin herederos, la opción estaba entre Guillermo, el triunfante, poderoso, enérgico e inteligente duque normando, o un período de anarquía en el que los nobles sajones lucharían por el trono, y existía la posibilidad de que ganase el odiado Godwin.

Seguramente, Eduardo debe de haber pensado que sus preferencias personales servirían al bien de Inglaterra también, y quizás insinuó a Guillermo que sería nombrado heredero al trono. Esto habría complacido al orgulloso duque, pues obtendría el título de rey, título que no podía conseguir con Normandía.

Pero, ¿hizo realmente Eduardo esa promesa? Si fue así, la hizo en el más estricto secreto, de modo que ¿cómo podía llegar a ser conocida? Existe al menos una buena posibilidad de que la historia de la promesa no sea verdadera. Puede haber sido inventada por el exiliado Godwin, aprovechando la ocasión de la visita de Guillermo a Inglaterra y, basándose en su conocimiento de Eduardo, conjeturando con perspicacia cuáles eran los sentimientos de Eduardo.

Para Godwin, era provechoso poner en circulación esa historia (fuese verdad o no), pues si bien Guillermo de Normandía estaba emparentado con Eduardo el Confesor, el parentesco era por la madre de Eduardo. Guillermo de Normandía no era miembro de la familia real de Wessex; no era un descendiente de Alfredo el Grande.

Esta obra de propaganda (como la anterior invitación a Alfredo) dio buen resultado a corto plazo. Hubo agitación en toda Inglaterra, y Eduardo nunca fue tan impopular. Aprovechando la oleada de resentimiento que siguió a la visita de Guillermo el Bastardo, Godwin retornó a Inglaterra en 1052, restableció su poder, el de sus hijos y el de su hija Edith, y pronto fue más fuerte que nunca.

Pudo dominar al ahora acobardado rey Eduardo hasta el punto de obligarlo a enviar al exilio a algunos de sus favoritos normandos. En particular, Godwin hizo deponer al arzobispo normando de Canterbury y designó en su lugar, como trigésimo tercer arzobispo de Canterbury, a uno de los más importantes partidarios clericales suyos, Stigand, un sajón que había sido capellán de Canuto y consejero de Ema. Difícilmente podía haber alguien menos aceptable para Eduardo, pero éste se vio forzado a dar su aquiescencia.

Pero esto tuvo un infortunado efecto colateral. Para reemplazar a un arzobispo de Canterbury era necesario, en teoría, buscar el acuerdo del papa. Durante casi dos siglos el papado había estado en las más débiles manos y no había sido necesario prestarle mucha atención. Cualquiera que fuese el títere que ostentase el título de papa aceptaría todo, debe de haber pensado Godwin.

Pero en 1051 cierto joven y recientemente nombrado cardenal llamado Hildebrando se estaba convirtiendo en un poder en Roma. Durante más de veinte

años dominaría a los sucesivos papas, hasta ser nombrado papa él mismo, Durante todo ese tiempo, trabajó (y con éxito) para restaurar el prestigio y el poder del papado, y para ello tenía intención de mantener firmemente en las manos del papa la designación de los obispos. Godwin no podía saber que se estaba produciendo este cambio repentino en Roma, e Inglaterra sufrió las consecuencias de ello.

Puesto que Godwin no juzgó necesario la aprobación del papa, el papa León IX, a instancias de Hildebrando, se negó a reconocer el nombramiento de Stigand. Los papas siguientes mantuvieron la política de Hildebrando, lo cual tendría su importancia en el futuro desastre de Inglaterra.

De todos modos, Godwin tuvo poco tiempo para disfrutar de su retorno al poder. Murió al año siguiente, el 15 de abril de 1053, y su hijo mayor, Haroldo, heredó su título de Earl de Wessex y su poder real como rey no coronado de Inglaterra.

Macbeth el Usurpador

En el Norte, Siward, Earl de Northumbria (lo que quedaba del viejo Reino de Northumberland) llevó a cabo un hecho que no fue muy importante en sí mismo, pero que, gracias a los escritos de un gran dramaturgo de cinco siglos y medio más tarde, es bien conocido por todo inglés y norteamericano culto.

El suceso decisivo tuvo lugar en Escocia.

Escocia logró sobrevivir a los nuevos ataques vikingos contra la isla de Gran Bretaña. Pero la parte más septentrional fue temporalmente arrebatada por invasores vikingos y se convirtió en el *Earldom* [el dominio de un *earl*] de Orkney, prácticamente independiente. Un noruego, Thorfinn, fue el poseedor de este *earldom* durante los reinados de Canuto y de Eduardo el Confesor.

El resto de Escocia, sin embargo, permaneció bajo sus reyes nativos, Malcolm II fue rey de Escocia durante el reinado de Canuto. Mientras Inglaterra caía bajo los golpes daneses, Malcolm lograba estrechar el débil dominio escocés sobre lo que antaño había sido Bernicia y ahora era Lothian. Había sido cedido a Escocia en tiempos de Edgar, medio siglo antes, pero la nobleza inglesa del Norte había tratado en varias ocasiones de recuperarlo. Malcolm logró mantenerlo contra todos los atacantes. En 1031 tuvo que aceptar a Canuto como su soberano teórico, pero lo mismo retuvo Lothian.

Malcolm murió en 1034 y fue sucedido por su nieto Duncan. El nuevo rey sólo reinó seis años. Había una sangrienta enemistad hereditaria entre su familia y la de Gruoch, la esposa de su general Macbeth. El abuelo de Gruoch había muerto combatiendo contra Malcolm II, el abuelo de Duncan. En la primitiva sociedad tribal que era Escocia por entonces, había amplia justificación para que Gruoch (Lady Macbeth) tratase de matar a Duncan. Logró persuadir a su marido a que se rebelase. En 1040, éste se levantó contra el rey y lo mató en batalla.

En realidad, Macbeth también era de la familia real. El y Duncan eran miembros de ella por lado materno y estamos demasiado lejos de los sucesos para saber quién tenía el derecho legítimo al trono según patrones posteriores. Por los patrones de la Escocia de ese entonces, el trono pertenecía a quien podía apoderarse de él, y éste resultó ser Macbeth. Gobernó durante diecisiete años. de 1040 a 1057, y en general fue un rey capaz. No hay ningún signo de que fuese considerado por su pueblo como un usurpador.

El hijo de Duncan, Malcolm, huyó a Inglaterra y, como sucede habitualmente con los reyes exiliados, hizo todo lo posible por hallar amigos que lo ayudasen a recuperar el trono. Halló tal amigo en Siward, el Earl de Northumbria.

Siward ayudó a Malcolm porque esperaba beneficiarse con ello: esperaba obtener Lothian. Podía haberse justificado declarando que Macbeth era un usurpador, herir tal justificación habría sido muy poco convincente en su boca. Siward había llegado a ser Earl de Northumbria en 1041, un año después de que Macbeth llegase a ser rey, y había logrado la sucesión al título matando al earl anterior, que era el tío de su esposa.

Siward derrotó en batalla a Macbeth en 1054, pero no de modo decisivo. Más tarde, en 1057, en otra batalla, Macbeth fue muerto y el hijo de Duncan subió al trono con el nombre de Malcolm III. Siward murió poco después sin haber logrado apoderarse de Lothian. La región seguiría siendo escocesa permanentemente.

William Shakespeare tomó el material de esta historia, embellecido por leyendas posteriores, y lo convirtió en *Macbeth, su* gran tragedia sobre traiciones y crímenes que fue representada por primera vez en 1606, cinco siglos y medio después de los sucesos que describe.

Al crear esta obra maestra, Shakespeare deformó la historia totalmente. Duncan se convirtió en un canoso y viejo rey, renombrado por su suavidad y benevolencia, en vez del rey relativamente joven y sólo renombrado por su desidia e incompetencia de la realidad. Macbeth es pintado apuñalando traidoramente a Duncan cuando el rey está como huésped en el castillo del general, de modo que, al crimen y la traición, Macbeth añade el crimen aún mayor (para una sociedad primitiva) de violar las leyes de la hospitalidad. (En realidad, Shakespeare tomó esto de un relato concerniente a un anterior rey escocés.) Macbeth luego es mostrado como un cruel usurpador, atormentado por su injustificado y horrible crimen, y acosado hasta la muerte por un enfurecido grupo de enemigos virtuosos, entre los que se cuenta Siward, retratado como el guerrero inglés ideal y estoico.

Nada de eso fue así, pero la obra es maravillosa lo mismo, y mientras subsista (probablemente mientras subsista la civilización) el pobre Macbeth será considerado como uno de los grandes villanos de la historia.

Entre los personajes de Shakespeare también figuran Banquo y su hijo Fleance. Banquo es descrito como un general colega de Macbeth que es asesinado

por el usurpador, cada vez más receloso. Fleance escapa y se supone que fue el antepasado de los reyes que posteriormente gobernaron Escocia y que, en tiempos de Shakespeare, llegaron también a gobernar Inglaterra.

Indudablemente, Shakespeare escribió la obra para agradar a Jacobo I, el rey escocés que subió al trono en 1603, no mucho antes de que apareciese la obra. Puesto que Banquo era antepasado de Jacobo (presuntamente) y Macbeth el asesino de Banquo, era natural que ennegreciese la figura de Macbeth por todos los medios posibles.

Desgraciadamente, no parece haber ninguna razón histórica para suponer que Banquo y Fleance existieron, ni que el linaje real escocés de tiempos posteriores podía hacerse remontar a tales individuos.

Eduardo el Confesor no aparece en la obra de Shakespeare *Macbeth,* pero se habla de él. Lo menciona, llamándolo «el muy piadoso Eduardo» un lord cuyo nombre no se da y que describe cómo el hijo de Duncan ha sido recibido en la corte inglesa.

Más adelante hay una escena delante del palacio de Macbeth en Inglaterra, donde el *lord* escocés Macduff trata de incitar a Malcolm a conducir un ejército a Escocia contra Macbeth.

En cierto momento, sale un médico del castillo y Malcolm le pregunta si el rey también va a salir. El médico responde:

«Sí, señor, hay una muchedumbre de almas desdichadas.
Que esperan su curación de él ...
... por su toque.
Tal santidad ha dado el Cielo a su mano.
Pronto mejoran.»

Macduff escucha maravillado y luego pregunta a Malcolm de qué enfermedad habla el médico. Malcolm contesta:

«Es llamada el mal.
Una obra milagrosa de este buen rey,
Que a menudo, desde que estoy en Inglaterra,
Le he visto hacer. Cómo instiga al Cielo,
Lo sabe él mejor; pero a gentes extrañamente afectadas,
Todas hinchadas y ulcerosas, lamentables de ver,
Desahuciadas por la cirugía, él las cura
Colgando una estampa dorada de sus cuellos,
Con el agregado de piadosas plegarias; y se dice
Que lega a los reyes posteriores
La bendición curativa. Además de esta extraña virtud,
Tiene el don celestial de la profecía,
Y diversos beneficios rodean su trono

Proclamando que está lleno de gracia.»

La enfermedad aquí llamada «el mal» o, a veces, más explícitamente, «el mal del rey», es la escrófula, una hinchazón tuberculosa de los ganglios linfáticos del cuello, con variados efectos colaterales de desagradable aspecto.

Por alguna razón se llegó a creer que el toque de un rey podía curar la enfermedad. La costumbre era común en Francia; en Inglaterra, el primero que la practicó fue Eduardo el Confesor, quien la llevó de Francia. Sólo era otra de sus costumbres normandas, pero su ostentosa piedad y santidad hacía deseable su toque. (Muchas leyendas de milagros crecieron alrededor de su recuerdo en tiempos posteriores, y fue santificado en 1161, un siglo después de su muerte.)

La costumbre del toque para curar el mal se mantuvo, de tanto en tanto, en siglos posteriores, y llegó al pináculo de su popularidad con Jacobo I y sus sucesores. Tan complacido estaba Jacobo I de ser rey de Inglaterra que se entregó a la práctica del toque para curar el mal, pues esto demostraba que era un monarca inglés legítimo. Shakespeare la menciona trayéndola de los cabellos (pues no tiene nada que ver con la trama) y dice específicamente «se dice / que lega a los reyes posteriores / la bendición curativa» a fin de agradar a Jacobo.

En realidad, Jacobo era un individuo físicamente sucio y de horribles hábitos; era mucho más probable que su toque causara enfermedades, no que las curase.

Haroldo de Wessex

Los últimos trece años del reinado de Eduardo estuvieron totalmente dominados por Haroldo, el hijo mayor sobreviviente de Godwin. Tenía treinta y un años cuando su padre murió. Heredó el título de Earl de Wessex y Kent y luchó denodadamente para adueñarse del resto de Inglaterra, en su propio nombre o en el de uno u otro de sus hermanos.

Siward, Earl de Northumbria, y su hijo, murieron en la expedición contra Macbeth, o poco después, y se otorgó el *earldom* al hermano de Haroldo, Tostig.

Los herederos de Leofric de Mercia fueron dejados de lado con uno u otro pretexto, y sus tierras se las repartieron los otros hermanos de Haroldo. Cuando algunos de los lores depuestos buscaron la alianza de los galeses, Haroldo y Tostig se unieron para marchar contra ellos en 1063 y los redujeron nuevamente a un hosco silencio.

Mientras tanto, Eduardo estaba en los sesenta y tantos años, avanzada edad para aquellos días, y no tenía hijos. La cuestión de la sucesión estaba en la atmósfera. Sin duda, Eduardo favorecía a Guillermo de Normandía, pero en esos momentos de supremacía de Haroldo no osaba proponerlo abiertamente.

En cuanto a la familia real de Wessex, los únicos que quedaban eran los descendientes de Edmundo el Valiente, quienes vivían en la lejana Hungría. Eran dos hijos, en un principio, cuando Edmundo el Valiente murió, Edgar y Eduardo, sobrinos de Eduardo el Confesor. Edgar luego murió, pero aún quedaba Eduardo.

Además, Eduardo se había casado con la hija del emperador alemán Enrique II (un buen matrimonio para un príncipe exiliado y sin tierras) y tuvo de ella varios hijos, entre ellos un hijo, Edgar, y una hija, Margaret.

Eduardo tenía que ser la solución. Seguramente sería popular. A fin de cuentas, era un descendiente del gran Alfredo y también hijo de Edmundo el Valiente, a quien la distancia en el tiempo había convertido en un gran héroe a los ojos de los ingleses. Había combatido a Canuto bravamente, salvando la mitad del reino, y de no haber sido por su repentina y prematura muerte, podía haber conquistado el resto. Probablemente, los ingleses estaban seguros de que lo habría hecho. Añádase a estos antepasados la aureola personal de un exilio trágicamente romántico; ¿qué más se podía pedir de un heredero?

Así, en 1064, el rey Eduardo hace ir a Inglaterra a su sobrino, el joven Eduardo (llamado «Edward Atheling», esto es, el «Príncipe Eduardo», pues «Atheling» era el título dado al heredero). Esta resultó ser una medida popular. Eduardo *Atheling* llegó a Inglaterra inmediatamente con su mujer y sus hijos y fue recibido con delirante alegría.

Sin embargo, Eduardo el Confesor no le dio audiencia enseguida. Quizá la preferencia secreta del rey por Guillermo de Normandía como heredero dio origen a esa renuncia a conceder su bendición formal a Eduardo Atheling. O tal vez Haroldo, que no quería a Guillermo ni a Eduardo Atheling, maniobró para impedir que el príncipe apareciera en la corte. Es difícil saberlo.

La situación estaba a punto de entrar en crisis, pero Eduardo Atheling resolvió el problema muriendo casi inmediatamente después de llegar a Londres. Se sospechó posteriormente que Haroldo provocó esa muerte, porque ciertamente convenía a su ambición, pero no hay ninguna prueba de ello y la muerte natural repentina era muy común en aquellos tiempos.

Sólo quedaba el hijo de Eduardo, que ahora era Edgar Atheling, pero era un jovencito de quizá trece años por la época de la muerte de su padre, y no estaban los tiempos para sentar en el trono inglés a un muchacho.

El siguiente rey tenía que ser un adulto, y sólo había dos suficientemente fuertes y enérgicos como para apoderarse del trono, aunque ninguno de ellos era miembro de la familia real: Haroldo de Wessex y Guillermo de Normandía. ¿Cuál sería?

Hay relatos sobre un famoso suceso que tal vez nunca haya ocurrido. Es decir, tenemos referencias de él por fuentes normandas, y puesto que servía para

dar a Guillermo cierto derecho para pretender el trono de Inglaterra, puede que no haya sido más que propaganda normanda.

Según esos relatos, Haroldo, en 1064, se embarcó por alguna razón y fue arrastrado por una repentina tormenta a la costa de Francia. (Según otras versiones, fue deliberadamente a Francia para llevar un recado, pero fue apartado de su curso por la tempestad y naufragó.) En cualquier caso, fue capturado por un noble local del lugar de la costa al que llegó.

De acuerdo con las costumbres de la época, los náufragos podían ser aprisionados y retenidos para pedir un rescate por ellos, y Haroldo era una presa de primer rango. Guillermo de Normandía, al recibir la noticia, obligó al señor a que le entregase su cautivo, en parte mediante amenazas y en parte mediante soborno, y pronto Haroldo se encontró en Ruán, la capital de Guillermo.

Allí fue tratado con la mayor deferencia y respeto, y Guillermo, de la manera más amistosa, pidió a Haroldo que usase su influencia para ayudarle a obtener la sucesión al trono. En condiciones normales, Haroldo difícilmente habría pensado en hacer nada semejante, pero estaba rodeado de normandos y el implacable duque Guillermo le sonreía fríamente.

Haroldo tuvo que aceptar. Luego Guillermo quiso que repitiese la promesa ante una asamblea de sus nobles. Se exigió a Haroldo que pusiese su mano sobre una Biblia y jurase, lo cual hizo. La Biblia luego fue quitada de la mesa donde yacía, también se retiró la cubierta de la mesa y debajo se vio un gran recipiente lleno de huesos, de santos y otras reliquias. Se suponía que esto hacía el juramento más obligatorio, en lo concerniente a su cumplimiento.

Luego se permitió a Haroldo retornar a Inglaterra.

El relato del juramento, como dije antes, sólo se encuentra en fuentes normandas, de modo que su veracidad es incierta. Pero aunque hubiese sido verdadero, un juramento arrancado bajo coacción no podía ser considerado obligatorio.

Pero ahora las cosas empezaron a volverse contra Haroldo. Los northumbrios habían estado bajo 1a dominación del hermano de Haroldo, Tostig, durante un tiempo, pero no tuvieron ningún motivo para estar contentos de él. Se dice que fue cruel y rapaz, y los northumbrios se levantaron contra él en 1065 y lo expulsaron. Decidieron elegir ellos mismos un *earl y su* elección recayó en Morcar, un hijo del viejo Leofric de Mercia.

En años anteriores, Haroldo y Tostig hablan actuado juntos en fraternal amistad, pero el momento era decisivo. Evidentemente, Eduardo el Confesor estaba en sus Últimos meses de vida, y Haroldo sabía que pronto tendría que hacer frente a Guillermo de Normandía. No quería tener a un conjunto de northumbrios desafectos a sus espaldas.

Por ello, decidió apaciguarlos a expensas de Tostig. Aceptó a Morcar como nuevo *earl.* Tostig estaba furioso. Se sintió traicionado y decidió vengarse. Abandonó el país, pero como lo demostraron los acontecimientos, no por mucho tiempo, y Haroldo iba a terminar en la misma situación para evitar la cual había sacrificado a Tostig.

Eduardo el Confesor estaba agonizando, y no se sabe cuáles fueron sus últimos deseos, si es que expresó algunos. Los normandos posteriormente declararon que Eduardo, en su lecho de muerte, insistió en que el duque Guillermo era su heredero; los sajones sostenían que bahía nombrado a Haroldo. Examinando la situación imparcialmente, parece mucho más probable que Eduardo hubiese elegido a Guillermo, no a Haroldo, pero esto, en realidad, importa poco. La decisión no la iban a dar los palabras de Eduardo, sino la fuerza, y para empezar, Haroldo estaba allí.

8. La conquista normanda

La batalla de Stamford Bridge

Eduardo murió el 5 de enero de 1066, y así comenzó el año más importante de la historia inglesa. Eduardo había gobernado Inglaterra durante veinticuatro años. En una gran parte de ese tiempo, no había sido más que una figura inoperante que ocupaba el trono, mientras otros disputaban a lo largo de años para controlar el reino y decidir sobre la sucesión.

Con todo, fueron años de paz y si bien Inglaterra quedó en retraso en el plano cultural, materialmente se hizo próspera. Londres había crecido hasta convertirse en un importante centro comercial y por entonces era la ciudad más importante del país; mantendría en forma permanente la supremacía. Se calcula que la población total de Inglaterra a la sazón era de 1.500.000 habitantes.

Haroldo se proclamó rey inmediatamente con el nombre de Haroldo II, por lo que potencialmente empezó una nueva dinastía. Era claro, sin embargo, que el comienzo de su reinado sería muy turbulento, pues el duque Guillermo, al recibir la noticia de la muerte de Eduardo y la subida al trono de Haroldo, inició de inmediato los preparativos de una invasión.

A fin de cuentas, era sobrino del viejo rey, mientras que Haroldo no tenía ningún parentesco con él. Guillermo también se sentía seguro de que el viejo rey había tomado la decisión personal de elegirlo como heredero. Y si es cierta la historia de que Haroldo juró ayudarlo a convertirse en rey, podía considerarlo como un blasfemo que había roto su juramento.

Pero probablemente importaba poco a quién asistía el derecho. El duque Guillermo ofreció a los voluntarios una buena paga y la oportunidad de un buen combate, además de la promesa de gloria, botín y tierras. Los hombres acudieron a él y Guillermo los aceptó a todos.

Todo empezó bien para Guillermo. Quienes tenían interés en oponerse a él se hallaban impotentes. Así, el rey Enrique I de Francia había muerto en 1060 y había dejado el trono francés en manos de un niño, Felipe I. En 1066, Felipe sólo tenía catorce años y Francia estaba sumida en la confusión. No había ningún poder central que ejerciera presión sobre Guillermo o amenazase con ocupar Normandía si la expedición de Guillermo fracasaba. (Si lo hubiese habido, Guillermo habría preferido no correr el riesgo de una invasión allende el mar.) De hecho, en ese momento un tal Balduino de Flandes era regente de Francia. El era quien controlaba al joven rey y constituía el gobierno central existente; ese mismo Balduino era suegro de Guillermo y estaba bien dispuesto hacia él.

Además, el Condado de Anjou, que se hallaba inmediatamente al sur de Normandía y estaba en estado de guerra crónica con ésta, se encontraba paralizado

por las luchas internas. Habría deseado impedir la realización del proyecto de Guillermo, pero en ese momento no podía.

Por otro lado, Guillermo tenía un aliado importante en el Papa. El papado, aún guiado por Hildebrando, estaba amargamente ofendido por el nombramiento de Stigand como arzobispo de Canterbury. Había pedido una vez más la destitución de Stigand, pero Haroldo se habla negado firmemente. Por ello, el Papa Alejandro II dio la bendición pontificia al proyecto de Guillermo. Esto alentó mucho a los hombres que seguían a Guillermo y mejoró las posibilidades de reclutar a otros.

La excitación del momento se refleja en un largo tapiz (del que aún existen unos 77 metros) de cincuenta centímetros de ancho. Se conservó en la catedral de Bayeux, ciudad de la costa normanda, en tiempos medievales, por lo que es llamado «el Tapiz de Bayeux». Según la tradición, fue tejido por Matilde, esposa de Guillermo y duquesa de Normandía, para conmemorar el gran suceso.

Comienza con el viaje de Haroldo a Francia y el juramento sobre las reliquias de ayudar a Guillermo a obtener el Reino. Es también notable porque muestra a hombres contemplando maravillados un cometa. En efecto, en ese decisivo año de 1066 apareció un cometa, el mismo que más adelante sería llamado cometa de Halley. (El astrónomo inglés Edmund Halley demostró en 1705 que es un miembro periódico del Sistema Solar; vuelve a la vecindad de la Tierra y, por ende, es visible cada setenta y seis años.)

En tiempos antiguos, estaba difundida la creencia de que, puesto que las estrellas y los planetas en general influyen en los sucesos terrestres, la repentina aparición de un objeto celeste no común sólo podía tener como finalidad indicar que algún suceso no habitual o catastrófico se produciría en la Tierra. Y como todos los años había catástrofes en la Tierra, la profecía nunca fallaba.

En ese año particular, era claro que Haroldo o Guillermo perderían o ganarían un reino, de modo que para uno de ellos las cosas serían catastróficas. En el Tapiz de Bayeux, se muestra a un cortesano apresurándose a informar a Haroldo de la aparición del cometa, y a Haroldo se lo ve perturbado. Evidentemente, la postura oficial normanda era que el cometa presagiaba el desastre para Haroldo, el que había roto su juramento.

Es fácil para nosotros reírnos ahora de esas insensateces astrológicas, pero no debemos subestimar el efecto de esas cuestiones por entonces. Si los normandos creían que el cometa era un seguro indicio de que Haroldo estaba condenado, su moral se fortalecería y combatirían más duramente. Si se podía convencer a los sajones de que su rey había roto un juramento y con ello se había atraído la cólera de Dios, su ánimo decaería. Creyese Guillermo o no en tales cosas, indudablemente le convenía explotar a fondo el cometa.

Hasta podía decirse, pues, con verdad literal, que el curso de las estrellas favorecía a Guillermo.

Pero Haroldo no era ningún débil o cobarde. Era un renombrado guerrero que había pasado su vida en los campos de batalla. Conocía los preparativos de Guillermo y tomó medidas contra ellos. Reunió un ejército en el sur y mantuvo preparada una flota en el canal. Estaba totalmente listo para hacer frente a toda eventualidad... en el sur.

Desgraciadamente, no pudo permanecer en el sur. Su hermano Tostig (seguramente, el villano del año, desde el punto de vista sajón) aún anhelaba venganza a toda costa por la disposición de Haroldo a permitir que lo expulsasen de Northumbria. Había estado buscando a alguien que lo ayudase a montar una invasión para recobrar Northumbria y, finalmente, halló al hombre que necesitaba en Haroldo Hardrada, o «Gobernante Duro», de Noruega.

Haroldo Hardrada tuvo una vida que fue una especie de novela histórica. Para empezar, era medio hermano del rey Olaf II de Noruega, que gobernó en tiempos de Canuto. En 1030, Olaf II fue derrotado por Canuto, Noruega pasó por breve tiempo a formar parte del imperio danés y Haroldo Hardrada tuvo que huir.

Se dirigió a Rusia y sirvió al Gran Duque Yaroslav, quien por entonces gobernaba sobre vastas tierras orientales. Haroldo era un hombre hermoso y de elevada estatura, y se cree que la hija del Gran Duque se enamoró de él. Esto fastidió a Yaroslav y Haroldo Hardrada juzgó aconsejable abandonar el país a toda prisa. Se marchó . hacia el sur, a Constantinopla, la capital del Imperio Bizantino (los restos en decadencia del viejo Imperio Romano) que pasaba entonces por sus últimos días de grandeza.

Por aquella época, el emperador bizantino contrataba mercenarios para su guardia de corps. Estos provenían de las tribus suecas (varegos) que habían invadido Rusia v ahora formaban allí una clase dominante. Haroldo Hardrada se incorporó a esta «guardia varega y pronto se convirtió en su jefe. Fue empleado por los bizantinos en diversas partes del Mediterráneo, con éxito considerable, y hasta se supone que hizo un viaje a Jerusalén.

Pero Haroldo Hardrada, más tarde, también tuvo problemas en Constantinopla, presumiblemente por el interés que despertaba en el corazón de las mujeres. Según algunos relatos, la misma emperatriz se sintió atraída por él.

Abandonó Constantinopla con la premura habitual, volvió sobre sus pasos por Rusia, se casó esta vez con la hija de Yaroslav y se la llevó a Noruega. Había acumulado considerables riquezas en el curso de sus aventuras y, una vez que llegó a Noruega, no halló dificultades para hacerse reconocer como rey.

Pero había adquirido el hábito de la aventura y cuando Tostig se dirigió a él con la propuesta de invadir juntos Inglaterra, Haroldo Hardrada no pudo resistir Tenía ya más de cincuenta años, pero su goce con las batallas seguía siendo fuerte.

En septiembre de 1066, las fuerzas noruegas remontaron el Humber y avanzaron por Northumbria. Haroldo, que esperaba ansiosamente a Guillermo en el

sur dejó la defensa del norte a Morcar, pero esta defensa resultó ser inadecuada. Haroldo Hardrada y Tostig obtuvieron la victoria y marcharon sobre York.

Haroldo estaba en un terrible dilema. La invasión de Guillermo se retrasaba de semana a semana y de mes a mes, y el aburrido ejército de Haroldo se estaba disgregando. Los barcos sajones, agotados de realizar inútiles tareas marinas, fueron llevados a puerto, y algunos de ellos se perdieron en el proceso. Ahora Haroldo recibía las noticias de las victorias vikingas en el norte.

Tenía que avanzar hacia el norte para hacer frente a la nueva amenaza, dar cuenta de ella y volver lo más rápidamente posible para seguir esperando a Guillermo. Reunió su ejército y se abalanzó hacia el Norte, con tal rapidez y habilidad, que estuvo sobre los invasores antes de que éstos se percatasen de lo que estaba ocurriendo. Los ejércitos se encontraron en Stamford Bridge, a trece kilómetros al este de York, el 25 de septiembre de 1066.

Haroldo, desesperadamente ansioso de no arruinar a su ejército antes de enfrentarse con Guillermo, ofreció *a* Tostig devolverle Northumbria, con la esperanza de separarlo de Haroldo Hardrada y, de este modo, obligar al noruego a elegir entre la retirada y una derrota segura. Pero Tostig no tuvo valor para traicionar al aliado que había llevado consigo y, por tanto, quiso saber qué territorio inglés se le cedería a Noruega.

Se cuenta que Haroldo dio una tajante respuesta: «Siete pies de tierra inglesa para una tumba; o un poco más, ya que Hardrada es tan alto.»

Haroldo era un hombre de palabra. Separó a una parte del ejército para que ayudase a recoger la cosecha, pero los que quedaron lucharon inspiradamente y los invasores fueron totalmente aplastados. Haroldo Hardrada fue muerto y sus treinta años de aventuras a todo lo largo y lo ancho del continente terminaron en siete pies (o un foco más) de tierra inglesa. Pero se permitió a su hijo retornar a Noruega, donde reinó con el nombre de Olaf III. También Tostig fue muerto, y el norte quedó asegurado.

Fue el mejor momento de Haroldo, pero ya no le quedaban muchos más.

La batalla de Hastings

Persistió la increíble buena suerte de Guillermo.

Durante todo agosto, había estado esperando vientos que le permitiesen partir a toda velocidad del sur para llevar su flota hacia el Norte, a través del canal. Si la flota normanda hubiese llegado en agosto, Haroldo habría estado listo para hacerle frente, la habría derrotado, muy probablemente, y luego se habría marchado tranquilamente hacia el Norte para ocuparse de Tostig y Hardrada.

Si hubiesen continuado los vientos adversos durante el otoño, o siquiera un solo mes más, las fuerzas reunidas por Guillermo tal vez se hubiesen dispersado durante el invierno, y volver a reunirlas en la primavera quizá le hubiese sido imposible.

Pero todo ocurrió como si los vientos hubiesen cumplido órdenes de Guillermo. Llegaron del Sur ni demasiado pronto ni demasiado tarde, sino justo a tiempo. Empezaron justo a tiempo para llevar a Guillermo a la costa meridional de Inglaterra el 28 de septiembre de 1066, tres días después de la batalla de Stamford Bridge, cuando en esa costa no había ningún ejército organizado.

La expedición normanda —un tercio de la cual solamente eran normandos, pues los restantes eran mercenarios— desembarcó sin oposición en Sussex, cerca de la ciudad costera de Hastings. Haroldo, su ejército y su flota estaban a trescientos kilómetros de distancia.

Se cuenta una anécdota sobre el desembarco que recuerda a otra similar atribuida a Julio César, cuando éste condujo una expedición a África. Cuando el duque Guillermo bajó de su barco —fue el último hombre de la expedición que tocó suelo inglés—, se tambaleó y cayó. Se hizo un silencio mortal en el ejército ante ese augurio de mala fortuna, pero el duque se puso en pie, levantó los brazos con un puñado de tierra inglesa en cada mano y gritó: «¡Me he adueñado de Inglaterra! »

Pero Guillermo fue cauteloso. No se internó tierra adentro. No quería ser sorprendido por un vigoroso ataque de Haroldo, como les habla ocurrido a los noruegos. En cambio, se fortificó en la costa, cerca de sus barcos, para el caso de que tuviera que retirarse, y esperó.

Las noticias del desembarco de Guillermo le llegaron a Haroldo el 2 de octubre. Se abalanzó hacia el Sur como un loco.

Hubiese convenido a Haroldo esperar un poco; dejar descansar a su ejército y reagruparlo; reunir más hombres, reclutar campesinos. Guillermo esperaría durante un tiempo.

Pero no lo hizo. Furioso de que el destino lo hubiese alejado del sur en el momento inoportuno y quizá demasiado regocijado por la fulgurante marcha en la que habla aplastado a los noruegos, sólo pudo pensar en una segunda marcha fulgurante. Pasó por Londres, haciendo apenas una pausa para que su ejército cobrase aliento, y llegó a la costa meridional el 13 de octubre, once días después de conocer las noticias de la invasión.

Los dos ejércitos se enfrentaron, pero ¡qué diferencia había entre uno y otro! El de Guillermo había tenido quince días de reposo (con excepción de un breve saqueo a modo de diversión) y durante los cuales planear la batalla y levantar fortificaciones. El ejército sajón, en cambio, había hecho una angustiosa marcha

hacia el Norte, había librado una desesperada batalla y luego había hecho otra angustiosa marcha hacia el Sur.

Sajones y normandos se enfrentaron en una ciudad llamada Senlac (y desde entonces llamada «Battle» [Batalla]) La espina dorsal del ejército normando consistía en mil quinientos caballeros montados, una fuerza enorme para la época, pero que no era tan abrumadora como llegaría a serlo en décadas futuras. Los caballeros aún llevaban armaduras ligeras; la armadura pesada que pronto cubriría a caballeros y corceles todavía pertenecía al futuro. Los caballeros recibían vigoroso apoyo de arqueros con pequeñas ballestas. (Aún no había aparecido el mortal arco largo que caracterizaría la táctica de batalla inglesa algunos siglos más tarde.)

Los sajones, por su parte, manejaban diestramente el hecha de batalla, y los normandos que se acercaban a una distancia menor que el alcance de una flecha eran hendidos por la revoloteante y mortal hoja de hacha.

Haroldo tenía siete mil hombres y superaba en número a los normandos, pero esto tenía poca importancia porque al menos la mitad del ejército sajón estaba formado por campesinos inexpertos que habían sido llevados allí. Nuevamente, le hubiera convenido esperar. Estaba en su terreno. De haber tenido paciencia, podía haber reunido un gran número de hombres, incluidos los del ejército regular que aún no habían sido reunidos. Podía haberse fortificado en una posición defensiva segura y esperado a que Guillermo atacase. Este se habría visto obligado a hacerlo tarde o temprano, pues de lo contrario su ejército se disgregaría, y no era fácil recibir refuerzos a través del Canal.

Si Haroldo hubiese esperado y hubiera dejado descansar a sus hombres, seguramente habría ganado.

Pero de todos los golpes de suerte que Guillermo había tenido hasta entonces, ahora le llegó el mayor de todos. Haroldo tomó la decisión de un loco. Con su ejército a medio reunir y medio exhausto, Haroldo decidió atacar.

Al recibir la noticia, Guillermo se apresuró a avanzar para forzar la batalla antes de que Haroldo tuviera un acceso de sensatez y diese marcha atrás. Tomó por sorpresa a los sajones, quienes lograron apresuradamente formar una línea defensiva en un lugar que no era ideal para tal fin.

Aún así, si los sajones hubiesen resistido firme y tenazmente, la batalla al menos habría sido prolongada, y la posición de Guillermo era tal, que una batalla prolongada y sangrienta habría equivalido a una derrota y se hubiera visto obligado a marcharse.

Guillermo sondeó la fuerza del enemigo. Envió su caballería y fue rechazado. Apeló a sus arqueros y fueron contrarrestados por hondas y lanzas.

Por ende, Guillermo decidió utilizar la ya demostrada falta de juicio de los sajones. Ordenó a sus hombres que se volvieran v se retirasen rápidamente, y los

sajones, con prematuros gritos triunfales, se lanzaron en su persecución. Guillermo mantuvo ordenadamente su retirada; sus soldados no fueron presa del pánico porque sabían lo que estaban haciendo. La maniobra fue cuidadosamente planeada.

Los sajones, en cambio, desbordantes de júbilo, avanzaron precipitadamente, cada uno por su lado, y cuando los normandos se volvieron de golpe para combatir nuevamente, se hallaron frente a una horda desordenada que fue fácilmente hecha pedazos.

Dos veces ocurrió esto, y los sajones fueron diezmados. Todo lo que podían hacer ahora era salvar lo que pudiesen, retirarse ordenadamente y hallar algún lugar donde restañar sus heridas, reunir refuerzos e intentar una segunda batalla.

Pero ni siquiera eso pudieron hacer. Los hermanos de Haroldo fueron muertos y, cuando el sol se estaba poniendo, una flecha entre muchas voló hacia los sajones y dio a Haroldo en un ojo, matándolo de inmediato. Habla sido rey durante diez meses.

Los sajones estaban ahora sin jefes. El único hombre resuelto y valeroso, aunque careciese de juicio ese día, había desaparecido, y el día terminó con una victoria total de los normandos.

Esa única batalla hizo oscilar el péndulo. Lo que los sajones habían ganado en un siglo de guerras contra los britanos, lo que habían salvado en un siglo y medio de luchas contra los daneses, lo perdieron ahora ante los normandos en una sola batalla de una mañana y una tarde únicas en la que fue destruido lo mejor de la nobleza sajona.

Esa única batalla decidió que Inglaterra iba a ser gobernada por los normandos, que iba a estar unida, por los intereses normandos, al continente, que una nueva civilización surgiría en la isla, con la fusión final de normandos y sajones para dar origen a los ingleses de hoy, y que de la fusión saldría una forma de gobierno diferente de toda otra, que tendría sus debilidades y sus puntos fuertes y que, con la de una nación hija, dominaría el mundo en los siglos XIX y XX.

Si la batalla de Hastings hubiese sido ganada por Haroldo, ¿cuánto de esto habría ocurrido? ¿Qué habría sucedido que no sucedió porque Guillermo obtuvo la victoria? No podemos saberlo, pero, considerando la excepcional historia de Inglaterra después de la batalla de Hastings, es indudable que la batalla no podía haber terminado de otro modo sin alterar drásticamente la historia del mundo. Esta es la razón por la cual la batalla de Hastings bien puede ser incluida en cualquier lista de las batallas decisivas del mundo.

Antes de la batalla de Hastings, Inglaterra habla sido invadida una y otra vez. Había llegado el pueblo del vaso campaniforme, luego los celtas y después los romanos. Les siguieron los anglos, sajones y jutos, después de ellos los daneses y finalmente los normandos. He mencionado seis conquistas de Inglaterra en este libro; los normandos fueron los que llegaron en sexto lugar, y los últimos.

En los nueve siglos posteriores a Hastings, ningún ejército ha logrado invadir Inglaterra, y raramente alguno logró hacer un intento respetable. En nuestro siglo, se ha presenciado la amenaza más reciente, y su fracaso, en 1940.

El largo período de seguridad y ausencia de guerras (excepto ocasionales guerras civiles) puede atribuirse, al menos en parte, al gobierno fuerte y eficiente que dieron a la isla sus soberanos normandos. Y sea cual fuere la causa, su larga estabilidad dio a Inglaterra la oportunidad para desarrollar su forma única de gobierno.

El último de los sajones

Al día siguiente de Hastings, claro está, la importancia de la batalla no era evidente. Guillermo sólo dominaba una parte de la costa, e Inglaterra aún era Inglaterra, según todas las apariencias.

El witenagemot (o lo que quedaba de él) se reunió en Londres y eligió rey a Edgar Atheling. Una vez más, la última, un descendiente de la casa real de Wessex, un nieto de Edmundo el Valiente y descendiente de Alfredo, se sentaba en el trono inglés.

Pero fue un gesto vacío. Edgar era aún un muchacho, sin ninguna aptitud para la realeza. Peor aún, los señores sajones sobrevivientes, aun frente a la catástrofe total, no lograban unirse, sino que juzgaban sus rivalidades más importantes que la resistencia unificada contra los normandos. Guillermo podía marchar al Norte con toda impunidad, pues ninguno de los señores pendencieros y desorganizados podía presentar un ejército contra él.

Cuando el duque Guillermo apareció ante Londres, Edgar Atheling cedió inmediatamente. Las grandes figuras de la Iglesia, incluso Stigand, el arzobispo de Canterbury; no se sentían muy alentados a la resistencia, pues Guillermo llevaba consigo la aprobación pontificia de su causa. Los earls septentrionales de Mercia y Northumbria no estaban ansiosos de combatir por el Sur, prefiriendo retraerse para conservar su fuerza de combate y usarla para mantener sus tierras intactas.

Por eso Londres, finalmente, no resistió. Guillermo envió un contingente a fin de construir una fortaleza que albergase a una guarnición normanda, y éste fue el núcleo de lo que sería la Torre de Londres. Hecho esto, Guillermo entró en la ciudad y el día de la Navidad de 1066 fue coronado como Guillermo I, rey de Inglaterra. Su trayectoria llegó a su culminación, en parte por su propia y muy real capacidad y en parte por una sorprendente combinación de sucesos afortunados en el curso de ese año tan extraordinario.

El duque de Normandía se había convertido en rey de Inglaterra y Guillermo el Bastardo en Guillermo el Conquistador, como ha sido llamado en la historia desde entonces.

La dominación sajona de Inglaterra llegó a su fin, después de unos seis siglos, y fue reemplazada por el linaje de Guillermo I, que se adueñó en forma permanente del trono. Unos cuarenta monarcas han reinado en Inglaterra en los nueve siglos transcurridos desde la conquista normanda, y todos ellos descendían de Guillermo I. El actual monarca inglés, Isabel II, es el vigésimo noveno de una de las líneas de descendencia de Guillermo el Conquistador, y en este linaje hubo dieciséis monarcas.

Pero el linaje de Alfredo el Grande no murió totalmente. Edgar Atheling y su hermana Margaret Atheling fueron llevados a Normandía en 1067 por Guillermo para su custodia. Lograron escapar, y en 1068 llegaron a Escocia. Malcolm III, el hijo de Duncan, el que fue asesinado, y vencedor y sucesor de Macbeth, aún gobernaba el país. Los años que había pasado en Inglaterra habían hecho de él un sajón a medias. A su retorno a Escocia, introdujo la versión romana del cristianismo con todo vigor, y casi barrió con los restos de la vieja Iglesia Céltica, que había perdurado en el lejano norte desde que el sínodo de Whitby la eliminó de Inglaterra, cuatro siglos antes. Ahora Malcolm fue, a su turno, el refugio del linaje real sajón.

El rey escocés halló a Margaret Atheling de su agrado, y sin duda tenía conciencia de que, si se casaba con ella, sus sucesores algún día podían aspirar al trono inglés. Llevó a cabo el matrimonio, pues, y, así, todos los reyes posteriores de Escocia pudieron hacer remontar su ascendencia a Alfredo el Grande. Puesto que los reyes de Escocia más tarde fueron también gobernantes de Inglaterra (aunque no a causa de este matrimonio), lo mismo puede decirse de los monarcas ingleses de los últimos tres siglos y medio. Isabel II es el número treinta y seis en la línea de descendencia de Alfredo, línea en la cual hubo cinco gobernantes sajones de Inglaterra, diez gobernantes de Escocia y ocho de la moderna Gran Bretaña.

Mientras tanto, los earls septentrionales finalmente atacaron a la avanzada del norte de la conquista normanda, con la esperanza de mantener al menos sus regiones libres de la influencia normanda. Con ellos, había dos hijos sobrevivientes del difunto rey Haroldo.

Además, acudió en su ayuda Sven II de Dinamarca. Sven era sobrino del viejo rey Canuto y nieto, por lado materno, del mismo Sven Barba Bifurcada. Había nacido en Inglaterra y se había convertido en rey de Dinamarca en 1047. Pasó buena parte de su reinado combatiendo contra Noruega, que estaba bajo el reinado de Haroldo Hardrada. Después de la muerte de éste y de la victoria de Guillermo en Hastings, Sven pensó que él bien podía aspirar al trono de Inglaterra, y envió a su flota a ayudar a los earls del norte contra Guillermo.

También Malcolm III de Escocia envió fuerzas para ayudar a los rebeldes y Edgar Atheling fue el jefe titular de este contingente. Las fuerzas normandas, relativamente débiles al principio, fueron arrolladas, y en 1069 Guillermo se vio obligado a acudir al norte en persona.

Llegó con un poderoso ejército, se libró de la flota danesa sobornándola y cayó como un rayo sobre los rebeldes. Para asegurarse de que el Norte permanecería tranquilo en lo sucesivo, devastó deliberadamente una franja de terreno de cien kilómetros, entre las ciudades de York y de Durham. Este «asolamiento del Norte» causó despoblamiento y hambre, y dejó sus huellas durante décadas, y hasta siglos, pero logró su objetivo.

La revuelta organizada contra Guillermo fue imposible después de 1070. El abortado intento de intervención danés terminó, y un par de años más tarde un intento aún más torpe quedó en la nada. Fue el final de tres siglos de incursiones escandinavas por la línea costera inglesa. Nunca más Noruega y Dinamarca volverían a ser peligro para Inglaterra.

Guillermo, más tarde, hizo incursiones por Escocia y llegó a un entendimiento con Malcolm, en 1072. Edgar I Atheling tuvo que salir de Escocia rápidamente y huyó e Flandes, para estar fuera del alcance de Guillermo. (Después, vivió una vida llena de altibajos, combatiendo en una u otra parte, a veces hasta al servicio de Normandía —pues luego se reconcilió con Guillermo— y a veces en lugares tan lejanos como Tierra Santa.)

Mientras tanto, Stigand, el arzobispo de Canterbury, fue depuesto, y Edwin, el último duque sajón de Mercia, fue muerto. Morcar, el último duque sajón de Northumbria, tuvo que huir y se unió a la última resistencia contra Guillermo.

Esa última resistencia no fue más que una guerra de guerrillas, llevada a cabo sin ninguna posibilidad real de éxito por un sajón llamado Hereward. Es llamado habitualmente Hereward el Wake, tal vez porque se creyó que estaba emparentado con una familia contemporánea de ese nombre.

Hereward se había unido a la expedición danesa que había acudido en ayuda de la rebelión, y, cuando los daneses se marcharon, siguió la lucha sin ayuda. Se estableció en Isle de Ely, región cenagosa situada unos ciento diez kilómetros al norte de Londres. Allí se mantuvo, con esa especie de valentía romántica que a veces se encuentra en las guerrillas. Los rebeldes sajones intransigentes afluyeron a él en 1071, entre ellos Morcar, como habían afluido en apoyo de Alfredo a su fortaleza cenagosa dos siglos antes.

Las fuerzas normandas que trataron de penetrar en los pantanos y marismas de juncos, las tortuosas corrientes y los bosques sin caminos de la región, tuvieron que dejar sus caballos atrás y enfrentarse con hombres que conocían cada palmo del terreno. Una y otra vez, fueron exterminadas.

Finalmente, Guillermo puso cerco a toda la región y, lenta y arduamente, paso a paso, fue apretando el cerco. Cuando cundió el hambre en la región, los monjes de Ely, al no ver salida, se ofrecieron para mostrar a Guillermo un camino que conducía al corazón mismo de la resistencia. Guillermo tomó ese camino y las fuerzas guerrilleras tuvieron que rendirse.

No se sabe qué ocurrió con Hereward. Como «el último de los sajones», se tejieron románticas leyendas a su alrededor, en años posteriores. Se suponía que había escapado y continuado sus actividades guerrilleras durante varios años con invariable éxito, hasta que finalmente Guillermo le devolvió sus tierras y le concedió el perdón a cambio de un juramento de fidelidad. Parece improbable que estas leyendas contengan alguna verdad, pues es justamente el tipo de leyendas que inventa un pueblo derrotado y humillado que necesita algún héroe propio.

Las historias aún más infundadas sobre Robin Hood y su banda de proscriptos, historias que empezaron a surgir dos siglos más tarde, son consideradas a veces como otro conjunto de ilusiones sajonas de resistencia. Es fácil concebir a Robin y sus alegres hombres como guerrillas sajonas, y a sus principales enemigos, el sheriff de Nottingham y el obispo de Hereford, como opresores normandos.

El primero de los normandos

La dominación normanda de Inglaterra fue muy diferente de la dominación danesa. Sin duda, Guillermo el Normando tenía algunos puntos de semejanza con Canuto el Danés. Ambos eran de origen escandinavo; ambos eran buenos luchadores y eficientes administradores. También ambos tenían la intención de gobernar bien a Inglaterra y de acuerdo con las leyes y las costumbres inglesas.

Pero estaba la cuestión de la lengua. Los daneses y los sajones hablaban prácticamente la misma lengua y podían comunicarse. Sin embargo, la aristocracia normanda, aunque descendía de los vikingos y estaba a sólo cinco generaciones de ellos, había aceptado completamente la lengua y la cultura francesas. Para los ingleses, eran franceses cuya lengua no podían entender y cuyas costumbres eran abominables.

Los normandos, por su parte, tenían ante ellos a hoscos sajones, que hablaban lo que les parecía, una lengua bárbara y no podían dejar de asumir una arrogancia que los hacia impopulares. Cuando dos personas no podían comprenderse porque ninguna de ellas entendía la lengua de la otra, no había posibilidad de «palabras suaves». Con demasiada frecuencia la comunicación tenía que establecerse mediante un empujón o un golpe, y eran los normandos quienes tenían la preponderancia de la fuerza.

Guillermo trató de aprender la lengua sajona y escribió sus documentos y decretos en latín y antiguo inglés, pero en esto fue excepcional. Los sucesores inmediatos de Guillermo, y sus nobles en general, se negaron a aprender el antiguo inglés. El francés normando se convirtió en la lengua de la corte, del derecho, del gobierno, de la literatura y de la sociedad educada. Se dejó el inglés para el campesinado.

Además, los estilos de hacer la guerra estaban cambiando en el Continente; Guillermo llevó consigo esos nuevos estilos y tuvo que cambiar su política inglesa

para adecuarla a ellos. La armadura se estaba haciendo cada vez más pesada y el caballero debía recibir un entrenamiento cada vez más complejo. Hasting sólo fue el comienzo en esa dirección y pronto ocurriría que un ejército de soldados de infantería con jubones de cuero y esgrimiendo lanzas o hachas no podría resistir ni un instante contra lis caballería pesada; Guillermo tenía la intención de crear una caballería pesada.

Mas para que un hombre sirviese en tal caballería y fuese un caballero debía tener buenas rentas. Necesitaba dinero a fin de comprar armas y armadura y entrenarse para usarlas. Necesitaba dinero para equipar un caballo grande, capaz de transportar su propia armadura y un hombre armado en su grupa. Y se necesitaba mucho dinero para equipar y entrenar a todo un escuadrón de caballeros.

Las únicas rentas de aquellos tiempos provenían de la tierra, lo cual significaba que Guillermo debía dar tierra a aquellos que pensaba integrar en su caballería pesada. Puesto que no podía confiar en los sajones, por razones muy comprensibles, tenia que apoyarse en sus normandos. Es decir, debía dar a los normandos grandes extensiones de tierra, y la única tierra disponible para tal fin pertenecía a los nobles sajones. Se seguía de ello, pues, que los sajones debían ser excluidos para poner a normandos en su lugar, creando una aristocracia casi puramente normanda sobre un gran campesinado sajón. Por la época de la muerte de Guillermo no había más de seis terratenientes sajones de alguna importancia en toda Inglaterra.

Además, algún tiempo antes había surgido en Francia la idea del castillo, un género de punto fortificado donde un señor podía vivir en tiempo de paz y que podía inmediatamente convertirse en un reducto inexpugnable en tiempo de guerra. Por toda Inglaterra empezaron a aparecer castillos normandos, con lo que disminuyeron las probabilidades de revueltas sajonas victoriosas. Un campesinado en rebeldía podía arrollar todo ante sí, pero tarde o temprano el oleaje se rompería contra la firme roca de un castillo, donde el señor normando podía resistir hasta que apareciesen los devastadores caballeros.

Así, en fecha tan tardía como el 1100, el número total de caballeros normandos en Inglaterra era sólo de cinco mil. Sin embargo, bastaban ampliamente para mantener en la sujeción a una población trescientas veces mayor. Contra la armadura que protegía a los caballeros y las murallas de piedra que protegían a los castillos, los mayales y las guadañas de los campesinos no podían nada.

Guillermo fue aún más lejos. Había una institución que servía a sajones y normandos por igual: la Iglesia. Si se permitía que los eclesiásticos siguiesen siendo sajones, conservarían viva la cultura sajona durante siglos que, finalmente, absorbería a los normandos. Había muchos precedentes de esto en la historia. Cuando los germanos se apoderaron de las provincias occidentales del Imperio Romano, el clero de esas provincias siguió siendo romano y a la larga los germanos fueron absorbidos y aprendieron a hablar lenguas que derivaban del latín. Los

vikingos que se asentaron en Normandía pasaron a hablar francés porque se convirtieron al cristianismo y el clero era francés.

Por ello, Guillermo decidió que el clero inglés fuera normando. Su principal aliado en esta tarea fue Lanfranco un nativo del norte de Italia que llegó a Normandía cuando tenía unos treinta y cinco años y el duque Guillermo era todavía un adolescente de quien se hacía caso omiso. Cuando Guillermo se casó con Matilde de Flandes, hubo alguna oposición por parte de la Iglesia. Lanfranco acudió en su ayuda. Intercedió ante el papa y logró obtener su bendición para ese matrimonio. Esto le ganó la amistad de por vida de Guillermo.

Une vez que Guillermo depuso a Stigand, el arzobispo sajón de Canterbury, con permiso del papa, en 1070, el nuevo rey lo reemplazó inmediatamente por Lanfranco, el afable normando de origen italiano, quien pasó a ser el trigésimo cuarto arzobispo. Tenía sesenta y cinco años en el momento de acceder al cargo, pero permanecería en él durante diecinueve años, pues vivió hasta la patriarcal edad (casi increíble para aquellos duros tiempos) de ochenta y cuatro años. Otro normando, Tomás de Bayeux, fue nombrado arzobispo de York.

Lanfranco, con el respaldo de Guillermo, emprendió una reforma total de la Iglesia de Inglaterra, rehaciéndola a la luz de la doctrina del poderoso monje Hildebrando quien, después de haber sido más poderoso que los papas durante un cuarto de siglo, fue él mismo nombrado papa en 1073, con el nombre de Gregorio VII, Lanfranco también reemplazó sistemáticamente, siempre que pudo, a los sajones por normandos en el clero superior. Por la época de la muerte de Guillermo, todo el clero, salvo dos obispos y dos abades, eran normandos.

Todo esto fue lo que hizo de la conquista normanda una verdadera conquista.

Cuando Guillermo juzgó que el país estaba tranquilo, aunque hoscamente, bajo su gobierno, pudo dedicarse u la administración interna, y aquí nada escapó a su ojo atento. Tenía la intención de ejercer un firme control sobre todo, y a tal fin ordenó hacer un inventario completo de la propiedad territorial del Reino. Fue una especie de censo realizado entre 1080 y 1086, y quedó resumido en el curso del año 1087 en volúmenes llamados «Domesday Book». Nada igual apareció en ninguna otra parte de Europa.

(«Domesday» es una variante de «Doomsday» y significa «día del juicio», porque uno de los fines del censo era dirimir, de una vez por todas, todas las disputas que habían surgido sobre la propiedad de la tierra después del traspaso total de los sajones a los normandos.)

Además de dirimir la cuestión de la propiedad de la tierra y poner todo por escrito, el Domesday Book permitió elaborar un plan racional de impuestos, a fin de obtener el dinero necesario para sustentar el ejército permanente que Guillermo estaba creando. Ese impuesto aún fue llamado popularmente él «Danegeld».

La minuciosidad de Guillermo se extendió también en otra dirección. Sabía muy bien, por su experiencia personal de joven, cuán turbulenta puede ser una aristocracia. Cada señor hacía que sus subordinados jurasen fidelidad a él no al rey. Los subordinados tenían, a su vez, subordinados, y así sucesivamente. En tal serie de estratos, característica del feudalismo, era fácil rebelarse. Si un gran señor rompía su juramento y luchaba contra el rey, podía instar a sus vasallos a que mantuviesen su juramento y luchasen con él. Los vasallos no eran traidores porque no habían hecho ningún juramento al rey directamente.

Guillermo el Conquistador no admitió nada de eso. En cambio siguió aplicando el sistema que había establecido como duque de Normandía. Por ello, reunió a los terratenientes de todos los rangos en una asamblea realizada en Salisbury, a ciento treinta kilómetros al oeste de Londres, en 1086. Allí hizo prestar a todos, grandes y pequeños un juramento de fidelidad personal a él. Después de esto, si un señor se rebelaba, sólo podía obtener el apoyo de sus vasallos instándolos a romper sus juramentes, cosa que podían resistirse a hacer. (Si el rey de Francia hubiese utilizado tal sistema, la misma trayectoria de Guillermo como vasallo arrogante y obstinado de este rey quizás habría sido imposible.)

Con el *Domesday Book* y el juramento de Salisbury, Guillermo creó la estructura para un reino centralizado y bien ordenado. A diferencia de otras naciones de Europa Occidental, raramente Inglaterra estuvo en serio peligro de disgregarse por la pugna de facciones rivales de la aristocracia.

Guillermo también asumió el control del clero. Cuando recibió la bendición papal para su proyectada invasión de Inglaterra, parece que se abrigaron algunas esperanzas, por parte del papa, de que Guillermo pondría a Inglaterra bajo la soberanía del Pontífice. Pero Guillermo, ciertamente, se negó a ello. Hasta el gran Gregorio VII halló en Guillermo una roca imposible de mover. Guillermo estableció con firmeza la norma de que, en Inglaterra, la política eclesiástica debía tener su aprobación, y fue el papa quien tuvo que ceder.

En general, Guillermo —el primero de los normandos— fue considerado un cruel tirano por aquellos earls sajones a quienes había desposeído de sus tierras. Sin embargo, siempre que fue posible, Guillermo mantuvo las costumbres y los códigos de leyes de Eduardo el Confesor. Más aún, estableció un gobierno eficiente y razonablemente justo, y la situación material de Inglaterra siguió mejorando. Guillermo convirtió a Inglaterra de un reino desorganizado y atrasado en uno de los reinos mejor gobernados de Europa y, aunque habría sido imposible que un sajón de la época lo creyera, la conquista normanda fue, a largo plazo, un gran bien para Inglaterra.

Pero Guillermo el Conquistador tenía casi sesenta años por la época del Juramento de Salisbury, se había entregado a la buena vida y engordado hasta la obesidad.

Sin embargo, conservaba su temperamento impetuoso. Había conquistado el Condado del Maine, al sur de Normandía, en 1073, como consecuencia de lo cual

libró una guerra desordenada contra el rey Felipe I de Francia. Cuando, en 1087, oyó que el rey había hecho una broma grosera a propósito de su gordura, el Conquistador montó en cólera. Decidió hacer incursiones por el territorio del rey de modo de borrarle la sonrisa del rostro.

Sus hombres avanzaron sembrando la destrucción e incendiaron la ciudad de Mantes, que estaba a mitad de camino entre la capital normanda, Ruán, y la capital francesa París. Guillermo hizo avanzar su caballo para contemplar la destrucción y el caballo pisó cenizas calientes, tropezó y lanzó pesadamente al Conquistador contra la perilla de la silla de montar. Quedó malherido.

Fue llevado de vuelta a Ruán, agonizante, y allí murió el 9 de septiembre de 1087, a los sesenta años. Fue enterrado en la iglesia de San Esteban de la ciudad normanda de Caen. Había sido duque de Normandía durante cincuenta y dos años y rey de Inglaterra durante veintiuno.

9. Los hijos de Guillermo

La sucesión

Una fuente de posibles problemas para Inglaterra, coma resultado de la conquista normanda, residía en el hecho de que la isla se hallaba ahora firmemente ligada al Continente. Guillermo fue gobernante tanto de Inglaterra como de Normandía, y ésta era su hogar para él. Estaba vitalmente interesado en las querellas de Normandía con Anjou y con el rey de Francia, y a ellas subordinaba los intereses de Inglaterra.

Sin embargo, por un momento pareció que esa situación podía terminar al morir el Conquistador, pues tenla tres hijos sobrevivientes y el Reino fue dividido entre dos de ellos.

En realidad, cabría suponer que Guillermo se hubiese mostrado más renuente a dividir sus dominios. La división de la herencia entre los hijos era una antigua costumbre germánica, y los reyes francos, que gobernaron lo que es ahora Francia y Alemania, lo hablan hecho durante cinco siglos, pero el resultado de esta costumbre había sido continuas guerras civiles y una debilidad en aumento.

Guillermo el Conquistador luchó denodadamente para crear un reino fuerte y centralizado a toda costa, y no vaciló en romper con las costumbres feudales para conseguirlo, como en el juramento de Salisbury. ¿Por qué no trató, pues, de mantener el reino unido?

La respuesta parece hallarse en las fricciones familiares. Los tres hijos sobrevivientes de Guillermo eran Roberto, Guillermo y Enrique. (Un cuarto hijo había muerto en vida de Guillermo.)

El hijo mayor, Roberto, era un jovencito de doce años en el momento de la invasión de Inglaterra, y Guillermo, antes de cruzar el Canal, dejó como regente a su esposa Matilde, quien se desempeñó muy eficientemente, y, además, tomó la precaución de hacer que los nobles jurasen fidelidad a Roberto como su sucesor... por las dudas.

Pero a medida que Roberto iba haciéndose hombre, se opuso a su padre en todo aspecto, y Guillermo, de mal genio y que estaba envejeciendo, halló fácil devolver con intereses la aversión.

No es en modo alguno raro que un rey y su sucesor inmediato sean enemigos, pese a la relación entre padre e hijo. Este, a fin de cuentas, no puede por menos de desear ser rey, y sólo puede serlo por la muerte de su padre. Si el padre vive largo tiempo, la impaciencia del hijo aumenta. En tiempos de Guillermo, era raro que los hombres vivieran mucho más allá de los cuarenta, y cuando Guillermo entró en los cincuenta y tantos, la irritación de Roberto debe de haber

aumentado. ¿Moriría él antes que su padre, duro como una roca? ¿Se vería privado de la oportunidad de alcanzar la realeza?

También es habitual que los funcionarios de la corte de un rey que envejece tengan en cuenta la posibilidad de la muerte del rey. Es necesario asegurarse de que se está en buenos términos con el hijo que ha de heredar el trono. Así, el heredero puede formar casi una corte *de oposición*, y los miembros de tal grupo pueden estar tan impacientes como el mismo heredero por ver al viejo rey muerto.

E1 viejo rey, por su parte, al ver a los buitres revolotear a su alrededor, puede sentir un amargo resentimiento contra su hijo y contra los que lo rodean. Cuando el resentimiento del rey crece y se hace obvio, es probable que los cortesanos calculadores insinúen al hijo que si no emprende una acción rápida, el rey puede poner en prisión o hasta hacer ejecutar al hijo.

Esto ha ocurrido una y otra vez en la historia de las monarquías y de nada vale indignarse por la conducta «poco filial» de los hijos. Es parte del precio del sistema monárquico de gobierno.

Naturalmente, si el rey tiene un segundo hijo, es probable que éste se ponga del lado del rey. Después de todo, si algo ocurre con el primer hijo, es probable que el heredero sea el segundo.

Esa fue la situación en 1077, cuando Roberto, ya con veintidós años de edad, se lanzó finalmente a la rebelión abierta, después de pelearse con su hermano menor, Guillermo.

Roberto tenía cierto talento militar, que parecía consistir más en mera bravura que en visión estratégica. (Esa bravura era común en los guerreros normandos y a veces les brindaba el triunfo.) Sin embargo, era muy bajo de estatura y se lo llamaba Roberto Curthose («Pantalones cortos»).

El segundo hijo del Conquistador, Guillermo, habitualmente llamado Guillermo el Rojo por su piel rojiza, tampoco era físicamente atractivo. Tenía cuello de toro, rostro desabrido, tartamudeaba y, más tarde, engordó mucho. Pero se alineó con su padre y se ganó el afecto del Conquistador.

Roberto fue derrotado y exiliado. Luego logró obtener el perdón de su padre, pero como el viejo rey siguió viviendo tenazmente, Roberto se rebeló de nuevo en 1082. Nuevamente, fue derrotado y exiliado. Aún estaba en el exilio cuando murió el Conquistador.

Si Roberto hubiese estado en su patria y gozado del favor de su padre, Guillermo quizá lo hubiese coronado rey y nombrado duque en su propia presencia, y luego hubiese obligado a la nobleza (cuyos miembros fueron llamados «los barones» en la historia de Inglaterra posterior a la conquista) a prestarle juramento de fidelidad.

Ocurrió que Roberto volvió apresuradamente a Normandía y logró hacerse nombrar duque con el nombre de Roberto II, pero nada más. Guillermo el Rojo había zarpado con igual premura a Inglaterra y allí se hizo coronar rey, con el nombre de Guillermo II, por el arzobispo Lanfranco. Pudo hacerlo porque, en su lecho de muerte, el Conquistador había dicho que deseaba que su amado segundo hijo lo sucediera en Inglaterra. Así, el reino de Guillermo quedó dividido. Enrique, el hermano menor, recibió un pago en efectivo de cinco mil libras de plata, para que no se sintiese demasiado desposeído al no recibir ninguna parte del Reino.

A fin de cuentas, era una división justa, si el Reino debía quedar dividido. Podría parecer que el segundo hija obtuvo la mejor parte, con el título superior y el territorio más grande, pero no parecía así por la época. Normandía era la tierra conquistadora, el ámbito imperial. Inglaterra era un país de siervos hoscos. Normandía era «la patria»; Inglaterra, el «exilio».

Por ello, no fue el duque Roberto de Normandía quien se sintió burlado, sino el rey Guillermo de Inglaterra. No pasó mucho tiempo sin que Guillermo el Rojo pensara en invertir la hazaña del Conquistador e invadir y conquistar Normandía.

Hizo más tentadora esta idea el hecho de que Roberto no fuese un duque capaz. La mera valentía no era suficiente cuando se trataba de gobernar un ducado vigoroso y turbulento, y la nobleza normanda, sujetada por el firme gobierno de Guillermo el Bastardo, se hizo nuevamente difícil de manejar bajo Roberto Pantalones Cortos, o Curthose, de cómica apariencia.

Sin embargo, a los barones tampoco les agradaba la división del Reino. La mayoría de ellos tenían propiedades en Normandía y en Inglaterra, y si las dos tierras eran gobernadas separadamente, con frecuencia los barones podían verse en una situación en la que habría conflicto de intereses. Tenían que hacer opciones que les significaba la pérdida de tierras en un lugar u otro. Los barones querían un solo gobierno, pues, y, si tenían que hacer una elección, preferían con mucho al incapaz pero amable Roberto a Guillermo el Rojo, quien tenía tan mal genio como su padre pero era más cruel y mucho más codicioso.

Así, el plan de Guillermo el Rojo para invadir Normandía fue frustrado, no por nada que hiciese su hermano mayor, sino por un levantamiento de los barones contra él. Los rebeldes estaban conducidos por Odón, obispo de Bayeux y medio hermano de Guillermo el Conquistador. Odón había combatido valientemente en Hastings (blandiendo una maza en vez de una espada o una lanza, porque su condición de eclesiástico le impedía derramar sangre, aunque a una mente moderna se le escapa por qué es mejor la muerte por el cráneo roto).

Odón ocupó importantes cargos durante el gobierno de su hermano, y probablemente fue él quien encargó el tapiz de Bayeux. Pero hacia el final del reinado había caído en desgracia y, sin duda, uno de sus motivos para repelarse era recuperar el poder perdido.

Si la guerra se hubiese librado sencillamente entre barones contra barones, Guillermo el Rojo habría perdido, pues pocos de los barones estaban de su parte. Pero Guillermo halló que podía contar con la valiente ayuda de pus súbditos ingleses, no porque amasen a Guillermo, pino porque odiaban profundamente a los rapaces y arrogantes barones normandos, quienes los abrumaban de impuestos y los maltrataban. Además, Guillermo les prometió concesiones (que luego nunca les hizo). Los barones fueron derrotados y se le permitió a Odón retirarse u Normandía, donde permaneció al servicio de Roberto.

Mientras la revuelta estaba en marcha, Roberto de Normandía tuvo una gran oportunidad de aprovecharla, invadiendo la isla y asumiendo el liderazgo de las fuerzas contrarias a Guillermo. Pero no asumió el riesgo; carecía del clon de la decisión veloz y la acción rápida.

Pero Guillermo no creyó en sus buenas intenciones. Aunque Roberto no había emprendido ninguna acción, la revuelta se había realizado en su nombre, y esto era suficiente para el torvo Guillermo. Invadió Normandía en 1091, y siguieron años de combates en pequeña escala, que llegaron a su fin por una extraña razón.

Aventura en el Este

En el decenio 1090-1099, al parecer, hubo gran entusiasmo en Europa Occidental por una guerra contra los turcos que tenían en su poder Jerusalén y Tierra Santa. Esa proyectada guerra en nombre del cristianismo y la cruz fue llamada una «Cruzada». En verdad, habría una cruzada tras otra durante dos siglos, pero la predicada en el decenio de 1090-1099 fue la «Primera Cruzada», la que inspiró mayor entusiasmo, la que daría origen a las mayores locuras y el mayor heroísmo, y la que más captaría la imaginación de generaciones posteriores.

La Iglesia instó al cese de las guerras entre jefes cristianos y a volcar todos los esfuerzos contra los turcos. Con respecto a los reyes de Europa Occidental, el pedido cayó en oídos sordos, pero buena parte de la nobleza menor aprovechó la oportunidad para escapar de los estrechos horizontes y limitadas esperanzas domésticos y viajar a un vago y brumoso Este adonde la salvación y los reinos parecían llamarla.

El individuo de mayor rango que oyó el llamado de la Iglesia fue el duque Roberto II de Normandía. Estaba hastiado de tratar de dominar a sus nobles con la mitad de sus limitadas energías y de combatir con su hermano con la otra mitad. No estaba hecho para ser un gobernante; era un aventurero militar, y aventura militar sin responsabilidades administrativas cotidianas era exactamente lo que las Cruzadas ofrecían.

Por ello, en 1095 anunció que acudiría a la Cruzada, y Guillermo el Rojo convino en concretar una tregua. No haberlo hecho le habría granjeado la desaprobación papal y enajenado la opinión pública de Europa. Además, librarse de Roberto en una cruzada de la que podía no volver era muy conveniente, y el tacaño

Guillermo hasta estuvo dispuesto a pagar a Roberto diez mil marcos para financiar su marcha. Indudablemente, Guillermo le deseaba mala suerte de todo corazón. Como era típico de él, Guillermo obtuvo los diez mil marcos mediante nuevos impuestos, no de sus arcas privadas. Odón de Bayeux, al no poder quedarse a merced del implacable Guillermo, acompañó a Roberto, pero murió en el camino y nunca llegó a Tierra Santa.

Roberto Curthose no fue en modo alguno el primer normando que se dirigió al Este. Su abuelo Roberto el Diablo había hecho una peregrinación a Tierra Santa sesenta años antes, y los nobles normandos que hacían peregrinaciones similares comúnmente se quedaban en Italia, donde la situación turbulenta hacía al país propicio para las aventuras militares y la posible obtención de principados.

En 1030 llegaron al sur de Italia los hijos de un noble normando de la pequeña nobleza, Tancredo de Hauteville, ciudad situada a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Bayeux. Esos hijos eran una banda de rudos combatientes, y el más notable de ellos fue Roberto, el mayor de siete hijos que tuvo Tancredo de su segunda mujer (había tenido cinco del primer matrimonio). Más adelante fue llamado Roberto Guiscardo, esto es, «Roberto el Astuto».

Un medio hermano mayor de Roberto ya había conseguido un ducado en Apulia, el «dedo del pie» de Italia, y Roberto hizo lo mismo en Calabria, el «talón» de Italia. Cuando su medio hermano murió en 1057, Roberto se apoderó también de Apulia, y en 1060 el Imperio Bizantino sólo poseía algunas fortalezas aisladas en el sur de Italia. Todo el resto de la región era de Roberto.

Luego Roberto puso la mira en Sicilia y confió su conquista a su hermano Roger, el más joven de los doce hijos de Tancredo, que había acudido a unirse a Guiscardo en. 1057. Roger había ayudado a Guiscardo a derrotar a los bizantinos en Calabria y en 1060 el joven hermano condujo una expedición a Sicilia. Comenzó una lenta conquista de la isla, ganando terreno constantemente durante veinte años.

Mientras tanto, en la misma Italia, Roberto Guiscardo tomó Bari en 1071, la última fortaleza bizantina en Italia. Luego persiguió a los bizantinos del otro lado del mar, desembarcando en la costa noroccidental de los Balcanes en 1081 e iniciando un avance tierra adentro por la región hoy llamada Albania. Quizás habría llegado al Egeo y se habría anexado grandes partes de los Balcanes, de no haber sido llamado de vuelta a Italia para defender a su aliado, el papa.

Los normandos de Italia eran leales defensores del papa en teoría, aunque a menudo en la realidad combatían contra él. El papa de ese entonces era Gregorio VII, quien, cuando todavía era el monje Hildebrando, había apoyado la invasión de Inglaterra por el duque Guillermo. Gregorio en un principio se opuso a los normandos, cuando parecía que se estaban haciendo demasiado poderoso en el sur de Italia, pero su principal enemigo era el emperador alemán Enrique IV. Gregorio VII se vio obligado a buscar la ayuda normanda, y Roberto Guiscardo tomó lealmente las armas contra los alemanes. En 1084, se apoderó de Roma, expulsó a

las fuerzas de Enrique y restauró al papa en su cargo (a quien antes Enrique habla expulsado de la ciudad).

Roberto Guiscardo murió en 1085, en el apogeo de su éxito.

Hay un notable paralelismo entre las vidas de Guillermo el Conquistador y Roberto el Astuto. Ambos eran normandos, fueron contemporáneos, ambos conquistaron grandes dominios ajenos y ambos crearon un gobierno eficiente y un notable linaje de gobernantes.

La hazaña de Guiscardo, en realidad, fue la más notable de las dos, pues no tenía una poderosa organización militar que lo respaldase como la había tenido Guillermo. Por el contrario, él y sus hermanos comenzaron como poco más que jefes de bandidos e incrementaron su poder poco a poco por todos los medios, desde la violencia hasta el engaño.

Y, por último el Reino de Guiscardo era aún más rico y más cultivado que el de Guillermo. Sin duda, Guiscardo tuvo la ventaja de actuar en una parte de Europa que estaba más cerca de, y en conexión más directa con, las antiguas fuentes de civilización, pero él supo sacar partido de ello. Bajo el hábil gobierno de Guiscardo y sus sucesores, el Reino Normando del sur de Italia y de Sicilia se convirtió en el más rico y culto de Europa. Nunca antes ni después (hasta hoy) fue la región tan afortunada.

Y puesto que una exigua aristocracia normanda gobernaba sobre una complicada mezcla de otras razas —griegos, italianos y musulmanes- se desarrolló en el país una tolerancia religiosa y nacional que fue totalmente atípica de ese período de la historia de Occidente.

Es bastante extraño, pues, que las hazañas de Guillermo el Conquistador hayan sido tan famosas en todas las generaciones posteriores, mientras que las de Roberto el Astuto hayan quedado ocultas en la oscuridad. Una de las razones de esto, indudablemente, es el hecho de que los descendientes de Guillermo han gobernado desde entonces sobre un país que ha dejado una profunda huella en la historia.

En Italia, en cambio, la dominación directa de los normandos sólo duró un siglo, y luego esos dominios cayeron en manos de los alemanes, los franceses y los españoles, por turno, y todos tuvieron su parte de culpa en el mal gobierno de la región que la sumió en una pobreza y miseria permanente.

Mientras Guiscardo estaba embrollado en los asunto del papa en Italia, su ejército de Albania estaba comandado por su hijo mayor, Bohemundo. Este tuvo menos éxito que su padre y fue rechazado por los bizantinos.

También en lo interno salió perdiendo. Cuando Guiscardo murió, su hermano menor, Roger (tío de Bohemundo retuvo el dominio de Sicilia. Sólo parte de las

posesiones normandas en Italia permanecieron dentro del linaje de Guiscardo, y esa parte fue tomada por un hijo menor, también llamado Roger.

Bohemundo quedó totalmente en la estacada, y un intento de rebelión por su parte fracasó. Todo lo que pudo obtener fue el dominio de la ciudad de Tarento, en el «empeine» de Italia. Esto no era mucho, y cuando sonó el canto de sirena de la aventura, en la forma de la Primera Cruzada, se apresuró a sumarse a ella. Se marchó con su sobrino Tancredo y se convirtió en uno .de los más notables y fascinantes aventureros del Este.

De este modo, Guillermo el Conquistador y Roberto el Astuto también se asemejaron en otros aspectos, después de la muerte. Roberto Curthose, hijo mayor del primero, y Bohemundo, hijo mayor del segundo, se contaron entre los jefes de la Primera Cruzada.

Los sucesos de la Primera Cruzada están fuera del alcance de este libro, pero los tres jefes normandos se cubrieron de lo que pasaba por gloria en aquellos días. Bohemundo tuvo una actuación destacada en la captura de la ciudad siria de Antioquía y se convirtió en su príncipe. Tancredo reemplazó a su tío en Antioquía, cuando éste fue derrotado y hecho prisionero, y durante un tiempo gobernó vastas regiones de Siria.

Roberto II de Normandía también se distinguió, combatiendo bravamente en numerosas batallas y estando presente (como Tancredo) en el triunfal asedio y captura de Jerusalén, en 1099. Tuvo la oportunidad de convertirse en rey de Jerusalén (al fin y al cabo, era el noble de más alto rango que había allí). Pero prefirió retornar a Occidente. Fue uno de los pocos jefes que lo hizo.

El segundo Guillermo

Mientras Roberto estaba fuera corriendo sus aventuras orientales, Guillermo el Rojo retuvo firmemente el dominio de Inglaterra. También mantuvo a Normandía en una especie de hipoteca, por los diez mil marcos con *los* que había financiado la cruzada de su hermano. En los últimos años de su reinado, pues, gobernó sobre el reino unido de su padre.

El rey de Escocia después de la muerte del Conquistador seguía siendo Malcolm III, hijo de Duncan, el asesinado. La permanencia de Malcolm, cuando joven, en la corte de Eduardo el Confesor como refugiado y su casamiento con Margaret Atheling se sumaron para dar origen a una fuerte anglicanización de Escocia. Había rendido homenaje a Guillermo el Conquistador en 1072, con lo cual conservó el gobierno de Escocia a costa de comprometer su independencia. Hasta había entregado a su hijo Duncan como rehén, para garantizar su buena conducta, y no creó problemas durante la vigorosa carrera del Conquistador.

Pero, muerto el Conquistador y con Guillermo el Rojo enredado en los problemas de Normandía, Malcolm pensó que las condiciones ahora lo favorecían.

Empezó a hacer correrías por el norte de Inglaterra. Cuando llegó demasiado lejos en sus acciones, Guillermo el Rojo volvió con premura y cólera a Inglaterra y marchó hacia el Norte. Malcolm rápidamente renovó su homenaje en 1093. Cuando ese mismo año intentó más tarde efectuar una nueva invasión, al caer enfermo Guillermo, fue enfrentado en batalla campal en Alnwick, a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur de la frontera. Allí Malcolm y su hijo mayor, Eduardo, fueron muertos. El reinado de treinta y cinco años de Malcolm llegó a su fin, y su esposa, Margaret, murió muy poco después.

Había un fuerte partido anti-inglés en Escocia para el cual Malcolm y su reina sajona se habían divorciado demasiado de las antiguas costumbres escocesas, para su gusto. Por ello, la muerte de Malcolm provocó una reacción céltica que puso en el trono a su hermano menor, Donalbane, mientras los hijos restantes de Malcolm se vieron obligados a buscar refugio en Inglaterra. (Durante el reinado de Macbeth, Donalbane se había refugiado en la Irlanda Céltica, no en la Inglaterra Sajona.)

Durante los cinco años de su reinado, Donalbane estuvo demasiado preocupado por conservar el poder contra las perturbaciones internas para intentar aventuras extranjeras. Por eso, en lo que respecta a lo que le quedaba de reinado a Guillermo el Rojo, Escocia permaneció en calma y, pese al transitorio triunfo celta, estuvo dócilmente sometida a la soberanía del rey normando de Inglaterra.

Guillermo tuvo menos éxito en una invasión de Gales como respuesta a las rebeliones que se produjeron allí contra la dominación que su padre había impuesto al país. Los galeses, como era su costumbre desde hacía tiempo, no se opusieron directamente a la invasión. Se retiraron a las montañas y libraron una guerra de guerrillas que agotó a los caballeros normandos y les infligió una muerte lenta. Guillermo el Rojo tuvo que abandonar Gales y contentarse con construir una fuerte línea defensiva de castillos en la frontera (a lo largo de lo que había sido la «Tapia de Offa», tres siglos antes) para impedir que hiciesen correrías por los distritos occidentales.

Pero en lo interno Guillermo provocó el odio cada vez mayor de todos sus súbditos, ingleses y normandos, legos y clericales, por la codicia que le hacía someterlos a todos a brutales extorsiones que eran casi insoportables.

Sin embargo, la codicia y la frugalidad de Guillermo le permitieron reunir un gran tesoro central que llevó a la creación de un régimen financiero estable y que estimuló el comercio y aumentó la prosperidad. Emitió monedas de buen peso y de plata genuina, contento de que quisiesen aceptarla los comerciantes extranjeros. Algunas de esas monedas estaban marcadas con pequeñas estrellas («steorling» en inglés antiguo). La palabra «sterling» (esterlina) quizá provino de esto, para representar plata de elevada calidad, primero en monedas, y luego de cualquier otra forma.

Guillermo el Conquistador había insistido en mantener el control sobre la Iglesia de Inglaterra aun contra los deseos del papa, pero lo había hecho con

habilidad y diplomacia y había utilizado al hábil Lanfranco como una especie de conciliador y compromisario entre él y el papa.

Guillermo el Rojo no mostró tal habilidad en sus tratos con la Iglesia, sino que casi se deleitó ostentosamente en hacer lo que se le antojaba de la manera más ruda posible. Cuando Lanfranco murió, en 1089, Guillermo II tranquilamente se negó a nombrar un sucesor. Esto no obedecía a una convicción religiosa de ningún género, sino más bien a que, mientras no hubiese arzobispo de Canterbury, podía disponer de las vastas rentas del cargo. Lo mismo hizo con otros obispados que quedaron vacantes por una u otra razón.

Nada podía haber enfurecido más a las cabezas de la Iglesia. Sin embargo, sólo en 1093 pudo persuadirse a Guillermo a que modificara su política, y ello gracias a los terrores de la superstición. Cuando Guillermo el Rojo cayó gravemente enfermo (la enfermedad que provocó la invasión final de Malcolm de Escocia), los sacerdotes le informaron de inmediato que era un castigo por sus acciones contra la Iglesia. Era absolutamente seguro, decían, que sería arrojado al Infierno en el momento de su muerte. Guillermo, convencido de que estaba agonizando, nombró a un sacerdote llamado Anselmo para que fuese el trigésimo quinto arzobispo de Canterbury.

Fue una excelente elección. Anselmo había nacido en Aosta, en el noroeste de Italia, en 1033. Llegó a Normandía en 1056 para prestar servicios en el monasterio de Bec, a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Ruán, entonces presidido por su compatriota Lanfranco. En 1078, Anselmo fue designado abad del monasterio y lo convirtió en un centro del saber, pues él era el teólogo más destacado de su tiempo.

Anselmo propuso el llamado «argumento ontológico» para demostrar la existencia de Dios (es decir, un argumento que parte de la naturaleza misma de Dios), que ejerció gran influencia durante siglos. El argumento reza así:

Todo el mundo tiene una idea de Dios. Hasta una persona que afirma temerariamente que no hay Dios alguno tiene una idea de aquello cuya existencia niega. La idea de Dios es la idea de un Ser perfecto, un Ser que tiene, todos las propiedades posibles requeridas para la perfección. Pero una de las propiedades debe ser la existencia, pues un Dios que no existe sería inferior a un Dios que existiese, por idénticos que fuesen en todo lo demás. Por lo tanto, se desprende de la naturaleza misma de Dios como Ser perfecto que Dios debe existir. (Este argumento fue refutado en el siglo XVIII por el filósofo alemán Immanuel Kant, pero entrar en las oscuridades filosóficas de las doctrinas de Kant nos llevaría demasiado lejos.)

Anselmo, que por entonces tenía sesenta años, no aceptó de buena gana la pesada carga del arzobispado de Canterbury. Prefería su existencia tranquila y dedicada al saber en Bec. Pero vio la oportunidad de introducir reformas eclesiásticas en Inglaterra e impuso una serie de condiciones a Guillermo, que el monarca moribundo aceptó malhumoradamente.

Entonces Anselmo aceptó el cargo, y Guillermo, quizá para su propia sorpresa, se recuperó de su enfermedad. El rey podía haber considerado esta recuperación como el resultado directo de su retorno a la obediencia de la Iglesia, pero es más probable que haya pensado, con resentida contrariedad, que se habría recuperado de todos modos y que había sido inducido por temor a ceder una fuente de ingresos muy lucrativa.

La prueba de ello es que Guillermo pronto exigió a Anselmo una enorme suma como precio de su cargo, suma que Anselmo se negó a pagar. Inmediatamente surgió otra seria disputa. Anselmo era un firme defensor de la supremacía papal y no aceptaba recibir las insignias del cargo de mano de Guillermo. Quería viajar al Continente para recibirlas del papa.

Guillermo dio todos los pasos posibles para impedirlo y halló fácil pretexto para tal fin. Había dos pretendientes a la silla papal por entonces. Uno de ellos era Urbano II, quien había lanzado el llamado que dio origen a la Primera Cruzada y a quien Anselmo reconocía como el verdadero papa. El otro era un pretendiente que se hacía llamar Clemente III y que era reconocido por algunos monarcas. Guillermo adoptó sardónicamente la actitud de que él no podía decidir en tales cuestiones teológicas abstrusas y no apoyó a ninguno de ellos. Esto lo libraba del control papal y le permitía argüir que Anselmo debía permanecer en Inglaterra y recibir las insignias de manos del rey.

Durante el resto del reinado de Guillermo el Rojo hubo una continua guerra entre el rey y el arzobispo, que se reveló hasta en cuestiones secundarias. El arzobispo lanzaba invectivas contra lo que él consideraba costumbres disolutas en el arreglo personal, como los zapatos puntiagudos y el uso de cabellos largos. Logró que los normandos, en general, se cortasen el cabello, pero Guillermo demostró su hosca oposición conservando su larga cabellera.

Sólo en 1098 Anselmo logró, finalmente, escabullirse de Inglaterra, después de lo cual juzgó prudente no retornar mientras Guillermo estuviese en el trono.

Fuera de la Iglesia, Guillermo siguió estableciendo impuestos de toda clase y recaudando multas cada vez mayores por todo género de infracciones. Aumentó el rigor de le ley; así, mientras Guillermo el Conquistador había castigado con la ceguera a quienes cazaban ciervos y otros animales, Guillermo el Rojo los castigó con la muerte. (Cazar ciervos era un deporte real, y no se permitía a los campesinos llenar sus estómagos hambrientos con animales que el rey podía desear matar, prohibición que contribuye al *suspense* de los cuentos de Robin Hood, cuando los proscriptos mataban venados.)

En 1100, el rey salió a cazar en el Bosque Nuevo. Esta era una región que el Conquistador había creado cerca de su residencia favorita, en Winchester (la vieja capital de Alfredo). Primero, Guillermo había vaciado deliberadamente la zona de personas y demolido los edificios sin ninguna compensación, con desprecio de los grandes sufrimientos que ello causó. Se permitió que una región que tenía la mitad

de nuestro Estado de Rhode Island volviera a cubrirse de bosques para que el rey pudiese ir a cazar allí.

La población perjudicada halló alivio en atribuir un mal supersticioso a los oscuros rincones del bosque. Decían, con hórrido deleite, que estaba frecuentado por el Diablo, quien infligía un fatídico destino a los príncipes normandos que cazaban en él. Tales supersticiones, desde luego, eran un excelente pretexto para quienes trataban de ayudar al Diablo en su planeada venganza contra los normandos.

Por ejemplo, Ricardo, el segundo hijo del Conquistador, murió en un accidente de caza en el Bosque Nuevo, en vida del Conquistador. Luego, en mayo del 1100, otro Ricardo, un hijo ilegítimo de Roberto de Normandía, murió de una herida de flecha, cuando también cazaba en el Bosque Nuevo.

Un hijo y un nieto del Conquistador habían muerto allí; es decir, un hermano mayor y un sobrino de Guillermo el Rojo. Y de una cosa podemos estar seguros, independientemente de los cuentos: no fue el Diablo quien tensó los arcos que lanzaron las fatales flechas.

Sin embargo, en agosto de 1100, apenas tres meses después de la segunda muerte, Guillermo el Rojo se preparó para una alegre partida de caza en el Bosque Nuevo.

Un miembro de la partida era el hermano menor de Guillermo, Enrique, el hijo más joven de Guillermo el Conquistador. Había nacido en Inglaterra en 1068, el único de los hijos que nació después de la Conquista. En las guerras civiles entre sus hermanos, Enrique había estado a veces de una parte y a veces de otra. Pero habla terminado por ponerse del lado de Guillermo.

Puesto que Guillermo no estaba casado y no tenía hijos Enrique era el heredero natural del trono, siempre que Roberto Curthose, hermano mayor de Guillermo y de Enrique, permaneciera en el Este y, preferiblemente, muriese allí.

Pero en 1100 tal vez llegaron a Inglaterra noticias de que Roberto, cubierto de gloria por sus hazañas en Tierra Santa y totalmente sano y salvo, había emprendido el regreso.

Esto planteaba al joven Enrique un problema. Si Guillermo moría antes del retorno de Roberto, Enrique, sin duda, se convertiría en rey de Inglaterra. Si Guillermo moría después de que Roberto retornase, éste o un hijo suyo podían disputar la sucesión.

Pero, ¿cómo podía Guillermo morir antes de que retornase Roberto? Guillermo tenía cuarenta y cuatro años, edad bastante avanzada para la época, pero su salud era excelente y su padre había vivido hasta los sesenta. Y Enrique tenia veintidós años; ya no era un jovencito, según los patrones de la época.

Enrique, como el hermano más joven, había sido despachado con nada más que un pago en dinero a la muerte del primer Guillermo. ¿No iba a obtener nada tampoco con la muerte del segundo Guillermo? No si éste moría pronto.

No se sabe en qué medida Enrique pensaba en todo esto, pero parece razonable suponer que no pudo evitar tales pensamientos. La cuestión es: ¿actuó de acuerdo con ellos?

Guillermo el Rojo fue acompañado el bosque por su compañero de caza favorito, Walter Tyrrel. La partida se separó en busca de la caza y, según el relato que más tarde se hizo corriente, Guillermo el Rojo y Walter Tyrrel dieron caza a un ciervo solamente. El rey tensó su arco, pero lo cuerda se rompió. No tenia otro arco a mano, y ordenó apresuradamente a Tyrrel que tirase para no perder el ciervo. Tyrrel lo hizo lo más rápidamente posible, pero la flecha fue desviada por un árbol y se hundió en el corazón de Guillermo. El rey murió inmediatamente.

Tyrrel contempló un momento al rey muerto, comprendió que toda pretensión de inocencia no tenía ninguna probabilidad de ser escuchada y partió inmediatamente hacia la costa para dirigirse a Normandía, luego Francia y Tierra Santa, donde, esperaba, no pudiera alcanzarlo la venganza. El cuerpo del rey abandonado no fue encontrarlo hasta más tarde. Un campesino dio con él, lo cargó en su burro y lo llevó a Winchester.

Tan pronto como tuvo noticia de la muerte de su hermano, Enrique se abalanzó a Winchester y se apoderó del tesoro real. (Esto era importante, porque quien tuviese el dinero tenía los medios de pago y, por ende, la lealtad de la guardia de corps real.) Tres días después fue coronado como Enrique I de Inglaterra.

El hermano menor

La cuestión, ahora, era la siguiente: ¿qué tenia que hacer Enrique con respecto a la muerte de su hermano?

Se había producido en un momento ideal para él, y el cuento de la flecha desviada accidentalmente parecía tener muy poca consistencia. ¿No era más probable que Tyrrel hubiese sido comprado por Enrique y que hubiese matado deliberadamente al rey? Es tentador creerlo así, pero probablemente nunca se sabrá la verdad.

Roben Curthose estaba en Italia cuando le llegaron las noticias de la muerte de su hermano Guillermo. Volvió a Normandía a toda velocidad, seguro de que sus laureles de cruzado lo convertirían en el tipo de figura atrayente a la que afluiría la nobleza normanda.

Pero Enrique actuó con perfecta eficiencia y habilidad, como si estuviese preparado en un todo para la muerte de Guillermo y actuase según un plan cuidadosamente elaborado.

Envió una carta conciliadora al arzobispo Anselmo de Canterbury, instándolo a retornar y prometiéndole su amistad. De este modo, se ganaba el poderoso apoyo de la Iglesia y de su más elocuente representante en Inglaterra. Hizo arrestar a Ranulf Flambard, el favorito del viejo rey y el que había llevado a cabo las exacciones financieras reales. Flambard era el hombre más odiado por los plebeyos, por lo cual la medida fue enormemente popular. A continuación, Enrique prometió que no habría nuevas exacciones y que gobernaría de acuerdo con las leyes de Eduardo el Confesor (quien era recordado con reverencia por el campesinado y cuyo reinado era considerado retrospectivamente como los «buenos viejos tiempos».)

Más tarde, Enrique otorgó cartas a Londres y otras ciudades de ciertas dimensiones, garantizándoles ciertos derechos y permitiéndoles negociar colectivamente en caso de disputas. Las ciudades, así liberadas de la interferencia de los barones y en posesión de una capacidad de negociación que podían usar con provecho, florecieron. La población aumentó, el comercio se desarrolló y el dinero se acumuló. El rey se benefició, pues las ciudades pagaban más impuestos a medida que se enriquecían, y fueron un útil contrapeso frente a la nobleza a medida que se hicieron más poderosas.

Con el tiempo, Enrique llevó la organización de las finanzas del Reino a una nueva altura de cuidadosa eficiencia. Dos veces al año, un grupo de funcionarios reales se reunía alrededor de una mesa para recibir las rentas reales y revisar cuidadosamente los libros de los diversos sheriffs recaudadores de impuestos. La mesa, según la tradición, estaba cubierta por un paño a cuadros [*checkered*] Este hecho trivial dio origen al uso del término *exchequer* para designar el tesoro público.

Otra medida popular de Enrique fue casarse con Edith, una princesa escocesa. Era hija del viejo rey Malcolm III y su reina inglesa, Margaret Atheling. Así, Edith era tataranieta de Ethelred el No Preparado. El pueblo inglés tenía la creencia de que si sus hijos subían al trono, la sangre de Alfredo el Grande fluiría otra vez por las venas de los reyes ingleses. El matrimonio fue hecho más aceptable para la nobleza normanda recurriendo a un cambio de nombre. La reina abandonó el nombre sajón de Edith y adoptó el nombre normando de Matilde (que había sido el nombre de la madre de Enrique). También es conocida por el diminutivo de este nombre: Maud.

Enrique tampoco descuidó a los barones. Prometió mantenerse dentro de las leyes feudales y evitar ser tan autoritario como Guillermo el Rojo. Claro que, una vez que estuvo firmemente en el trono, Enrique gobernó a los barones con mano de hierro y los mantuvo tan totalmente bajo su control como los había tenido el Conquistador, pero lo hizo con una apariencia de justicia y sin la ofensiva arrogancia de Guillermo el Rojo.

Las concesiones de Enrique a los barones y al pueblo, hechas por aquel entonces para asegurarse la sucesión contra su hermano mayor, tuvieron profundas repercusiones en las posteriores generaciones. Fueron un reconocimiento de que el rey tenía que obedecer a ciertas reglas, que su poder no era ilimitado. Muchos monarcas ingleses de épocas posteriores lo ignoraron o trataron de ignorarlo, pero los barones y, más tarde, las clases medias, nunca lo olvidarían. Las concesiones de Enrique I (como las de Ethelred el No Preparado un siglo antes) fueron precedentes que llevarían a las exigencias de la Carta Magna, un siglo más tarde.

La sabiduría de Enrique en todo esto fue una expresión de su inteligencia natural y de su educación, que no era como la del tipo común de noble normando. La nobleza tendía a ser vigorosa en cuanto a valentía y acción, pero débil en la consideración calma. No así Enrique. No es casual que, en tiempos posteriores, los cronistas lo llamasen Enrique *Beauclerc* («buen sabio»). Fue el primer rey inglés culto desde Alfredo el Grande,

Cuando Roberto Curthose llegó a Normandía, el programa de Enrique estaba en marcha y el mismo Roberto completamente descartado. Sin embargo, su inveterada lentitud lo hizo postergar aún más toda acción, mientras cada mes que pasaba hacia su situación cada vez menos favorable. Cuando finalmente invadió Inglaterra, en 1101, su posición era totalmente insostenible. Los barones ingleses estaban firmemente del lado de Enrique, y lo mismo la Iglesia y el pueblo. Era inútil luchar. Hasta el poco brillante Roberto pudo darse cuenta de que no había futuro para él en Inglaterra. Con el garbo al que pudo apelar, aceptó un don de 3.000 marcos de Enrique, renunció a todos los derechos al trono de Inglaterra y volvió a Normandía.

Pero no iba a haber todavía una paz permanente entre los dos hermanos. Flambard, el viejo y odiado favorito de Guillermo el Rojo, había escapado de la prisión y se había marchado a Normandía, donde constantemente intrigó contra Enrique. Peor aún, el débil gobierno de Roberto en Normandía engendró anarquía y querellas entre los barones, y los derrotados buscaron la ayuda de Enrique.

En 1106, cuarenta años exactos después de la batalla de Hastings, un ejército normando cruzó el Canal de la Mancha en la dirección opuesta y desembarcó en Normandía. La batalla se libró, según relatos, el 28 de septiembre en Tinchebray, ciudad situada a sesenta y cinco kilómetros al sur de Bayeux.

Enrique puso sitio a la ciudad, y Roberto llevó a sus fuerzas en su ayuda. La batalla fue dura, pero terminó con una completa victoria para Enrique. Roberto fue tomado prisionero y fue llevado a Inglaterra, donde vivió en el ocio impotente y donde permaneció hasta su muerte, a la patriarcal edad de ochenta años, en 1134.

También fue hecho prisionero en esta batalla un hombre que era un resto patético del pasado: Edgar Atheling, nieto de Edmundo el Valiente. Durante toda su vida aventurera, había sido una oscura esperanza para los sajones oprimidos (una especie de «Bonnie Prince Charlie» de su tiempo [referencia a Carlos Estuardo,

llamado el joven Pretendiente, último de los pretendientes al trono de los Estuardos]), pero careció completamente de la capacidad para llevar a la victoria una empresa desesperada. Ahora, también él fue relegado a la prisión y el retiro. Murió en 1130, también a los ochenta, sesenta años después de pus pocos días como rey de Inglaterra.

Después de la Batalla de Tinchebray, Enrique fue aceptado por los barones normandos como duque de Normandía, y de este modo Inglaterra y Normandía fueron unidas de nuevo, por primera vez desde la muerte del Conquistador, veinte años antes.

El hijo de Roberto Curthose, Guillermo Clito, ocasionalmente disputó el título a Enrique, pero nunca con éxito, y murió en batalla en 1128. La posibilidad para Inglaterra de librarse de los embrollos continentales desapareció por un siglo.

La política exterior de Enrique con respecto a Escocia también tuvo éxito. Donalbane, que había gobernado agitadamente en interés de los celtas después de la muerte de Malcolm III, fue derrocado en 1098, y el hijo mayor sobreviviente de Malcolm, Edgar, fue colocado en el trono. Se había exiliado en Inglaterra y llevó consigo la influencia normanda.

Matilde, la esposa de Enrique, era hermana de Edgar de Escocia, y esto creó otro vínculo entre las dos naciones.

Edgar murió en 1107 y fue sucedido por su hermano Alejandro I («el Feroz»). Se casó con una hija ilegítima de Enrique. Finalmente, cuando murió Alejandro, en 1124, el último hijo sobreviviente de Malcolm III (había tenido seis hijos) llegó al trono con el nombre de David I.

David I había pasado la mayor parte de su vida en Inglaterra y cuando fue proclamado rey hubo un nuevo aflujo de seguidores anglonormandos que formaron buena parte de la posterior nobleza de Escocia. El reinado de David, durante el cual Escocia tuvo paz y prosperidad, señaló el fin de la influencia céltica. Escocia se convirtió en una especie de país normando diluido en cuanto a su carácter y fue un apéndice cultural de Inglaterra.

Enrique tuvo menos éxito en sus tratos con la Iglesia, en parte a causa de una disputa que se extendió por Europa. El punto en discusión era la investidura de los obispos. Reyes y emperadores reclamaban el derecho de nombrar obispos y de investirlos con los símbolos del cargo a cambio del homenaje y el juramento de fidelidad por el obispo al rey. El papado, por su parte, consideraba que esto era horrendo porque parecía someter el obispo al rey, dando la primacía sobre la Iglesia al poder secular El papa sostenía enfáticamente que sólo la Iglesia podio investir a los obispos con los símbolos del cargo y que no se necesitaba a cambio ningún homenaje al rey. De hecho, ésta era en parte la querella entre Anselmo y Guillermo el Rojo.

Estaban en juego importantes cuestiones prácticas. La Iglesia acumulaba grandes riquezas, pues siempre se le legaban tierras y propiedades a las iglesias, los monasterios y las abadías, por reyes y nobles piadosos que trataban de este modo de facilitar su camino hacia el Cielo. (Era la filantropía de la época, cuya motivación práctica era la salvación de almas más que el ahorro de impuestos.) Puesto que la Iglesia era inmortal y nunca renunciaba voluntariamente a las propiedades, tendía a ser cada vez más rica, mientras que el Estado era cada vez más pobre.

El equilibrio se restablecía por el hecho de que el poder secular hallaba maneras de extraer dinero de la Iglesia. Mientras el rey pudiese designar obispos, podía cobrarles por el cargo, y pesadamente. (En cierto modo, esto era beneficioso para la Iglesia, porque si no se permitían transferencias financieras de la Iglesia al Estado, podían acumularse presiones hasta el punto de que se efectuaban confiscaciones directas de propiedades de la Iglesia. Esto ocurrió bajo un Enrique posterior, en el siglo XVI, por ejemplo.)

Desde el punto de vista de la Iglesia, la «investidura laica» (la investidura por laicos, aunque el laico fuese un rey) no sólo era un error en teoría, porque parecía hacer el Estado superior a la Iglesia, sino también en la práctica, pues si los obispos dependían del rey, era probable que postergasen los intereses de la Iglesia a favor de los del Estado.

Durante el siglo X y parte del XI, el papado estaba en decadencia y la mayoría de los papas eran corruptos o débiles o ambas cosas. Los monarcas hacían lo que querían.

Pero bajo la influencia de Hildebrando, el poder papal revivió, y cuando él mismo fue nombrado papa, con el nombre de Gregorio VII, la lucha contra la investidura laica llegó a su culminación. Gregorio tronó contra esa práctica, y sus sucesores mantuvieron su firme posición contra ella.

Anselmo de Canterbury había mantenido esa posición Contra Guillermo el Rojo, y la mantuvo con igual firmeza contra Enrique I.

Enrique I estaba en mala situación. Tenía buenas razones para querer controlar a sus obispos, tanto por consideraciones económicas como políticas. Pero era un hombre religioso y había prometido a Anselmo concesiones a cambio del apoyo de la Iglesia.

El rey resistió todo lo posible, casi hasta el punto de hacerse excomulgar (es decir, hacerse expulsar de la comunidad de la Iglesia y negar los sacramentos, amenaza temible para los hombres de la época). Pero luego, en 1107 (dos años antes de la muerte de Anselmo) se llegó a un compromiso. El papa, no el rey, controlaría las investiduras, pero el obispo tendría que prestar homenaje al rey.

Sin embargo, como sucede con todos los compromisos, cada parte sospechó que había concedido demasiado, y la disputa entre la Iglesia y el Estado estalló nuevamente en un reinado posterior.

10. La guerra civil

La sucesión, otra vez

La reina de Enrique, Matilde, murió en 1118, dejando dos hijos. Uno de ellos era una muchacha, otra Matilde, quien en 1114 (a la tierna edad de doce años) se había casado con Enrique V, emperador de Alemania. El otro era un muchacho, Guillermo, único hijo varón de Enrique e ídolo de su corazón.

La importancia de Guillermo residía en el hecho de que era uno de sólo dos nietos de Guillermo el Conquistador que vivían y podían hacer remontar su ascendencia hasta éste por vía masculina solamente. El otro era Guillermo Clito, hijo de Roberto Curthose, pero que fue automáticamente excluido de la sucesión cuando su padre renunció a toda pretensión al trono inglés.

El príncipe Guillermo (o Guillermo Atheling, como era llamado a veces según el viejo estilo sajón), pues, era el único heredero al trono, la única figura que estaba entre la paz de una sucesión asegurada y el caos de una sucesión disputada.

En noviembre de 1120, Enrique, su familia y sus partidarios retornaron de Normandía a Inglaterra. Había librado allí una guerra contra Fulco V, conde Anjou *. El Condado de Anjou estaba inmediatamente al sur del Ducado de Normandía, y ambas regiones eran rivales desde hacía tiempo. Había habido guerras entre ellas desde hacía un siglo, y ninguna de las partes había podido vencer a la otra. Esa última guerra, como todas las otras, termino en una paz de compromiso, y Enrique se apresuró a volver a Inglaterra para atender a los asuntos de este país

El grupo era suficientemente grande como para necesitar dos barcos. Enrique navegó en uno de ellos, y el joven príncipe Guillermo, por entonces de diecisiete años de edad, navegó en un segundo barco llamado «Blanche («Nave Blanca»).

La alegría en la Nave Blanca era un poco excesiva. El feliz príncipe ordenó dar vino a toda la tripulación y la fiesta retrasó la partida hasta la caída de la noche. Esto era imprudente, pues para pasar de la costa al Canal era necesario sortear algunas rocas. Con la luz en descenso y la tripulación medio mareada por el alcohol, hubo un serio error de cálculo y el barco no pudo sortear con éxito las rocas. El barco se desfondó por un lado y se hundió rápidamente. Sólo hubo un sobreviviente, y no fue el príncipe.

Pasaron tres días entes de que alguien osase decir el rey Enrique lo que había ocurrido. Se cree que Enrique se desmayó al oír la noticia y, según algunos relatos, nunca volvió a sonreír en los restantes quince años de su vida.

* Fulco fue ayudado por Guillermo Clito, quien ahora tenía diecinueve años y que nunca aceptó la renuncia de su padre el trono inglés. En este intento de modificar las cosas, como en todo lo demás, Clito fracasó.

Enrique se casó de nuevo, pero no tuvo hijos. Estaba en los cincuenta y tantos y había sobrevivido a los otros descendientes masculinos de Guillermo el Conquistador. Cuando Roberto Curthose murió, en 1134, Enrique (que entonces tenía sesenta y seis años) fue el último miembro masculino vivo de la «dinastía normanda». Es decir, era el único varón que podía hacer remontar su ascendencia, sólo por lado masculino, a Guillermo el Conquistador y, más allá de él, a Hrolf el Caminante.

La sucesión era ahora la cuestión fundamental en Inglaterra y ocupó al viejo rey durante años.

Por ejemplo, tenía una hermana mayor, Adela, hija de Guillermo el Conquistador y tan capaz como cualquier, hombre. Se había casado con Esteban, conde de Blois (región francesa situada al sur de Normandía y al este de Anjou), en 1080. Esteban se había marchado a la Primera Cruzada (donde su papel fue poco glorioso) y en su ausencia Adela gobernó el Condado con eficiencia. Fue Adela, dicho sea de paso, quien sugirió el compromiso de 1107 en la cuestión de las investiduras.

Era concebible tomar en consideración a Adela para ocupar el trono, pero su edad hacía esto imposible. Tenía ya setenta y dos años cuando murió Roberto Curthose. Pero tenía un hijo, otro Esteban (llamado Esteban de Blois por los historiadores), que había sido criado en la corte de Enrique y estaba en mitad de la treintena en los últimos años de Enrique.

Parecía que Esteban de Blois era el único heredero posible del trono. Era nieto de Guillermo el Conquistador, por lado materno, y sobrino de Enrique I. Pero los apellidos se heredaban por el lado masculino. Esteban era nieto de Guillermo el Conquistador por la parte femenina de su familia, pero era miembro de la Casa de Blois por el lado masculino. Si llegaba al trono, no sería un miembro de la dinastía normanda, sino que fundaría una nueva dinastía de Blois.

La otra única posibilidad era la hija de Enrique, Matilde. Si hubiese estado aún casada con el emperador alemán y hubiese tenido hijos de él, alemanes de lengua y cultura, ,sin duda habría sido inaceptable. Pero la situación había cambiado. En 1125 el emperador Enrique V había muerto, y Matilde, que sólo tenia veintiséis años, no había tenido hijos de él y estaba otra vez en el mercado matrimonial.

La ágil mente de Enrique concibió la posibilidad de apelar a un recurso extraordinario. Su viejo enemigo Fulco V de Anjou se había marchado a Tierra Santa para convertirse en rey de Jerusalén. El hijo de Fulco, Godofredo IV (llamado «el Hermoso») gobernaba Anjou en su lugar y sólo era un muchacho. Si Enrique podía arreglar un matrimonio entre Matilde y Godofredo, y si tenían un hijo, éste podía heredar dominios que incluían Anjou, Normandía e Inglaterra. Esto pondría fin a la larga y fútil querella entre Anjou y Normandía y, puesto que Anjou en poder sólo era inferior a Normandía entre las regiones francesas, el reino así expandido sería realmente poderoso. Esteban de Blois, por otro lado, no gobernaba Blois

(había renunciado a sus derechos a favor de un hermano mayor que no tenía ningún interés en la corona inglesa).

Enrique, pues, se enfrentó con una elección entre su hija y un reino expandido y su sobrino sin expansión; y eligió a su hija.

En 1127, las negociaciones matrimoniales con el joven Godofredo (que sólo tenia catorce años) estaban en marcha, y Enrique inmediatamente convocó a sus barones y los obligó a jurar fidelidad a Matilde como su próxima monarca. Entre los que juraron estaba Esteban de Blois.

En 1133, Matilde tuvo un hijo, a quien llamó Enrique por su padre. Este debe de haber sentido algún alivio desde la pasada tragedia de la Nave Blanca. Reunió a sus barones una vez más y los obligó a renovar su juramento de fidelidad, esta vez al niño tanto como a la madre.

Luego, en 1134, Enrique murió finalmente, después de un reinado de treinta y cinco años. Su único nieto tenía dos años de edad.

Esteban contra Matilde

Pese al intento de Enrique de dejar establecida la sucesión, su desaparición ocasionó inmediatamente una situación de anarquía. Tan pronto como murió, Esteban de Blois se retractó del juramento de fidelidad que había prestado dos veces a Matilde. No era una cuestión fácil, pues un juramento debía ser tomado en serio, desde luego.

Sin embargo, Esteban no tuvo dificultades en hallar un pretexto para sostener que el juramento no era válido. El pretexto era la vieja reina Matilde, la esposa de Enrique I. Por su origen, era una princesa sajona, que llevaba el nombre de Edith. En sus años juveniles, había sido colocada en un convento cuya abadesa era su tía, como protección contra la violencia normanda. Para hacer más segura la protección, la abadesa hizo que Edith vistiera el hábito de monja.

Cuando Enrique se casó con ella, se planteó la cuestión del hábito de monja y algunos sostuvieron que ésta hacia de Edith-Matilde una monja y, por ende, la imposibilitaba para el matrimonio. Enrique, que deseaba el matrimonio por razones políticas tanto como por afecto, dejó esto de lado y nadie osó plantear nuevamente la cuestión durante su reinado.

Pero ahora que el viejo rey había muerto, Esteban replanteó el problema. Edith-Matilde, decía, no podía casarse porque habla sido una monja, y su hija Matilde era ilegitima; por tanto, no podía heredar, por muchos juramentos que se prestasen. Y de todos modos, los juramentos habían sido arrancados por coerción. Esteban llevó el caso ante el papa Inocencio II.

Por el momento, todo estaba a favor de Esteban. Se hallaba en Inglaterra, en el escenario mismo de los sucesos, pues se había apresurado a llegar allí inmediatamente después de la muerte de Enrique, mientras que Matilde aún estaba del otro lado del Canal. Además, los barones normandos se oponían a que una mujer ocupase el trono o, por lo mismo, a tener como monarca a un niño de dos años. Por añadidura, les disgustaba el casamiento de Matilde con el tradicional enemigo de Anjou. Enrique podía pensar que era una maravillosa idea, mas para los barones, no había juramento que los hiciese servir a un odiado angevino (el adjetivo habitual derivado de Anjou).

Esteban, en cambio, era un hombre adulto, de impresionante apariencia y de maneras sencillas y afables. Era popular entre los normandos y los sajones por igual; en particular, era un favorito de la ciudad de Londres. Además, uno de sus hermanos era obispo de Winchester y ayudó a Esteban a apoderarse del tesoro real; luego persuadió al papa a que decidiese a su favor. El 26 de diciembre de 1135 («el Día de San Esteban», buen augurio, cabría pensar, para un gobernante llamado Esteban), Esteban fue coronado rey de Inglaterra en Londres por Guillermo de Corbeil, el trigésimo séptimo arzobispo de Canterbury.

Hasta entonces todo había marchado maravillosamente bien para Esteban, pero, una vez hecho rey, los problemas empezaron inmediatamente.

Quedaba en pie el juramento de fidelidad a Matilde Era un arma excelente en manos de los barones, quienes podían pretender estar profundamente preocupados por él. Si insistían en que tenían grandes dificultades para acallar sus conciencias, Esteban tendría que dar mucho para obtener su apoyo.

El nuevo rey lo hizo. Su naturaleza bonachona no lo alentaba a empeñarse en duras negociaciones. Como resultado de ello, los barones normandos obtuvieron concesiones que ninguno de los tres primeros reyes normandos hubiese pensado en otorgarles. Cualquiera de ellos, Guillermo el Conquistador, Guillermo el Rojo o Enrique Beauclerc, habría preferido verlos muertos y condenados.

Ahora los barones obtuvieron permiso para construir castillos fortificados y reclutar hombres para defenderlos, de modo que Inglaterra se convirtió en un hormiguero de reyezuelos rivales, cada uno ávido de agrandarse a expensas de todos los demás y sin experimentar lealtad alguna hacia Esteban ni hacia Matilde. Se echaron las bases para la anarquía.

Esteban tampoco podía considerar indiscutida su pretensión al trono. Aún había fuerzas partidarias de Matilde. Enrique I, que no había tenido hijos legítimos de su esposa, tenía una cantidad de hijos de otras mujeres. Todos eran ilegítimos, por supuesto, y por ende incapaces de heredar el trono, pese al precedente del mismo Guillermo el Conquistador.

El principal de esos hijos ilegítimos era Roberto, Earl de Gloucester. Había jurado fidelidad a Esteban, y este bonachón monarca le había permitido conservar sus patrimonios y su poder, que ahora Gloucester usó para intrigar a favor de su

media hermana Matilde. (Esta era llamada comúnmente la « Emperatriz Maud» por los ingleses, «emperatriz» por su primer casamiento con el emperador alemán.)

David I de Escocia mostró más abiertamente sus intenciones, pues tenía una razón legítima para su toma de partido. Era hermano de Edith-Matilde y, por tanto, tío de la joven Matilde. David invadió Inglaterra en 1138 con un desenfrenado y salvaje ejército que se lanzó ferozmente, pero sin esperanzas, contra los caballeros normandos cubiertos de hierro. Las espadas normandas y los arqueros ingleses rechazaron a los escoceses con pérdidas.

Pese a su fracaso, la invasión escocesa fue una invitación a los barones de Inglaterra, recientemente fortalecidos, a abandonar a Esteban y empezar el juego de las disputas de unos contra otros, en el que ellos eran los ganadores e Inglaterra la perdedora.

Y en la confusión, los escoceses lograron lentamente establecer su dominación sobre los condados más septentrionales de Inglaterra.

El caos

En 1139, cuando Esteban había reinado durante más de tres años, Matilde finalmente desembarcó en Inglaterra en un intento de apoderarse del trono. Actuando con rapidez, Esteban la atrapó en el castillo donde se había instalado.

Si la hubiese mantenido prisionera, todo podía haber salido bien para Esteban, pero, en un arranque de errónea galantería hizo el espléndido gesto de dejarla en libertad. Si pensó que la nación apoyaría a un caballero tan generoso y cortés, actuaba a la manera de los libros de cuentos. No ocurrió así.

Matilde huyó hacia el Oeste para encontrarse con su hermano, Roberto de Gloucester, en Bristol, donde era demasiado poderosa para ser capturada nuevamente. Otros barones, pensando que Esteban, por su acción, era un tonto o un débil o ambas cosas, decidieron por un momento apoyar a Matilde.

Ahora se desencadenó realmente la guerra civil; todo el país estaba en llamas, y la pugna entre Esteban y Matilde fue una máscara para docenas de pequeñas luchas de barones contra barones.

En 1141, Esteban puso sitio a la ciudad de Lincoln, una fortaleza partidaria de Matilde y situada a 180 kilómetros al norte de Londres. Roberto acudió en su ayuda con fuerzas más numerosas y más leales que las de Esteban. Ya desde el principio, algunos de los hombres de Esteban huyeron casi sin haber descargado un golpe. El mismo Esteban luchó valientemente —era muy valeroso, como todos los príncipes normandos—, pero fue tomado prisionero.

Matilde tuvo ahora la oportunidad de imitar la anterior generosidad de Esteban, pero indudablemente este pensamiento nunca le pasó por la cabeza.

Sencillamente lo metió en prisión y quizá se consideró bondadosa por no ejecutarlo inmediatamente. O tal vez lo consideró más útil como rehén.

Persuadió al hermano de Esteban, el obispo de Winchester, a que hiciera por ella lo que antes había hecho por su hermano. Matilde ocupó la residencia real con su tesoro y atributos, y asumió el papel de reina de Inglaterra con la sincera ayuda del obispo. (El precio pagado al obispo era que desempeñaría el rol que hoy llamaríamos de «primer ministro» y, en particular, dispondría de todos los obispados y abadías que quedasen vacantes, una fuente potencial de grandes ingresos.)

Pero Londres aún estaba de todo corazón con Esteban, y cuando Matilde llegó allí en calidad de reina, fue recibida con hosco disgusto. Ella podía haberse ganado a los londinenses, pero era una mujer arrogante, con el temperamento de sus antepasados. Estaba furiosa por el apoyo que habían dado a Esteban y quería castigarlos, no conciliárselos. Les puso nuevos impuestos y rechazó de plano la petición de que prometiese gobernar según las leyes de Eduardo el Confesor.

De inmediato los londinenses se levantaron contra ella espontáneamente y la expulsaron de la ciudad antes de que pudiese ser coronada. El obispo de Winchester enseguida cambió de lado nuevamente.

Fuerzas favorables a Esteban, con la moral por los cielos, lograron llegar a Winchester y ponerle sitio. Matilde había buscado refugio allí, y en el palacio estaban muchos de sus partidarios más encumbrados, entre ellos David de Escocia y Roberto de Gloucester. Matilde y David lograron escapar, gracias principalmente a la vigorosa resistencia de Roberto, quien fue capturado en la lucha y llevado como cautivo a la esposa de Esteban (otra Matilde).

Se llegó a un punto muerto y se produjo un intercambio de prisioneros. Roberto de Gloucester fue cambiado por el rey Esteban, y luego la guerra civil estalló nuevamente, más fútil y devastadora que nunca. En general, la mitad oriental del país estaba por Esteban y la occidental por Matilde, pero todas las tierras estaban devastadas.

Por un tiempo, la persistencia de Esteban pareció darle el triunfo. Roberto de Gloucester murió en 1147, Matilde, privada del verdadero jefe militar de sus fuerzas, se vio obligada a abandonar Inglaterra en 1149, después de una década de guerra inútil. Esteban quedó como único rey del país, pero era un rey débil que gobernaba sobre barones turbulentos, que no tenían intención alguna de obedecerle y exigían privilegios cada vez mayores.

Plantagenet

Esteban tampoco controlaba las tierras normandas del Continente. Allí era el amo Godofredo de Anjou, el marido de Matilde. Poco a poco, mientras la guerra civil arreciaba en Inglaterra, se fue haciendo dueño de Normandía; hizo la mayoría de

sus progresos cuando Esteban se hallaba prisionero y cuando parecía que su causa estaba perdida. Hizo que los normandos aceptasen a su hijo, Enrique, como duque de Normandía, después de lo cual el poder de Esteban quedó confinado a Inglaterra.

Matilde quería que su marido acudiese a Inglaterra en su ayuda, pero éste se negó inquebrantablemente a hacerlo, usando como excusa su preocupación por Normandía. En realidad, su casamiento con Matilde fue muy desdichado, pues ella (doce años mayor que él) era una arpía que se tomaba tan poca molestia para conciliarse a su marido como para conciliarse a sus súbditos. Sin duda, Godofredo se alegraba de tener el Canal entre él y su mujer.

En una época Godofredo había hecho una peregrinación a Tierra Santa. Vestía ropas modestas como gesto de humildad, y llevaba consigo un ramito de retama, un arbusto común, en su gorro, como otro gesto semejante. La planta de retama —«planta genista» en latín y «planta genét» en francés— le valió a Godofredo un apodo. Se lo llamó Godofredo Plantagenet, y el apodo pasó a su hijo y luego a todos sus descendientes, convirtiéndose en una especie de apellido.

Si Godofredo no arriesgó su suerte en Inglaterra, su hijo, Enrique Plantagenet, lo hizo. Fue por primera vez a Inglaterra cuando era un niño de nueve años, mientras su madre dominaba la parte occidental de la isla y guerreaba contra Esteban. Enrique permaneció en Bristol, el corazón de las tierras partidarias de Matilde, e inició allí su educación, que llegaría a ser excelente. Cuando todavía era un adolescente, dos veces condujo ejércitos contra Esteban, pero las dos veces fue rechazado.

Sin embargo, demostró ser un joven prometedor y obtuvo el apoyo entusiasta de un número creciente de personas. Además, empezó a acumular títulos casi sin proponérselo. Había sido aceptado como duque de Normandía en 1150, y cuando murió su padre, Godofredo, al año siguiente, Enrique se convirtió también en conde de Anjou. Bretaña era nominalmente independiente, pero había aceptado una vaga soberanía normanda desde la época del Conquistador, de modo que el joven Enrique también dominaba la región noroccidental de Francia.

Luego hizo un matrimonio sumamente ventajoso, de la siguiente manera.

Aquitania es el nombre de una región que incluye buena parte de lo que es ahora el sur de Francia y que, en tiempos normandos incluía a todo él. Era la parte más agradable del Reino y la más próspera y culta. Habla conservado mucho de la vieja civilización romana y, durante todas las Edades Oscuras, mantuvo la chispa del saber subsistente más que la parte norte del país.

En el siglo XI, Aquitania prosperó bajo una serie de duques llamados Guillermo. El último de ellos, Guillermo X, murió en 1137 dejando como heredera a una bella joven de quince años llamada Leonor. Era la más deseable heredera de toda la Europa Occidental.

No era posible que permaneciese soltera, y su principal pretendiente era un joven de dieciséis años que acababa de subir al trono de Francia, Luis VII (también llamado «Luis el Joven»).

El matrimonio tuvo lugar en 1137, tres meses después de que Leonor de Aquitania se convirtiera en duquesa y un mes antes de que Luis el Joven fuese coronado rey.

Pero no fue un matrimonio feliz. Leonor era alegre, frívola y muy consciente de que era una gran heredera. Mantenía una corte de trovadores y amantes del placer que disgustaba al rey Luis.

Luis era una persona seria y grave, muy dedicado a los deberes regios. Indudablemente, para su alegre reina era un aguafiestas; e indudablemente, al laborioso rey ella le parecía una mentecata casquivana.

Lo que empeoraba las cosas era que ella le dio dos hijos a Luis, pero eran hembras, y según la costumbre francesa no podían heredar el trono, ni tampoco sus descendientes. Luis quería un hijo, y Leonor no se lo daba.

La gota que hizo rebasar la copa fue un hecho relacionado con una cruzada. Los jefes de la Primera Cruzada habían establecido el poder occidental sobre toda la costa oriental del Mediterráneo, pero sus descendientes ahora estaban empezando a debilitarse bajo el contraataque musulmán. Era necesaria una Segunda Cruzada, y, en 1147, Luis VII se ofreció para ser uno de los jefes. Seguramente, si la Primera Cruzada, conducida sólo por nobles de segundo rango, había tenido tanto éxito, la Segunda, conducida por un rey, barrería a los infieles.



MAPA VII
El Imperio Angevino

Pero la reina Leonor quiso a toda costa ir con su marido, y con toda su corte. Toda la aventura sería un romance caballeresco, como sin duda se la figuraba Leonor, con bellas damas que observarían a sus valerosos amantes ganar los coloridos torneos.

Pero no hubo nada de eso. La Segunda Cruzada fue un fiasco costoso y humillante, y Luis VII se vio obligado a retornar a su país después de un completo fracaso y sin haber conseguido nada, sin siquiera un intento garboso. Era consciente del triste papel que había hecho ante su burlona mujer, y seguramente la acusó de debilitar al ejército y convertirlo en el juguete de una mujer.

Como marido y esposa habían terminado, y en 1152 Luis se divorció de ella alegando un parentesco suficientemente cercano entre ellos como para hacer ilegal el matrimonio (cosa que supo siempre, por supuesto).

Leonor tenía ahora treinta años, estaba avanzando en años, pero todavía era capaz de tener hijos y seguía siendo la mayor heredera de Europa Occidental.

A los dos meses, Enrique Plantagenet aprovechó rápidamente la oportunidad. Sólo tenía diecinueve años, pero cualquier mujer que aportase el rico sur de Francia le venía bien.

Desde el punto de vista de Luis, éste fue el peor segundo matrimonio posible de Leonor. Daba a Enrique el dominio de toda la Francia occidental, que constituía al menos los dos tercios del territorio sobre el cual Luis, en teoría, era soberano. Ahora Enrique Plantagenet fue mucho más poderoso en Francia que el mismo rey.

Probablemente, Leonor sabia cuán inconveniente sería tal matrimonio para Luis y lo halló tanto más atractivo por esta razón.

Enrique pudo ahora ir *a* Inglaterra como el poderoso gobernante de vastos territorios en Francia (que para los barones normandos valían más que el territorio inglés). En verdad, los dominios franceses de Enrique eran más vastos y ricos que toda Inglaterra y disponía de abundantes fondos para mantener sus ejércitos y pagar a aquellos barones que optasen por ponerse de su lado.

Desembarcó en Inglaterra en 1153 e inmediatamente empezó a hacer progresos. Esteban estaba desgastado por la larga e inútil pugna. Había tratado de hacer que los barones aceptasen a su hijo, Eustacio, sin mucho éxito. No mucho después del desembarco de Enrique, cuando Eustacio murió y cuando se hizo evidente que el hijo menor de Esteban, Guillermo, no tenía voluntad ni capacidad para ser rey, Esteban cedió.

Los dos bandos finalmente llegaron a un acuerdo. Esteban sólo pidió que se le permitiese conservar el trono mientras viviese. Tenía bastante más de cincuenta años y estaba enfermo. AL parecer, no duraría mucho, por lo que Enrique accedió. En retribución, Esteban reconocía a Enrique como su heredero, con exclusión de su propio y apático hijo.

Esteban murió menos de un año después, y el 19 de diciembre de 1154 Enrique Plantagenet, con solo veintiún años de edad, se convirtió en el rey Enrique II de Inglaterra. (A veces, fue llamado Enrique Curtmantle, *por* la capa corta de estilo angevino que le gustaba usar.)

11. El Imperio Angevino

El comienzo de la fusión

Enrique era bisnieto de Guillermo el Conquistador y nieto de Enrique I. Pero heredó el trono por su madre y, por ende, no era un miembro de la «dinastía normanda», que había dado a Inglaterra tres reyes fuertes.

Enrique II fue el primero de una nueva dinastía, llamada la «dinastía angevina», por el padre de Enrique, Godofredo de Anjou, o la «dinastía Plantagenet», por el apodo de Godofredo *. Esta nueva dinastía daría a Inglaterra catorce reyes y duraría más de tres siglos.

La subida al trono de Enrique fue como si corriera *por* Inglaterra una gran brisa fresca. Todo el mundo estaba feliz. El joven y hermoso rey no sólo descendía de Guillermo el Conquistador por su madre, sino también de Alfredo el Grande por la madre de su madre. Más aún, gobernaba sobre un ámbito más vasto que cualquier rey inglés anterior (excepto Canuto), ámbito que ha sido llamado el Imperio Angevino.

Sin duda, Enrique II era un hombre de emociones violentas que podía hacerlo rodar por el suelo arrastrado por una rabia apasionada o sumirlo en las profundidades de una depresión suicida, pero estaba lleno de energía y firmeza, y forzaba a otros a actuar tan enérgicamente como él mismo.

Enrique abordó como primera tarea la de apoderarse y destruir los castillos construidos durante el flojo gobierno de Esteban, y poner fin al bandidaje y las pequeñas tiranías que prevalecían en el país. Cumplió esta tarea de modo tan inflexiblemente expeditivo que la oposición de los barones se derritió delante de él. Reavivó la idea de un ejército permanente leal al rey e inició el lento cambio que convertiría a los pendencieros barones normandos en los caballeros rurales tan característicos de la Inglaterra de una época posterior.

En muy pocos años, Enrique II elevó la corona inglesa a un poder mayor que el que había tenido antes, e Inglaterra vivió otra vez en la paz y el orden. Pero aunque la prosperidad empezó a afluir de nuevo, los veintiún años de pesadilla pasados bajo el gobierno de Esteban siguieron atormentando el recuerdo de los ingleses durante largo tiempo.

Enrique II también aseguró la frontera septentrional de Inglaterra, que se había derrumbado bajo la presión escocesa durante la guerra civil. Sin duda, Enrique estaba en deuda con David de Escocia por los interminables esfuerzos de éste dirigidos a asegurar el trono a la madre de Enrique y a él mismo. Pero pensó

* En realidad, el término «Plantagenet» no fue popular hasta el reinado de Eduardo III, el chozno de Enrique II, dos siglos más tarde. Eduardo III tenla la ambición de conseguir grandes posesiones territoriales en Francia y se remitió deliberadamente a Enrique, quien había sentado el precedente de tales ambiciones.

que esta deuda no lo obligaba a ceder territorio inglés a Escocia. La situación lo favoreció porque David había muerto el año anterior a la subida al trono de Enrique. Lo sucedió su hijo mayor, Malcolm IV. Tenla sólo doce años y era tan tímido y apocado que es conocido en la historia como «Malcolm la Doncella». No podía resistir contra el enérgico Enrique; en verdad, estuvo completamente fascinado y dominado por el rey inglés (que era su primo segundo). Enrique, pues, no tuvo ningún problema para restaurar la frontera septentrional a lo que había sido bajo su abuelo Enrique I. Posteriores campañas en Gales (no siempre de éxito contra esos duros montañeses) aseguraron también esa frontera.

El nuevo orden y la nueva fuerza de Inglaterra, así como la presencia de un rey culto que admiraba el saber, hicieron que Inglaterra alcanzase nuevas alturas en el terreno cultural, tales como no se habían visto desde que las invasiones vikingas empezaron a descalabrar el país, tres siglos y medio antes.

Ello ocurrió, a fin de cuentas, cien años después de que los normandos se adueñasen de Inglaterra. Eran más avanzados culturalmente que los sajones, pero no mucho más. Su principal contribución a la cultura inglesa fue la introducción del «estilo normando» de arquitectura, que dio grandes e impresionantes iglesias, y poderosos y tenebrosos castillos.

Pero, lentamente, a medida que pasaron las décadas, empezó a hacerse visible una fusión de culturas. Por ejemplo, se estaba produciendo un cambio lingüístico.

El antiguo inglés (el «anglosajón») de Alfredo el Grande estaba agonizando. Se había convertido en la ruda lengua de un campesinado sin educación. Sin una literatura escrita que fijase sus formas, sin escuelas donde enseñar sus sutilezas, el inglés antiguo se convirtió casi en una lengua «macarrónica». Todos los variados finales y declinaciones que se encuentran todavía en el alemán moderno desaparecieron. Si el campesinado mismo no los olvidó, los normandos que se veían obligados a comunicarse con esos campesinos los ignoraron. Esto fue favorecido por el hecho de que la nobleza estableció el principio de la «primogenitura», por el cual todas las tierras y títulos pasaban al hijo mayor exclusivamente. Esto mantuvo intactos loa patrimonios y su poder, pero creó una clase de hijos menores que eran «caballeros» pero se veían forzados a engrosar las clases medias, donde tenían que aprender la lengua inglesa.

Por el 1100 había surgido ya el inglés medio, una lengua que conservaba la gramática germánica básica sin las inflexiones germánicas, y adoptó cada vez más las palabras francesas que usaba la nobleza. Se hizo bastante fuerte y flexible, como para ganar la atracción hasta de los orgullosos normandos. Poco a poco, el inglés se convirtió en la lengua nacional, un inglés con tal excepcional capacidad para absorber palabras de otras lenguas y tan grande versatilidad (quizá por el hecho mismo de que estuvo durante largo tiempo al margen de la sofocante atención de los gramáticos) que terminó por convertirse en la lengua más difundida e importante de la faz de la Tierra.

Naturalmente, la aparición de una lengua común implicaba el inicio de cierto grado de fusión de nacionalidades y culturas. La diferencia entre normandos y sajones bajo Enrique fue un poco menos acusada que antes, y comenzaron a brotar, muy tenues, signos de una conciencia común inglesa.

Hubo factores que favorecieron esto y otros que lo obstaculizaron. Entre estos últimos se contaban los perpetuos enredos con Francia. El hecho de que el rey de Inglaterra fuese también el duque de Normandía y que la nobleza normanda tuviese patrimonios en ambas partes hacía difícil que los barones se sintiesen ingleses. Eran internacionales.

Esto era más así en tiempos de Enrique II, pues sus posesiones francesas se habían ampliado mucho con respecto a los reyes anteriores. En verdad, cuando todavía no hacía cinco años que era rey, fue apartado de sus deberes en Inglaterra por la necesidad de conducir un ejército al sur de Francia para defender parte del territorio de su mujer contra el rey francés. No lo hizo muy bien, porque vaciló en atacar directamente a Luis VII (su señor feudal), a fin de no sentar un mal precedente para sus propios vasallos.

En total, Enrique pasó menos de la mitad de su largo reinado en Inglaterra; indudablemente, consideraba a la isla meramente como una de sus muchas provincias, quizá no la más importante.

Sin embargo, los comienzos de una literatura que trataba de cuestiones inglesas contribuyó a la fusión.

El primer autor importante del período posterior a la conquista fue Guillermo de Malmesbury, nacido en el sudoeste de Inglaterra alrededor de 1090, cuando Guillermo el Rojo estaba aún en el trono. Fue educado en una abadía de Malmesbury, a cuarenta kilómetros al este de Bristol. En la última parte del reinado de Enrique I empezó a dedicarse a escribir sobre historia inglesa a la manera de Beda. Siguió trabajando hasta su muerte, acaecida alrededor de 1143, en las espesuras de la guerra civil, durante la cual estuvo de parte de Matilde.

Guillermo de Malmesbury abordó sucesos de la historia inglesa anteriores y posteriores a la Conquista, con lo cual estableció cierta continuidad. Dio satisfacción al amor propio sajón, ya que no consideró indigno de comentario el período sajón. (Sería como si comenzásemos la historia norteamericana, no con los primeros colonos ingleses, sino con la historia tribal de los indios que los precedieron.)

Guillermo escribió sobre historia real y fue tan veraz como lo permitían los tiempos. No ocurrió así en el caso de Godofredo de Monmouth, que era unos diez años más joven que Guillermo. Godofredo provenía de la frontera entre Inglaterra y el sur de Gales, y probablemente era galés. Debe de haberse impregnado de las leyendas galesas en su juventud, y sus escritos, por ende, se remontan más allá de los sajones, a los días en que los britanos dominaban la Isla.

A fines del decenio de 1130-1139, cuando la guerra civil estaba en sus primeras etapas, Godofredo publicó una obra en latín titulada *Historia de los reyes de Gran Bretaña*, presuntamente basada en antiguos testimonios, pero en realidad una maraña de mitos y leyendas inventadas. Según su relato, Gran Bretaña fue habitada, primero, por un bisnieto de Eneas de Troya, llamado Bruto, y que dio su nombre a la isla de Britania. Otro troyano, Corineo, dio su nombre a Cornualles. De este modo, se hacía de los britanos un pueblo hermano de los romanos, que también pretendían descender de Eneas.

Luego se describen reinados posteriores, incluido el del rey Leir, de quien se suponía que había fundado Leicester y dividido su reino entre sus dos hijas, tema que Shakespeare usó en su gran obra *El rey Lear.*

La llegada de los sajones lleva a relatos sobre el rey britano Uther Pendragon, seguido por su hijo el conquistador Arturo. Esta es la culminación del libro. Los reyes posteriores a Arturo gradualmente sucumbieron ante los sajones, hasta que, finalmente, bajo el rey Cadwallader, los britanos huyeron a Bretaña y abandonaron su isla. El libro también contiene una sección apocalíptica, supuestamente del mago Merlín, quien hace toda clase de oscuras predicciones sobre el futuro e insinúa un posterior retorno de los britanos.

La historia de Godofredo fue enormemente popular, y otros autores aprovecharon la oportunidad para darle otras formas literarias y traducirla a otras lenguas, con lo que su popularidad aumentó aún más.

Por ejemplo, el autor normando Wace, nacido en la isla de Jersey, dio a partes de la obra la típica forma poética francesa de la época. Escribió el «Roman de Brut» en 1155 y lo dedicó a Leonor de Aquitania, conocid**a** patrona de la poesía de este género.

El poeta contemporáneo Walter Map escribió largo poemas sobre la búsqueda del Grial, la copa de la que Jesús bebió en la Ultima Cena. La vinculó con la leyenda de Arturo, dando al conjunto un carácter religioso.

Medio siglo más tarde, otro poeta, Layamon, trató loe mismos temas en inglés medio, de modo que fueron accesibles al público general y a la aristocracia.

La leyenda arturiana tenía diferentes razones para atraer a normandos y sajones. Los normandos, indudablemente, hallaban de su gusto que se convirtiera a loe sajones en los villanos de la obra, pues hacía aparecer su propia captura de la Isla como un hecho de justicia divina, un castigo por la agresión sajona. Además, hasta es posible que algunos normandos hayan pensado que podían ser considerados los herederos de los hombres de Bretaña (región que regularmente rendía homenaje a los duques de Normandía), de modo que sólo habían recuperado lo suyo y cumplido la profecía de Merlín sobre el retorno de los britanos.

Para los sajones por otro lado, la leyenda arturiana era una parábola. Hablaba de la resistencia de los nativos de una tierra contra agresores extranjeros, y era

fácil traducir esto a la resistencia sajona contra los arrogantes normandos. La predicción de Merlín de que algún día los derrotados retornarían para recuperar lo suyo parecía implicar una victoria final sajona.

Pero estas diferentes actitudes no podían perdurar. Finalmente, las antiguas leyendas se convirtieron en la herencia común de Inglaterra —de normandos tanto como de sajones— y despertaron un común orgullo en su tierra común.

Inglaterra también empezó a dar figuras destacadas en el saber. Adelardo de Bath, nacido en esta ciudad (a veinte kilómetros al sudeste de Bristol) alrededor del 1090, viajó mucho durante su juventud por las tierras del saber antiguo: Grecia, Asia Menor y el Norte de África. Aprendió el árabe y fue uno de los primeros sabios medievales que estudiaron los fragmentos del conocimiento antiguo que habían sido conservados en libros árabes.

Cuando volvió a Inglaterra, tradujo las obras de Euclides del árabe al latín; así, por primera vez los sabios europeos pudieron leer a Euclides. También aprendió uso de los números arábigos y contribuyó a difundirlos por Europa. Para el público general, escribió un libro llamado *Cuestiones Naturales,* que contenía un resumen de todo lo que había aprendido de la ciencia árabe.

Fue uno de los maestros del joven Enrique Plantagenet, pero murió en 1150, demasiado pronto para ver a su discípulo coronado rey de Inglaterra.

A una generación posterior a Adelardo pertenece Roberto de Chester (ciudad del oeste de Inglaterra, situada a cincuenta kilómetros de Liverpool), quien nació alrededor de 1110 y murió en 1160. Fue otro de los infatigables traductores del árabe. Tradujo las obras del matemático Al-Khuwarismi, con lo que introdujo el álgebra en Europa Occidental. También tradujo muchas obras alquímicas árabes y hasta realizó la primera traducción del Corán al latín.

Es imposible sobrestimar la importancia de estos sabios ingleses para la creciente acumulación de conocimiento que puso fin en forma permanente al período de oscuridad de los siglos pasados.

Aún más importante que la existencia de individuos dispersos fue la primera aparición en Inglaterra de instituciones organizadas del saber avanzado. Poco después de 1100, se abrió una escuela en París que daría origen a la Universidad de París. La juventud inglesa fue a París a estudiar, cosa natural para una clase dominante que se consideraba francesa en cierto modo. Sin embargo, un signo de un creciente sentimiento nacional inglés fue que se crease en Inglaterra una universidad basada en el modelo francés. Entre 1I35 y 1170, surgió la Universidad de Oxford en las orillas del río Támesis, a ochenta kilómetros al oeste de Londres.

El asunto Becket

Enrique II, después de domar a los barones y asegurar las fronteras, se propuso ajustar cuentas con la Iglesia. Bajo el flojo gobierno de Esteban, la Iglesia había afirmado su independencia y obtenido numerosos privilegios que la convirtieron prácticamente en un Estado dentro del Estado. Se llegó a aceptar, por ejemplo, que los clérigos no podían ser juzgados en los tribunales del rey, sino sólo por tribunales eclesiásticos, hasta para delitos tan atroces como el asesinato.

Los tribunales eclesiásticos siempre eran más indulgentes con los transgresores que eran sacerdotes de lo que lo hubieran sido tribunales laicos. Puesto que la Iglesia no podía derramar sangre, no se ejecutaba a un clérigo por asesinato, por ejemplo, sino que se lo privaba de su rango eclesiástico. Un segundo asesinato lo ponía bajo la jurisdicción del tribunal del rey. Enrique decía con disgusto: «Se necesitan dos crímenes para colgar a un sacerdotes», y no sólo a sacerdotes, sino a todo el que estuviese vinculado con la Iglesia: monjes, diáconos, estudiantes y hasta sacristanes.

El opositor a Enrique en esto fue Teobaldo, trigésimo octavo arzobispo de Canterbury, quien defendía firmemente los privilegios de la Iglesia. Teobaldo se había visto envuelto en los problemas de la guerra civil, pero a diferencia del otro prelado, el arzobispo de Winchester, tomó la precaución de no comprometerse demasiado con ningún bando. Había sido elegido arzobispo a comienzos del reinado de Esteban y no se habla opuesto a él muy ostentosamente ni lo había apoyado muy servilmente.

Sólo hacia el final del reinado adoptó una posición firme, cuando trató de impedir que Esteban hiciese coronar a su hijo Eustacio como su sucesor. Luego Teobaldo logró concertar el compromiso entre Esteban y Enrique, y, cuando éste subió al trono, Teobaldo fue el más influyente de sus consejeros, aunque su influencia empezó *a* menguar, naturalmente, cuando aumentó la disputa entre la Iglesia y el Estado.

Más importantes aún que el mismo Teobaldo fueron las hombres *a* quienes protegió. Se hizo rodear de hombres sabios, y durante su primacía Canterbury fue una pequeña universidad. Llevó de la Universidad de Bolonia a Inglaterra a un joven italiano llamado Vacario, quien fue el primero en impartir en el país el conocimiento del derecho romano, dando clases y escribiendo libros de texto que fueron usados en Oxford.

El secretario de Teobaldo de 1150 a 1164 fue Juan *de* Salisbury, destacado ejemplo de la renovada prominencia de Inglaterra en el saber. Fue uno de los hombres más sabios de su época, y escribió el único tratado político importante de la Edad Media anterior al redescubrimiento de las obras politices del filósofo griego Aristóteles.

Pero el más notable protegido de Teobaldo era Thomas Becket.

Becket nació en Londres en 1118. Según una vieja leyenda, era de origen sajón, pues esto convertía su trágico destino posterior en otro episodio de la lucha

entre sajones y normandos, en el que la justicia estaba de parte de los sajones. Pero todo esto es absurdo. Es seguro que Becket era de origen normando por ambas ramas. Su padre y su madre nacieron en Normandía, aunque emigraron a Londres antes de que naciera Thomas. En su tiempo, Becket era llamado «Thomas de Londres».

Becket recibió una buena educación. No se destacó por su erudición, pero tenía una personalidad muy atractiva y el don de hacerse querer. Teobaldo de Canterbury se sintió atraído por el joven y lo tomó a su servicio en 1142.

Becket resultó ser de enorme utilidad para Teobaldo. El arzobispo envió a su joven ayudante a Roma para obtener el respaldo papal para la oposición a la coronación de Eustacio, y Becket la obtuvo con facilidad y rapidez. Encantó al Papa, como había encantado al arzobispo.

Cuando Teobaldo sintió que la vejez lo incapacitaba para la inminente lucha con Enrique II por los derecho de la Iglesia, tuvo una idea que consideró una verdadera inspiración. Instó a Enrique a que nombrara a Becket canciller (que lo convertía en el equivalente de un actual primer ministro). Si Enrique lo hacía, Teobaldo confiaba, por supuesto, en que Becket manejaría las negociaciones con la Iglesia, y estaba seguro de que podía contar con su protegido para que hiciese que el rey contemplase la situación desde el punto de vista de la Iglesia.

Así fue; Becket recibió la designación. Pero ahora Becket se esforzó por agradar al rey. Se convirtió en su amigo íntimo, se unió a sus placeres y juergas y vivió en un lujo de buen gusto. Becket aconsejó a Enrique en la paz y la guerra y, por añadidura, cumplió con todos sus deberes con gran capacidad y eficiencia. Mas para horror del viejo arzobispo, Becket se puso de parte del rey en la cuestión de la jurisdicción legal sobre los sacerdotes y se esforzó por imponer una justicia uniforme para todo, los ingleses, laicos o clérigos.

En 1161, Teobaldo murió. Había sido el mayor obstáculo para la política religiosa de Enrique, pero ahora. habla desaparecido. Era tarea de Enrique hallar para que lo sucediera a alguien más dócil a los deseos reales. Era el Papa, desde luego, quien nombraba al nuevo arzobispo, en teoría, pero probablemente el Papa juzgase adecuado nombrar a alguien que agradase al rey, y también, complacía al Papa.

Enrique tuvo la misma inspiración que había tenido antes Teobaldo. Como Teobaldo había hecho canciller a su leal servidor, Enrique decidió hacer a ese mismo leal servidor (que ahora era su leal servidor) arzobispo de Canterbury. Tener en Canterbury a un hombre del rey resolvía la cuestión de inmediato.

El mismo Becket se resistió a la idea. Es difícil a esta distancia ponerse en la mente de otro, particularmente de alguien tan complejo como Becket; pero, al parecer, pensaba que, cualquiera fuese el papel que desempeñase en la vida, debía desempeñarlo bien.

Como ayudante del arzobispo, fue un eficiente colaborador y cumplió con sus deberes hacia él con todo respeto. Cuando se convirtió en el canciller del rey, también fue muy eficiente en su cargo y cumplió puntualmente con sus obligaciones, hasta el punto de adoptar posiciones que nunca habría tomado en el desempeño de su cargo anterior. Si se convertía en arzobispo de Canterbury, tendría que ser un buen arzobispo y llevar a cabo bien esta nueva tarea, aunque ello significase una vez más cambiar de posición.

O bien Becket no le explicó esto claramente a Enrique, o bien éste hizo caso omiso de las explicaciones. Thomas Becket se convirtió en el trigésimo noveno arzobispo de Canterbury en 1162.

Becket cambió inmediatamente. Renunció a la cancillería porque pensó que no podía desempeñar bien ambos cargos al mismo tiempo. (Esto disgustó a Enrique, pues no vela ningún conflicto en ello. En lo concerniente a él, sólo era necesario que Becket satisficiese los deseos regios en ambas tareas.)

El nuevo arzobispo abandonó su anterior modo fastuoso de vida y se convirtió en un completo asceta. Para llevar las cosas al extremo, adoptó la vieja posición de Teobaldo sobre la jurisdicción legal de la Iglesia, y en una forma aún más extremada y resuelta. El sorprendido y enfurecido rey señaló las propias acciones de Becket como canciller, pero Becket respondió: «Esa era mi opinión como canciller, pero mi opinión como arzobispo es diferente».

Enrique halló que había sido burlado y estaba fuera de sí de cólera. Era peor que un asunto de mera oposición. Era Becket quien se le oponía; Becket, su propio amigote, su propia criatura, a quien él mismo había nombrado a dedo. Que Becket se volviese contra él de ese modo era insoportable. La amistad entre los dos hombres quedó destruida para siempre, y la reemplazó una guerra a muerte.

Enrique siguió haciendo lo que se le antojaba y multiplicó la aplicación de la violencia y la cólera real; los sacerdotes empezaron a abrigar temores y a ceder, y el Papa Alejandro III (que tenía sus propios problemas con un aspirante rival a su cargo y buscaba el apoyo de Enrique) comenzó a predicar moderación a Becket. Aunque el cuerpo sacerdotal en general iba perdiendo ánimo, Becket resistió de firme, y sólo la orden del Papa hizo que conviniera en negociar.

En 1164 se reunió un gran concilio en Clarendon (en las afueras de Salisbury). Allí Enrique II hizo aceptar un acuerdo con Becket y los otros obispos que restablecía la situación entre la Iglesia y el Estado que había prevalecido bajo los reyes normandos; en particular, bajo Enrique I.

La «Constitución de Clarendon» ponía de relieve la importancia y el poder de los tribunales del rey y limitaba la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos. En particular, los clérigos que fuesen acusados de delitos tales como el asesinato debían ser despojados de su rango eclesiástico y juzgados por tribunales reales. En otras palabras, los asesinos que fueran eclesiásticos iban a ser colgados por el primer crimen, no por el segundo.

La constitución también limitaba el poder de excomunión de la Iglesia, pues no podía actuar a este respecto contra los súbditos del rey sin el consentimiento de éste. Prohibía a los eclesiásticos abandonar el país o apelar al Papa sin permiso del rey (limitación de la libertad eclesiástica que había sido aceptada bajo la dinastía normanda). En cuanto al nombramiento de obispos y la cuestión del homenaje, se iba a seguir el procedimiento establecido por el compromiso de 1107, bajo Enrique I.

En conjunto, era una victoria para el rey, pero una vez publicada la Constitución, el Papa, que ahora se hallaba en mejor posición, se negó a aceptarla, y Thomas Becket proclamó inmediatamente que esto lo eximia de su juramento de respetar el acuerdo.

El exasperado Enrique devolvió el golpe con firmeza. Ordenó una investigación de los asuntos financieros de Becket cuando era canciller, y los bienes del ex canciller fueron confiscados porque había roto su juramento de lealtad al rey. Era claro que la investigación daría resultados (el rey insistía en esto) que permitirían a Enrique tomar las más severas medidas contra Becket, por lo que el arzobispo de Canterbury salió apresuradamente del país y huyó s Francia.

Desde Francia, Becket trató de poner en práctica las más extremas medidas contra su amigo de antaño: de lanzar excomuniones en masa sobre el reino o de poner todo el país bajo el interdicto (es decir, prohibir toda función sacerdotal en el reino, que era el arma más terrible del arsenal de la Iglesia).

El Papa Alejandro, aunque deseoso de apoyar al arzobispo no quería llegar tan lejos. Hizo todo lo que pudo para llegar a una reconciliación entre el rey y el arzobispo antes de que la disputa se hiciese tan explosiva que infligiese serios daños a la Iglesia en general. En 1170, se convino una reconciliación ficticia, aunque ambas partes mantenían una torva actitud y hervían de enemistad.

De vuelta en Canterbury, Becket tuvo un nuevo motivo de queja, si bien no tenía relación alguna con la jurisdicción legal o con la Constitución de Clarendon. Poco antes de su retorno, Enrique II decidió coronar a su hijo mayor y hacerlo aceptar como su sucesor. Por lo habitual, tal coronación era tarea del arzobispo de Canterbury. Puesto que Becket estaba aún en el exilio, Enrique encomendó la coronación al arzobispo de York.

Para Becket, esto era una violación intolerable de sus prerrogativas. Tan pronto como volvió a su catedral, excomulgó a los obispos que habían participado en la coronación. Esto ocurrió el día de la Navidad de 1170.

La noticia le llegó a Enrique en sus dominios continentales y casi estalló de furia. ¿Ese era el fruto de la reconciliación? ¿Sólo había servido para renovar inmediatamente el desafío y para anular el juramento de fidelidad a su hijo y heredero? En su congoja, clamó contra el arzobispo y luego dijo, en uno de sus accesos, medio loco de ira:

« ¡Y ni uno de los cobardes que alimento en mi mesa, ni uno sólo de ellos, es capaz de librarme de este sacerdote turbulento! »

Parecía una insinuación clara, y cuatro caballeros que intentaban ganarse la gratitud del rey partieron inmediatamente. No consultaron al rey, quien podía haberles dicho que toda solución ilegal le haría un daño infinito y había hablado sin control, cuando no estaba en sus cabales.

Después de todo, el rey se estaba preparando para hacer arrestar legalmente a Becket por alta traición, y tenia un buen argumento para ello. El arzobispo sería condenado y castigado legalmente, quizás ejecutado. ¿Qué más se necesitaba? Pero mientras planeaba todo esto, los cuatro caballeros llegaron a Canterbury y allí, en el altar de la catedral, el 29 de diciembre de 1170, asesinaron a Becket,

Cuando la noticia llegó a Enrique, quedó horrorizado. Era un suceso espantoso, que podía acarrearle indecibles peligros. Podía ser usado en contra de él; y, en verdad, su regio enemigo Luis VII no perdió tiempo en enviar un mensajero al Papa exigiendo que Enrique fuese excomulgado por haber ordenado deliberadamente el asesinato de un eclesiástico.

Muchos de los súbditos de Enrique lo contemplarían como a una criatura del Diablo, hacia quien todos los juramentos de fidelidad quedaban en suspenso y contra quien era obligatorio luchar tan pronto como se anunciase su excomunión. Las intrigas francesas agitarían a los vasallos de Enrique, y los barones recibirían de buena gana el permiso de Dios para luchar en busca de mayor poder a expensas de su señor. Volverían los tiempos de Esteban y Matilde.

Enrique sólo podía hacer una cosa. Tenía que convencer a la opinión pública que no había ordenado el asesinato; que había sido perpetrado sin su consentimiento; que lo horrorizaba. Se humilló completamente, envió mensajes de contrición (y también dinero) al Papa y convocó un concilio en el que profirió los más impresionantes juramentos de que era inocente. Hizo todo lo que pudo para dar testimonio de la santidad del arzobispo, y estimuló al pueblo a que reverenciase tal santidad.

Inmediatamente se oyeron relatos de milagros ante la tumba de Becket, y en 1173 fue canonizado. Floreció un culto en su honor que se extendió por toda Europa, y me puso de moda hacer peregrinaciones a Canterbury para visitar su sepulcro. (Dos siglos más tarde, cuando Geoffrey Chaucer escribió los *Cuentos de Canterbury, los* peregrinos que contaban esos cuentos estaban en viaje hacia ese sepulcro.)

Toda la cuestión debe de haber sido infinitamente humillante para Enrique, pero logró su propósito. Apartó la cólera del Papa, mantuvo la lealtad de sus vasallos, la integridad de su reino y la seguridad de la sucesión, pero tuvo que ceder mucho de lo que habla ganado en Clarendon.

Se siguió juzgando a los clérigos en tribunales eclesiásticos y tratándoseles con más indulgencia que a los legos. Puesto que se suponía de todo el que supiera leer y escribir que tenia alguna conexión con la Iglesia, bastaba ser capaz de leer un versículo de la Biblia para escapar a la pena de muerte por un primer asesinato: era el llamado «fuero eclesiástico».

La expansión

A pesar de su fracaso con la Iglesia, Enrique II trató de reformar el sistema legal en los ámbitos en que ello le era posible. Según el sistema de la época, cada señor feudal tenía el derecho de actuar como juez de sus vasallos. El resultado de esto era que había una cantidad de tribunales locales, cada uno de los cuales tenía sus propias reglas, y en conjunto eran de variable severidad. Nadie podía conocer todas las leyes locales y, en general, tener demasiadas leyes equivalía a no tener ninguna. Había pocos lugares adonde el hombre ordinario podía acudir para obtener justicia rápidamente o, demasiado a menudo, para obtener justicia sencillamente.

Vacario, al introducir el conocimiento del derecho romano, dio a la nación la idea de leyes generales para todos los ciudadanos, algo que era más que una costumbre local. Esta idea básica atrajo a Enrique. Fue ayudado al respecto por su principal consejero jurídico, Ranulfo de Glanville, autor del primer texto que describe y analiza el derecho inglés.

Enrique II no barrió los tribunales locales, sino que procedió a crear tribunales regios rivales que ofrecían un juicio rápido y llevado de acuerdo con reglas y precedentes cuidadosos. Designó jueces que podían viajar a diferentes partes del reino, controlar las acciones de los sheriffs y oír casos que podían ser resueltos de acuerdo con el «derecho común», es decir, el derecho que era común a todo el Reino.

Puesto que los jueces ambulantes, al tratar con hombres acusados de delitos, no tenían ningún conocimiento personal de ellos, se hizo habitual reunir hombres locales para que atestiguaran bajo juramento acerca del carácter del acusado. Así se inició el lento desarrollo del sistema inglés de jurados.

En general, la justicia del rey era tan superior a la justicia local de los barones que todos acudían a la primera. Esto tuvo una enorme influencia en la centralización del reino y en impedir que la disgregación feudal desempeñase en Inglaterra el papel destructor que tenía en el continente.

No es extraño que la prosperidad retornase a pasos agigantados. En la época de Enrique I, una nueva orden reformadora de monjes penetró en Inglaterra. Tenía su origen en la Francia central oriental, en un monasterio de Cîteaux. Esos monjes fueron llamados cistercienses, por el viejo nombre latino del lugar. El trabajo de la tierra era uno de sus ideales, y los costarricenses de Inglaterra iniciaron un vasto programa de mejora de las tierras y construcción de caminos y molinos.

Descubrieron que la cría de ovejas podía ser muy provechosa, y por la época de Enrique II Inglaterra se convirtió en una importante nación exportadora de lana.

A medida que creció el comercio, los puertos marinos se expandieron a expensas de las ciudades del interior. Londres, en particular, se convirtió en un centro comercial con una población de cuarenta mil habitantes, ciudad muy considerable para la época, floreciente y rica. Mercaderes de los Países Bajos, Alemania e Italia afluyeron a Londres, que se convirtió en lo que ha sido desde entonces, una ciudad cosmopolita.

Pero aunque la nación estaba empezando a entender mucho de derecho y administración, aún sabía poco de finanzas, del modo en que el crecimiento económico podía ser facilitado si se hallaba alguna manera de transferir los símbolos del dinero en vez del dinero mismo.

El desarrollo del comercio hacía esencial que se introdujesen en el país mejores técnicas financieras, y esto fue lo que hicieron los judíos. Llegaron a Inglaterra desde países más antiguos y con tradiciones de civilización más antiguo. Tenían una especie de organización internacional, pues había judíos en todo país europeo y un sufrimiento común los unía a todos.

Las leyes cristianas les prohibían poseer tierras o dedicarse a cualquiera de los modos habituales de ganarse la vida, obligándolos a especializarse en las finanzas, ya que esto se les permitía. Crearon letras de cambio y de crédito, de manera que una persona establecida en un lugar podía obtener dinero en efectivo en otro lugar, y así la riqueza podía acumularse o dispersarse rápidamente.

Suministraron algo que Inglaterra necesitaba, pero no sabía que lo necesitaba. Promovieron el comercio y el bienestar general, y también ofrecieron dinero contante y sonante a la nobleza normanda cuando los barones lo necesitaban y no podían obtenerlo de ninguna otra manera. Sin duda, tenían que pagar fuertes intereses por los préstamos que les ofrecían, pues nunca había una garantía segura de que devolverían el dinero. En general, eran defendidos por los reyes, que tenían necesidad financiera de ellos (pero que también podían faltar a sus compromisos).

Para la gente común, los judíos eran hombres malvados cuyos antepasados habían dado muerte a Jesús y que lo habían rechazado desde entonces, por lo que se hallaban bajo una maldición. Los intereses que cobraban eran una abominable «usura» y carecían de derechos que cualquiera estuviese obligado a respetar.

Esta era la situación general de los judíos de la época, no sólo en Inglaterra, sino en toda la cristiandad. La habían soportado desde hacía mil años y la soportarían mil años más. Que hayan podido superarla y aún existan y hayan contribuido tanto como lo han hecho a la humanidad en todos los campos es una de las maravillas de la historia.

La política exterior de Enrique también siguió prosperando. Fue el primero de los reyes de Inglaterra, sajones o normandos, que hizo algo más que contemplar hacia el Oeste, la otra isla, Irlanda.

Desde la época en que Brian Born había puesto fin a la dominación vikinga de la isla, en tiempos de Ethelred el No Preparado, Irlanda había pasado por un siglo y medio de anarquía tribal, cuyos detalles son imposibles de seguir. Aunque los irlandeses eran feroces luchadores, valientes hasta la locura, no podían unirse u organizarse para combatir en filas disciplinadas. A menudo, los derrotaban separadamente, a un grupo por vez.

Guillermo el Conquistador y Enrique habían especulado sobre las posibilidades de una aventura en Irlanda, pero decidieron que tenían demasiado que hacer en lo interno. A comienzos de su reinado, Enrique II hizo especulaciones similares. En verdad, vio en sus manos una oportunidad sin precedentes, gracias a un inglés ubicado en una posición excepcionalmente elevada.

El nombre del inglés era Nicolás Breakspear. En 1154, el mismo año en que Enrique fue coronado rey, Breaks fue elegido papa, con el nombre de Adriano IV. Fue el primer inglés que fue elegido papa, y hasta hoy el último. (Adriano iba a ser papa por cinco años solamente y lo sucedería Alejandro III, el aliado de Becket.)

Enrique decidió aprovechar la comprensión de los objetivos nacionales que podía esperar de un papa inglés. Rápidamente envió a Roma al erudito prelado Juan de Salisbury a fin de obtener el permiso del Papa para una expedición destinada a invadir y conquistar Irlanda, como Guillermo el Conquistador había obtenido la aprobación de un papa anterior para la invasión de Inglaterra. Adriano dio el permiso, pero Enrique se encontró, como en el caso de los reyes anteriores, que había demasiados proyectos internos que reclamaban su atención. (Juan de Salisbury dicho sea de paso, se convirtió en firme partidario de Becket. Marchó al exilio con él, retornó con él y estaba en la catedral cuando Becket fue asesinado. No fue tocado y vivió diez años más.)

Como sucede tan a menudo, la futura víctima solicitó ella misma el golpe de muerte. Enrique hubiese dejado de lado Irlanda, pero en las guerras tribales que continuaban interminablemente, tarde o temprano algún perdedor pediría ayuda externa. En 1166, el rey de Leinster, expulsado de su reino, se dirigió a Francia, donde esperó al rey Enrique y solicitó su ayuda.

Enrique, demasiado ocupado en sus propios asuntos, no podía hacer nada oficialmente, pero le dio permiso para reclutar mercenarios en Inglaterra. Así lo hizo el irlandés, y pronto caballeros normandos actuaban por su cuenta en Irlanda, como un siglo antes lo habían hecho en Italia, y con igual éxito. Tan grande fue su éxito en Irlanda, en efecto, que Enrique temió seriamente que se formase allí un reino normando independiente, que por su eficiencia y disciplina militar podía ser un peligroso competidor, mientras que los caóticos devaneos de los nativos irlandeses no eran una amenaza.

Por ello, en 1171, Enrique decidió hacerse cargo de la situación. Desembarcó cerca de Waterford, sobre la costa sudoriental de Irlanda, a ciento treinta kilómetros de Dublín. Prácticamente no hubo resistencia, quizá porque Enrique dejó bien en claro que llegaba con permiso del Papa (que se remontaba al Papa inglés, quien había muerto una docena de años antes).

Obligó a los jefes locales a reconocerlo como soberano y, cuando se marchó, la ocupación normanda se mantuvo en nombre del rey. El yugo normando fue suave al principio y se limitaba a un sector de unos cuarenta kilómetros desde Dublín en todas las direcciones. Estaba protegido de ataques sorpresivos de las salvajes tribus irlandesas por líneas de estacadas (*palings*, en inglés), por lo que la región inglesa de Irlanda fue llamada «the Pale» (*la Estaca*). Los irlandeses estaban «más allá del Pale», y, puesto que eran considerados bárbaros, la expresión llegó a designar a todo lo que no es aceptable para una sociedad educada.

Los ingleses también establecieron su dominación sobre otras ciudades costeras (como habían hecho antes los vikingos) y pasaron muchos siglos antes de que la Isla fuese completamente sometida, si es que, en verdad, verdaderamente lo fue alguna vez; pero desde entonces hasta hoy, un período de ocho siglos, los ingleses han conservado su dominación al menos sobre alguna parte de la isla.

En Escocia, Enrique tuvo igual éxito. Malcolm la Doncella había muerto en 1165, cuando sólo tenía veinticuatro años, y fue sucedido por su hermano menor Guillermo. Habitualmente es llamado «Guillermo el León» por su coraje, virtud común pero que, en este caso, no iba unida a la virtud un poco más rara de la prudencia.

Fue el primer rey escocés que llevó a cabo negociaciones con vistas a una alianza con Francia, como contrapeso a la influencia inglesa, algo que los escoceses seguirían haciendo durante siglos.

Se tomó la molestia de representar el papel de leal subordinado a Enrique, pero cuando el rey inglés estaba envuelto en una guerra en otra parte, aprovechaba la oportunidad e invadía el norte de Inglaterra.

Los escoceses intentaron esto a menudo en su historia y siempre fueron rechazados con pérdidas, pero esta vez los resultados fueron para ellos más desastrosos que lo habitual. Guillermo el León y un grupo de sus caballeros quedaron atrapados en la niebla y, cuando las brumas se despejaron, se encontraron cerca de un grupo de caballeros ingleses que también deambulaban por allí. Guillermo, al principio, los confundió con sus propios hombres, y antes de que pudiera salir de su error fue tomado prisionero.

Guillermo no fue liberado hasta que firmó, en 1174, un tratado por el que reconocía a Enrique como señor de toda Escocia, bajo firmes garantías y condiciones más humillantes que antes.

Así, en 1174, Enrique gobernó, directa o indirectamente, Inglaterra, Gales Escocia, la costa de Irlanda y la mitad de Francia. El Imperio Angevino llegó a su apogeo.

Además de todo eso, Enrique tuvo una familia floreciente. Leonor de Aquitania no dio hijos varones a Luis VII, pero le dio cuatro a Enrique. Estos eran el joven Enrique, nacido en 1154, el año en que Enrique me convirtió en rey; Ricardo, nacido en 1157; Godofredo, nacido en 1158, y Juan, el benjamín de la familia y favorito de su padres, nacido en 1166. Enrique llegaba casi a la necedad en su amor paterno, y mimaba completamente a sus hijos.

Tuvo hijas, también, para quienes concertó ventajosos matrimonios que aumentaron el prestigio de su casa. Casó a su hija Leonor con el rey Alfonso VIII de Castilla, que por entonces constituía lo que es ahora la España central septentrional. A su hija Juana, la casó con Guillermo II de Sicilia (del linaje de Tancredo de Hauteville). Y casó a su hija Matilde con Enrique el León, duque de Sajonia y Baviera.

Enrique II era el más notable monarca de Europa, y sus vinculaciones se extendían por toda la cristiandad occidental. Y sólo lo separaban dos siglos y medio de aquel aventurero vikingo bárbaro que fue Hrolf el Caminante.

Tragedia familiar

La existencia misma del Imperio Angevino era insoportable para Luis VII de Francia. Mientras aquél se expandía por el mapa, Luis quedaba empequeñecido y humillado, y su posición como rey de Francia parecía una parodia. Los continuos éxitos de Enrique dejaban a Luis inseguro en su trono; ni siquiera estaba seguro de tener un reino para legar a su sucesor. (Se había casado de nuevo, después de su divorcio de Leonor, y ahora tenía hijos.)

Sin duda, Luis había logrado mantenerse sin demasiadas luchas, jugando muy astutamente con sus cartas. El largo enfrentamiento de Enrique con Becket le venía de perillas a Luis para sus fines, e hizo todo lo que pudo para mantenerlo, protegiendo a Becket y estimulándolo en su posición extremista, haciendo lo posible para alinear al Papa contra Enrique y, en general, desempeñando el papel de diablillo de la discordia.

Pero no era suficiente con mantenerse, pues sólo dominaba menos de la mitad de su propio reino. Necesitaba sembrar la guerra civil dentro del Imperio Angevino, pera esto era difícil de lograr. Enrique tenía bien enseñado y domados a sus vasallos; era difícil que se levantasen) contra él.

Pero la mirada astuta y envejecida de Luis se dirigió hacia otro lado, hacia los robustos hijos de Enrique. Era ya tradicional en Europa Occidental que los hijos de monarcas se alzasen contra los padres que vivían demasiado, y tales casos habían

surgido entre los reyes norman dos de Inglaterra. ¿Acaso Roberto Curthose no se había levantado contra su padre, el Conquistador?

Sin duda, algo se podría hacer con cuatro hijos, de los cuales los tres mayores eran valientes, pero no brillantes. (El cuarto aún era un niño y se lo podía dejar de lado.) t

Para preparar la guerra civil, Luis VII halló un inesperado aliado en su propia ex esposa, Leonor. Cuando se casó con Enrique tuvo lo que deseaba: un rey joven y alegre, tan interesado en las diversiones y el placer como ella misma. El único problema era que el joven y alegre rey no se interesaba sólo por Leonor, sino también por otras damas. Esto a Leonor le cayó muy mal.

A causa de su odio (que pronto Enrique le retribuyó con creces), alentó en sus hijos el resentimiento contra su padre y a rebelarse contra él. Luis VII la ayudó en esto en toda ocasión.

Enrique II había tratado de asegurar el porvenir de sus hijos. Designó como su sucesor al príncipe Enrique, hijo mayor, y su coronación por el arzobispo de York fue la causa de la disputa final, y fatal, con Becket. Hizo a su hijo segundo, Ricardo, señor de Aquitania, la herencia de su madre, y su tercer hijo, Godofredo, fue puesto al frente de Bretaña. El cuarto hijo, Juan, era demasiado joven para recibir una asignación de tierras, como resultado de lo cual se ganó el apodo de Juan Sin Tierra.

Pero a medida que los muchachos crecían, Leonor los estimuló cada vez más a exigir que su señorío se hiciese real, y no meramente titular. El príncipe Enrique, en particular, que tenía dieciocho años en 1172, quería compartir por entonces los deberes de la realeza con su padre, o al menos ser reconocido como señor en Normandía. Los hermanos menores intervinieron reclamando Aquitania y Bretaña.

Enrique II aclaró que no permitiría tal insensatez, y los hijos mostraron la devoción que sentían hacia su padre y las tierras asignadas huyendo a la corte de Luis VII, el peor enemigo de Enrique. Luis los recibió muy bien, desde luego, y con el mayor placer. Leonor, su madre, los siguió, pero Enrique logró al menos capturarla a ella. La puso en prisión y allí la retuvo.

Era evidente, por supuesto, que los hijos levantarían ejércitos contra su padre, pues Luis seguramente los financiaría; parecía que el reino iba a disolverse en la guerra civil. Fue entonces cuando Guillermo el León aprovechó su desdichada oportunidad para invadir el norte de Inglaterra, mientras algunos de los barones ingleses decidieron que era tiempo de recuperar lo que habían tenido en tiempo de Esteban. En 1174 todo era confusión.

Enrique II reaccionó con la mayor energía. Hizo una ostentosa peregrinación al sepulcro de Thomas Becket, imponiéndose una penitencia y haciéndose fustigar con una cuerda llena de nudos. De este modo trataba de demostrar, de una vez por todas, que era inocente del asesinato perpetrado cuatro años antes, para que la

gente común no pensase que todo lo que sucedía era un castigo de Dios y, por consiguiente, se apartase de él.

Hecho esto, su ejército marchó hacia el Norte inmediatamente, derrotó a los escoceses (en esta ocasión fue tomado prisionero Guillermo el León) y aplastó a los rebeldes ingleses. Enrique luego pasó a Francia y, al año, redujo a sus hijos a una situación en la que juzgaron aconsejable buscar el perdón de su padre. Finalmente, fueron perdonados, pero su madre, Leonor, permaneció en prisión.

Aunque Luis VII no logró desmembrar el Imperio Angevino, había provocado una desgastadora guerra que lo dejó debilitado, mientras sus tierras francesas estaban seguras y fuera de peligro. Luis murió en 1180, después de un reinado de cuarenta y tres años, y fue sucedido por su hijo Felipe II, quien llevó adelante hábilmente la política de su padre.

El nuevo rey francés, quien sólo tenía quince años cuando subió al trono, era aún más astuto y tortuoso que su padre, y más decidido aún que él (si eso era posible) a destruir el Imperio Angevino. Su posterior éxito a este respecto llevó a sus admiradores cortesanos a Compararlo con el gran emperador romano de la Antigüedad y a llamarlo «Felipe Augusto», nombre por el que es más conocido por los historiadores.

Arteramente, Felipe alentó todo signo de perturbación entre los Plantagenet. Ricardo, el hijo segundo, que estaba demostrando ser un consumado guerrero, derrotó entusiastamente a los barones de Aquitania y se ganó su odio (lo cual beneficiaba a Felipe). El hermano mayor de Ricardo, el príncipe Enrique, se preocupó ante la eficiencia bélica de Ricardo y abrigó el temor de que su hermano menor no consintiese en reconocerlo como rey cuando llegase el momento. El príncipe Enrique persuadió a su padre a que ordenase a Ricardo rendir homenaje a su hermano mayor. Ricardo se negó y estalló la guerra entre los hermanos, mientras los agentes de Felipe envenenaban la atmósfera entre ellos.

Enrique II trató de mediar entre los hermanos y se granjeó la cólera de ambos, pues cada uno estaba convencido de que favorecía al otro. La guerra civil podía haber empeorado, pero el príncipe Enrique murió repentinamente y Ricardo se convirtió en el heredero. Luego en 1186, Godofredo tuvo mala suerte en un torneo (para los tres Hermanos, las justas a caballo eran su idea de lo que constituía una verdadera diversión). Fue arrojado de su caballo y murió de las heridas.

A Enrique le quedaban dos hijos: Ricardo, ahora de veintinueve años, y Juan, de veinte. De los dos, Juan era el favorito del rey, pues era el único que nunca se había rebelado. Era también el único que no había recibido ninguna parte del Reino. En 1185, Enrique trató de compensar esto enviándolo a Irlanda como soberano. Pero Juan no mostró aptitud ninguna para gobernar. No pudo impedir que los señores normandos se peleasen ni que aumentase la agitación entre los jefes irlandeses. Después de nueve meses, Enrique tuvo que hacerlo volver.

Trató entonces de dar a Juan el Ducado de Aquitania, argumentando que ahora Ricardo, como heredero de todo, podía ceder algo. Pero Ricardo no admitió tal argumento. Aquitania era su hogar y el de su amada madre y quería conservarlo. Cuando Enrique mostró signos de mantener su decisión, el espíritu de Ricardo se inclinó torvamente hacia la revuelta, de nuevo.

El joven Felipe de Francia estimuló a Ricardo y cultivó la amistad con él. Felipe era ocho años más joven que Ricardo y al menos ocho años más inteligente (pues buena parte de la inteligencia de Ricardo estaba en los músculos de sus hombros), y el rey francés no tuvo ninguna dificultad para inducir al príncipe inglés a entrar en alianza con él. Juntos, atacaron a las fuerzas de Enrique y empezaron a tomar sus castillos.

Por una vez, Enrique parecía perdido. Corría el año de 1189. Había gobernado durante treinta y cinco años y tenía cincuenta y seis de edad. Estaba cansado y agotado, y no parecía haber reposo. Después de su colosal reorganización del Reino, su homérica pugna con Becket y las aparentemente interminables querellas familiares, sintió que ya no podía luchar más.

Cedió, firmó un tratado con el rey francés y concedió a Ricardo todo lo que éste quería. Miró la lista de sus vasallos que se habían alineado con el francés y el primero era su hijo Juan, su último hijo, su favorito, que ahora resultaba ser tan falso como los otros.

Enrique dijo: « ¡Que sea lo que sea! ¡Ya no me preocupo por nada más! »

Nunca volvió a salir de su lecho y, el 6 de julio de 1189, murió. Para el mundo, había sido un gran rey que habla triunfado, pero él murió con una desesperanzada sensación de fracaso.

12. Los hijos de Enrique

Corazón de León

De todos los reyes de la historia, pocos hay que tengan una reputación tan inflada como Ricardo, el que sucedió en el trono inglés a su padre Enrique II, a la muerte de éste. Se lo llama «Richard Coeur-de-Lion» en francés, «Richard the Lion-Heart» en inglés y «Ricardo Corazón de León» en español, un rey-héroe venerado en cientos de obras de ficción histórica.

Sin duda, era un gigante de fuerza y bravura, y un excelente conductor de hombres cuando las victorias las ganaban exclusivamente los músculos más fuertes. También cantaba y escribía versos y, en general, dábaselas de trovador, en lo que tenía algo de su formidable madre, aún viva al subir Ricardo al trono y que era una fuerte y dura mujer de sesenta y siete años.

Pero en todo lo que no fuera fuerza y valentía física, Ricardo era una persona muy despreciable. Era un hijo y un hermano desleal y traicionero, y raramente veía más allá de su nariz. Su idea de un rey era que debía dedicarse a una absurda caballería errante. Eran Don Quijote sentado en un trono.

Ni siquiera era una persona viril, excepto en lo concerniente a su capacidad para combatir. Carecía de resolución, y otro apodo que se le aplicaba (no tan conocido como Corazón de León) era «Ricardo Sí y No»; que aludía el hecho de que era sumamente vacilante en todo y nadie podía confiar en que permaneciese firmemente en una posición que hubiese adoptado. Tampoco estaba particularmente interesado en las mujeres (a diferencia de su padre); en verdad, parece bastante seguro que era homosexual.

En cuanto a Inglaterra, que terminó rindiéndole culto, no se ocupó nada de ella y raramente puso los pies allí. Para Inglaterra no fue más que una fuente de grandes gastos.

Inmediatamente después de oír la noticia de la muerte de su padre, Ricardo se apoderó del tesoro real e hizo liberar a su madre. Luego se dispuso a abordar la tarea que ocuparía buena parte de su reinado y que crearía su falsa reputación en la posteridad.

Las tierras ganadas por la Primera Cruzada un siglo antes estaban en creciente peligro. La Segunda Cruzada de Luis VII no había conseguido nada, y ahora surgió entre los musulmanes un gran héroe, Saladino, un hombre que fue todo lo que se supone falsamente que fue Ricardo.

En 1187, Saladino había derrotado y destruido a un ejército de cruzados y había tomado Jerusalén. Un estremecimiento de ira y desesperación cundió por Europa Occidental ante la noticia. En la furia y excitación del momento, soldados de

todas partes empezaron a hacer juramento de viajar a Tierra Santa y rescatar nuevamente Jerusalén.

El viejo Enrique II prestó tal juramento. Lo mismo Felipe II de Francia. Y también el príncipe Ricardo. Enrique II, para recaudar dinero destinado a la gran expedición, aplicó un impuesto especial en sus dominios, en 1188. Fue llamado el «diezmo de Saladino», porque exigía a cada propietario contribuir con un. diezmo esto es, una décima parte, de sus rentas y bienes muebles. Fondos adicionales, en cantidades considerables, fueron arrancados a los judíos. (Después de todo, quizá razonase Enrique, ¿por qué no habrían de pagar los infieles por los crímenes de los infieles, aunque fuesen dos conjuntos diferentes de infieles? De hecho, en la Era de las Cruzadas el antisemitismo alcanzó su primera y desenfrenada culminación en Europa Occidental.)

Pero luego, cuando todo estaba preparado, Felipe y Ricardo hicieron la guerra a Enrique y se paralizaron los planes pera la cruzada. El rescate de Jerusalén tenía que esperar mientras se dirimían cuestiones concernientes a algunos castillos en Francia.

Pero una vez que Ricardo estuvo en el trono, no pudo esperar más. No había caballería errante en el mundo que pudiera compararse con la gran aventura oriental. Más que toda otra cosa en el mundo, ansiaba ir al Este, montar colosales torneos con los musulmanes, rescatar Jerusalén y ser el más grande caballero que hubo en el mundo. (Y quizá pensó que también podía agradar a su madre de esta manera y compensarla por su frustración en la cruzada de su primer marido, medio siglo antes.)

Ricardo necesitaba dinero y para obtenerlo marchó a Inglaterra y vendió todo lo que pudo. Vendió cargos eclesiásticos cargos seculares, cartas a ciudades y heredades. Hasta vendió la soberanía de Escocia a su propio rey. Y esquilmó a los judíos una vez más. Sus acciones, sumada, a los sentimientos populares contra los judíos, dieron origen a oscuros hechos de desenfrenados crímenes muy atípicos de la historia inglesa. En York, la multitud asesinó a los judíos horrible e indiscriminadamente.

Después de cuatro meses, Ricardo, habiendo obtenido lo que necesitaba por diversos medios ruines, temerarios o crueles, estaba listo para partir hacia la gran aventura que iba a darle fama, pero no iba a conseguir la recuperación permanente de Tierra Santa ni llevaría ningún bien a Inglaterra.

En verdad, su partida habría significado la destrucción del Imperio Angevino a manos de Felipe, si no hubiera sido por el hecho de que la opinión pública obligó al rey francés a ir también a la cruzada.

Felipe había prometido hacerlo, por supuesto, al igual que Ricardo, pero esa promesa había sido sólo una treta política y nunca había tenido la intención de ir realmente a la cruzada. Lo que más deseaba hacer era permanecer en su país mientras Ricardo estaba en el exterior, y desmembrar calladamente el Imperio

Angevino. Pero si lo hacía, Ricardo inmediatamente lo acusaría de perjuro y traidor a la causa general de la cristiandad. En tal caso, sus propios vasallos podían abandonarlo.

Con renuencia, pues, Felipe marchó a la cruzada. Si antes hubo alguna amistad entre los dos hombres, ella dejó de existir. Fueron enemigos mortales por el resto de su vida.

Los episodios que siguieron reciben el nombre de «La Tercera Cruzada», y los contoneos de Ricardo en el Este representan el último gran ejemplo de piratería normanda, pues la acción del rey inglés fue, en verdad, una especie de retroceso a los días de Roberto Guiscardo.

El viaje de Ricardo al Este fue conducido sin verdadera visión estratégica. Permitió que lo retrasaran en todas partes. En 1190 llegó a Sicilia y riñó con Tancredo, el último gobernante normando de Sicilia. Cuando finalmente firmó un tratado con Tancredo, resultó ser un tratado que ofendía al nuevo emperador alemán, Enrique VI, quien disputaba a Tancredo el trono siciliano.

Ricardo luego decidió no casarse con la hermana de Felipe, con la que se había comprometido, y este insulto lo enemistó aún más con el encolerizado rey francés. Después de esto Ricardo perdió dos meses y muchas energías en una innecesaria conquista de la isla de Chipre.

Ricardo llegó finalmente a Tierra Santa en junio de 1191, casi un año después de partir. La ciudad de San, Juan de Acre, sobre la costa palestina, estaba siendo asediada por los cristianos; hacía largo tiempo que se hallaba bajo sitio sin que los musulmanes mostrasen ninguna intención de rendirse. El desembarco de refuerzos cristianos conducidos por el más grande caballero de Europa fortaleció la moral de los cristianos, y Ricardo gozó de la adulación que se le tributó.

Pero San Juan de Acre resistió lo mismo y sólo fue tomada después de muchos vergonzosos sucesos posteriores que quitaron mucho brillo a la gloria de Ricardo. En una ocasión, Ricardo mostró el carácter de su caballerosidad haciendo asesinar a sangre fría a 2.600 prisioneros musulmanes por puro mal humor con la guarnición de San Juan de Acre por no rendirse.

En cuanto a Felipe, que estaba constantemente enfermo, sentía menos entusiasmo por la cruzada que nunca y le fastidiaba mortalmente el modo como Ricardo acaparaba toda la gloria. El asedio sólo secundariamente fue una lucha entre cristianos y musulmanes; fue mucho más una enconada y constante disputa entre Ricardo y Felipe.

Luego, cuando finalmente San Juan de Acre cayó, Ricardo tuvo un acto de arrogante descortesía. Leopoldo, duque de Austria, conducía un contingente en el asedio y después de la caída de San Juan de Acre colocó su estandarte en una de las almenas. Ricardo, para quien el mérito sólo era suyo, ordenó quitar el estandarte y lo hizo arrojar despectivamente a un lado. Algunos dicen que, cuando

Leopoldo protestó, Ricardo, en un acceso de cólera, lo redujo a silencio a puntapiés. Leopoldo no pudo hacer nada en el momento, pero no olvidó.

Después de la caída de San Juan de Acre, Felipe se marchó apelando a su enfermedad como excusa y jurando no atacar las tierras de Ricardo. Este marchó sobre Jerusalén pero nunca logró su objetivo. Ganó victorias, pero esas victorias le costaron hombres. El hambre y la sed, el calor de día y la desolación de noche, el sereno acosamiento por los flancos organizado por el astuto Saladino, todo ello lo agotó. Ricardo llegó a ver de lejos a Jerusalén y, según un relato romántico, se cubrió los ojos con la sensación de que era indigno de ver lo que no había sido capaz de tomar.

En 1192, después de convenir con Saladino una tregua de tres años, Ricardo se embarcó para volver, dejando tras de sí varias victorias, muchas leyendas, una reputación heroica... y en definitiva una derrota. Saladino fue el verdadero héroe de la Tercera Cruzada.

Ricardo comprendió que su viaje de regreso iba a ser difícil. Había conseguido enemistarse casi con todo el mundo en Europa, y no tenía un ejército capaz de forzar su travesía por el Continente contra esa enemistad. Su barco fue arrastrado a la costa cerca de Venecia, y decidió que el modo más seguro de terminar el viaje de regreso era hacerlo por tierra y disfrazado.

Pero Ricardo no podía imitar bien a nadie. Era grande, musculoso y altanero. No podía hacer nada para evitar lo que era: un caballero arrogante de elevada posición. Que se lo identificase sólo era cuestión de tiempo, y la suerte quiso que fuese reconocido en el peor momento posible.

Cerca de Viena, en diciembre de 1192, fue rodeado por hombres armados que tenían la clara intención de retener a ese personaje obviamente importante y pedir un rescate por él. Ricardo sacó su espada y dijo que sólo se rendiría a su jefe. Cuando el jefe apareció, resultó ser nada menos que Leopoldo de Austria, el mismo Leopoldo cuyo estandarte Ricardo había arrojado al foso y cuyo trasero habla pateado categóricamente.

Leopoldo sonrió torvamente y pidió el mayor rescate posible. Pero había otros, más poderosos que Leopoldo, que también odiaban a Ricardo. El emperador Enrique VI, que había sido ofendido por la política de Ricardo en Sicilia, obligó a Leopoldo a que le entregase el prisionero. Ricardo se convirtió en prisionero de Enrique, y el emperador amenazó calmamente al rey inglés con entregarlo a Felipe de Francia.

La perspectiva de ser prisionero de Felipe era el colmo, pues sólo para Felipe la prisión de Ricardo era de más valor que cualquier rescate en dinero concebible. Una vez en las garras de Felipe, Ricardo no podía esperar salir en libertad sin ceder la mayoría de las provincias francesas del Imperio Angevino. Por ello, Ricardo se obligó a entregar el exorbitante rescate de 150.000 marcos y una especie de reconocimiento formal (pero esencialmente sin valor) del emperador como su

soberano. (En teoría, el emperador era el señor de toda la cristiandad occidental, tradición que se remontaba a Carlomagno, pero, desde luego, en la práctica nadie prestaba atención a esa teoría.)

El dinero fue recaudado imponiendo pesados impuestos a los súbditos de Ricardo (esto fue lo que Corazón de León llevó a Inglaterra de Tierra Santa: el pago de un elevado precio por la prisa de Ricardo en dar puntapiés a un archiduque), y en 1194 retornó a Inglaterra. Permaneció allí lo suficiente para ser coronado por segunda vez y (¿cuándo no?) para recaudar dinero; luego se marchó al Continente.

Allí permaneció por el resto de su vida, combatiendo contra Felipe Augusto.

Ricardo y Juan

¿Y qué pasaba en Inglaterra durante la ausencia de Ricardo? Había puesto la administración en manos de Guillermo Longchamp, su canciller, que era también obispo de Ely.

Ricardo había nombrado un heredero para el caso de que no retornase de la cruzada. En los viejos tiempos, cualquier miembro de la familia real podía ocupar el trono, pero en Inglaterra el principio de la primogenitura estaba creciendo en popularidad y la idea del «heredero legítimo» era cada vez más importante. El heredero legítimo era el hijo mayor y su linaje, o, a falta de éste, el hijo segundo y su linaje, luego el tercero, y así sucesivamente.

En el caso de Enrique II, el hijo mayor, Enrique, ha muerto, sin dejar hijos, por lo que fue hecho rey el segundo hijo, Ricardo. Ricardo no tenía hijos, por lo que la herencia pasaba al linaje del tercer hijo, Godofredo. Este había muerto en 1186, pero su mujer Constancia, la heredera de Bretaña, dio a luz a un hijo después de la muerte de su marido. Ella lo llamó Arturo, por el gran héroe de los antiguos britanos (y por ende de Bretaña). Es conocido en la historia como Arturo de Bretaña.

Por el principio de primogenitura, Arturo de Bretaña era el heredero legítimo, aunque sólo tenía tres años cuando Ricardo se marchó a la Cruzada, y el rey lo nombró su sucesor. En cuanto al hermano menor, Juan, fue restablecido en el antiguo cargo que le había dado Enrique II, el de lord de Irlanda.

La medida obedecía a la intención de mantenerlo fuera de Inglaterra, donde podía crear problemas por su ambición a la corona. Ricardo se aseguró de esto haciéndole jurar que no retornaría a Inglaterra por tres años después de la partida del rey, y lo remató sobornándolo con grandes propiedades en Inglaterra.

Pero cuando hacía un año y medio que se había marchado Ricardo, Walter Longchamp ya era impopular entre los barones ingleses. Juan vio en ello su oportunidad y no pudo resistir. Pasó a Inglaterra en 1191 y empezó a formar un partido que lo apoyase para obtener la corona contra Arturo de Bretaña.

Juan fue muy impopular durante su vida, y tuvo una «mala prensa» por una serie de razones. Sin duda, era cruel y desleal, pero no más que Ricardo. Lo que le faltaba a Juan, que Ricardo tenía, era una bella apariencia, valentía, gallardía y la habilidad de adoptar poses románticas. Y sobre todo, Juan no recibió mucha influencia de la religión y durante su vida tuvo enormes problemas con la Iglesia. Eran los eclesiásticos quienes escribían las crónicas de la época y le retribuyeron con ataques a su persona.

Pero esto no equivale a afirmar que fue realmente un hombre admirable; con toda certeza, no lo fue. Hasta cabe sospechar que fuese peor que Ricardo.

Sea como fuere, Juan carecía del don de hacer que los hombres admitiesen su liderazgo. Sus esfuerzos dirigidos a aprovechar la impopularidad de Longchamp, la ausencia de Ricardo y la infancia de Arturo dieron poco resultado. Entonces llegaron a Inglaterra las noticias de la prisión de Ricardo. Juan marchó apresuradamente a Francia para llegar a algún acuerdo con Felipe, con la esperanza de lograr que Ricardo siguiera en prisión (o quizá que fuese directamente eliminado).

Tampoco pudo lograr eso. Los cuentos sobre las heroicidades de Ricardo en Tierra Santa llegaron a Inglaterra y fueron exagerados al pasar de boca en boca, por lo que los ingleses estaban ansiosos de rescatar a su rey-héroe. Los intentos de Juan de suplantarlo sólo le granjearon el odio de los ingleses.

Finalmente, cuando Ricardo volvió, Juan tuvo que abandonar Inglaterra nuevamente. Fue otra vez lord de Irlanda (equivalente a una especie de exilio en Siberia), pero se le confiscaron la mayor parte de sus posesiones inglesas, y Ricardo insistió en que Arturo era el heredero al trono.

En todo esto, estaba de parte del rey Hubert Walter, uno de sus más importantes ministros. Había estado con Ricardo en Tierra Santa y representado al rey en todas las negociaciones con Saladino. Condujo de vuelta a Inglaterra a lo que quedó del ejército inglés, visitó a Ricardo en su prisión y en 1193 estuvo reuniendo activamente el rescate. En el mismo año, fue nombrado cuadragésimo tercer arzobispo de Canterbury.

Hubert Walter gobernó Inglaterra en los últimos años de reinado de Ricardo, mientras el Rey combatía en Francia, y lo hacía bien. Tuvo que poner duros impuestos al pueblo para reunir el dinero que necesitaba el rey, pero lo hizo de la manera más justa posible. Walter se apoyó mucho en los «caballeros», los pequeños propietarios que constituían la clase media inglesa de la época. Algunos fueron elegidos para mantener el orden en sus distritos y más tarde se convirtieron en «jueces de paz». Otros desempeñaron las funciones de oficiales de justicia de la corona. Cuando Walter recaudaba dinero, recibía la evaluación de jurados formados por tales hombres.

Esas medidas fueron de la mayor importancia. Cuando se ponía el gobierno en manos de los grandes barones, éstos eran suficientemente poderosos como para abrigar grandes ambiciones. Cuando se cedían responsabilidades a los pequeños caballeros, nadie podía esperar conseguir mucho por sí solo; sólo en la acción común podían ganar algo, y sólo la paz general los beneficiaba a todos. Inglaterra siguió avanzando hacia su especial forma de gobierno, que le daría una notable estabilidad y la flexibilidad necesaria para adaptarse a condiciones cambiantes mediante un crecimiento y una evolución lentos, no por cambios repentinos y radicales.

También los habitantes de las ciudades adquirieron creciente conciencia de su importancia y ocuparon posiciones en las que su influencia política estaba creciendo. Formaron «gremios» —organizaciones cuyos miembros pagaban por pertenecer a ellas— que velaban por el bien común de sus adherentes. Cada grupo de artesanos o mercaderes tenía su gremio, que organizaba las prácticas comerciales, regulaba precios y salarios, estandarizaba pesos y medidas, etc. Y, claro está, los gremios defendían los intereses de la ciudad contra los terratenientes y la nobleza con mucha mayor efectividad que los ciudadanos aislados. El primer gremio mercantil se formó alrededor de 1193.

Mientras tanto, en Francia, Ricardo seguía su vida de caballero errante. Combatió a Felipe II de Francia con entusiasmo y, comúnmente, con éxito en lo que respecta a batallas particulares, aunque siempre Felipe podía recuperar mediante las intrigas y la política lo que perdía en los campos de batalla.

Ricardo llevó a Occidente nuevos principios de fortificación que había aprendido en el Este. En 1196 inició la construcción del Château Gaillard («Castillo Atrevido») sobre un promontorio que da al río Sena, a treinta kilómetros aguas arriba de la capital normanda de Ruán y a ochenta kilómetros aguas abajo de la capital de Felipe, París.

Fue hábilmente diseñado de modo de hacerlo inexpugnable para los estilos de ataque de la época. En verdad, en una época que la guerra terrestre consistía principalmente en el ataque y la defensa de castillos fortificados, la edificación del Château Gaillard era equivalente a la construcción de un nuevo e importante acorazado en tiempos más recientes.

Felipe ganó una victoria de un género muy diferente cuando persuadió a los bretones a que le entregasen su príncipe, Arturo. Felipe tenía una plausible excusa para ello, pues era el señor de Arturo de acuerdo con la teoría feudal, y podía argüir que cumplía con sus deberes feudales al dar a Arturo la mejor educación posible en la corte francesa.

Pero esto no era admisible para Ricardo. Significaba que Arturo, con el tiempo, llegaría al trono inglés hecho un francés completo, como antaño Eduardo el Confesor había accedido al trono inglés como un normando cabal. El reinado de Eduardo había conducido a una conquista normanda; ¿no podía el reinado de Arturo originar una conquista francesa?

El príncipe Juan parecía la única alternativa y, en 1197, Ricardo lo reconoció como su heredero.

Esto, desde luego, sólo hizo más confusa la situación. El heredero legítimo tenla que ser el heredero legitimo, y ningún otro. ¿Podía Ricardo, aunque fuese el rey, alterar eso? ¿Podía designar como heredero a quien quisiera? Esto era algo de lo que nadie podía estar seguro.

Desgraciadamente, la cuestión se planteó inmediatamente, a causa, enteramente, de la permanente locura de Ricardo. Carecía de la capacidad para distinguir entre un combate importante y otro que no lo era. Cualquiera le venía bien. Además, carecía del juicio necesario para comprender que era mejor ser un rey vivo que un héroe muerto.

En 1199, un noble de segundo rango le debía una pequeña suma a Ricardo (así afirmaba éste). Cuando el noble le negó esa suma, de inmediato puso sitio a su castillo. Ricardo rechazó un ofrecimiento condicional de rendición, pues no era divertido tomar un castillo sin lucha. Mientras inspeccionaba las murallas, una flecha se le clavó en el hombro izquierdo. Ordenó atacar enseguida y el castillo fue tomado. Sólo entonces hizo que le extrajeran la flecha.

Pero era demasiado tarde. En la época no había antibióticos; ni siquiera se tenían nociones de higiene común. La herida supuró y la infección mató a Ricardo. Tenia cuarenta y dos años y había reinado durante diez.

Arturo y Juan

Juan se convirtió en rey. Estaba en el lugar oportuno; en verdad, estuvo en el lecho de muerte de Ricardo. Este lo había nombrado su heredero dos años antes y su madre, Leonor de Aquitania (aún viva, aunque tenía más de setenta y cinco años), había trabajado siempre para mantener la paz entre sus dos hijos. Estaba enérgicamente a favor de su hijo Juan contra su nieto Arturo, a quien casi no conocía. (El rey *Juan* de Shakespeare contiene una animada descripción de la feroz enemistad entre las dos madres, Leonor de Aquitania y Constancia de Bretaña.)

Juan, pues, fue reconocido sin dificultad en Inglaterra y en Normandía. Leonor, que era todavía la gobernante legal de Aquitania, cedió también ésta a Juan. El único problema fue que Anjou aprovechó finalmente la ocasión para entregarse nuevamente a actividades antinormandas y reconoció a Arturo; en esto, los angevinos recibieron el firme apoyo (por supuesto) del rey Felipe de Francia.

Pero en último análisis Felipe tampoco estaba interesado en ceder el Imperio Angevino a Arturo. Lo que quería era destruirlo completamente. Quizá calibró bien a Juan y se percató de que era el mejor rey posible que podía desear tener en el trono inglés, ya que contra él las medidas de Felipe debían tener éxito. (Algunos llamaron al nuevo rey Juan Palabras Suaves, apodo que se explica por sí solo.)

Sea como fuere, después de algunas luchas, Felipe llegó a un acuerdo con Juan en 1200 por el cual sacrificó los intereses de Arturo a cambio de considerables concesiones (incluso un pago en dinero y el abandono de alianzas extranjeras por parte de Juan). Felipe, en retribución, reconoció a Juan corno rey y otorgó a Arturo solamente el título de duque de Bretaña. Además, por este título, Arturo tenía que prestar homenaje a Juan.

Hecho esto, Felipe sólo necesitaba provocar una lucha con Juan. Entonces podría conquistar las partes francesas del Imperio Angevino sin tener que entregarlas a ningún Plantagenet rival, como Arturo. La excusa se le presentó pronto.

En 1200, Juan se casó, con una considerable premura, con una joven dama (en verdad, de sólo trece años de edad) llamada Isabella, heredera de Angulema, un condado estratégico de la parte septentrional de Aquitania. Se dice que la dama era muy bella, pero Juan se hubiese casado con ella de todos modos, pues las tierras que ella dominaba eran importantes para él. Se divorció de su primera mujer, una inglesa, y fue coronado junto con Isabella.

El problema era que Isabella, por la época de su apresurado matrimonio, estaba comprometida con un miembro de una poderosa familia feudal agraviada y apeló a Felipe II.

Felipe escuchó gravemente. Como rey de Inglaterra, Juan era un soberano independiente, pero como señor de Normandía, Anjou, Aquitania, etc., Juan era vasallo de Felipe, al igual que el señor agraviado. Felipe, como juez de una querella entre vasallos, optó por atenerse estrictamente a la letra del derecho feudal y emplazó a Juan a que compareciese ante él para responder a las acusaciones.

Juan no acudió, desde luego. Su dignidad como rey de. Inglaterra se lo impedía, y Felipe sabía que no comparecería. Al no acudir Juan, estaba en desacato, y Felipe podía, siempre de acuerdo con la letra del derecho feudal, despojar a Juan de las tierras que poseía como vasallo.

Naturalmente, eso no significaba nada a menos que Felipe estuviese dispuesto a tomar las tierras por la fuerza, pero esto era exactamente lo que planeaba hacer, y con sonoras proclamas de que el derecho estaba de su lado.

Los guerreros vasallos de la parte francesa del Imperio Angevino ahora abandonaron a Juan. Muchos de ellos pensaban honestamente que Arturo era el legítimo heredero y vacilaban en luchar por Juan. Otros pensaban honestamente que Juan estaba en desacato y combatía por una causa injusta. Y otros sencillamente no gustaban de Juan (quien no tenía la menor popularidad) y estaban contentos de tener una excusa para no moverse. En cuanto a los vasallos ingleses de Juan, ya habían llegado a ser suficientemente ingleses como para sentir que su patria era Inglaterra y odiaban cruzar el Canal por algo que empezaron a considerar como intereses extranjeros.

Sin embargo, Juan reunió los hombres que pudo y luchó. Defendió bien el Château Gaillard de Ricardo. En 1203, cuando su madre Leonor (aún viva) fue sitiada en Mirebeau, a pocos kilómetros al sur de Anjou, Juan se apresuró a acudir a su rescate. El ejército sitiador estaba conducido por su sobrino Arturo de Bretaña, y en la batalla que se libró Arturo fue hecho cautivo.

Juan encarceló a Arturo en Ruán, y el joven (de sólo dieciséis años) nunca fue vuelto a ver. Se presume que murió al poco tiempo y es casi universal la creencia de que Juan lo hizo matar. Se lo acusó de ello en su época y si hubiese podido negarlo, lo habría hecho, pues el hecho era ruinoso para su causa.

Bretaña estaba sulfurada por el aparente asesinato de su príncipe; su principal obispo acusó a Juan de asesinato; el rey de Francia hizo lo que pudo para difundir la acusación; y los vasallos franceses de Juan que aún permanecían fieles a él ahora empezaron a desertar en cantidad. Usurpar el Reino al heredero legítimo estaba mal, pero matar al heredero legítimo era infinitamente peor. Un crimen semejante tenía que ser castigado terriblemente por el Cielo, y pocos deseaban compartir el castigo.

Juan, que no experimentaba temores espirituales, siguió luchando, pero ahora Felipe obtuvo un triunfo tras otro. Château Gaillard cayó; Normandía fue invadida; y Ruán, la capital de Guillermo el Conquistador, fue asediada.

En 1204, Juan fue totalmente derrotado. Tuvo que reconocer la pérdida de todos sus territorios franceses y se retiró a Inglaterra sin ellos. Era Juan Sin Tierra en un sentido muy diferente de aquel que originariamente le había ganado ese apodo.

Felipe había triunfado de manera sorprendente y realizado las ambiciones de su padre. Había destruido el Imperio Angevino exactamente después de medio siglo de existencia. Inglaterra aún poseía territorios en el sudoeste, pero ellos solos (separados de la isla por una vasta franja de territorio francés) no podían constituir una amenaza para la existencia misma de la monarquía francesa.

Hasta Normandía se perdió. Había sido creada por Hrolf el Caminante en 911 y conservada por sus descendientes durante tres siglos. Desde ella, los normandos habían partido para conquistar Inglaterra, el sur de Italia, Sicilia y partes de Tierra Santa. Ahora Juan, descendiente de Rollón y tataranieto de Guillermo el Conquistador, la había perdido.

Y Leonor de Aquitania finalmente murió en 1204, a la edad de ochenta y dos años. Había sido su casamiento con Enrique II, medio siglo antes, lo que había creado el Imperio Angevino, y vivió lo suficiente para verlo destruido.

El papa y Juan

Sin duda, Juan no aceptó la destrucción del Imperio como algo definitivo. Durante los diez años siguientes se preparó cuidadosa y tenazmente para tomarse la revancha con Felipe. Pero el inconveniente era que había sido despojado de los medios apropiados para conseguirla. La pérdida de vastos territorios franceses no fue sólo un golpe a su orgullo, sino que implicaba la pérdida de grandes rentas. Para recuperarlas necesitaba dinero, y no podía obtenerlo por medios normales de su reino contraído, al menos no en cantidades adecuadas. Se vio obligado a aumentar los impuestos y a apelar a medios irregulares de recaudar dinero. Su impopularidad, notoria desde el principio y aumentada como resultado de la muerte de Arturo y pus propias derrotas, ahora llegó a una altura febril.

Peor aún, se estaban gestando problemas con la Iglesia. En 1205, Hubert Walter, arzobispo de Canterbury, que tan hábilmente había administrado los asuntos ingleses en el último período del reinado de Ricardo, murió. Se planteó la cuestión de quién habría de sucederle. El rey Juan, naturalmente, tenía un candidato. Y en condiciones ordinarias ese candidato habría sido elegido arzobispo y, según todas las probabilidades, habría ayudado a Juan a recaudar dinero, aun a expensas de la Iglesia.

Desgraciadamente para Juan, era papa por entonces Inocencio III, el más enérgico y (desde el punto de vista político) el más triunfal ocupante del cargo en la historia. Bajo su pontificado, el papado llegó a la cúspide de su poder material, y era el firme deseo de Inocencio establecer la supremacía del papa en la cristiandad, por encima aun de los monarcas.

Inocencio vio entonces la oportunidad para matar tres pájaros de un tiro. Impidiendo la designación del candidato de Juan, evitaría el posible saqueo de la Iglesia de Inglaterra y demostraría la superioridad pontificia sobre la monarquía inglesa. Imponiendo en cambio su propio candidato, haría que la Iglesia de Inglaterra fuese gobernada en interés del papado y no de la monarquía. Y eligiendo a Esteban Langton como el hombre apropiado para el cargo, daría a Inglaterra un arzobispo de Canterbury que se hallaba particularmente bien cualificado, pues era un gran sabio.

Juan sabía perfectamente que Langton era un gran sabio, pero también sabía que Langton sería un gran enemigo suyo. Aunque inglés de nacimiento, Langton había sido educado en la Universidad de París y había pasado un cuarto de siglo en un medio francés. Era completamente inaceptable para Juan, y ello era comprensible, según criterios modernos.

Pero según los criterios de la Iglesia medieval, la oposición de Juan no sólo no era razonable, sino que era pecaminosa. Cuando Juan se negó a permitir que el nuevo arzobispo ocupara su cargo, Inocencio puso a toda Inglaterra bajo el entredicho, en marzo de 1208. Esto significaba que todas las funciones eclesiásticas quedaban suspendidas (excepto el bautismo y la extremaunción) y la población desprovista de todo auxilio espiritual. Ni siquiera se podía hacer sonar las campanas de las iglesias.

Este era un castigo terrible para una población medieval, pero Juan no cedió. Mediante la fuerza, obligó a trabajar a muchos sacerdotes, y mantuvo lo que consideraba como su prerrogativa real. (Fue esto, más que otra cosa, lo que hizo que los monjes cronistas lo vilipendiaran y le dieran su negra reputación para la posteridad.)

Después de un año y medio de tal situación, Inocencio decidió usar un arma más específicamente dirigida contra Juan. En noviembre de 1209, lo excomulgó. Ya no era el Reino en general el castigado, sino el rey en persona. No podía participar en ningún oficio religioso y sus súbditos quedaban liberados de toda obligación hacia él. El papa llegó hasta intentar deponer a Juan y entregar su reino a Felipe de Francia.

Y con todo, Juan resistió. De hecho, había varios factores que actuaban a su favor. Muchos barones rechazaban los dictados de un papa italiano y un arzobispo afrancesado y permanecieron del lado de Juan. Además, Juan tenía lo que hoy llamaríamos «patronato». Tenía dinero para pagar soldados, tierras con las que recompensar a los leales y la capacidad para despojar de sus tierras a los desleales. Podía (y lo hizo) retener a los hijos de algunos de los barones como garantía de la buena conducta de los padres. De hecho, hasta se adueñó de propiedades eclesiásticas y las usó como fuentes de rentas, de modo que pudo reducir los impuestos y ganar un poco de popularidad.

Por otro lado, hubo una fuga de clérigos de Inglaterra, pues muchos no querían permanecer en una tierra donde el rey podía obligarlos a cumplir funciones que el papa les prohibía realizar, y por ende enfrentarse con el martirio o la condenación. Su partida privó a Inglaterra de gran parte de su clase administrativa, y Juan halló cada vez más difícil gobernar el país.

Era cuestión de cuál de las partes aguantaba más que la otra y, a medida que los meses pasaban, Juan comprendió que Inocencio III no cedería. El papa podía esperar eternamente, pero Juan tenía un severo límite de tiempo. Se acercó a ese límite cuando planeó invadir Francia para recuperar su imperio, pero no podía hacerlo mientras estuviera excomulgado. También, mientras permaneciera en Inglaterra podía asegurarse la lealtad de los barones, pero tan pronto como estuviese fuera del país, y excomulgado, sin duda se levantarían contra él.

Así, en 1213, lanzó un suspiro de resignación y decidió someterse. Permitió que Esteban Langton asumiera su cargo como cuadragésimo cuarto arzobispo de Canterbury, y éste absolvió al rey. A cambio, Juan convino en entregar su reino al papa y en adelante gobernar como vasallo pontificio. Fue una gran humillación, pero tenía su valor. Juan pagó al papa un tributo anual de mil marcos, y éste fue el apogeo de la soberanía papal. En retribución, Juan se aseguró de que Felipe no podía invadir territorio inglés, pues se había convertido en territorio de la Iglesia.

Ahora Juan pudo tratar de recuperar su imperio.

A tal fin, había construido cuidadosamente un sistema de alianzas, en particular con el emperador alemán Otón IV. Este era hijo de Enrique el León, que se habla casado con Matilde, la hija de Enrique II y hermana de Juan. Así, el emperador era sobrino del rey inglés.

Enrique el León había sido expulsado de sus tierras por las vicisitudes de la política alemana y había buscado refugio en territorio angevino. Allí su hijo Otón había sido educado en la corte de Ricardo Corazón de León y hasta llegó a ser nombrado duque de Aquitania. En 1198, la vida de Otón tuvo otro sorprendente cambio al ser elegido emperador alemán.

Por consiguiente, Otón estaba unido a Juan por vínculos de sangre y de crianza, y Felipe II era su enemigo común. Una vez terminada la querella con la Iglesia Juan se preparó para atacar a Francia de concierto con Otón y con cuantos personajes menores pudo aliarse.

Juan tenía que atacar desde las tierras que aún conservaba en la costa sudoeste de Francia mientras Otón la invadía por el noreste.

Desgraciadamente para los aliados, no hubo sincronización entre ellos. Si Otón y Juan hubiesen actuado juntos, Felipe habría tenido que dividir sus fuerzas y muy probablemente habría sido derrotado. Pero Otón se retrasó y Juan atacó solo en el sudoeste. Fue derrotado.

Cuando Otón finalmente se movió, junto con los contingentes ingleses que se habían unido a su ejército, hubo un solo frente bélico y Felipe pudo trasladar todas sus fuerzas al noreste.

Los dos ejércitos se encontraron en Bouvines el 27 de julio de 1214. Bouvines era una aldea situada a dieciséis kilómetros al sudeste de Lille. Fue una batalla confusa en la que los caballeros hicieron resonar los aires con el choque del metal contra el metal, pero fue muy poco sangrienta, al menos para esos caballeros. El desarrollo de la armadura había llegado a un grado tal que el caballero era como un núcleo oculto en un caparazón muy duro.

En verdad, en cierto momento, el mismo Felipe II fue acosado y tirado de su caballo. Los soldados enemigos trataron entonces de hallar algún resquicio de su armadura por donde clavarle una lanza, pero fracasaron. Antes de que pudiesen quitarle la armadura, Felipe fue rescatado.

En definitiva, el resultado del combate fue que las fuerzas del emperador resultaron rechazadas. La victoria de Felipe II fue completa, y la batalla de Bouvines fue una de las batallas decisivas de la Edad Media.

Otón IV perdió su título imperial y Juan la última esperanzó de recuperar el Imperio Angevino. Había perdido la revancha, y el resultado fue definitivo.

Mas por mucho que la pérdida pueda haber perjudicado a quienes aspiraban a la victoria y a tener grandes dominios, fue una bendición para Inglaterra. El fracaso de Juan hizo más por la nación que toda la astucia de Enrique II y toda la vida de caballero errante de Ricardo Corazón de León.

Mientras la aristocracia considerase a Normandía como su verdadero hogar y mientras existiese el Imperio Angevino, Inglaterra parecería a los guerreros normandos un puesto avanzado bárbaro. Enrique II sólo pasó en Inglaterra la mitad de su vida, y Ricardo casi nada. Fue gobernada a medias y sus intereses fueron continuamente sacrificados a las intrigas continentales.

Pero ahora Inglaterra no era el puesto avanzado insular de un imperio continental. Era un reino separado, que seguía su propio camino y se distinguía por sí mismo. Juan tuvo que mantener su gobierno en Inglaterra, por fuerza, y permanecer allí. La nobleza normanda de Inglaterra ahora sólo tenía patrimonios ingleses y sus intereses fueron enteramente ingleses.

La lenta fusión de normandos y sajones, y la gradual comprensión de que había algo que era específicamente «inglés», se aceleraron a partir del reinado de Juan. Forjó un vínculo común entre el señor y el pequeño granjero, y los unió contra los «franceses».

A partir del reinado de Juan y la pérdida de Normandía, podemos empezar a hablar de Inglaterra como la nación distintiva que conocemos hoy. Los ingleses en modo alguno habían terminado con el Continente. Durante siglos, atravesarían el Canal a raudales en busca de los territorios franceses perdidos, pero lo harían como ingleses. Sus guerras en Francia ya no se llevarían a cabo en nombre de un duque francés contra un rey francés, sino de su propio rey inglés.

Epílogo

La Carta magna

Pero ahora la impopularidad de Juan llegó a su culminación. Su política fiscal (y aun la de Ricardo antes que él) había provocado creciente agitación entre los plebeyos. Un tal William Fitzosbert, por ejemplo, pronunció enérgicos discursos contra los ricos y nobles, que no compartían los gastos de la guerra, mientras los pobres eran esquilmados. Fue tratado como los acomodados y bien alimentados tratan habitualmente a los «agitadores». Fue arrestado y ahorcado.

Pero después de la batalla de Bouvines hasta los acomodados y bien alimentados abandonaron a Juan. No tenía ni un amigo en Inglaterra. Juan sabia que sus constantes derrotas en los campos de batalla instarían a los barones a unirse contra él y, por el momento, era incapaz de combatirlos por la fuerza. Era un rey práctico que sabía cómo ceder, fuese ante el rey Felipe, el papa Inocencio o sus propios barones. Se dispuso a hacer concesiones.

Los barones habían redactado una especie de documento en el que hacían constar lo que ellos consideraban como sus derechos. No era un documento revolucionario; no había en él nada altisonante acerca de la justicia y la libertad. No había en absoluto principios abstractos. Solamente abordaba la corrección específica de males específicos. Era un intento de dar fin a lo que ellos consideraban un gran aumento en el poder real y un retorno a una situación anterior, menos centralizada.

De haber sido sólo por los barones, el documento para que Juan lo examinase habría sido puramente feudal, pues estaban interesados por sus derechos, y no los del «pueblo». Por ejemplo, gran parte del documento trataba de las viudas y sus niños herederos, para garantizar que el rey no expropiara patrimonios o se aprovechase indebidamente de quienes no estuviesen protegidos por adultos varones.

El arzobispo Esteban Langton estaba de parte de los barones, como la Iglesia en general. Eran los administradores de las tierras y estaban interesados en la ley y los juicios. Por ello, insertaron todo género de cláusulas concernientes a la libertad de la Iglesia y a las reformas en la justicia y el derecho, que no sólo afectaban a los barones, sino también a los caballeros, los habitantes urbanos, los comerciantes, etc.

Así, ya la primera cláusula declara: «La Iglesia de Inglaterra será libre, y todos sus derechos y libertades serán inviolables». Otra cláusula dice que «la ciudad de Londres tendrá todas sus antiguas libertades y costumbres libres». Otra aún dice que «ningún sheriff... tomará como transporte los caballos o los carros de ningún hombre libre, como no sea por la buena voluntad de dicho hombre libre». El derecho a la justicia y a los juicios justos fueron extendidos a todos los hombres

libres. (Para los barones de la época, «todos los hombres libres» significaba «todas las clases acomodadas», pero con el tiempo llegó a significar «todos los ingleses».)

Como medida de seguridad, los barones incluyeron una cláusula por la cual elegirían a veinticinco de ellos para que formasen un organismo ante el cual se pudiesen presentar quejas sobre violaciones de las cláusulas de los documentos.

Se pidió al rey Juan que firmase estos documentos. No deseaba hacerlo, desde luego, pues limitaban sus poderes sobre todas las clases de la sociedad. Muchos de los barones tampoco sentían mucho entusiasmo. Querían obtener lo que pudieran sin un documento que los obligaba e preocuparse por la Iglesia, la ciudad de Londres y los caballos y carros de los hombres libres.

Pero Langton fue el espíritu conductor de todo el movimiento y quien presionó a ambas partes para que llegasen a un acuerdo. Hasta amenazó con excomulgar de nuevo a Juan si no firmaba. Así, la insistencia del papa Inocencio en que se eligiera arzobispo a Langton tuvo una consecuencia imprevista.

Finalmente, la crisis se desató. Los barones, bajo la conducción de Roberto Fitzwalter, apremiaron a que se firmase el documento (la «Carta Magna»); el rey se resistió. Ambas partes hicieron amagos bélicos. Los barones se prepararon para la guerra, y los londinenses estaban claramente de su lado. Y Juan cedió.

E1 15 de junio de 1215 Juan se encontró con los representantes de los barones en Runnymede, sobre la margen sur del Támesis (inmediatamente al oeste de los límites actuales de la ciudad de Londres) y firmó el documento.

Pero las cosas no terminaron allí. Juan se arrepintió de haber firmado. El papa Inocencio se opuso al documento y por un momento suspendió a Langton por su participación en los sucesos. Estalló una breve guerra civil y hasta se produjo una invasión de Inglaterra por Luis, el hijo de Felipe de Francia.

Pero la Carta Magna se mantuvo, fue reformada y repromulgada, hasta que en 1225 se elaboró la versión en la que ahora sobrevive.

Sin duda, la Carta Magna no siempre gobernó las acciones de los reyes ingleses, y hubo muchos periodos de la historia inglesa en los que parecía que nunca hubiese sido promulgada.

Sin embargo, no fue olvidada enteramente. Quedó siempre ante el pueblo del país como testimonio de que los poderes del rey eran limitados, de que los súbditos tenían derechos que no podían ser violados por el rey. En síntesis, el principio que se desarrolló en Inglaterra, y que no se desarrolló en otros países europeos de la época, consistía en que *la ley era superior al rey.*

Esto no significa afirmar que en la historia interna de la isla estuviesen ausentes la opresión y la violencia después de la época del rey Juan; hasta tuvo sus revoluciones. Pero subsistió siempre la idea de que la relación entre el monarca y

los súbditos estaba gobernada por un contrato que, como cualquier otro contrato, podía ser reformado por la ley y sin violencia. En general, pues, la historia inglesa fue más tranquila que la de otras naciones europeas y evolucionó en una dirección diferente y, según piensan muchos, mejor.

Por primera vez, gracias a los fracasos de Juan, se inició un avance que, con el tiempo, se desarrollaría hasta constituir el primer esquema de democracia en escala nacional. (En tiempos antiguos y medievales, los gobiernos democráticos o semidemocráticos sólo florecieron en ciudades-Estado particulares.)

Ese esquema de la democracia en escala nacional fue heredado por los Estados Unidos, cuando se formó a partir de las que habían sido originalmente colonias inglesas. Mediante los Estados Unidos, hoy la nación más poderosa e influyente de la Tierra, la corriente de libertad que fluye por la historia moderna desde la Carta Magna se hace sentir en muchas naciones del mundo y, finalmente, quizá llegue a englobar a todas.

Cronología

A. C.

10000 Las Islas Británicas emergen de la Edad del Hielo.
6000 Las Islas Británicas se separan del Continente por el ascenso del nivel del mar.
2000 E1 pueblo del vaso campaniforme invade las Islas Británicas.
1750 Erección de Stonehenge.
1500 Los fenicios comercian en las Islas del Estaño.
1000 Los celtas invaden Gran Bretaña.
300 Las celtas dominan toda Gran Bretaña e invaden Irlanda. Piteas de Massalia explora los mates septentrionales.
55 Primera Campaña de Julio César en Britania.
54 Segunda Campaña de Julio César en Britania.

D. C.

43 Aulo Plaucio inicia la conquista romana de Britania.
51 Caractaco es capturado.
60 Revuelta de Boudica.
77 Cneo Julio Agrícola consolida la conquista romana de Britania.
84 Agrícola derrota a los caledonios en Monte Graupio. Se lo hace retornar.
122 Construcción de la Muralla de Adriano.
142 Construcción de la Muralla de Antonino.
209 Campaña de Septimio Severo contra los caledonios.
211 Septimio Severo muere en York.
297 Constancio Cloro llega a Britania.
306 Constancio Cloro muere en York.
314 Obispos britanos asisten a una asamblea de la Iglesia en Arles.
367 Teodosio estabiliza la Britania Romana por última vez.
407 Las legiones romanas abandonan Britania.
429 Germano predica el cristianismo en Irlanda.
432 Patricio predica el cristianismo en Irlanda.
450 Vortigern pide ayuda a los jutos.
456 Los jutos desembarcan en Kent.
461 Muerte de Patricio.
477 Los sajones desembarcan en Sussex.
500 Los britanos derrotan a los sajones en Monte Badon. Fundación de Wessex.
540 Los anglos desembarcan en Anglia Oriental.
550 Gildas escribe Excidio Britanniae.
560 Ethelberto se convierte en rey de Kent. Elli se convierte en rey de Deira.
563 Columba establece el centro de la Iglesia Céltica en Iona.
577 Los sajones llegan al Canal de Bristol.
590 Columbano entra en la Galia como misionero céltico. Elección del Papa Gregorio I Magno.

593 Muerte de Elli de Deira. Ethelfrith de Bernicia toma Deira y funda el Reino de Northumbria.
597 Agustín llega a Kent como misionero.
601 Agustín se convierte en el primer arzobispo de Canterbury.
607 Muerte de Agustín.
615 Muerte de Columbano.
616 Muerte de Ethelberto de Kent.
627 Eduino de Northumbria se convierte al cristianismo.
628 Penda se convierte en rey de Mercia.
632 Penda de Mercia y Cadwallan de Gales derrotan y matan e Eduino de Northumbria en Hatfield. Osvaldo le sucede como rey de Northumbria.
633 Cadwallan de Gales es muerto en batalla contra Osvaldo de Northumbria.
641 Penda de Mercia derrota y mata a Osvaldo de Northumbria. Oswiu se convierte en rey de Northumbria.
654 Oswiu de Northumbria derrota y mata a Penda de Mercia.
664 Sínodo de Whitby. Fin del cristianismo céltico en Inglaterra.
669 Teodoro de Tarso se convierte en el séptimo arzobispo de Canterbury.
670 Caedmon escribe poesía.
673 El primer concilio eclesiástico de toda Inglaterra se reúne en Hertford.
675 Monjes irlandeses llegan a las Islas Feroe.
688 Ine se convierte en rey de Wessex.
690 Willibrord llega a Frisia como misionero.
700 Willibrord hace una breve visita a Dinamarca.
716 Bonifacio (Wynfrith) llega a Frisia como misionero. Ethelbaldo se convierte en rey de Mercia. Iona acepta el ritual romano.
726 Abdicación de Ine de Wessex.
731 Beda termina la Historia Eclesiástica de la Nación Inglesa.
735 Muerte de Beda.
752 Cuthred de Wessex derrota a Ethelbaldo de Mercia.
754 Muerte de Bonifacio.
757 Asesinato de Ethelbaldo de Mercia. Es sucedido por Offa.
778 Alcuino es nombrado director de la escuela de York.
781 Carlomagno emplea a Alcuino como educador.
787 Offa de Mercia impone la creación de un arzobispado en Lichfield. Primera incursión vikinga en Thanet.
790 Monjes irlandeses llegan a Islandia. La colonización no es permanente.
794 El monasterio de Jarrow es destruido por los vikingos.
795 Primer desembarco vikingo en Irlanda.
796 Muerte de Offa de Mercia.
800 Nennius crea la leyenda de Arturo. Los vikingos saquean Dorset.
802 Egberto se convierte en rey de Wessex; funda la mayor dinastía de reyes sajones.
829 Egberto de Wessex domina prácticamente Inglaterra
839 Muerte de Egberto de Wessex. Es sucedido por Ethelwulf.
840 Los. vikingos fundan Dublín.
844 Kenneth I se convierte en el primer rey de Escocia.
851 Los vikingos saqueas Canterbury y Londres. Son derrotados por Ethelwulf.
858 Muerte de Ethelwulf. Le sucede Ethelbaldo.

860 Los vikingos saquean Winchester.
865 Muerte de Ethelberto, a quien sucede Ethelred. Fuerzas danesas inician la primera invasión importante de Inglaterra.
866 Los daneses toman York.
871 Muerte de Ethelred. Le sucede Alfredo el Grande.
874 Ingolfur Arnarson de Noruega desembarca en Islandia. Colonización permanente.
875 La flota de Alfredo derrota a los daneses.
878 Alfredo es reducido casi a la ruina. Se recupera y derrota a los daneses en Edington.
886 Alfredo toma Londres. Se crea el Danelaw.
899 Muerte de Alfredo. Es sucedido por Eduardo I el Viejo.
900 Constantino II se convierte en rey de Escocia.
911 Hrolf el Caminante crea el Ducado de Normandía.
918 Eduardo I el Viejo domina toda Inglaterra.
923 Deposición de Carlos III el Simple de Francia. Su hijo Luis, nieto de Eduardo el Viejo, es llevado a Inglaterra.
924 Muerte de Eduardo I el Viejo. Es sucedido por Guillermo I Larga Espada.
934 Athelstan invade Escocia.
935 Haakon el Bueno se convierte en rey de Noruega con ayuda de Athelstan.
936 El hijo de Carlos III el Simple, de Francia, es invitado a volver a Francia para gobernar. Es llamado Luis IV de Ultramar.
937 Athelstan derrota a Olaf Guthfrithson de Dublín en Braunanburh.
939 Muerte de Athelstan. Le sucede Edmundo I el Magnífico.
940 Muerte de Constantino II de Escocia, a quien sucede Malcolm I.
942 Odón se convierte en el vigésimo segundo arzobispo de Canterbury. Muerte de Guillermo I de Normandía, a quien sucede Ricardo Sin Miedo.
943 Dunstan es nombrado abad de Glastonbury.
945 Edmundo I conquista Strathclyde y lo cede a Escocia.
946 Muerte de Edmundo 1, sucedido por Edred.
954 Edred derrota a Eric Hacha Sangrienta de Noruega en Northumbria.
955 Muerte de Edred. Le sucede Edgar I el Pacífico.
960 Haroldo Diente Azul de Dinamarca se convierte al cristianismo.
961 Dunstan se convierte en el vigésimo cuarto arzobispo de Canterbury.
970 Edgar I cede Bernicia a Kenneth II de Escocia.
975 Muerte de Edgar I. Le sucede Eduardo II el Mártir.
978 Asesinato de Eduardo II el Mártir. Es sucedido por Ethelred II el No Preparado.
982 Eric el Rojo de Islandia descubre Groenlandia.
985 Sven Barba Bifurcada se convierte en rey de Dinamarca.
986 Los islandeses establecen una colonia permanente en Groenlandia.
991 Ethelred II instituye el pago del Danegeld.
994 Londres resiste el asedio de Sven Barba Bifurcada.
995 Olaf Trygvesson se convierte en rey de Noruega.
996 Muerte de Ricardo I de Normandía, a quien sucede Ricardo II el Bueno.
1000 Leif Ericsson descubre Vinland (¿Norteamérica?). Sven Barba Bifurcada mata a Olaf Trygvesson de Noruega en una batalla librada en el Báltico. Fecha aproximada del más antiguo manuscrito del Beowulf.

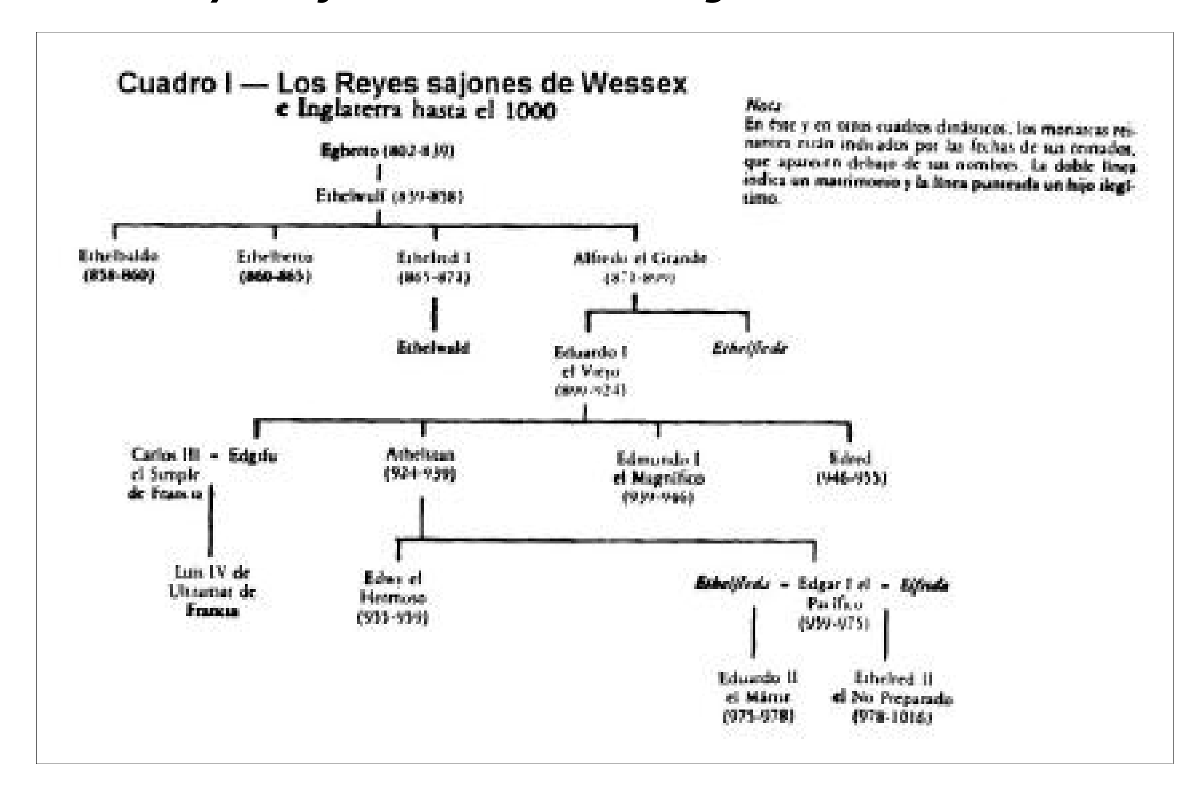
1002 Ethelred II se casa con Ema de Noruega. Los sajones hacen una matanza con los daneses de Inglaterra.
1003 Sven Barba Bifurcada hace correrlas por Exeter.
1012 Invasores daneses matan a Alphege, vigésimo octavo arzobispo de Canterbury.
1014 Sven Barba Bifurcada conquista Inglaterra y luego muere. Muerte de Brian Boru en Clontarf. Expulsión de los vikingos de Irlanda.
1015 Canuto de Dinamarca invade Inglaterra.
1016 Muerte de Ethelred II y de su sucesor Edmundo II el Valiente.
1017 Canuto de Dinamarca es aceptado como rey de Inglaterra. Se casa con Ema de Normandía.
1020 Godwin es nombrado Earl de Wessex y Kent.
1027 Peregrinación de Canuto a Roma.
1028 Canuto se anexa Noruega. Apogeo del Imperio Danés. Muerte de Ricardo II de Normandía, que es sucedido por Roberto I el Diablo.
1034 Muerte de Malcolm II de Escocia. Es sucedido por Duncan.
1035 Muerte de Canuto. La sucesión es disputada. Muerte de Roberto I de Normandía, a quien sucede Guillermo II el Bastardo.
1037 Haroldo I, hijo de Canuto, se convierte en rey de Inglaterra.
1040 Muerte de Haroldo I, sucedido por Hardicanuto. Duncan de Escocia es muerto en batalla por Macbeth, quien sube al trono de Escocia.
1042 Muerte de Hardicanuto, sucedido por Eduardo III el Confesor.
1047 Sven II se convierte en rey de Dinamarca.
1051 Roberto de Jumiége es nombrado trigésimo segundo arzobispo de Canterbury. Godwin se rebela y es exiliado. Guillermo II de Normandía visita a Eduardo III.
1052 Godwin vuelve al poder. Stigand es nombrado 33.º arzobispo de Canterbury. Muerte de Ema de Noruega.
1053 Muerte de Godwin. Su hijo Haroldo se convierte en Earl de Wessex y Kent.
1057 Muerte de Macbeth en batalla. Malcolm III (hijo de Duncan) se convierte en rey de Escocia. Roberto Guiscardo inicia su carrera de conquistas en Italia meridional.
1060 Roberto Guiscardo y su hermano Roger comienzan la conquista de Sicilia.
1063 Haroldo de Wessex y su hermano Tostig derrotan a loe galeses.
1064 Muerte de Eduardo Atheling. Haroldo de Wessex naufraga en la costa de Normandía.
1065 Tostig es expulsado de Northumbria.
1066 Muerte de Eduardo III, a quien sucede Haroldo II. Aparece el Cometa de Halley. Haroldo II derrota a Haroldo Hardrada de Noruega en la batalla de Stamford Bridge. Guillermo II de Normandía invade Sussex. Derrota y mata a Haroldo II en la batalla de Hastings y es coronado con el nombre de Guillermo I (el Conquistador) de Inglaterra.
1068 Edgar Atheling y Margaret Atheling huyen a Escocia. Margaret se casa con Malcolm III de Escocia.
1069 Guillermo I se asegura el dominio del norte de Inglaterra.
1070 Lanfranco es nombrado 34.º arzobispo de Canterbury.
1077 Roberto Curthose se rebela contra su padre, Guillermo I.
1081 Roberto Guiscardo invade los Balcanes.

1082 Roberto Curthose se rebela por segunda vez. Es exiliado.
1084 Roberto Guiscardo toma Roma.
1085 Muerte de Roberto Guiscardo.
1086 Juramento de Salisbury.
1087 *Domesday Book*. Muerte de Guillermo I. Le sucede Guillermo II el Rojo en Inglaterra y Roberto I Curthose en Normandía.
1088 El obispo Odón se rebela contra Guillermo II.
1093 Malcolm III de Escocia es muerto en la batalla de Alnwick. Es sucedido por Donalbane. Anselmo es nombrado 35.º arzobispo de Canterbury.
1095 Roberto Curthose parte para la Primera Cruzada.
1098 Muerte de Donalbane de Escocia. Le sucede Edgar I.
1099 Los cruzados capturan Jerusalén.
1100 Muerte de Guillermo II. Es sucedido por Enrique I Beauclerc.
1101 Roberto Curthose invade sin éxito Inglaterra.
1106 Enrique I derrota a Roberto Curthose en la batalla de Tinchebray.
1107 Muerte de Edgar de Escocia. Le sucede Alejandro I. Compromiso sobre las investiduras por laicos entre Enrique I y Anselmo.
1120 Muerte del Príncipe Guillermo en la «Nave Blanca».
1124 Muerte de Alejandro I de Escocia, sucedido por David I.
1125 Guillermo de Malmesbury escribe los *Actos de los Reyes de los Ingleses.*
1127 Matilde se casa con Godofredo (Plantagenet) de Anjou.
1128 Muerte de Guillermo Clito, hijo de Roberto Curthose.
1130 Godofredo de Monmouth escribe *La Historia de los Reyes de Gran Bretaña*. Muerte de Edgar Atheling.
1134 Muerte de Roberto Curthose.
1135 Muerte de Enrique I. Le sucede Esteban.
1137 Muerte de Guillermo X de Aquitania. Su hija Leonor se casa con Luis VII de Francia.
1138 Teobaldo se convierte en el 38.° arzobispo de Canterbury.
1139 Matilde desembarca en Inglaterra.
1140 Adelardo de Bath traduce a Euclides del árabe.
1141 Esteban es capturado en Lincoln.
1142 Thomas Becket se incorpora al séquito del arzobispo Teobaldo.
1143 Vacario, experto en derecho romano, llega a Inglaterra.
1147 Luis VII de Francia encabeza la Segunda Cruzada. Muerte de Roberto de Gloucester.
1149 Matilde es expulsada de Inglaterra.
1150 Roberto de Chester traduce libros árabes. Fundación de la Universidad de Oxford. Enrique Plantagenet es reconocido como duque de Normandía.
1151 Muerte de Godofredo Plantagenet de Anjou.
1152 Luis VII de Francia se divorcia de Leonor de Aquitania, quien entonces se casa con Enrique Plantagenet.
1153 Enrique Plantagenet desembarca en Inglaterra. Muerte de David I de Escocia. Es sucedido por Malcolm IV la Doncella.
1154 Muerte de Esteban. Es sucedido por Enrique II Plantagenet, quien gobierna el Imperio Angevino.
1155 Wace escribe el «Roman de Brut».
1159 Juan de Salisbury escribe obras sobre política.

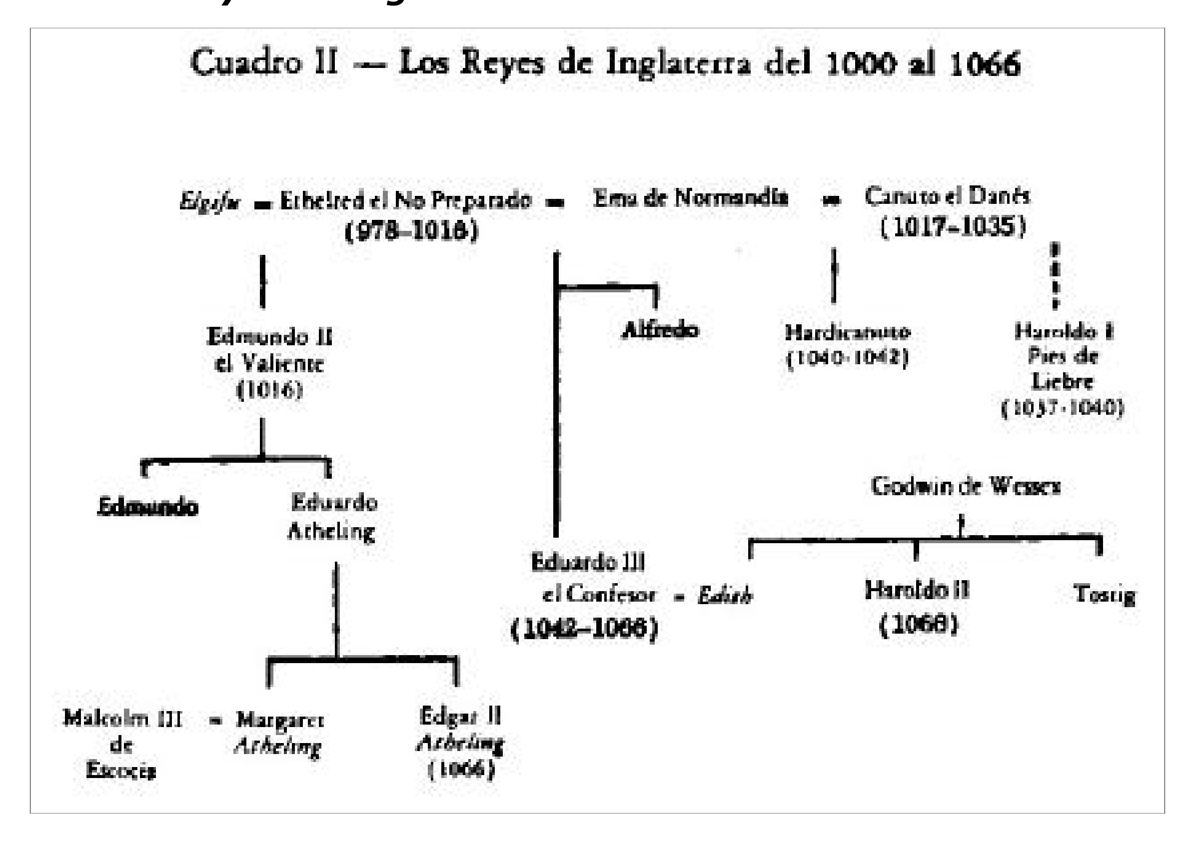
1161 Muerte del arzobispo Teobaldo. Canonización del rey Eduardo III el Confesor.
1162 Thomas Becket se convierte en el 39.º arzobispo de Canterbury.
1163 Ultima recaudación del Danegeld.
1164 Constitución de Clarendon.
1165 Muerte de Malcolm IV de Escocia. Es sucedido por Guillermo el León.
1166 Caballeros normandos emprenden por su cuenta la conquista de Irlanda.
1170 Asesinato del arzobispo Thomas Becket.
1171 Enrique II desembarca en Irlanda. Se crea el «Pale».
1172 Los hijos de Enrique II se rebelan contra él.
1173 Canonización de Thomas Becket.
1174 Guillermo el León de Escocia es capturado en batalla por los ingleses. La rebelión de los hijos de Enrique es sofocada. Apogeo del Imperio Angevino.
1180 Muerte de Luis VII de Francia. Es sucedido por Felipe II Augusto.
1187 Saladino de Egipto reconquista Jerusalén.
1188 El Diezmo de Saladino se impone en Inglaterra. Ricardo se rebela contra su padre, Enrique II.
1189 Muerte de Enrique II, a quien sucede Ricardo I Corazón de León.
1190 Ricardo I parte para La Tercera Cruzada.
1191 Ricardo pone sitio a San Juan de Acre.
1192 Ricardo I, al retornar de la Cruzada, es hecho prisionero.
1193 Ricardo I es rescatado. Hubert Walter es nombrado 43.° arzobispo de Canterbury. Se crea el primer gremio mercantil.
1194 Ricardo I retorna a Inglaterra.
1196 Ricardo I hace construir el Château Gaillard.
1199 Muerte en batalla de Ricardo I. Le sucede Juan.
1200 Juan se casa con Isabella de Angulema.
1203 Muerte de Arturo de Bretaña.
1204 Juan pierde Normandía, que pasa a poder de Felipe II de Francia. Muerte de Leonor de Aquitania.
1205 Muerte del arzobispo Hubert Walter.
1208 Inglaterra cae bajo el entredicho pontificio.
1209 Juan es excomulgado.
1213 Juan acepta como su soberano a Inocencio III. Esteban Langton pasa a ser el 44.° arzobispo de Canterbury.
1214 Juan y Otón IV de Alemania son derrotados por Felipe II de Francia en Bouvines.
1215 Juan firma la Carta Magna.

Cuadros

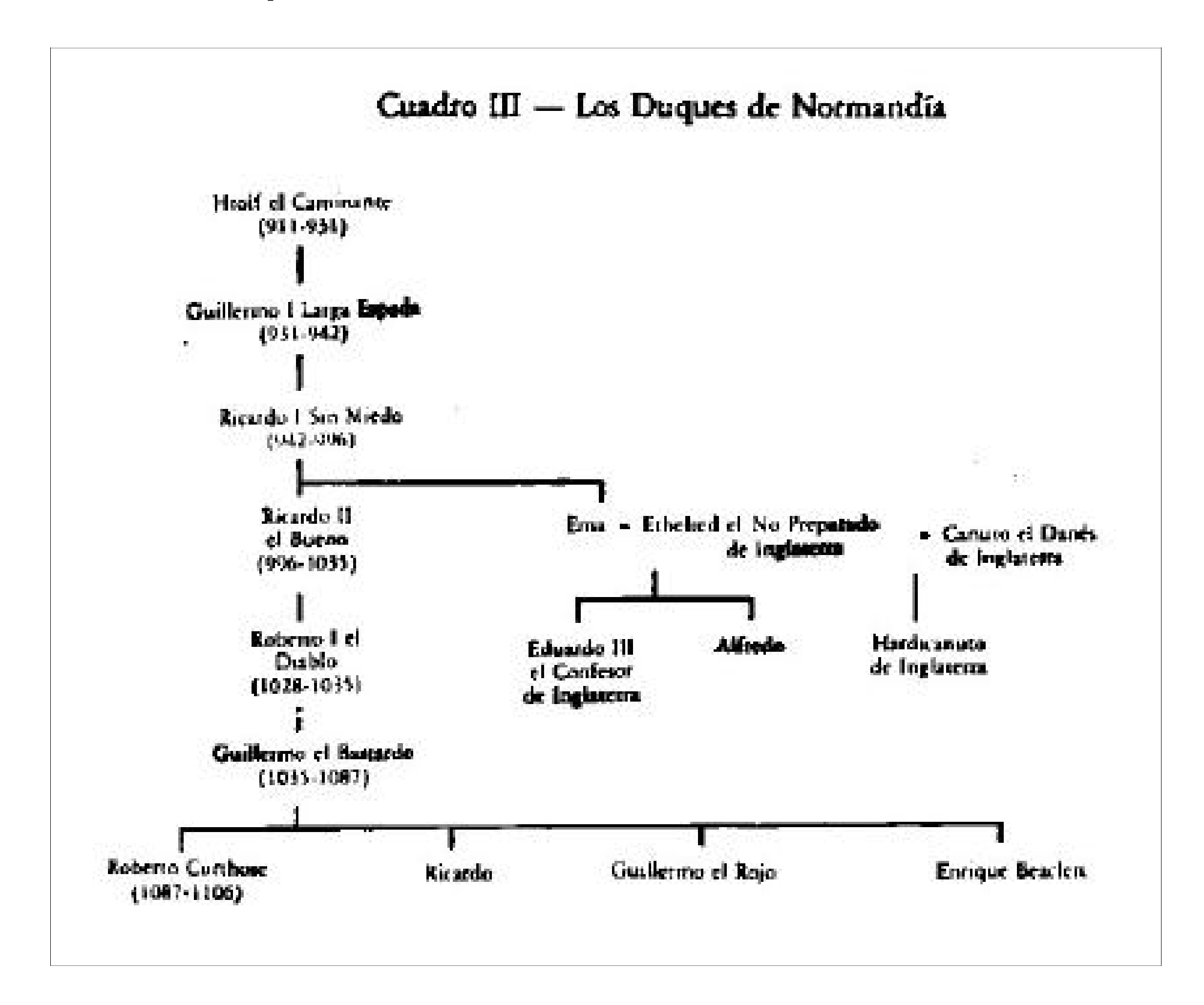
Cuadro I Los Reyes sajones de Wessex e Inglaterra hasta el 1000



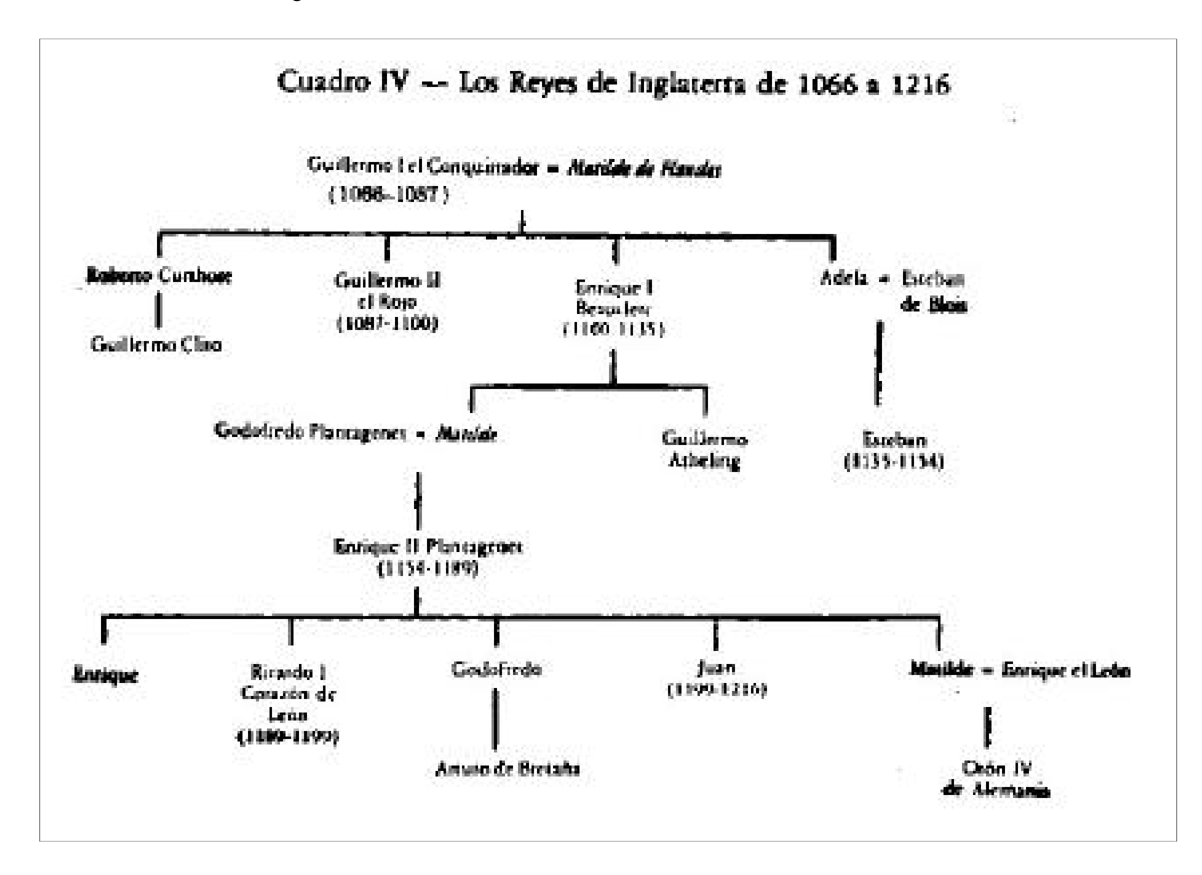
Cuadro II Los Reyes de Inglaterra del 1000 al 1066



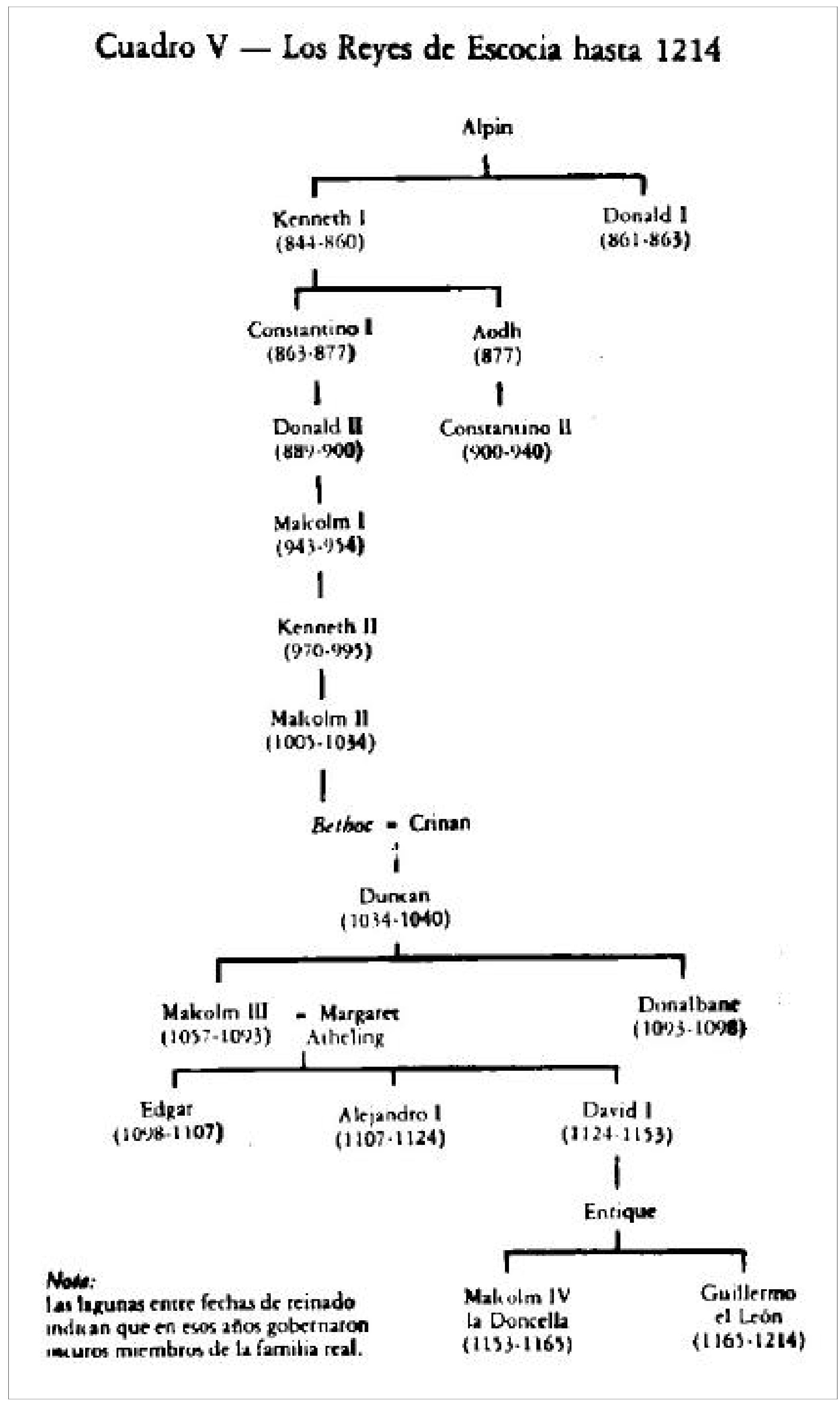
Cuadro III Los Duques de Normandía

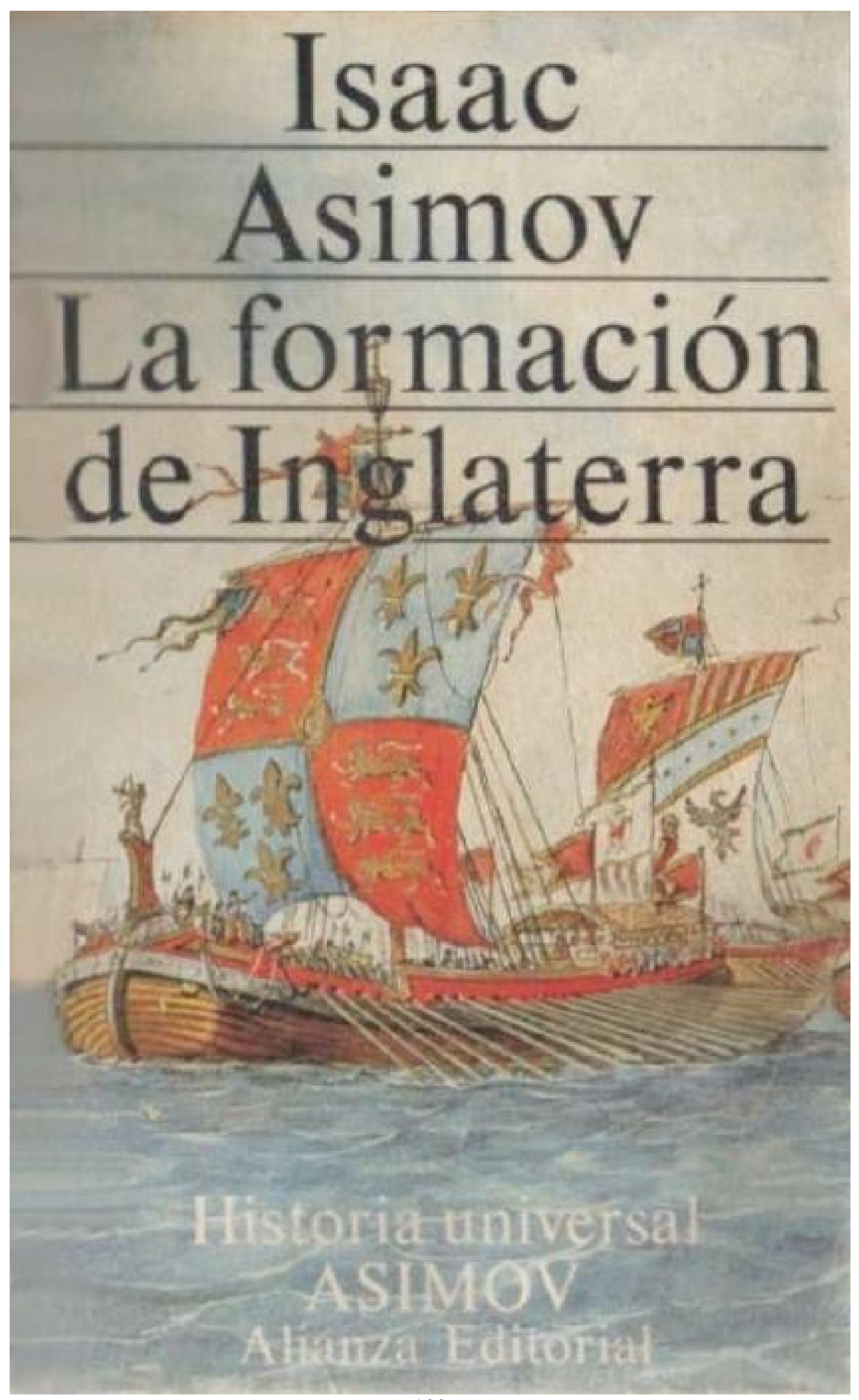


Cuadro IV Los Reyes de Inglaterra de 1066 a 1216


Cuadro IV -- Los Reyes de Inglaterra de 1066 a 1216
Guillermo I el Conquistador = Matilde de Flandes
Roberto Curthose
Guillermo II
el Rojo
(1087-1100)
Enrique I
Adela = Esteban
de Blois
Godofredo Plantagenet = Matilde
Guillermo
Atheling
Esteban
Enrique II Plantagenet
(1154-1189)
Enrique
Ricardo I
Corazón de
León
(1189-1199)
Godofredo
Arturo de Bretaña
Juan
(1199-1216)
Matilde = Enrique el León
Otón IV
de Alemania

Cuadro V Los Reyes de Escocia hasta 1214


Cuadro V — Los Reyes de Escocia hasta 1214
Alpin
Kenneth I
(844-860)
Donald I
(861-863)
Constantino I
(863-877)
Aodh
(877)
Donald II
(889-900)
Constantino II
(900-940)
Malcolm I
(943-954)
Kenneth II
(970-995)
Malcolm II
(1005-1034)
Bethoc = Crinan
Duncan
(1034-1040)
Malcolm III
(1057-1093)
= Margaret
Atheling
Donalbane
(1093-1098)
Edgar
(1098-1107)
Alejandro I
(1107-1124)
David I
(1124-1153)
Enrique
Malcolm IV
la Doncella
(1153-1165)
Guillermo
el León
(1165-1214)
Nota:
Las lagunas entre fechas de reinado
indican que en esos años gobernaron
oscuros miembros de la familia real.


Isaac
Asimov
La formación
de Inglaterra
Historia universal
ASIMOV
Alianza Editorial